

BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

José Luis Busaniche

# ROSAS

VISTO POR SUS CONTEMPORANEOS



Considerado por algunos como un déspota semibárbaro que oprimió al país durante veinte años, dejando una pesada herencia de atraso y desorganización institucional, y por otros como un defensor sin claudicaciones de los intereses de la Nación y de las masas populares contra sus enemigos internos y externos, Juan Manuel de Rosas ha estado siempre en el centro de las polémicas acerca del siglo XIX argentino. El propósito de José Luis Busaniche ha sido contribuir al mejor conocimiento de esta controvertida figura ofreciendo al público lector un conjunto de testimonios dejados por quienes tuvieron la oportunidad de conocer a Rosas en vida. El núcleo central de Rosas visto por sus contemporáneos es, pues, como su título lo indica, de carácter testimonial. El autor ha limitado su intervención a la selección y ordenamiento del material y a la elaboración de una serie de textos breves que forman el nexo entre los diversos testimonios y apuntan a facilitar su comprensión.

José Luis Busaniche

# **Rosas visto por sus contemporáneos**

José Luís Busaniche, 1955

Retoque de cubierta: rafcastro

Editor digital: rafcastro

ePub base r1.2

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Fue mi propósito, al organizar los materiales de esta publicación, ofrecer un conjunto de lecturas encaminadas a proyectar en lo posible nueva luz sobre la compleja personalidad de don Juan Manuel de Rosas. Y como se tratara de cuanto habían dicho sobre él quienes lo vieron en su cuerpo mortal, y escucharon su voz, y vivieron siquiera unos instantes en el ámbito de su existencia cotidiana, ya en las orillas del Colorado, ya en la estancia del Pino, o en su despacho de gobernador, en su quinta de Palermo o en su Farm de Southampton, creí hacedero reducir mi intervención a lo estrictamente necesario para el ordenamiento y conexión de los textos escogidos. Pareja labor había realizado, hace ahora varios años, con respecto al general San Martín, en un libro titulado *San Martín visto por sus contemporáneos*, donde el colector se circunscribe a la clasificación y enlace de los materiales, lo que fue suficiente para que el público siguiera con facilidad la trayectoria del Gran Capitán, a través de testimonios coevos. Pero al emprender, ahora, ese mismo trabajo de presentación, caí en la cuenta de que, si aquellos testimonios vivos sobre el general San Martín eran de fácil ordenamiento y de sencilla trabazón, éstos, de idéntica naturaleza, concernientes a Rosas, ofrecían dificultades al colector si quería él disimularse para que los testigos dijeran por sí cuanto vieron del personaje y cuanto oyeron de sus labios en el decurso de su vida. La razón era obvia: los hechos del general San Martín se reducen a diez años de acción en inmenso escenario, siempre en lucha por la independencia de América de manera gloriosa e indiscutida. Apartado de la acción política (por lo menos en su país), evitó San Martín toda injerencia en las luchas civiles, y el proceso histórico interno, propiamente argentino, apenas descubre las huellas de su paso.

Con Rosas ocurre todo lo contrario. No habrá hombre que esté más en la entraña de nuestra historia interna: le hallamos en todo el proceso que va de 1820 a 1852, período complejo si los hay, y al que no es fácil dominar en sus detalles, en sus factores y en sus efectos, y menos fácil exponer en forma sistemática, por lo mismo que es agitado y anárquico. Por virtud de estas circunstancias, la vida del general San Martín es mejor conocida que la del general Rosas y se presta mucho más para presentarla en una sucesión de textos ajenos en que el colector forja únicamente los eslabones que han de dar a los relatos unidad y continuidad en el tiempo. No hay que decir los inconvenientes que obstan para desarrollar una vida de Rosas por modo tan llano y sucinto, valiéndose a menudo de meras indicaciones cronológicas. Y la dificultad mayor radica en que no podemos dar por

conocidos muchos sucesos que en el caso del general San Martín nos son familiares desde las aulas escolares, cuando no desde el hogar y que, con respecto a Rosas, permanecen ignorados como no se hayan dedicado algunas horas de la vida a su estudio y conocimiento.

Por todo lo dicho, y para que el lector pueda situar y ubicar convenientemente los testimonios ofrecidos en este libro, he preferido darlos más bien como integrantes de una unidad de exposición histórico-biográfica, donde cada relato ocupe su lugar adecuado y pueda servir para un criterio de valoración general. Claro está que el desarrollo de tal exposición no podía tampoco reducirse a una simple labor enumerativa de hechos, ni era fácil hacer gala en ella de la llamada *objetividad histórica*. La objetividad en historia es cosa relativa y entre nosotros suele servir apenas de cómodo pretexto para eludir la responsabilidad de un juicio, cuando no para arrojar papeles todavía polvorientos u opiniones ajenas a la cabeza del paciente lector, sin decir, a la postre, nada que pueda interesar a la historia. A este respecto doy mi visión personal de las cosas sin apartarme un punto de los hechos, antes bien ajustándome a ellos estrictamente en todo cuanto de ellos ha perdurado en documentos y toda clase de testimonios. Si mi juicio diverge a menudo, y fundamentalmente, del aceptado con carácter casi oficial e indiscutible, cúlpease a la independencia que me he propuesto mantener para sustraerme en lo posible a los fallos de cierto tribunal de la historia compuesto de personas muy falibles y tan desembozadamente parciales, que se arrogaron ante la posteridad funciones de jueces para dar la última palabra sobre algo en que habían combatido, y en lucha a muerte, hasta la batalla de Caseros.

Y aunque en el desarrollo de este libro encontrará el lector los fundamentos de algunas opiniones que pueden parecer irreverentes, no creo superfluo decir, para justificar mi posición en la materia que, si excuso algunos hechos de la dictadura y censo a sus enemigos, no es por desvío, ni mucho menos por desamor de la libertad, antes bien por todo lo contrario. Y voy a explicarme: no creo, desde luego, en la aurora de Caseros, por cuanto a la supuesta aurora siguió uno de los sucesos más lamentables y dolorosos que pueden ocurrir a una nación: el rompimiento de su integridad territorial y política, realizada por solemnes tratados, fríamente, entre diplomáticos de la misma nacionalidad: de un lado el Estado de Buenos Aires, del otro la Confederación Argentina. Hay quienes, todavía, parecen tener a honra nacional ese espectáculo deplorable, y loan, por una parte, las glorias de la Confederación, la de la capital en Paraná, por otra la de los porteños independientes. ¿Podrá creerse que de semejante situación saliera gananciosa la libertad?... Díganlo, como ejemplo, los horrendos crímenes de San Juan, de que fueron víctimas, primero Benavides, después Virasoro, que en nada

ceden a los más horrendos de la Mazorca rosista y en que estuvieron implicados políticos de primera magnitud en el país, hoy en el bronce de las estatuas. ¿Que aquel rompimiento fue pasajero?... También lo fue la dictadura de Rosas... Y viene Pavón, el otro Caseros, para los más genuinos antirrosistas. Es, para la historia oficial, el advenimiento del reino de la libertad y empieza entonces, y no antes (¡cuidado!), la llamada *organización nacional*... Si el período 1832-1852 aparece en esa historia como el reino de las tinieblas, iluminado por tal cual llamarada de incendio, éste de Pavón en adelante (1862-1912) está representado por una Arcadia luminosa y feliz. Es la era constitucional del *gobierno representativo*... ¿Representativo de qué?... ¿De quién?... ¿Existe acaso el ciudadano?... ¡No!... Los comicios están cerrados a la ciudadanía, no existe libertad electoral, no existe *gobierno representativo*. El gobierno se tiene porque se tiene, nada más, y se defiende como un hecho, lo mismo que en tiempo de Rosas. Y si preguntáis todavía: ¿De manera que el camino de la libertad política estuvo cerrado?... —¡Sí!... os contestarán, pero eso no interesa... Seguid en cambio el otro camino, ése de los Bancos y las locomotoras, ése con que no soñaron los caudillos de Rosas... Y seguid vosotros el camino y, en efecto, no encontráis gauchos ni menos ciudadanos (como no sea armados en defensa de sus derechos y entonces se les mata), pero sí Bancos y Bancos y locomotoras, y catorce oligarquías, casi todas acusadas con razón de peculado, que son el sustentáculo de aquel régimen, y, andando, andando —treinta años es bien poco en la vida de una nación—, vais a dar en el pantano putrefacto del 90... Y allí podéis oír la voz elocuente de José Manuel Estrada que, volviendo los ojos a la dictadura de Rosas, por él mismo tan execrado, dice con profundos acentos: «Por el bien o para el mal, convencidos o fanatizados, los hombres, delirantes de entusiasmo, o de furor, luchaban [entonces] desalentados a veces, pero varoniles, y de esa actividad indomable y tumultuosa vivía la república, capaz de moderarse y corregirse. Mas no veo en la época afrentosa a que llegamos, ni en los que usurpan el derecho, una ambición de poder que los haga dignos de cotejo con Quiroga, ni en los desposeídos del derecho energía para resistir que los haga dignos del nombre y de la gloria de sus padres. No. Veo bandas rapaces, roídas de codicia, la más vil de todas las pasiones, enseñorearse del país, dilapidar sus finanzas, pervertir su administración, chupar su sustancia, pavonearse insolentemente en las más cínicas ostentaciones del fausto, comprarlo y venderlo todo, hasta comprarse y venderse unos a otros a la luz del día... La concupiscencia arriba y la concupiscencia abajo... Eso es la decadencia, eso es la muerte».<sup>[1]</sup>

Al oír aquellos acentos, que son pálido reflejo de una realidad, si tenéis un concepto y un sentido espiritualista del mundo y de la vida, si no creéis que lo moral esté subordinado indefectiblemente a lo material, como lo cree por doctrina

y con error el marxista, y lo proclaman, en su vida individual y política para satisfacer apetitos puramente personales, el oligarca y sus domésticos, si ponéis la mira en otros valores, entonces tenéis derecho a preguntaros: «—¿Para desembocar en *aquello* eran menester, por ventura, tantas ofensas a la soberanía del país, y la alianza ominosa con el extranjero en mengua del honor nacional, y los humillantes compromisos financieros con potencias vecinas?... —¿Por qué libertad habían pugnado aquellos hombres, cuando la más fundamental libertad política, ésa que justifica la existencia de una Constitución republicana y liberal y se permite invocar el *gobierno representativo* estaba totalmente abolida...?». La respuesta creo encontrarla en las palabras de Estrada que acabo de citar. Eso que él describe era la única libertad perseguida de tiempo atrás bajo el énfasis de la propaganda unitaria. Ahí estaban ahora muy patentes los resultados. El frac había desalojado al poncho... y la libertad no aparecía por ninguna parte. «Queremos ante todo —decía Estrada en 1890— restaurar nuestras instituciones políticas»... ¿Restaurar?... El verbo *instaurar* hubiera estado mejor...

He ahí el porqué, lector, de algunos juicios contenidos en este libro, frutos de una sincera inquietud e inspirados en el amor a la verdad y también en el amor a la libertad. He llegado a persuadirme de que es error grave esa ingenua «adopción del odio ajeno» en la consideración de la época de Rosas. Y es error grave y de consecuencias porque, al concentrar en un hombre, en un solo hombre, el repudio del despotismo, del crimen político, del fraude, del escándalo, estamos descargando de delitos, quizá sin quererlo, a todos los gobiernos usurpadores del derecho que vinieron después. Estamos haciendo el juego a quienes no han buscado ni buscan otra cosa, para eximir de culpas y responsabilidades a ciertos hombres y agrupaciones sometidos al juicio de la historia, que «endosar» sus propias tablas de sangre y de vergüenza a las famosas de Rivera Indarte. O, para decirlo más a la llana, están gritando sin cesar, como el tero, sobre la dictadura de Rosas, y tienen sus nidos en lugares cercanos o lejanos de aquella dictadura, ocultos a la vista, mañosamente, pero que cualquiera —sin ser muy lince— puede descubrir.

## CAPITULO I

### EL COMANDANTE DE MILICIAS

Si hemos de atender, cronológicamente, a las primeras referencias que sobre don Juan Manuel de Rosas han llegado hasta nosotros y fueron escritas por contemporáneos suyos que estuvieron a su lado y escucharon su voz en diversos lances de su vida pública o en circunstancias de su vida privada, habrá que acudir a las *Memorias* del general Gregorio Aráoz de Lamadrid, que conoció a Rosas en 1820, año de su iniciación en la política argentina.

Era entonces Rosas —como lo fue después— estanciero y comandante general de milicias de la provincia de Buenos Aires, y como se había producido un conflicto con Santa Fe, el gobernador interino Manuel Dorrego, que estaba para salir a campaña, lo nombró comandante del primer regimiento, división del Sur. El regimiento de Rosas (*los Colorados del Monte*, por el color de su uniforme) era muy de notar — según todos convienen— por su organización y disciplina. La campaña contra el gobierno enemigo duró dos meses (agosto-setiembre) y en su primera faz resultó favorable a Dorrego, que invadió Santa Fe; pero obligado a retroceder por una inesperada reacción contraria, sufrió tremendo desastre en la batalla del Gamonal. Rosas, Martín Rodríguez, Lamadrid y algunos otros habían vuelto a Buenos Aires antes de terminada la campaña y no es superfluo decir que Dorrego, gobernador interino vencido en el Gamonal, se vio desplazado por Martín Rodríguez cuando la Legislatura hubo de elegir el gobernador efectivo de la provincia.

Las noticias de Lamadrid, que escribió sus *Memorias* mucho después, en los postreros años de la dictadura de Rosas, no son desfavorables para su compañero de armas del año 20. De lamentar es que vayan muy esparcidas en el capítulo respectivo de sus *Memorias* y no se avengan para una presentación conjunta y ordenada. Lo cierto es que Lamadrid desde el primer momento y según propia confesión, «tomó afición a este joven al verlo tan diligente y resuelto» porque saliendo con él del despacho de Dorrego, y al decirle que se hacía menester un baquiano... «No necesita usted de baquiano —le contestó Rosas—, yo me basto para conducirlo y soy mejor que cuantos puedan darle». Lo llama Lamadrid «el patriota y activo Juan Manuel de Rosas». En él confió desde que empezaron a organizar las fuerzas para la marcha y cuenta que «llegados a una estancia donde le dijo *el práctico y diligente Rosas* que podían parar ya sin riesgo, dispuso que se

aprestara la carne necesaria y *nos pasamos tomando mate...*». Y al dar noticia de toda la campaña y del ataque a San Nicolás, habla de Rosas en tono de amistosa confianza. Ya en Buenos Aires, después de haber abandonado el ejército de Dorrego antes de Gamonal, y cuando preparaba su elección por la Legislatura, Rodríguez hace llamar a Lamadrid.

«Martín Rodríguez me llamó a su casa —dice el memorialista— y saliendo con él a caballo por el puente de Barracas y habiendo caminado alguna distancia, nos encontramos con el comandante Juan Manuel de Rosas que nos esperaba tendido en el suelo y con su caballo de la rienda; nos bajamos también y nos tendimos igualmente a su lado, y fue entonces que supe el objeto de aquella salida. Iba el señor Rodríguez conmigo porque así lo había exigido el comandante Rosas para obtener de éste la promesa de que trabajaría para que la campaña diese su voto al general Rodríguez para gobernador, o para que lo dieran los diputados de ella en la Junta...».

Ya Martín Rodríguez en el poder, elegido por la Legislatura como consecuencia de la derrota de Dorrego, algunos partidarios del vencido en el Gamonal e integrantes de otras fracciones políticas, levantáronse en armas contra el nuevo gobernador, tomaron la Legislatura y ocuparon militarmente casi toda la ciudad. Rodríguez parecía perdido cuando apareció Rosas con sus *Colorados del Monte*, más de mil hombres, «perfectamente montados, equipados y sostenidos a su costa», entró en la ciudad y desalojó de sus cantones a todos los revolucionarios. Esta acción militar de Rosas fue muy aplaudida no sólo por sus contemporáneos sino que lo ha sido años después por todos los cronistas de aquellos sucesos. Miguel Zañartu, agente chileno en Buenos Aires desde años atrás, escribió al doctor Tomás Godoy Cruz en 1820 con hipérbole desmesurada: «El denuedo, bizarría y coraje del batallón de Rosas harían honor a las tropas mismas de Napoleón...». Menester es no olvidar que si Rodríguez debió a Rosas el gobierno, ministro de Rodríguez fue don Bernardino Rivadavia, autor de tantas y tan mentadas reformas en el orden provincial, de 1821 a 1824.

Disgustado al parecer Rosas con Rodríguez porque no quiso atender a la solución inmediata de muy serios problemas rurales y prefirió concentrar en la ciudad toda su atención de gobernante, pidió su separación absoluta del servicio y volvió a sus estancias, no sin acompañar antes a Rodríguez en una expedición contra los indios del Sur, hasta la Sierra de la Ventana. El general Lamadrid incluye en sus *Memorias* una semblanza de Rosas que ha de corresponder a este momento de su vida por cuanto alude a sucesos de la referida expedición. Como hay en la semblanza toques de viva realidad y no pocos detalles sugestivos, la transcribimos

como la primera en el tiempo de las muchas que habrán de justificar el título de este libro:

#### EN EL AÑO 20

Desde sus primeros años ya Rosas empezó a desplegar su carácter dominador y perseverante, en sus mismos establecimientos de campo, pero cubierto de la hipócrita capa del respeto a la propiedad y elevándolo al más alto extremo, y era tan rígido en el cumplimiento de sus mandatos, que tenía arreglado, por punto general, en todos sus establecimientos de campo, que sus órdenes debían ser irrevocablemente cumplidas aun contra él mismo, si las quebrantaba. Todas sus órdenes eran bárbaras y crueles y para que sus domésticos o dependientes supieran hasta qué punto quería que fuesen obligatorias, empezó por hacerlas ejecutar en sí mismo de un modo singular. Había establecido por punto general que nadie saliera al campo sin su lazo a los tientos y las boleadoras a la cintura; que todos los sábados al retirarse del trabajo, todos sus sirvientes o peones depositaran sus cuchillos en poder del capataz de cada uno de sus establecimientos para evitar las desgracias que son consiguientes en los días festivos entre nuestros paisanos del campo (ojalá el sistema de Rosas se observara en todas nuestras ciudades, en esta parte); que nadie pudiera apartar ganado suyo o caballos cuando se hubiesen interpolado en las haciendas de los vecinos, sin obtener antes su venia, o pedir al propietario que parara su rodeo para apactar los animales que del suyo se habían entreverado; que nadie corriera avestruces en campo ajeno, ni cazara nutrias, y por consiguiente en el suyo, sin su permiso.

Todos estos mandatos eran, por descontado, muy laudables y merecieron la aprobación de todos los hacendados, y mucho más desde que vieron la rigidez con que éstas sus órdenes eran observadas aun contra él mismo si no las cumplía. Las penas por las infracciones eran: dos horas de cepo del pescuezo, a todo el que se le encontrara con cuchillo el día festivo y cincuenta azotes a pantalón quitado al que saliera sin su lazo al campo o corriera avestruces, etcétera... Pues él sufrió ambas penas, lo primero para enseñar a todos los suyos hasta dónde llevaba el cumplimiento de sus mandatos. En su primera falta por el lazo no quiso el capataz, que era esclavo suyo, aplicar a su amo los cincuenta azotes, sin embargo de haberse él mismo desnudado, bajándose los pantalones y tendiéndose en el campo y en presencia de todos sus peones para que cumpliera con su deber. El criado tuvo reparo en azotar a su amo y se resistió a cumplir en él la orden. ¡Pues le costó cien azotes bien pegados!

No contento Rosas con esto hizo muy luego como que se olvidaba y se salió

una mañana al campo con los peones sin poner su lazo a los tientos. El capataz, que ya había probado cuánto gustaba su amo de ser obedecido, le advirtió al instante y, mandándolo apearse del caballo, quitarse los pantalones y tenderse, se los aplicó con toda fuerza a los cincuenta azotes. Rosas los sufrió sin hacer un gesto y regaló después a su capataz y criado por haber llenado su deber. Igual experimento sufrió en el cepo del pescuezo por haber salido con cuchillo bien oculto. No se crea que esto es supuesto: me lo aseguraron sus mismos dependientes, ponderándome el orden que se observaba en todos sus establecimientos de campo.

Pues a pesar de todo este rigor con que se hacía obedecer, era él el hacendado que más peones tenía, porque les pagaba bien y tenía con ellos en los ratos de ocio, sus jugarretas torpes y groseras con que los divertía; y apadrinaba, además, a todos los facinerosos que ganaban sus estancias y nadie los sacaba de ellas. Éste fue el modo con que Rosas empezó a formarse una reputación, y después del suceso del 5 de octubre era ya en toda la campaña del sur, muy particularmente, más obedecida una orden suya que la del mismo gobierno.

Era tan torpe en sus juegos, que en la campaña que hicimos juntos a la Sierra de la Ventana yo le he visto practicar con un capitán de mi cuerpo, casado con una prima suya de apellido Soler, lo siguiente y por dos veces: íbamos en marcha y por lo general se venía Rosas casi siempre a mi lado; lo he visto sacar repentinamente su lazo, echárselo al cuello al referido capitán, su primo, y correr, bajándolo por supuesto del caballo y arrastrándolo como media cuadra y riéndose a carcajadas.

Yo confieso que andaba receloso de él por estos sus juegos torpes, todas las veces que iba a sus establecimientos o que andábamos juntos, pero por fortuna me respetó siempre y jamás me dio broma alguna.

*Gregorio Aráoz de Lamadrid<sup>[1]</sup>*

A despecho del comentario que la conducta de Rosas en sus estancias provocó en Lamadrid, cabe decir que la amistad contraída entre ellos el año 20 no sufrió gran desmedro porque habiendo ambos dejado el servicio activo, Lamadrid se instaló en la Guardia del Monte, a pocas leguas de Buenos Aires y dio a su amigo una señalada muestra de aprecio al hacerlo padrino del segundo de sus

hijos. «El 17 de setiembre de 1822 —dice Lamadrid en sus *Memorias* — nació mi segundo hijo a quien puse por nombre Francisco Ciriaco, y del cual fueron sus padrinos el coronel Juan Manuel de Rosas y su señora, pues habíamos cultivado una amistad sincera desde que le conocí a mi llegada el año 1820...». «A fines de 1824 —agrega Lamadrid—, habiendo cumplido el señor gobernador Martín Rodríguez el término de su mando, y dejado la provincia en el mejor estado de tranquilidad y adelanto, gracias el señor Bernardino Rivadavia, que se había encargado del ministerio de gobierno... (a fines de 1821), le sucedió en el gobierno el general Juan Gregorio de Las Heras...».

En efecto, fue así; y el nombramiento del general Las Heras se recibió con simpatía por todos los demás gobiernos provinciales que estimaban sus prendas de carácter y sus preclaros servicios a la causa de la independencia. Como no existía un gobierno central (después de la caída del Directorio en 1820) y las provincias habían dado pruebas reiteradas de su aspiración a la unión nacional (aunque mediaban disentimientos en punto a forma de gobierno), se reunió el Congreso Constituyente de Buenos Aires a fines de 1824. Ya en funciones (1825) prodújose la guerra con el Brasil por la usurpación de la Banda Oriental (provincia argentina) que hacía de tiempo atrás el imperio vecino, sin prestar oídos a justas reclamaciones. El motivo inmediato fue la invasión de los Treinta y Tres orientales al dicho territorio y la victoria de Sarandí, a lo que se agregó la reunión del Congreso Regional de La Florida que proclamó a la Banda Oriental parte integrante de las Provincias Unidas. Los gobiernos del interior respondieron dignamente al llamado del general Las Heras a quien el Congreso Nacional encargó la dirección de la guerra con los atributos de un poder ejecutivo *nacional* provisional, entretanto se dictaba la constitución. Las provincias conservarían sus autonomías, reservándose también el derecho de revisar la constitución que se proyectaba. Y como había en aquel momento confianza recíproca y la guerra era propicia para consolidar la autoridad nacional; como el pueblo argentino había demostrado en el movimiento de independencia excepcionales condiciones guerreras, era de esperarse del nuevo gobierno de Buenos Aires, ejercido por el general Las Heras, y de la buena disposición de las provincias, resultados favorables para la integridad y la dignidad del país en la guerra que se iniciaba.

Por desdicha no fue así; la situación interna y externa del país cambió bruscamente en pocos meses con lo que don Vicente Fidel López llamó «la aventura presidencial del señor Rivadavia»... Este personaje llegó al país, de vuelta de Europa, en octubre de 1825 y el congreso, en forma precipitada e inexplicable, dejó de hecho sin efecto su ley fundamental que aseguraba la tranquilidad interior, eligió presidente, y no interino, al señor Rivadavia, quien

mediante leyes dictadas con precipitación para llevar a término su política, desalojó al general Las Heras del gobierno de Buenos Aires, abolió la autonomía provincial, se apoderó del Banco de la Provincia, declaró todas las minas del país argentino propiedad nacional (formaba parte Rivadavia de una compañía minera que había fundado en Londres con capitales ingleses) y como fin y remate de la aventura, fue sancionada la constitución unitaria contra la voluntad expresa de las provincias.

Cualquiera sea el modo de apreciar estos sucesos, parece discreto pensar que los comienzos de una guerra internacional en que se juega la integridad de un territorio y la dignidad de un país no son los más oportunos y en sazón para precipitar medidas de carácter interno y de objetivos económicos, sobre todo cuando están llamadas a provocar irremediablemente el desorden político. La acción guerrera internacional se debilitó como consecuencia de una creciente oposición a las medidas sancionadas. Tan airada se dejó sentir esa oposición, más en Buenos Aires (como consecuencia de un tratado de paz firmado en Brasil por don Manuel José García), que «la aventura presidencial» fracasó y se siguió la renuncia del señor Rivadavia.

Todo pasó en poco más de un año, pero la sacudida fue tan intensa que por un largo período sus consecuencias dejáronse sentir en el proceso histórico del Río de la Plata. Durante poco tiempo (1827) ejerció la presidencia interina don Vicente López y Planes, pero al solo efecto de restaurar las instituciones provinciales de Buenos Aires y atender a problemas urgentes de la campaña en la misma provincia. Para este último fin don Vicente López y Planes nombró *Comandante general de las milicias existentes en la campaña de Buenos Aires* a don Juan Manuel de Rosas. Ya Las Heras le había comisionado en 1825 para hacer la paz con los indios del sur y defender de posibles ataques de los brasileños el puerto de Patagones. Pudo ser por estos años (la exacta ubicación cronológica no hace al caso) cuando ocurrió en la estancia del Pino un episodio que cuenta el general Lucio V. Mansilla en su libro *Entre-Nos* y que le fue relatado —según él asegura— por don Mariano Miró. Es un episodio de suyo intrascendente, pero muy significativo para el conocimiento de la persona de don Juan Manuel y lo que representaba en aquel ambiente dilatado donde su prestigio de estanciero y de hombre de mando se afianzaba y se extendía cada vez más.

## EL ESTANCIERO

(Cuento lo que me contó Miró)<sup>[2]</sup>.

Estamos en la estancia «del Pino». Mejor dicho: están tomando el fresco bajo el árbol que le da su nombre a la estancia, don Juan Manuel Rosas y su amigo el señor don Mariano Miró (el mismo que edificó el gran palacio de la plaza Lavalle, propiedad hoy día de la familia de Dorrego).

De repente (cuento lo que me contó el señor Miró) don Juan Manuel interrumpe el coloquio, tiende la vista hasta el horizonte, la fija en una nubecilla de polvo, se levanta, corre, va al palenque donde estaba atado de la rienda su caballo, prontamente lo desata, monta de salto y parte... diciéndole al señor Miró: «Dispense, amigo, ya vuelvo».

Al trote rumbea en dirección a los polvos, galopa; los polvos parecen moverse al unísono de los movimientos de don Juan Manuel. Miró mira: nada ve, Don Juan Manuel apura su flete que es de superior calidad; los polvos se apuran también. Don Juan Manuel vuela; los polvos huyen, envolviendo a un jinete que arrastra algo. Don Juan Manuel con su ojo experto, ayudado por la milicia gauchesca, tuvo la visión de lo que era la nubecilla de polvo aquélla, que le había hecho interrumpir la conversación. «Un cuatrero», se dijo, y no titubeó.

En efecto, un gaucho había pasado cerca de una majada y sin detenerse había enlazado un capón y lo arrastraba, robándolo. El gaucho vio desprenderse un jinete de las casas. Lo reconoció, se apuró. Don Juan Manuel se dijo: «Caray...». De ahí la escena... Don Juan Manuel castiga su caballo. El gaucho entonces suelta el capón con lazo y todo, comprendiendo que a pesar de la delantera que llevaba no podía escaparse por bien montado que fuera, si no largaba la presa.

Aquí ya están casi encima el uno del otro.

El gaucho mira para atrás y rebenquea su pingo (a medida que don Juan Manuel apura el suyo) y corta el campo en diversas direcciones con la esperanza de que se le aplaste el caballo a don Juan Manuel.

Entran ambos en un vizcacheral. Primero, el gaucho; después, don Juan Manuel; pero el obstáculo hace que don Juan Manuel pueda acercársele al gaucho. Rueda éste; el caballo lo tapa. Rueda don Juan Manuel; sale parado con la rienda en la mano izquierda y con la derecha lo alcanza al gaucho, lo toma de una oreja, lo levanta y le dice:

— Vea, paisano, para ser buen cuatrero es necesario ser buen gaucho y tener

buen pingo...

Y, montando, hace que el gaucho monte en ancas de su caballo; y se lo lleva, dejándolo a pie, por decirlo así; porque la rodada había sido tan feroz que el caballo del gaucho no se podía mover. La fuerza respeta a la fuerza; el cuatrero estaba dominado y no podía escurrírsele en ancas del caballo de don Juan Manuel, sino admirarlo, y de la admiración al miedo no hay más que un paso. Don Juan Manuel volvió a las casas con su gaucho, sin que Miró por más que mirara, hubiera visto cosa alguna discernible...

— Apéese, amigo —le dijo al gaucho, y en seguida se apeó él, llamando a un negrito que tenía.

El negrito vino, Rosas le habló al oído, y dirigiéndose enseguida al gaucho, le dijo:

— Vaya con ese hombre, amigo.

Luego volvió con el señor Miró, y sin decir una palabra respecto de lo que acababa de suceder, lo invitó a tomar el hilo de la conversación interrumpida, diciéndole:

— Bueno, usted decía...

\*

Salieron al rato a dar una vuelta, por una especie de jardín, y el señor Miró vio a un hombre en cuatro estacas.

Notado por don Juan Manuel, le dijo sonriéndose.

— Es el paisano ése...

Siguieron andando, conversando... La puesta del sol se acercaba; el señor Miró sintió unos como palos aplicados en cosa blanda, algo parecido al ruido que produce un colchón enjuto, sacudido por una varilla, y miró en esa dirección. Don Juan Manuel le dijo entonces, volviéndose a sonreír, haciendo con la mano derecha ese movimiento de un lado a otro con la palma para arriba, que no dejaba duda:

— Es el paisano ése...

Un momento después se presentó el negrito y dirigiéndose a su patrón, le dijo:

— Ya está, mi amo.

— ¿Cuántos?

— Cincuenta, señor.

— Bueno, amigo don Mariano, vamos a comer...

El sol se perdía en el horizonte iluminado por un resplandor rojizo, y habría sido menester ser casi adivino para sospechar que aquel hombre, que se hacía justicia por su propia mano, sería en un porvenir no muy lejano, señor de vidas, famas y haciendas, y que en esa obra de predominio serían sus principales instrumentos algunos de los mismos azotados por él. Don Juan Manuel le habló al oído otra vez al negrito, que partió, y tras de él, muy lentamente, haciendo algunos rodeos, ambos huéspedes.

Llegan a las casas y entran en la pieza que servía de comedor. Ya era oscuro. En el centro había una mesita con mantel limpio de lienzo y tres cubiertos, todo bien pulido. El señor Miró pensó: «¿quién será el otro...?».

No preguntó nada. Se sentaron, y cuando don Juan Manuel empezaba a servir el caldo de una sopera de hoja de lata, le dijo al negrito que había vuelto ya:

— Traígalo, amigo —. Miró no entendió.

A los pocos instantes entraba, todo entumido, el gaucho de la rodada.

— Siéntese, paisano le dijo don Juan Manuel, endilgándole la otra silla. El gaucho hizo uno de esos movimientos que revelan cortedad; pero don Juan Manuel lo ayudó a salir del paso, repitiéndole —: Siéntese no más, paisano, siéntese y coma.

El gaucho obedeció, y entre bocado y bocado hablaron así:

— ¿Cómo se llama, amigo?

—Fulano de tal.

—Y, dígame, ¿es casado o soltero?... ¿o tiene hembra?...

—No señor —dijo sonriéndose el guaso— ¡si soy casado!

Vea, hombre, y... ¿tiene muchos hijos?

—Cinco, señor.

—Y ¿qué tal moza es su mujer?

—A mi me parece muy regular, señor...

—Y usted ¿es pobre?

—¡Eh!, señor, los pobres somos pobres siempre...

—Y ¿en qué trabaja?...

—En lo que cae, señor...

—Pero también de cuatrero, ¿no?...

El gaucho se puso todo colorado y contestó:

¡—Ah!, señor, cuando uno tiene mucha familia suele andar medio apurado...

—Dígame amigo, ¿no quiere que seamos compadres? ¿No está preñada su mujer? —El gaucho no contestó. Don Juan Manuel prosiguió —: Vea, paisano; yo quiero ser padrino del primer hijo que tenga su mujer y le voy a dar unas vacas y unas ovejas, y una manada y una tropilla, y un lugar por ahí, en mi campo, y usted va a hacer un rancho, y vamos a ser socios a medias. ¿Qué le parece?...

—Como usted diga, señor.

Y don Juan Manuel, dirigiéndose al señor Miró le dijo:

—Bueno, amigo don Mariano, usted es testigo del trato, ¿eh?...

Y luego, dirigiéndose al gaucho agregó:

—Pero aquí hay que andar derecho, ¿no?...

—Sí, señor.

La comida tocaba a su término. Don Juan Manuel, dirigiéndose al negrito y mirándolo al gaucho, prosiguió:

—Vaya amigo, descanse; que se acomode este hombre en la barraca, y si está muy lastimado que le pongan salmuera. Mañana hablaremos; pero tempranito, vaya y vea si campea ese matungo, para que no pierda sus pilchas... y deguellelo... que eso no sirve sino para el cuero, y estaquélo bien, así como estuvo usted por zonzo y mal gaucho... —Y el paisano salió.

Y don Mariano Miró, encontraba aquella escena del terruño propia de los fueros de un señor feudal de horca y cuchillo, muy natural, muy argentina, muy americana, nada vio...

\*

Un párrafo más, y concluyo.

El cuatrero fue comrade de don Juan Manuel, su socio, su amigo, su servidor devoto, un federal en regla. Llegó a ser rico y jefe de graduación.

*Lucio V. Mansilla*

## CAPITULO II

### EL GOBERNADOR DE BUENOS AIRES Y EL HÉROE DEL DESIERTO

Consecuencia directa de todo cuanto había sucedido de 1824 a 1827, fue la elección del coronel Manuel Dorrego como gobernador de Buenos Aires. Dorrego había sido guerrero de la independencia y orador notable en el Congreso Constituyente, en el que combatió a Rivadavia, sosteniendo el principio federal como norma de organización política. A Dorrego tocábale recobrar la confianza de las provincias, más recelosas que nunca después de la «aventura presidencial». Tocábale también atender a la guerra con el Brasil y a la restauración del crédito, hondamente resentido por las extravagancias del gobierno anterior. En el orden interno, Dorrego fue afortunado porque firmó tratados de paz y alianza con las provincias que le acordaron el ejercicio de las relaciones exteriores y logró reunir una convención nacional en Santa Fe (1828).

En punto a la guerra exterior, difícil hubiera sido encontrar otra solución que la dada por él con asentimiento del país: anarquizado el ejército, comprometido Rivadavia con Inglaterra (1826-1827) a terminar la contienda<sup>[1]</sup>, Dorrego transó en reconocer la independencia del Uruguay. Los comisionados Balcarce y Guido, por tratados firmados en Río de Janeiro formularon la paz sobre esa base. La Convención Nacional de Santa Fe sancionó los tratados.

Dorrego, como Las Heras y como don Vicente López y Planes, puso la mira en Juan Manuel de Rosas para atender a los intereses de la campaña bonaerense. Le encargó de hacer la paz con los indios y le encomendó también un plan para extender las fronteras del sur y la formación de un centro de población y puerto en Bahía Blanca.

Pero el partido unitario, amparado en la libertad, llevó una implacable campaña contra Dorrego, que terminó a fines de 1828 con una conspiración contra su gobierno legítimo y contra la propia vida del gobernante. El 1.º de diciembre estalló el motín dirigido por Lavalle con tropas que venían del Brasil y pertenecían a la Nación. El 13 del mismo mes Dorrego murió fusilado en Navarro. Entre esas dos fechas, nada pudo aplacar el encono de los sublevados. El coronel Lamadrid, que formaba entre ellos, nos cuenta una entrevista que tuvo con Rosas, poco antes de que Dorrego cayera en poder de sus enemigos.

## ROSAS Y LAMADRID (1828)

En la tarde del 8 de diciembre, hallándonos a la altura del intermedio de la Guardia de Navarro y la de Lobos, en cuyo punto estaban acampadas las fuerzas de gobernador Dorrego o más propiamente las que había reunido el comandante general Juan Manuel de Rosas, así de las milicias como de los indios pampas (también alguna infantería y cívicos que habían salido del pueblo a reunirse con el gobernador aquél), propúsele al general Lavalle ir de parlamento al campamento de Lobos, a verme con mis dos compadres, Dorrego y Rosas, con el fin de evitar la efusión de sangre, pues tenía motivos para creer que escucharían mis reflexiones, arribándose a una pacífica terminación; que para esto podría él dirigirles la comunicación que gustase.

El general Lavalle se prestó a esta mi indicación y me dijo que me preparara para marchar con cuatro coraceros mientras él ponía la comunicación. Estando ya listo para marchar, habiéndome entregado un oficio para el gobernador Dorrego, cerrado, díjele:

— Creo preciso, general, ponerse en guardia, si usted me lo permite.

— Diga usted —me dijo.

— Digo, pues, que es preciso que mientras marchó a Lobos donde tienen su campamento, que usted se dirigiera con la noche, que no está lejos a la guardia de Navarro, para interponerse entre las fuerzas del gobernador Dorrego y los húsares que están al norte, que podrían venir a reunírseles, bien sea con fuerzas de Santa Fe o con las milicias del norte. Por otra parte, como no sabemos si se prestarán de buena fe a la proposición que voy a hacerles, es probable que hayan llamado en su auxilio al gobernador López, de Santa Fe, y que han de contar con Bustos y Quiroga. No será extraño que intenten ganar el norte para buscar dicha reunión. Puesto, pues, usted, con sus fuerzas, en Navarro, queda interpuesto entre ambas fuerzas y podría batirlas en detalle; para lograr mejor el engañarlos, convendría que siguiese usted mis huellas hacia Lobos, hasta que cerrase la noche y, llegada ésta, dirigirse a Navarro.

—Me parece bien su pensamiento —me dijo—, pero cuide usted, si proponen algún arreglo por medio de comisionados, que el plazo sea lo más breve posible.

—Pierda usted cuidado —le dije— que espero conseguir el objeto que me

propongo... —Y marché al galope.

El sol se ponía cuando entré en la plaza de Lobos, sin haber sido advertido por nadie a pesar de la bandera o pañuelo blanco que llevaba en la punta de su lanza uno de los coraceros, parando mi caballo en la esquina noreste, a cuyo palenque, o postes, estaban bebiendo sobre el mostrador de dicha esquina.<sup>[2]</sup> Pregunté al dueño de casa quién era el comandante de aquel punto y dónde se hallaba, y, habiéndome contestado que el comandante Bauness (un oficial inglés), que estaba en el alto de la misma esquina, le dije:

—Hágame usted el gusto de decirle de parte del coronel Lamadrid, que necesito hablar con él.

Apenas había proferido estas palabras, cuando corrió él a la escalera del altillo a prevenir al comandante, pero los milicianos, más ligeros que el viento, habían dejado los vasos sobre el mostrador, saltando a sus caballos y desaparecieron corriendo a escape para el campamento que estaba en la laguna de Cascallares, hacienda de un propietario de este nombre, situada como a poco más de una legua y cuarto de dicha guardia, al sudoeste. Quedéme a caballo, riendo de la eléctrica rapidez con que habían desaparecido más de doce hombres, mientras esperaba que bajase el comandante Bauness, lo cual ponía también en duda, por la carrera que se sintió en el alto al subir el dueño de la esquina. En efecto, viendo que el ruido del tablado del alto había quedado en silencio, y que el dueño de la casa no volvía en respuesta alguna, me dirigí, atravesando la plaza, a casa del coronel Domingo Arévalo, casado con una paisana mía, al cual le había tomado allí la revolución, pues calculé que tal comandante Bauness había seguido el ejemplo de los soldados.

En efecto, no me había equivocado, pues así que volví por mi caballo y hube caminado algunos pasos, lo descubrimos por sobre la cerca de pitas, corriendo muy agazapado, a pie, por entre el monte de durazno de la casa, hacia el sur. Pedíle al coronel Arévalo, así que me llegué, me proporcionaran algunos caballos, si los tenía, pues había llegado con el mío y dos más, cansados. Arévalo mandó al instante que desatasen tres o cuatro caballos que habían amarrado a un palenque, y mientras los ensillaban mis soldados, tomaba yo un mate que me habían servido y nos reíamos refiriendo la carrera del comandante y de sus soldados. Apenas se hubiera ensillado los nuevos caballos, subí al mío y me despedí de Arévalo, pues el toque de generala por cajas y clarines sonaba ya.

Luego que salí de la guardia y observé el alboroto del campamento, el

arrimo de las caballadas y el relucir de las lanzas a la espalda de los que corrían a tomar sus caballos, contuve el galope de los nuestros, para dar tiempo a los comprades a que se refrescasen, y pasado el estupor de su sorpresa, me mandaron a reconocer, y seguí andando al tranco de nuestros caballos. En efecto, sucedió lo que esperaba: cuando me hallaba ya sobre el campamento, marchando muy despacio, salió el cabo Riquelme, que había sido mi ordenanza en «Húsares de Buenos Aires», y era chileno, de los prisioneros de San Nicolás en el año 20, con cuatro hombres de blandengues a escape, en mi encuentro, y apenas se hubo aproximado lo bastante, a distancia que pudiera yo oírle su voz, me grita:

—Haga alto, mi coronel, media vuelta a la derecha...

Conocíle al instante, hice alto y mandé volver la espalda a mis coraceros. Llegado que hubo el cabo, saludándome me dijo:

—Mande echar pie a tierra, mi coronel, mientras sale el comandante general a recibirlo...

Así lo hice y me estuve riendo con el cabo (pues había sido un soldado que apreciaba por su honradez) de la disparada del comandante Bauness, cuando aparece mi compadre el comandante general don Juan Manuel de Rosas marchando a escape y solo, hacia mí, y apenas hubo llegado cuando, sentado su caballo sobre las patas, se tiró de él y vino a mi con los brazos abiertos. Yo le salí al encuentro con el mismo ademán y, abrazándonos, me dijo:

—Compadre querido, ¡cuánto siento el verle a usted en este lance entre mis enemigos! Usted me conoce y sabe que no sé lavar los cascos a nadie... El único hombre a quien respeto es a usted... ¡Si yo lo tuviera a mi lado me reiría de todos esos trompetas!... (recalcando esta última expresión).

—Compadre —le dije—, desde que usted me conoce y sabe mi proceder, juzgo que debió evitar semejantes expresiones... Soy mandado a instancias mías y llenaré mi deber... No perdamos tiempo que mi objeto es sólo evitar la efusión de sangre... Y le alcancé el oficio que tenía en la mano. Quiso abrirlo, y al introducir su dedo pulgar para romper el sobre, volvió el pliego al verlo y suspendiendo su acción, me dijo:

—Este oficio no es para mí...

—Abra usted —le dije— que mi comisión es cerca de ambos y creo que el oficio debe también de serlo—. Abrió entonces el oficio y empezó a leerlo. Todo

inmutado y poniéndose más colorado que un carmín se dirigió a mí y me dijo:

—Garantías... ¡Cuando es él que debe pedir las porque se ha sublevado contra la legítima autoridad presentando un escándalo sin ejemplo! Ya he dicho a usted, compadre, que si yo lo tuviera de mi lado me reiría de todos esos botarates... Y esto habría sucedido sin remedio si no hubiese recibido yo su carta de usted en la frontera, pues antes que usted la escribiera ya lo tenía yo todo preparado... —Todo esto me lo ensartó tan velozmente que no me dio tiempo a interrumpirlo, y apenas calló, le dije secamente:

—Compadre, perdemos el tiempo y el general Lavalle se aproxima; mi objeto es salvar a ustedes de ser lanceados y al país de un escándalo que podría tener funestas consecuencias: quiero que usted se persuada de esta verdad y que pasemos a ver al señor gobernador Dorrego...

—Imposible —me dijo—, no quiere dejarse ver de unos militares que han cometido la peor de las faltas.

—De esa falta, compadre, nadie sino el mismo gobernador ha tenido la culpa, pues él ha privado al pueblo de su más preciosa garantía, la libertad de elegir sus representantes, pues usted ha visto las tropelías que se han cometido en las elecciones por los agentes del gobierno y ésta es la razón por la que todo el pueblo ha estado por la revolución.

—Yo sé muy bien —dijo Rosas al oírme— que Dorrego es un loco... ¿Y por qué no me vio a mí para hacerla?... Perdemos el tiempo, compadre —le dije—, y esta pérdida de tiempo puede costar muchas vidas y es precisamente lo que he querido evitar, a cuyo sólo objeto me he interesado por venir a verme con usted.

—¿Y cuál es el medio que usted encuentra —me dijo— para que esos hombres vuelvan a su deber?...

—No hablemos de deberes, compadre —le dije—, porque ellos son recíprocos y sería preciso que cada uno llenara los suyos sin sobrepasarlos. Nómbrense diputados por ambas partes y discútase entre ellos lo que más convenga al sosiego y felicidad del país y eso se haría.

—Me parece bien su pensamiento, compadre —díjome Rosas—, pero para esto retírese Lavalle con sus fuerzas a los extramuros de la ciudad y procederá enhorabuena al nombramiento de cinco diputados por el pueblo, que nosotros los nombraremos mañana mismo por la campaña y reúnanse los diez en el punto de la

campaña que se elija por ellos mismos.

—No se equivoque, compadre, el general no retrocederá un palmo del lugar en que yo le encuentre, porque sería dejarlos a ustedes en posesión de toda la campaña, cuando una parte de ella está por la revolución. Los que deben retroceder a la otra parte del Salado son ustedes. El general Lavalle pasará donde yo le encuentre y puede ser que a la hora ésta no me esté muy distante. Con que, así, compadre, vea usted de decidirse, cuanto antes.

—Bien, compadre, queda acordado —me dijo— el nombramiento de los diez diputados para el día de mañana, mitad por el pueblo y mitad por la campaña; el general no pasará del punto en que usted lo encuentre y nosotros vamos a esperar del otro lado del Salado, pues ya cierra la noche... —y se dispuso a montar en su caballo.

—Compadre —le dije— vuelvo confiado en su palabra.

—Indudablemente —me repuso— y en prueba de ello, voy a instruir al gobernador de lo acordado y vuelvo con su contestación y trayéndole a usted un baquiano para que lo ponga en el camino, pues la noche se va descomponiendo.

—Muy bien, se lo agradeceré...

Y se marchó al gran galope, cerrando ya la oración.

Después de un rato de demora regresó con un baquiano perfectamente instruido por cierto, como se verá, y la confirmación, a nombre del gobernador Dorrego, de todo lo que habíamos acordado, Y nos despedimos... cerrada ya la noche, por cierto muy oscura. Caminamos cerca de una hora, guiados por el baquiano y sin esperanzas de encontrar el camino ni descubrir un solo rancho, pero ni ya un fogón. Disgustado yo de esto y adivinando el motivo, díjele al baquiano:

¿Qué significa esta demora?... ¿Trae usted orden de ponerme en el camino o de extraviarme de él?

—Dispéñeme señor, que con la oscuridad de la noche y los relámpagos, parece que me he perdido... Déjeme reconocer el lugar y espéreme un instante —me dijo, y picó su caballo a la izquierda.

Quedéme parado y rabiando, con los cuatro coraceros y escuchando el

galope del caballo del baquiano, tan presto para un lado, como para otro, y adivinando que mis tales compadres irían ya en marcha, pero no para el Salado, sino rumbiando al Norte, pues estaba clara su mala fe por la conducta del baquiano.

Vuelve éste al rato pidiéndome mil perdones y protestando por todos los santos que estaba perdido sin saber cómo...

—No es mala pérdida —le dije— pero más perdido está el que le ha mandado a usted perderse... ¡Pero protesto que le pesará!...

—No se engañe, mi coronel, haciendo malos juicios, pues le juro que estoy perdido. ¡Bendito sea Dios!... —agregó tirándose los cabellos...

—Deje usted de protesta y juramento y sáqueme cuanto antes a una casa cualquiera —le dije— pues demasiado me ha embromado ya con esta noche tan fría...

—Bendito que sea mi Dios, que no me cree... —dijo el paisano y picó el caballo con todos los ademanes de un gaucho pillito... y yo tuve la paciencia de reírme y seguir calculando el chasco que podía llevarse Rosas con toda su pillería. El paisano siguió haciendo como que paraba a escuchar de rato en rato y variando ya para un lado, ya para otro, hasta que descubrimos una luz a nuestra izquierda.

—En el momento —díjele— marche usted donde aquella luz... —pues iba ya pasado de frío y algo humedecido, porque nos había caído una pequeña garúa, pero iban ya cesando los relámpagos. Llegamos por fin a la casa donde se había visto el fuego, y así que la conocí acabé por confirmarme de la pillería de mi compadre Rosas, pues sólo estábamos como a diez cuadras o poco más de la guardia de Lobos y era más de la una de la mañana...

—Vaya con Dios, paisano —le dije—, a recibir el premio de su jefe donde lo alcance, que yo no necesite de su guía...

*Gregorio Aráoz de Lamadrid<sup>[3]</sup>*

Como se hubieran separado Rosas y el gobernador Dorrego, este último se

dispuso a enfrentar a los revolucionarios y, derrotado, víctima de la fatalidad, fue entregado por quien estaba obligado a obedecerle. El 13 cayó bárbaramente sacrificado por orden de Lavalle. Rosas iba camino a Santa Fe, donde el general Estanislao López, autorizado por la Convención Nacional, disponíase a oponerse a los rebeldes que ya invadían la provincia, y organizaba tropas colecticias. Después de Dorrego, el señalado para el sacrificio era López. «A los caudillos —dicen documentos escritos entonces con la mira puesta en el gobernador de Santa Fe— darle plomo y echarlos de barriga».<sup>[4]</sup>

Pero López arrojó a Lavalle de su provincia, y unido con Rosas, que comandaba milicias de Buenos Aires, lo derrotó en Puente de Márquez. El vencedor propuso la paz; Lavalle la rechazó, y como una división del ejército sublevado al mando de Paz había logrado pasar a Córdoba, López volvió a su provincia. Rosas quedó en Buenos Aires. Entonces Lavalle se dirigió a él en estos términos: «Desde que el gobernador López evacuó el territorio de la provincia y desde que en la actual lucha no hay sino porteños, no he excusado medio alguno de los que puedan llevarnos a una conciliación...». Sólo quería dar «a la parte propietaria e ilustrada», dijo, el debido ascendiente... Y como el vencido era Lavalle, Rosas, después de algunas conferencias, convenios y ensayos de avenimiento, impuso condiciones definitivas: el general Viamonte sería gobernador interino de la provincia. Había existido un gobierno legal que abandonó el poder porque el gobernador fue fusilado «por orden» de Lavalle; parecía justo, entonces, que aquella Legislatura de 1828 fuera restaurada. Y sería bien que el general Lavalle, autor del *pandemónium*, abandonara el país...

Todo se hizo así, y Lavalle se fue al Uruguay. Y con él sus parciales. Se iban profundamente disgustados con Paz, que en Córdoba había sido más afortunado y ya estaba en el gobierno de la provincia, dispuesto a tratar con los vencedores. Antes de partir, Lavalle le escribió a Rosas, su compatriota *porteño*: «Conservaré siempre la simpatía que usted me inspiró en Cañuelas» (lugar de las conferencias).

Y así las cosas, la Legislatura de Buenos Aires eligió gobernador a don Juan Manuel, con facultades extraordinarias, que años antes habían sido otorgadas a Martín Rodríguez.

Si hemos de creer al general Tomás de Iriarte, guerrero de la independencia y en 1829 muy adicto al sistema federal (como que había sido víctima de la sublevación de Lavalle y sufrido destierro en Montevideo), Rosas el día en que prestó juramento, y antes de trasladarse de su casa a la Sala de Representantes, mostróse perplejo y profundamente emocionado. El general Iriarte, que no creía en

los extremos demostrados —según lo afirma él— por el nuevo gobernador, describe así la escena:

#### EL 8 DE DICIEMBRE EN CASA DE ROSAS (1829)

El 8 de diciembre tomó posesión del mando. Los generales Balcarce y Martínez ocuparon sus antiguos destinos, aquél ministro de la guerra y éste de inspector. En el orden estaba que, por iguales causas, volviese yo a desempeñar la comandancia general de artillería; pero no se me tuvo presente, y el motivo, como Balcarce y Martínez y yo sospechábamos, fue sin duda la acalorada disputa que había tenido en Montevideo con don Nicolás Anchorena, mis desnuestos contra Rosas, que Anchorena no dejaría de comunicarle. Lo cierto es que, desde entonces, observé que, por más que lo disimulara, Rosas me profesaba una mortal aversión. Yo no he cesado de retribuirle mi antipática disposición hacia su persona; siempre ha sido Rosas para mí un hombre repulsivo.

El día del recibimiento de Rosas, como otros muchos jefes militares y de las corporaciones civiles, asistí a su casa por invitación especial para acompañarlo a la Casa de Representantes. La hora se pasaba y Rosas no se presentaba en el salón donde un inmenso concurso lo esperaba. El general Mansilla, su cuñado, vino a decirnos que dejaba a Rosas en su habitación traspasado de dolor; que estaba aterrado de la idea de admitir un cargo tan elevado y de tanta responsabilidad, conociéndose sin capacidad para desempeñarlo; que resistía vivamente a ocupar la silla del gobierno y quedaba llorando como una criatura. Enseguida agregó Mansilla: «Pero voy a hacer el último esfuerzo para persuadirlo; no sé si seré bastante feliz para conseguirlo, porque el hombre está consternado y es difícil hacerlo ceder».

Poco después entró Rosas acompañado de Mansilla; tenía efectivamente los ojos colorados como si hubiera llorado, y todo su exterior hacía creer que sentía una gran emoción en aquel momento. ¡Infame, malvado gaucho! A mí no me engañó, y a un amigo de confianza que estaba a mi lado le dije: «Es el llanto del cocodrilo...».

No faltaron cándidos que no conocieron la mistificación; que creyeron *bona fide* que a Rosas le repugnaba ser gobernador. Este hipócrita tiene gran facilidad para manifestarse enternecido, dando al acento de su voz una expresión tierna y temblona y a todas sus gesticulaciones un gran aire de solemnidad. Se concluyó la ceremonia de la recepción después de haber Rosas proferido un estudiado discurso, con las mentidas protestas de estilo y respirando moderación.

Ese mismo día de su ascensión al mando —8 de diciembre de 1829—, por la noche, recibió Rosas en una de las salas del Fuerte al agente del nuevo gobierno oriental independiente, don Santiago Vázquez, a quien hizo diversas declaraciones que el diplomático se apresuró a comunicar a su gobierno.

«NO SOY PARA GOBERNAR...» (1829)

En la mañana de este día, aún no había ministros. El Agente pidió al Oficial Mayor, el señor Moreno, supiese si podía hablar al señor Gobernador; se le dijo que en aquel momento estaba gravemente ocupado, pero que le recibiría dentro de un rato; pasado éste y sabiendo que se hallaba en importante conferencia con los señores Guido y García, manifestó el Agente al señor Moreno que su objeto era saludar particularmente a Su Excelencia y manifestarle que tenía comunicaciones de su gobierno con relación a las especies que se habían propagado sobre reunión armada en aquel territorio por jefes argentinos; que tales especies, igualmente ominosas para ambos Gobiernos, carecían de fundamento, etcétera, que conociendo que aquellos momentos eran inoportunos, y deseando también acelerar este conocimiento a Su Excelencia, le encargaba se lo trasmitiese, y evitaba distraerle de sus atenciones. Se retiró el Agente, y al anochecer recibió un billete del señor Moreno, en que le manifestaba que Su Excelencia le había llamado en los momentos de su separación, y sentía no haberle visto; que deseaba hablarle en privado y le rogaba, que si no le era molesto, le visitase en la noche.

En el acto pasó el Agente a la casa del Gobierno, e introducido desde luego al gabinete de Su Excelencia, fue recibido con demostraciones de atención y confianza particular; repitió la manifestación que había hecho el señor Moreno, a la que Su Excelencia contestó que el gobierno no había dado crédito a esas especies, pero que agradecía particularmente aquel aviso; que tal conducta cimentaba la confianza que deseaba estrechar, y que usando de ella se entendería privada y confidencialmente con el Agente sobre cualquiera ocurrencia de igual naturaleza.

Después de atenciones obligantes de ambas partes, y cuando el Agente se proponía retirarse, el señor gobernador se introdujo en una explicación determinada en que se propuso demostrar los principios que le habían conducido

en su carrera pública, desde que ella comenzó, hasta el día, haciendo aplicaciones a los sucesos; esta conferencia interesante y peregrina merecería ser redactada completamente, pero lo será en lo principal, con absoluta exactitud en la sustancia y en el modo.

El señor gobernador habla: «Aquí me tiene usted, señor Vázquez, en el puesto del que me he creído siempre más distante; las circunstancias me han conducido; trataremos de hacer lo mejor que se pueda; de evitar nuevos males; yo nunca creí que llegase este caso, ni lo deseaba, porque no soy para ello; pero así lo han querido, y han acercado una época que yo temía hace mucho tiempo, porque yo, señor Vázquez, he tenido siempre mi sistema particular, y voy a manifestarlo a usted francamente como lo he seguido desde que empecé a figurar. Conozco y respeto mucho los talentos de muchos de los señores que han gobernado el país, y especialmente de los señores Rivadavia, Agüero y otros de su tiempo; pero, a mi parecer, todos cometían un grande error, porque yo considero en los hombres de este país, dos cosas: lo físico y lo moral; los gobiernos cuidaban mucho de éste, pero descuidaban aquéllo, quiero decir que se conducían muy bien para la gente ilustrada, que es lo que yo llamo moral, pero despreciaban lo físico, pues, los hombres de las clases bajas, los dé la campaña, que son la gente de acción.

«Yo noté esto desde el principio, y me pareció que en los lances de la revolución, los mismos partidos habían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque usted sabe la disposición que hay siempre en el que no tiene, contra los ricos y superiores. Me pareció, pues, desde entonces, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa clase para contenerla, o para dirigirla; y me propuse adquirir esa influencia a toda costa; para esto me fue preciso trabajar con mucha constancia, con muchos sacrificios de comodidades y de dinero, hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos y hacer cuanto ellos hacían; protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses, en fin, no ahorrar trabajo ni medios para adquirir más su concepto.

«Esta conducta me atrajo los celos y las persecuciones de los gobiernos, en lo que no sabían lo que se hacían, porque mis principios han sido siempre: obediencia a las autoridades y a las leyes. Así es que, para seguir este sistema he sufrido muchos riesgos, y conocía que hasta mi vida peligraba muchas veces, pero no era fácil que Juan Manuel Rosas retrogradase de lo que se había propuesto. Yo he observado en medio de estos riesgos la exactitud de mis ideas, porque he visto asomar por tres veces esa época que calculaba; una el año 15, otra el año 20, y otra ahora; en el año 20 nada se hubiera hecho sin mis esfuerzos; después aumenté mi influencia hasta donde puede aumentarse, porque usted no tendrá idea de que los

indios se nos hayan unido nunca para hacer la guerra a los mismos indios. Pues yo hice que acompañasen a Rauch seiscientos indios de pelea. ¿Quién hizo eso sino Rosas?...

«Sin embargo, fui perseguido el año 20; lo fui por la presidencia de todos modos; lo fui en tiempo de Dorrego (que tenía la misma desconfianza que los otros). En tiempo de éste, renuncié la Comandancia de Campaña pero no me admitió la renuncia; mi conducta siempre ha sido la misma; muchos creen que soy federal, se equivocan; yo no soy federal, no señor, no soy de partido ninguno sino de la Patria, ni tampoco he deseado estas cosas, muy al contrario. Es verdad que no podía gustarme ese movimiento del 1.º de diciembre porque en nuestra historia; yo no podía sufrir semejante escándalo por las instituciones, pero he hecho cuanto he podido por evitar la guerra civil, y si no, vea usted mi conducta. Dorrego sale de campaña y me manda que reúna las milicias. ¿Qué había yo de hacer sino obedecer?... El era la autoridad legítima, yo era comandante general. ¿Qué remedio tenía, sino obedecer?

«Después de eso, aquí, los señores que dirigieron eso, no se quisieron entender con Rosas. En fin, sale Lavalle a campaña y envía a nuestro campo a mi compadre Lamadrid, que traía una carta (que parecía papelito de pulpería) en que se nos ofrecía que nos iríamos a nuestras casas. Me habló con un tono fuerte, yo le respondí con mucha calma: “Compadre, ustedes no saben en lo que se han metido, ustedes se pierden; sus tropas son buenas, pero nosotros no les hemos de dar batalla y aunque les diéramos muchas, y todas las perdiéramos, nada habían ustedes de adelantarla campaña es toda nuestra, los hemos de fatigar y concluir”. En fin, le hice muchas explicaciones que lo convencieron y entonces, ya en otro tono, me preguntó qué podía hacerse para evitar tantos males. Yo le respondí: “Diré a usted lo que me ocurre de pronto; mire, compadre, yo no tengo interés ninguno en que mande Dorrego, que mande cualquiera; lo único que quiero es que quitemos el borrón que se ha echado a nuestras instituciones y a nuestra historia y estoy pronto a todo, en salvando el honor del país y de las leyes: podemos convenir en que nosotros ocupemos la parte exterior del Salado, y ustedes la interior del río de la Matanza, y nombraremos cinco ciudadanos de talento de cada parte, para que arreglen este negocio y nos propongan el modo de reparar el ultraje de las leyes, y si esto se hace, prometo, bajo mi palabra de honor, que todos nos retiraremos a nuestras casas y que mande cualquiera...”.

«¿Sabe usted cuál fue la contestación de Lavalle? Atacarnos al día siguiente... Yo le había dicho desde el principio a Dorrego el plan que debíamos seguir: “Si usted quiere —le dije— destruir el ejército de Lavalle, esto es muy

sencillo. Usted sublevará la campaña en masa por el norte, yo haré lo mismo por el sur, y dejaremos a Izquierdo en el centro, de observación. Si Lavalle va al norte, Izquierdo le sigue a retaguardia y yo me vengo sobre la ciudad. Si Lavalle se va al sur, Izquierdo le sigue del mismo modo y usted se viene sobre la ciudad”.

«Éste era mi plan, en que Dorrego convino; quedamos en que mandase un destacamento a observar al enemigo, mientras yo reunía alguna gente. Cuando volví, me incomodó que no había salido el tal destacamento, monté cien hombres, y salí con ellos. A las tres leguas y media encontré al ejército, le hice mis escaramuzas para probarlo, y vi que las tropas eran buenas, pero que el general no lo entendía para esta guerra. El no salía de su formación, y sus maniobras eran todas de veteranos; por consiguiente, vi que nada tenía que temer. Despaché un chasque a Dorrego diciéndole que había llegado el momento de realizar el plan, y que él se preparase a marchar por el norte; mas, ¡cuál fue mi asombro, cuando al llegar al campo, me encuentro a nuestra gente formada y en línea de batalla y esperando al enemigo!... Éste estaba ya encima, y como Dorrego tenía aquella cabeza, yo no había de pelear con él, y ya no había tiempo para reflexionar, aunque conocía qué disparate era dar acción, porque era preciso, señor Vázquez, que viese usted nuestra línea, por parte con armas blancas, por otras sin arma ninguna, por otras las pocas de fuego casi todas descompuestas. Vaya, era un desatino pelear...

«Sin embargo, si Dorrego no fuera tan loco... si con tiempo me hubiera consultado para esto, siquiera hubiéramos formado la línea de gente armada y escogida, y los indios nos hubieran servido, porque ellos, sepa usted que se batieron bien. En fin, usted sabe el resultado y mire que allí quedó todo concluido, porque fue una derrota completa: luego Dorrego se fue a meter con la tropa de línea... En fin, en tales circunstancias, todavía yo me propuse hacer lo posible por cortar la guerra y mi conducta fue en este sentido, porque ¿qué hice yo?... Marchar para Santa Fe, que diga alguno si convidé a nadie para que me siguiese... A nadie escribí a la ciudad, ni a mi mujer, porque no quería comprometer a mis amigos. Lo único que hice, señor Vázquez, fue escribir tres cartas al sur, porque yo sabía que era preciso conservar mi nombre por lo que pudiera suceder. Luego que llegué a Santa Fe, di muchos pasos para evitar la guerra, no por mi mismo, pero por medio de otras personas, y crea usted, señor Vázquez, que yo me hubiera convenido, por evitarla, hasta en salir del país y pasar a la Banda Oriental o al Entre Ríos; me hubiera bastado salvar a las personas que se hablan comprometido por mí, las de la campaña se entiende, porque las de la ciudad... ¿qué me importaba a mí?...

«Pero no quisieron nada con Rosas: ya dije a usted que los señores de aquí no querían nada conmigo, cuando podían conseguir todo; se entiende, con

decencia, porque Juan Manuel Rosas es incapaz de bajezas; sin embargo, todavía me contuve quieto a pesar que de la campaña me llamaban con insistencia; y yo, nada; después me pedían que les mandase un general, pero tampoco, no quise hacer nada, y me propuse también que conociesen que sin mí, nada podían, porque yo sabía lo que les había de suceder, que no se habían de entender, como sucedió, que no se entendían unos con otros: por fin, Lavalle cometió el último desatino, metiéndose en la provincia de Santa Fe hasta el Carcarañá, para hacer nada, como usted sabe, y luego retirarse; ya entonces no podía yo contener a López, y, viniendo él, era preciso que yo estuviese también bastante lo sentía y bastante hice para evitar males; por fin, llegaron las cosas al estado que usted ve, y aquí me tiene usted empeñado en este lugar, en circunstancias tan difíciles. Todos dicen que soy federal, y yo me rió... Ya dije a usted que yo no soy federal, nunca he pertenecido a semejante partido; si hubiera pertenecido, le hubiera dado dirección, porque como usted sabe, nunca la ha tenido: ese Dorrego... ¡Mire usted qué cabeza!... nadie lo conocía mejor que yo. En fin todo lo que yo quiero es evitar males y restablecer las instituciones, pero siento que me hayan traído a este puesto, porque no soy para gobernar».

Mucho más extensa fue esta explicación, mas la parte redactada es la principal y está vertida con exactitud hasta en el lenguaje.

*Santiago Vázquez<sup>[6]</sup>*

## LOS FUNERALES DE DORREGO (1829)

El 13 de diciembre, aniversario del asesinato del gobernador Dorrego, fue el día señalado para sus funerales. Una comisión del gobierno marchó a Navarro, lugar de su suplicio: sus restos mortales fueron exhumados y se verificó la identidad mediante un sumario que al efecto se levantó. Se condujeron a Buenos Aires con gran aparato. La función de iglesia fue magnífica; se elevaba un vistoso y lúgubre catafalco y los restos estaban allí colocados en una urna de caoba dorada entre dos piras que ardieron constantemente durante el servicio religioso. El canónigo Figueredo pronunció la oración fúnebre que fue larga y patética; pasó en revista los servicios de Dorrego a la causa de la independencia; fueron importantes desde el principio de la revolución. El cortejo hasta el cementerio fue numerosísimo, y Rosas lo presidía. El también pronunció el discurso fúnebre sobre

la urna funeraria; como era ya de noche, Guido alumbraba el escrito que Rosas leía en el tono más patético. Al presenciar esta ceremonia no cesó de ocurrírseme que Rosas en aquel momento sentía un placer indecible por la desaparición del único hombre que había, sin duda alguna, puesto un fuerte obstáculo a sus planes de engrandecimiento.

Pero esto no impedía que el gaucho falaz y fementido sacase con frecuencia el pañuelo en ademán de enjugar sus fingidas lágrimas. Todo el día se empleó en estas espléndidas exequias. Jamás se habían celebrado en Buenos Aires otras que fuesen tan suntuosas e imponentes; reinó un gran recogimiento. La tropa que acompañó el cadáver hizo las correspondientes decargas en el tiempo oportuno; de rato en rato se oía el cañón de la fortaleza que no cesó de dispararse con uniformidad de intervalos, durante todo el día.

*Tomás de Iriarte*<sup>[7]</sup>

Desterrado Lavalle, como hemos dicho, y Rosas en el gobierno provincial con facultades extraordinarias, el país ofreció en su aspecto político interno, una singular apariencia. Las cuatro provincias litorales unieron su acción en alianza amistosa declarándose partidarias del régimen federal de gobierno. En Córdoba, el general Paz, con fuerzas que habían sido nacionales y en solidaridad (un poco a pesar suyo) con el motín de diciembre y con la muerte de Dorrego, no hacía cuestión de sistema político y deseaba transar, pero se le sabía muy adepto del círculo rivadaviano. El federalismo estaba representado en el interior por el caudillo riojano Juan Facundo Quiroga, vencido por Paz en La Tablada (junio 1829). En febrero de 1830, con la nueva victoria de Oncativo, obtenida por Paz sobre Quiroga, el primero consolidó su poder en el interior y se convirtió en dictador militar de una liga de nueve provincias, gobernadas por oficiales de su ejército, dispuestos, al parecer, a jugarse contra los gobernadores del litoral (Rosas y López). Quiroga huyó a Buenos Aires después de Oncativo y dio como pretexto de su derrota el abandono en que le habían dejado sus amigos del litoral. En verdad, la federación del litoral ocultaba ya el germen de futuras discordias. El gobierno de Buenos Aires desde el año 20 se había declarado no sólo dueño exclusivo de su puerto, sino de la entrada del río Paraná y tal situación económica aseguraba su poder político y militar, al par que despertaba recelos en Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. Por otra parte, Juan Facundo Quiroga, representante del

federalismo mediterráneo, hombre de carácter impulsivo y fiero, vivía ajeno a todo principio de organización. El brigadier correntino Ferré, de tendencia anticentralista y federal en 1830 y 1831, hombre de bien y de principios, cuenta en su Memoria una entrevista que tuvo con Rosas y Quiroga en Buenos Aires en 1830. Con alguna exageración — según lo entendemos— el autor de la *Memoria* exhibe la posición personal de Quiroga, después de Oncativo.

#### QUIROGA FRENTE A ROSAS (1830)

A los pocos días de esto tuve que visitar a Rosas y estando solo con él se hizo anunciar el general Quiroga por medio de una negra, que tenía que abrir tres puertas por un zaguán estrecho, para introducir al que tenía que llegar al cuarto de aquél.

Tan luego como entró Quiroga y tomó asiento, me hizo Rosas conocer de él; y confieso que por mi parte nunca quise hacerlo, desde que supe la poca educación con que había tratado a varios sujetos que lo habían visitado. Luego que me conoció me hizo los cumplimientos de estilo con bastante urbanidad, que yo le correspondí. Después de este acto tomó un aspecto imponente hacia Rosas y le dijo:

— Señor gobernador: vengo a que me dé mi pasaporte para pasar a Montevideo.

Rosas le contestó ya con una sorpresa que no pudo disimular:

— Señor general: ¿Qué motivos tiene para separarse de un pueblo que lo distingue como su mejor amigo, y de mí que tanto lo aprecio?

Quiroga contestó:

— No me he costado a darle satisfacción, sino a pedirle mi pasaporte, no me ha de suceder aquí lo que a Aráoz en Tucumán.

Dijo esto de un modo tan vigoroso, que me pareció que sacaba el puñal contra Rosas, y creo que éste no esperó menos, por la turbación en que se hallaba. Yo entonces, deseando aplacarlo, le dije:

— Señor general: no creo que en este pueblo, que ha demostrado tanto aprecio a su persona le suceda lo que acaba de indicar.

A esto repuso inmediatamente dirigiéndose a mí:

— Cuánto me alegro que una persona como el señor Ferré se halle presente en los momentos que he dado este paso, y para convencerlo de las razones que tengo para darle, quiero instruirle en pocas palabras cuál ha sido la conducta de este hombre para conmigo. Estaba yo disfrutando de mi vida privada en mi país, después que el general Paz tomó a Córdoba, cuando recibí una comunicación de él y del gobernador de Santa Fe, López, a quien se le había dado el cargo de general de la Nación para dirigir la guerra contra el movimiento del 10 de diciembre, por la convención reunida en Santa Fe. Ambos me invitaban a nombre de la patria para que, haciendo uso de mi patriotismo, recursos y relaciones en las provincias interiores, procurase reunir un ejército que bajase a obrar en combinación con el que se preparaba en las provincias litorales, Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, para destruir el poder de Paz en Córdoba. Tan luego como recibí esta comunicación, puse en práctica todo lo que exigía: sacrifiqué mi fortuna y algunas víctimas para poder llenar mi compromiso y bajé con mi ejército, creyendo encontrar al que me ofreció el general de la Nación, en las inmediaciones de Córdoba, pues no había merecido aviso ninguno después de mi invitación. Pero cuál sería mi sorpresa cuando al llegar a las inmediaciones de Córdoba, me encuentro con la noticia de que no había tal ejército combinado; que el general de la nación estaba en su casa en Santa Fe, sin hacerme saber nada; y que el general Paz tenía un ejército mucho más fuerte que el mío. Estos motivos debieron hacerme retirar y no aventurar una batalla; pero el honor, y la desmoralización que era consiguiente a una retirada, me obligaron a buscarla. Fui desgraciado en la Tablada, y fue cuando mi indignación llegó al extremo. Eché la capa al toro, y volví al centro de mis recursos, sacrifiqué infinidad de víctimas, que deben pesar sobre la cabeza de éste (señalando a Rosas) y de López, por proporcionarlas; formé un nuevo ejército y volví contra el de Paz, no con el deseo de vengarme de éste, sino de triunfar de él, considerarlo y bajar a colgar las cabezas de López y de éste (volviendo a señalar a Rosas). Fui segunda vez desgraciado en la Laguna Larga y no tengo embarazo en confesar que mi pérdida consistió en que mis conocimientos militares no eran suficientes para combatir con los del general Paz; triunfó su capacidad, no su poder. Aquí tiene usted, señor Ferré, una idea de las razones que tengo para no tener confianza del gobernador actual de Buenos Aires, que quién sabe si mañana no amanecerá él mismo colgado. Si él y López hubiesen llenado sus deberes y promesas el ejército que me ofrecían y el mío, hubiesen triunfado plenamente de Paz; pero lejos de eso, López entró en relaciones con Paz, mandó enviados a Córdoba, celebraron convenios, y me abandonaron dejándome en las astas del toro...

Rosas estaba trémulo y mudo mientras estaba hablando Quiroga, quien, sin decir más palabra se levantó, se despidió y se fue; y yo tuve que hacer luego lo mismo porque el dueño de la casa parecía estar en éxtasis. No sé lo que habría después sobre todo, ni por qué desistió Quiroga de su viaje; mucho se ha hablado sobre el particular; pero como nada me consta, excuso dar mi opinión a este respecto.

Continuaré hablando sobre mi comisión hasta sus resultados. Convencidos los gobiernos en el tratado que debía formularse, convinieron el de Santa Fe y Entre Ríos apersonarse en San Nicolás, señalándose el tiempo de la reunión. Como lo fue, de que saliésemos Rosas y yo para aquel destino, lo hizo primero Rosas el 24 de marzo quedando a esperarme en Luján; y yo salí el 28 con el doctor Maza, que había quedado para acompañarme. Al día siguiente llegamos a Luján, en cuya noche me obsequió Rosas con un baile y una cena. Al baile fueron invitadas las señoras principales del pueblo entre las cuales había algunas que eran contrarias, ya sea a la política, o a las personas de la administración. De éstas eligió una para romper el baile con un mulato loco, esclavo de Rosas, a quien llama Viguá, vestido con una de aquellas libreas que usaban los lacayos. Cuando yo vi esto me retiré del baile, y no quise acudir a ningún otro de los que se dieron en San Pedro y San Nicolás. En cada uno de esos pueblos era recibido Rosas con arcos triunfales, aclamaciones y vítores, que cualquiera advertido conocería que todo era obra del mismo Rosas por medio de agentes que enviaba, delante, al efecto. Ocuparme en referir los disparates e imposturas con que se entretenía con unos cuantos locos que traía consigo, sería exponerme a no ser creído.

Llegamos a San Nicolás, y ya encontramos allí al señor López, gobernador de Santa Fe, quien venía plenamente autorizado para representar también al gobierno de Entre Ríos. Tuvimos allí nuevas conferencias, de que resultó acordar que cada gobierno nombrase un representante y que se reunieran en Santa Fe para celebrar el tratado definitivo. Mas no era éste el empeño principal de Rosas, sino el comprometernos a hacerle la guerra al general Paz en Córdoba, sobre lo que trabajó cuanto pudo; pero no se hizo otra cosa que convenir en que a nombre de los cuatro gobernadores, se le oficiase pidiéndole explicaciones sobre su conducta política, y algunos cargos, que en suma se dirigían a que disolviese su ejército. El doctor Maza fue encargado de la redacción de este oficio, a la que me opuse, porque allí aparecían los gobiernos como una autoridad nacional a quien debía respetar como tal el general Paz. Rosas quiso sostenerla; pero como el señor López se plegase a mi dictamen, éste prevaleció. Entonces se encargó la redacción a don Pascual Echague y a don Domingo Oro. Convenidos con la nueva redacción, aunque no al gusto de Rosas, y extendido y firmado el oficio, se despachó a Oro

con él.

Luego convinimos con el señor López en nuestro viaje a Santa Fe; y el día anterior a nuestra salida, habiendo quedado la casa despejada de modo que parecía no había más gente en ella que Rosas y yo, se me presentó éste, en la puerta de mi sala, preguntándome si estaba ocupado, y habiéndole contestado que no, me invitó a ir a su sala a conversar, a lo que accedí inmediatamente.

Es de advertir que, ya instruido yo de su meditado plan, y de que según él no consentiría jamás en la prosperidad de los pueblos protegiendo su industria por medio de una nueva economía política, y siendo esto uno de los encargos principales que yo tenía de mi gobierno, de acuerdo con los demás, me resistía a las pretensiones de Rosas, mientras no cediese al justo reclamo de los pueblos sobre el particular.

Con el motivo que ya he dicho, tuvimos con Rosas una sesión en que agotó todos sus medios para inclinarme a que destruyésemos primeramente a Paz, en Córdoba, y después se arreglaría todo aquello concerniente a la prosperidad de las provincias. Esta opinión rebatía yo diciendo que no era incompatible lo uno con lo otro, sino que, al contrario, las provincias todas bendecirían al primer gobierno de Buenos Aires que se había fijado en el bien de ellas. Rosas instaba en su opinión y al mismo tiempo en que yo le dejase a nombre de mi gobierno la facultad de entretener las relaciones exteriores; y para corroborar lo que sostenía, me presentó una carta de su primo don Tomás Anchorena (diciéndome que para él era un oráculo, pues lo consideraba infalible) en la que exprimía todo su talento en apoyo de la política que sostenía en aquellos momentos el gobierno de Buenos Aires. Mi última contestación fue decirle que no me era dado dejarle las facultades que pedía, en razón de que él se negaba al justo reclamo de los pueblos respecto al arreglo del comercio extranjero en las producciones del país, lo que fomentaría su prosperidad; y que yo terminaba mis consideraciones con él, porque nada adelantaría en continuarlas con quien no sostenía su opinión propia por sujetarse a la decisión de su oráculo.

*Pedro Ferré<sup>[8]</sup>*

Desde febrero a diciembre de 1830, Paz hizo algunos equilibrios para evitar

esa guerra entre el litoral y el interior que definiría irremediabilmente una situación harto difícil de sobrellevar. Los jefes federales Rosas y López, mostrábase igualmente cautos en sus proceder: Rosas en Buenos Aires parecía satisfacer la opinión general y en particular a las clases conservadoras. Aseguraba *el orden y los patacones...* De Rosas, en 1831, tenemos un esbozo que nos ha dejado el general Eustoquio Frías, su enemigo, en unos apuntes que dictó, ya en su vejez, a don Benjamín Villafañe y fueron publicados en la *Revista Nacional*. Dicen así:

#### MI RETIRO (1830)

Concluido el convenio entre el general Lavalle y Rosas [Frías], se retiró del servicio. El año 30, solicitó del gobierno su absoluta separación, habiendo conseguido un informe del cirujano mayor coronel don N. Rivero, para fundar su petición en su quebrantada salud. El inspector, que era el coronel don Casto Cáceres, al elevarla, hizo presente sus servicios en la guerra de independencia y del Brasil y de la ley del año 26, que decía que todos los que se inutilizasen gozarían del sueldo íntegro de su clase. Pasada la solicitud al auditor de guerra don R. Escarranea, en su dictamen dijo: «No perteneciendo el recurrente al ejército de la provincia, y sólo al ejército nacional, no lo considero digno de la consideración de este gobierno».

Con este informe, recogió la solicitud y se retiró. A los pocos meses fue llamado al servicio y se excusó haciendo presente su mal estado de salud; mas uno de los edecanes del general Rosas le aconsejó que se presentase personalmente, prometiéndole proporcionarle el modo para que Rosas lo recibiese. A los pocos días de esta oferta, se resolvió a presentarse. El edecán lo anunció y lo condujo a una pieza donde debía esperar al general, el que poco tardó, porque al momento se presentó en mangas de camisa, calzoncillo, con chinelas y sombrero de paja con ancha cinta punzó. Después del saludo, preguntó cuál era el objeto de la visita, a lo que contestó Frías que el año 30 habla presentado al gobierno la solicitud que tenía el honor de mostrarle. La tomó [Rosas] y dio principio a la lectura, diciendo al sirviente que le trajera mate. Después de haber leído parte de la solicitud, le dijo:

- ¿Usted ha sido oficial de Lavalle?...
- No, señor, he servido bajo sus órdenes como militar que soy...
- Pero ¿usted no querrá servir con los federales?...
- No, señor, no es que no quiera, sino que mi salud no me lo permite.

— Pero usted es joven y puede hacer carrera.

— Ruego a usted me conceda mi retiro, pues mi capital consiste en una peseta y creo que de changador, en los años que he servido a mi patria, tendría diez pesos.

— Todo es porque siempre ha servido a gobiernos ingratos...

— Si el señor gobernador me permite que le hable con franqueza, le diré los motivos que me obligan a no servir. Primero, lo quebrantado de mi salud; segundo, la ingratitud de los gobernantes; y tercero, que pertenezco a un partido contrario a V. E. y mis sentimientos tal vez me obligarán a traicionarlo. Para no dar un paso que me degrade, suplico a Vuestra Excelencia se digne concederme mi retiro.

— Me agrada la franqueza de usted... A las once véame en mi despacho...

Al día siguiente, al entregarle el general Rosas la cédula de inválido, le dio quinientos pesos diciéndole:

— Cuando usted se halle necesitado, busque, no al gobernador Rosas, sino a Juan Manuel Rosas...

Le dio los agradecimientos Frías y no volvió a verlo más.

*Eusloquio Frías*

A principios de 1831, y como término y remate de una situación insostenible, se iniciaron las ofensivas militares entre el ejército federal del litoral, mandado por López, y el unitario del interior, bajo el comando de Paz. Iba a decidirse la suerte de la República. El ejército de Buenos Aires, importante por el número de sus efectivos y por su organización (que debía ponerse a las órdenes del gobernador de Santa Fe) llevaba como jefe al general Juan Ramón Balcarce y oficiales tan distinguidos como Iriarte y Enrique Martínez. En marcha a Córdoba, para reunirse a las fuerzas de López, detúvose el ejército en San Nicolás y el gobernador Rosas acudió a ese punto a objeto de presenciar una parada militar y pasar revista al ejército que habría de rendirle los honores debidos a su cargo. El general Iriarte,

entonces jefe de la artillería, describe así este episodio de la campaña:

### ROSAS EN EL EJERCITO FEDERAL (1831)

Rosas, después de haber pasado una parte de la noche con los dos generales, se retiró del campamento y fue a dormir a una casa de campo distante una legua.

Al día siguiente muy de mañana el ejército formó en el orden de parada; la artillería a mis órdenes ocupaba la derecha de la línea que era el lado por donde Rosas debía presentarse: las siete piezas que mandaba el coronel Luna formaron a la izquierda. Después de haber esperado largo tiempo, Rosas se presentó a caballo con una pequeña comitiva; el traje de *gran gaucho* merece describirse: pantalón y chaqueta desabrochada, gorra de cuartel con una funda de hule y sobre ésta una gran divisa colorada con el lema de *Federación o muerte*; el poncho atado por la cintura aseguraba un cuchillo de monte (puñal) cuyo cabo sobresalía por sobre la chaqueta; sobre el poncho estaban atadas las *bolas*; un rebenque a uso del país; no llevaba sable. Todos comprendimos que su objeto al presentarse en este traje de gaucho decente, era no sólo para popularizarse con los guasos de la campaña, sino para manifestar el más profundo desprecio a los generales, jefes y oficiales del ejército que, así como la tropa, vestían aquel día su uniforme de gala: la cosa no podía ser más clara. Cuando llegó a la altura de nuestra derecha, la artillería lo recibió con una salva y vivas a la Nación, a la junta, al gobierno, y a la persona de Rosas, según estaba de antemano dispuesto.

La infantería descargó sus fusiles y proclamó del mismo modo a medida que el gaucho llegaba a los respectivos frentes de banderas. El gaucho estaba visiblemente asustado al verse entre tropas de línea.

Después se maniobró por cuerpos y cuando se rompieron filas, los jefes y oficiales nos presentamos al gobernador en el cuartel general. Profirió el tirano un largo discurso henchido de los lugares comunes de bien comunal, causa pública, la federación santa, la obediencia de las leyes, etcétera, etcétera... El malvado se manifestaba conmovido y con su acostumbrada hipocresía aparentaba estar enternecido, mediante un tono lacrimoso y de solemnidad y unción que el hipócrita artero sabe asumir con gran facilidad y cuando quiere y le conviene.

Después de este acto, la primera diligencia de Rosas fue montar a caballo y dirigirse a la maestranza de artillería establecida en San Nicolás; no bien hubo entrado preguntó cuál era la cureña de obús cuya gualdera se había trozado al primer disparo; tomó una azneta y dio algunos cortes para cerciorarse de que la

madera estaba en mal estado, y conocí cuando me lo refirieron —pues yo no estaba presente— que el picaro y desconfiado gaucho había sin duda sospechado que yo lo había engañado con un falso parte, que la gualdera había sido trozada *ex-profeso*...

El mismo día, por consejo de Martínez y Balcarce, fui a cumplimentarlo: estos dos amigos sabían, pero me ocultaban, todo el odio que el gaucho me profesaba, y querían ponerme a cubierto de sus tiros sin descubrirme que yo estaba muy expuesto a una persecución. Pero no me recibió, pretextando ocupaciones urgentes, al mismo tiempo que no dejó de recibir a todos los demás jefes que fueron a su alojamiento con igual objeto; a muchos de ellos los obsequió con donaciones y regalos, porque es efectivamente muy pródigo con los que cree que son sus amigos. Así ha comprado a muchos miserables que han vendido su honor y su patria por el aliciente del oro.

Rosas, que estaba asustado de encontrarse entre soldados y entre algunos jefes y oficiales que él sospechaba —y no se equivocaba— que debían creerse degradados teniendo que obedecer a un miserable gaucho sin servicios ni antecedentes gloriosos, no se atrevió a alojarse en el campamento y fue a situarse en una casilla, a distancia de una legua. Todos los días venía al pueblo, y por la noche al cuartel general donde tenía sus conferencias con el general en jefe y jefe del estado mayor. Se retiraba a las doce de la noche con su comitiva y en el tránsito se divertía casi siempre haciendo víctima de sus groseros juegos a algunos de sus ayudantes. El campamento estaba establecido sobre un *viscacheral* de gran extensión, aun de día era necesario marchar con gran precaución para no caer en alguna cueva con riesgo de romperse una pierna.

Rosas hacía gala de atravesarlo a escape durante la noche, y como tenía que pasar precisamente al lado de mi carretón, presencié muchas veces las rodadas de las personas de su séquito: él rodaba también pero siempre salió parado, porque en aquel tiempo se consideraba que Rosas era el hombre más de a caballo de toda la provincia.

*Tomás de Iriarte*<sup>[9]</sup>

El ejército de Buenos Aires emprendió marcha con el destino ya indicado y

Rosas hizo campamento a orillas del arroyo Pavón, dispuesto a esperar el resultado de la contienda. Antes de unirse las fuerzas de Buenos Aires a las de López, un soldado de este último, con un hábil tiro de boleadoras, hizo prisionero al general Paz que se había arriesgado en una exploración (mayo de 1831). El jefe unitario fue enviado a Santa Fe, y su ejército, al mando de Lamadrid, y muy disminuido, tomó el camino de Tucumán. Allí fue destruido por el general Quiroga en la batalla de La Ciudadela en el mes de noviembre. El ejército de Buenos Aires, unido al de López, entró triunfante en la ciudad de Córdoba. Permaneció allí dos meses y volvió a su provincia en agosto. Rosas esperaba, como hemos dicho, en las inmediaciones del arroyo Pavón, donde lo encontró el general Iriarte en las circunstancias de que informa el siguiente pasaje de sus *Memorias*.

#### ESCRIBIR Y BEBER LECHE... (1831)

Al abrir la campaña en el mes de mayo, habíamos dejado al gobernador Rosas acampado en las inmediaciones del arroyo Pavón sobre una elevación del terreno batida por el viento; allí estaba todavía, no se había movido de aquel sitio, esperando el resultado de la campaña. Cuando divisé su tienda a una legua de distancia dispuse que la división hiciese alto y esperase mis órdenes; yo me adelanté con dos ayudantes e igual número de ordenanzas; me era forzoso presentarme a Rosas para recibir sus órdenes. Eché pie a tierra en el vivac del primer secretario, don Manuel Vicente Maza; estaba allí también el segundo secretario, coronel Garretón. El alojamiento de estos caballeros consistía en una carreta (cada uno) desmontada de sus ruedas. Pedí ser anunciado al gobernador y el mismo doctor Maza fue a anunciarle mi llegada. Quedé acompañado de Garretón. Las anécdotas que éste refirió podrán sólo ser creídas de los que conozcan las extravagancias de Rosas y sus brutales pasatiempos, propios de un salvaje y de un hombre sin dignidad ni corazón. El me aseguró (Garretón) que en seis meses que hacía que estaban allí acampados, sus plantas no se habían fijado, pero ni una sola vez, fuera de la senda que conducía desde su carreta a la tienda del gobernador, senda que él mismo había formado mediante el continuo ir y venir. Que Rosas salía muy poco de su tienda y que algunas veces había pasado hasta quince días sin poner un pie fuera de ella. «¿Y qué hace?...», le pregunté. «Escribir y beber leche: tiene una tinaja al lado de la mesa donde escribe...».

Los jefes y oficiales que lo acompañaban no tenían ordenanza, estaban ellos mismos obligados a ir en persona a sacar la ración de carne y racionarla si no querían perecer de hambre. A la oración rezaban el rosario formados en una fila. Corvalán presidía esta ceremonia; era éste un precepto impuesto por Rosas. A nadie, sin distinción de clase, se permitía montar a caballo y todas las monturas

estaban almacenadas. La víspera del 25 de Mayo, varios jefes y oficiales se empeñaron con Garretón a fin de que intercediese con Rosas para que éste les permitiese recoger sus monturas y montar a caballo en celebración del día... «¿A caballo?, dijo Rosas, pero ni pensarlo es bueno. Es preciso cuidar mucho los caballos; más fácil es que me dejara dar cien azotes que permitir que se monte un solo caballo».

Por la noche tenía reunión de los jefes principales y de sus dos locos: uno de éstos (don Eusebio de la Santa Federación) hacía constantemente el papel de gobernador. Las bromas eran tan pesadas que no pocas veces ocurrían fracturas o dislocación de miembros. Rosas comía a las dos de la mañana (su única comida) al raso, y su asiento era una cabeza descarnada de vaca. Garretón se manifestaba muy disgustado de aquella vida, pero él la soportaba.

Maza tardaba en regresar y yo empezaba a formar muy mal juicio del largo tiempo que Rosas me hacía esperar. Al fin se presentó aquél y me dijo que el gobernador aguardaba: nos pusimos en camino con dirección a la tienda, que distaría cuatrocientas varas del alojamiento de los secretarios; estaba sola y aislada. Mientras marchábamos, recordé que Rosas, con objeto de deprimir a cuantos entraban a verlo, y también con el de evitar visitas inoportunas, acostumbraba cerrar la puerta de la tienda prendiendo grandes agujas en la lona, de modo que sólo quedase un pequeño espacio cerca del suelo a fin de que cuantos entraban en el *santo santorum* se viesan obligados a revolcarse en el suelo como culebras. Yo iba resuelto a desprender las agujas y entrar en dos pies, bien que tanto atrevimiento podía costarme caro; pero, felizmente, la puerta estaba abierta: él sabía con qué clase de hombres podía jugarse y que yo no era sufrido.

Entré, lo saludé y me contestó secamente señalándome un banquillo de campaña para que me sentase. Lo hice, en efecto, y le expuse el motivo de mi presencia: recibir órdenes para saber dónde debía campar con mi división que estaba a una legua de distancia; y dónde y cómo debía ésta proveerse de las raciones de carne y leña. Sin contestarme, sin hacerme la más mínima pregunta de cortesía sobre la reciente campaña, sin informarse de la salud del general en jefe Balcarce, y del jefe del estado mayor, general Martínez, tomó la pluma, escribió y me entregó el contenido, reducido a disposiciones sobre los objetos de que yo lo había ocupado. Me levanté sin más aguardar, me despedí fríamente y con dignidad, y él me contestó del mismo modo.

Campamos, en efecto, sobre el arroyo de Pavón, en el mismo lugar que Rosas había señalado, y allí encontramos leña y los animales vacunos para el

consumo de la división. A la mañana siguiente levanté mi campo y me puse en marcha con dirección a San Nicolás. Poco después se presentó el edecán Corvalán para manifestarme de orden de Su Excelencia, cuánto había extrañado que dos individuos de mi división hubieran deshecho un corral de un vecino. Tomé informe y resultó que eran dos troperos de las carretas que hablan arrancado uno o dos palos del corral a cuyas inmediaciones habíamos acampado. Se los entregué a Corvalán para que los pusiese a disposición de Rosas, y le dije que hiciese presente al gobernador que desde mi salida de Córdoba era la primera queja que yo hubiera recibido de un individuo a mis órdenes; y que, por lo tanto, me era doblemente sensible. A juzgar por la agitación de Corvalán. Rosas debía estar sumamente irritado por aquel suceso insignificante, y que en nada afectaba mi responsabilidad, puesto que a un jefe le es imposible evitar tales desórdenes, y que cumple con corregirlos. Pero recaía en mí, y éste era el secreto de su enojo, porque siempre Rosas me ha mirado con ojeriza, y yo le he correspondido con la misma.

*Tomás de Iriarte<sup>[10]</sup>*

Con la prisión del general Paz y la derrota de Lamadrid quedó totalmente vencida la rebelión del 1. ° de diciembre de 1828 y las dictaduras de tendencia unitaria fundadas a raíz de aquella revolución y de las victorias unitarias en Córdoba. Iban a tener principio ahora los gobiernos de fuerza del partido federal. Las disidencias latentes en el partido federal pueden advertirse en una carta de López a Quiroga, escrita desde Rosario, después de conocido el triunfo de La Ciudadela y a propósito de una entrevista mantenida con Rosas. Allí se descubren las tendencias federales de organización surgidas en 1830 y en 1831, sobre la base de nacionalización del puerto de Buenos Aires y la administración de las rentas de su aduana por una «comisión representativa». Esa comisión debía tener también el ejercicio de las relaciones exteriores e invitar para un congreso general. Rosas no entraba por ello y la opinión genuinamente porteña tampoco. Así se explica que Paz, en 1830, hubiera hecho flamear su calidad de provinciano para congraciarse con López y Ferré y con el sentimiento provinciano del interior. La carta de López a Quiroga, poco conocida, y que constituye también un apunte sobre Rosas visto del natural y por un contemporáneo, reza de esta manera en su parte pertinente.

EN ROSARIO (1831)

... Todo lo relativo a la guerra que, según el tratado de 4 de enero debía ser del resorte de la Comisión Representativa, no puede convenirse con ella a causa de que, habiéndose retirado el diputado de Buenos Aires, ha más de seis meses, pretextando enfermedad, aquel gobierno no ha llenado este déficit, y esto ha ocasionado que hoy no exista más diputado que el de esta provincia. El relato que acabo de hacer, persuadirá a usted de la justicia con que he solicitado abdicar el mando del Ejército y lo convencerá de la exactitud de mi cálculo cuando he dicho que siempre juzgué que tal nombramiento era puramente nominal, como que en realidad lo es. Protesto a usted, que la principal razón que me decidió a pasar por todo, fue el convencimiento de que ésta era la oportunidad más favorable para llenar los constantes y suspirados votos de los pueblos y sacarlos de la espantosa miseria y degradación en que ha tanto tiempo están sumidos:

*La organización de nuestra patria.* Pero, cuál no habrá sido mi asombro y desaliento, mi buen amigo, cuando, llamado a Rosario con instancia por el señor Rosas y cuando yo juzgaba que el objeto de esa entrevista debía ser allanar los obstáculos que pudiera haber a la asección<sup>[11]</sup> de aquel sagrado e importantísimo objeto, me dice el señor Rosas, la primera vez que allí hablamos sobre este negocio: *Éste no es tiempo de constituir el país y es preciso, compañero, que prescindamos de Comisión Representativa...*

Aseguro a usted que, hasta la fecha, no se ha separado de mí el estupor que aquellas expresiones causaron en mi ánimo, y que lo primero que en aquel desagradable momento me ocurrió, fue que esto causaría más males a la República que los que le han originado los unitarios mismos. Después que oí este modo de opinar del señor Rosas, me retiré a mi casa, llamé a su secretario, le manifesté lo que había ocurrido, le signifiqué mi desagrado, la irrevocable resolución en que estaba de no pasar por tal cosa y de no separarme absolutamente del voto tan pronunciado por los pueblos, de constituir el país, encargando comunicase todo esto al señor Rosas, de mi parte.

Tal explicación hizo que aquel amigo tuviese muy luego una entrevista conmigo en la que convino que nombraría sin demora el diputado por Buenos Aires y lo mandaría a Santa Fe; en que también mandaría sin ninguna postergación al señor Corvalán, nombrado diputado por Mendoza y en que si los gobiernos del interior, a quienes yo había escrito a este respecto, estaban por la constitución del país, y en consecuencia porque siguiese la Comisión hasta llenar las atribuciones estipuladas en el tratado del 4 de enero, él secundaría el voto de los demás en igual sentido. Esto fue lo único de que allí hablamos de importancia y quedó convenido. Mas usted conocerá que, desde que el señor Rosas opinó por la no constitución del

país y desde que tengo motivo para creer que en este mismo sentido se ha escrito al interior para que obre de igual modo, yo no puedo dejar de estar alarmado y extremadamente disgustado, al ver una cosa que nunca pude ni debí esperar, y al contemplar cuán estériles e infructuosos han sido todos los esfuerzos y sacrificios que tan heroicamente han prodigado los pueblos, hasta ponerse en actitud de pensar en lo único útil que les resta que alcanzar, como único medio de reparar sus pasadas desgracias.

En medio de todo esto, observo con sentimiento que en el interior se tiene una idea equivocada respecto a mi posición, y que en lo general se cree que me hallo con bastante poder para evitar los males que nos amenazan; mas usted conocerá, por todo lo comprendido en esta carta, que «te juicio es inexacto, y sentiría que él diese lugar a conjeturas desagradables, partiendo (yo) del invariable principio de que *todo aquello que se depare de la organización de nuestra patria, es ajeno de mí y que jamás prestaré mi deferencia a tales ideas.*

Después del bosquejo que hago a usted del estado actual de nuestros negocios, réstame hacerle una observación que no puede usted desconocer y que espero confiadamente no desatenderá: usted, por su posición y mil poderosas razones que sería cansado detallar, aparece con justicia a la cabeza de los negocios del interior. Mientras usted permanezca en esta posición, no creo difícil que arribemos a la suspirada organización; pero si usted se separa, va infaliblemente a resultar una espantosa divergencia en las opiniones, y de aquí partirá el pretexto de que en otras ocasiones se han valido nuestros antagonistas para cruzar los empeñosos esfuerzos que se han hecho para organizarnos.

Dije a usted, al principio, que le hablaría con toda franqueza de mi carácter. Reproduciendo ahora lo mismo y en la confianza que me inspira su amistad, le diré: Que juzgo que usted no debe absolutamente dejar el mando del ejército que está a sus órdenes, ni abandonar los pueblos a su política particular. Usted conoce el desquicio espantoso en que ellos han quedado y no es fácil calcular los graves males que van a pesar sobre ellos si no hay un punto de dirección. Es usted únicamente quien en el interior puede darlo. En fin, espero lleno de confianza, que, haciendo usted un gran esfuerzo, querrá hacer al país el bien de continuar siquiera hasta que hayamos puesto el primer plantel a nuestra organización, la cual, prestando usted su cooperación, no presentará grandes dificultades, porque a pesar de todo lo anterior dicho, estoy penetrado que nuestro común amigo el señor Rosas es un buen hijo de la tierra y un buen amante de las libertades públicas, y lo único que yo juzgo que puede haber en sus opiniones, es: o extravíos en sus ideas, sin conocerlo, o sugerencias hábilmente manejadas por los que nunca podrían ser

amigos de la prosperidad de los pueblos, por considerarla incompatible con la de Buenos Aires.

*Estanislao López*<sup>[12]</sup>

Muy mal correspondió Quiroga a la confianza de López porque hizo llegar la carta a manos de Rosas, que debió de agradecer de corazón aquel testimonio de amistad... Quiroga ejercía gran influjo en el interior y Rosas pudo estar seguro de que la organización federal sería combatida por el caudillo riojano dentro de una extensa zona política. Por eso envió nuevamente sin muchos recelos, el diputado a la Comisión Representativa de Santa Fe. Pero apenas se dejó sentir en el seno de la misma Comisión una política de principios y se hicieron algunas gestiones en el interior, Rosas calificó de *anárquicas* aquellas ideas, retiró al diputado, y Quiroga amenazó al delegado de Córdoba con hacerlo aparecer «colgado». Ya se había firmado el pacto de 1831. Después de este golpe político en el orden nacional, Rosas rehusó ser reelegido gobernador, porque la Legislatura no le dio las facultades extraordinarias que apetece (diciembre de 1832). Elegido gobernador el general Juan Ramón Balcarce, Rosas llevó a cabo la expedición al desierto en 1833 con el fin de ampliar las fronteras y asegurar la tranquilidad de los pobladores del sur. Nadie como él estaba en condiciones de poner en ejecución un plan de vastas proporciones y es justo reconocer que alcanzó benéficos resultados para la provincia. Rescató gran cantidad de cautivos (unos seis mil) y aseguró las fronteras, hasta entonces muy abandonadas. Habiendo llegado con sus huestes hasta el río Colorado, tuvo ocasión de conocerle allí, por coincidencia, el sabio Carlos Darwin que realizaba su viaje científico alrededor del mundo a bordo del *Beagle*. Darwin nos ha dejado este retrato del *héroe del desierto* como se le llamó también entonces al *Restaurador*.

#### A ORILLAS DEL RIO COLORADO (1833)

El campamento del general Rosas estaba cerca del río [Colorado], Consistía en un cuadrado formado por carros, artillería, chozas de paja, etcétera. Casi todas las tropas eran de caballería, y me inclino a creer que jamás se reclutó en lo pasado un ejército semejante de villanos seudobandidos. La mayor parte de los soldados eran mestizos de negro, indio y español. No sé por qué, tipos de esta mezcolanza, rara vez tienen buena catadura. Pedí ver al secretario para presentarle mi

pasaporte. Empezó a interrogarme con gran autoridad y misterio. Por fortuna llevaba yo una carta de recomendación del gobierno de Buenos Aires<sup>[13]</sup> para el comandante de Patagones. Presentáronse la al general Rosas, quien me contestó muy atento, y el secretario volvió a verme, muy sonriente y afable. Establecí mi residencia en el rancho o vivienda de un viejo español, tipo curioso que había servido con Napoleón en la expedición contra Rusia.

Estuvimos dos días en el Colorado; apenas pude continuar aquí mis trabajos de naturalista porque el territorio de los alrededores era un pantano que en verano [diciembre] se forma al salir de madre el río con la fusión de las nieves en la cordillera. Mi principal entretenimiento consistió en observar a las familias indias, según venían a comprar ciertas menudencias al rancho donde nos hospedábamos. Supuse que el general Rosas tenía cerca de seiscientos aliados indios. Los hombres eran de elevada talla y bien formados; pero posteriormente descubrí sin esfuerzo, en el salvaje de la Tierra del Fuego, el mismo repugnante aspecto, procedente de la mala alimentación, el frío y la ausencia de cultura.

El general Rosas insinuó que deseaba verme, de lo que me alegré mucho posteriormente. Es un hombre de extraordinario carácter y ejerce en el país avasalladora influencia, que parece probable ha de emplear en favorecer la prosperidad y adelanto del mismo.<sup>[14]</sup>

Se dice que posee setenta y cuatro leguas cuadradas de tierra y unas trescientas mil cabezas de ganado. Sus fincas están admirablemente administradas y producen más cereales que las de los otros hacendados. Lo primero que le conquistó gran celebridad fueron las ordenanzas dictadas para el buen gobierno de sus estancias y la disciplinada organización de varios centenares de hombres para resistir con éxito los ataques de los indios.

Corren muchas historias sobre el rigor con que se hizo guardar la observancia de esas leyes. Una de ellas fue que nadie, bajo pena de calabozo, llevara cuchillo los domingos, pues como en estos días era cuando más se jugaba y bebía, las pendencias consiguientes solían acarrear numerosas muertes por la costumbre ordinaria de pelear con el arma mencionada. En cierto domingo se presentó el gobernador con todo el aparato oficial de su cargo a visitar la estancia del general Rosas, y éste, en su precipitación por salir a recibirle, lo hizo llevando el cuchillo al cinto, como de ordinario. El administrador le tocó el brazo y le recordó la ley, con lo que Rosas, hablando con el gobernador, le dijo que sentía mucho lo que le pasaba, pero que le era forzoso ir a la prisión, y que no mandaba en su casa hasta que no hubiera salido. Pasado algún tiempo, el mayordomo se sintió movido

a abrir la cárcel y ponerle en libertad; pero, apenas lo hubo hecho, cuando el prisionero, vuelto a su libertad, le dijo: «Ahora tú eres el que ha quebrantado las leyes, y por tanto debes ocupar mi puesto en el calabozo».

Rasgos como el referido entusiasman a los gauchos, que todos, sin excepción, poseen alta idea de su igualdad y dignidad.

El general Rosas es además un perfecto jinete, cualidad de importancia nada escasa en un país donde un ejército eligió a su general mediante la prueba que ahora diré: metieron en un corral una manada de potros sin domar, dejando solo una salida sobre la que había un larguero tendido horizontalmente a cierta altura; lo convenido fue que sería nombrado jefe el que desde ese madero se dejara caer sobre uno de los caballos salvajes en el momento de salir escapados, y, sin freno ni silla, fuera capaz no sólo de montarle, sino de traerle de nuevo al corral.

El individuo que así lo hizo fue designado para el mando, e indudablemente no podía menos de ser un excelente general para un ejército de tal índole. Esta hazaña extraordinaria ha sido realizada también por Rosas.

Por estos medios, y acomodándose al traje y costumbres de los gauchos, se ha granjeado una popularidad ilimitada en el país y consiguientemente un poder despótico. Un comerciante inglés me aseguró que en cierta ocasión un hombre mató a otro, y al arrestarle y preguntarle el motivo respondió: «Ha hablado irrespetuosamente del general Rosas y por lo mismo le quité de en medio».

Al cabo de una semana el asesino estaba en libertad. Esto, a no dudarlo, fue obra de los partidarios del general y no del general mismo. En la conversación [Rosas] es vehemente, sensato y muy grave. Su gravedad rebasa los límites ordinarios; a uno de sus dicharacheros bufones (pues tiene dos, a usanza de los barones de la Edad Media) le oí referir la siguiente anécdota: «Una vez me entró comezón de oír cierta pieza de música, por lo que fui a pedirle permiso al general dos o tres veces, pero me contestó: “¡Andá a tus quehaceres, que estoy ocupado!”. Volví otra vez, y entonces me dijo: “Si vuelves, te castigaré”. Insistí en pedir permiso, y al verme se echó a reír. Sin aguardar, salí corriendo de la tienda, pero era demasiado tarde, pues mandó a dos soldados que me cogieran y me pusieran en estacas. Supliqué por todos los santos de la corte celestial que me soltaran, pero de nada me sirvió; cuando el general se ríe no perdona a nadie, sano o cuerdo».

El buen hombre ponía una cara lastimosa al solo recuerdo del tormento de las estacas. Es un castigo severísimo; se clavan en tierra cuatro postes, y, atada a

ellos la víctima por los brazos, y las piernas tendidas horizontalmente, se le deja permanecer así por varias horas. La idea está evidentemente tomada del procedimiento usado para secar las pieles. Mi entrevista terminó sin una sonrisa, y obtuve un pasaporte con una orden para las postas del gobierno, que me facilitó del modo más atento y cortés.

*Carlos Darwin<sup>[15]</sup>*

## CAPITULO III

### LA INVESTIDURA DE UN PODER SIN LÍMITE

El nuevo gobierno provincial de Balcarce en Buenos Aires se caracterizó muy pronto por una reacción contra la tendencia dictatorial, pero como estaban todavía muy cercanos el fusilamiento de Dorrego y otras medidas de Lavalle, como el poder del general Paz en el interior (1830) había amenazado poco antes con dar buena cuenta de todos los federales del litoral, la propensión conciliadora fue señalada como desvío muy peligroso de que sacarían inmediato partido los decembristas, vale decir, los corifeos del unitarismo. Descubriábase también en esa tendencia un sentimiento de hostilidad hacia Rosas, a quien muchos consideraban el salvador del país en aquella grave crisis de 1828 a 1831. La política de Balcarce —decíase— haría inútiles todos los sacrificios del partido federal y quedarían sus jefes expuestos a dramas como el de Navarro.<sup>[1]</sup> Así argumentaba, no solamente la llamada plebe rosista, sino destacados guerreros de la independencia y respetables figuras de la sociedad porteña. Los unitarios, por su parte, desde el exterior, incitaban ahora a los gobernadores de provincia a una política de organización federal, conociendo las disparidades existentes entre los jefes del partido victorioso el año 31. Intrigaban desde el Uruguay y desde Bolivia. Rosas, en los desiertos del sur, estaba al corriente de cuanto pasaba y preparó desde aquellas lejanías la revolución llamada de «los restauradores» que estalló en Buenos Aires para octubre de 1833 y tuvo como consecuencia la exoneración de Balcarce por la Legislatura. Quedó con esto demostrado el influjo preponderante de Rosas y fue elegido gobernador por la misma Sala el general Viamonte. Pero tampoco Viamonte satisfizo al *héroe del desierto* y su corto y agitado gobierno duró hasta junio de 1834, en que se vio obligado a renunciar, La Sala eligió a don Juan Manuel pero sin conferirle las facultades extraordinarias y él rehusó de plano el cargo que se le ofrecía. Hubo de asumir el poder ejecutivo el presidente de la Legislatura don Manuel Vicente de Maza, íntimo amigo de Rosas. A instancias de este último, el gobernador Maza resolvió interponer sus buenos oficios ante los gobernadores de Salía y Tucumán, Heredia y Latorre, trabados en guerra civil. Fue designado al efecto como negociador el general Juan Facundo Quiroga que, desde 1831, contaba entre los mejores amigos del Restaurador. Quiroga fue asesinado durante el viaje, jurisdicción de Córdoba, y el hecho causó estupor en Buenos Aires. Ese acontecimiento determinó la elección de Rosas como gobernador, por cinco años, con la suma del poder público, sin más condiciones que defender la religión católica «y la causa nacional de la federación que han proclamado todos los

pueblos de la República».

Rosas exigió que medida de tanta gravedad fuese sometida a un plebiscito, el que se efectuó con el siguiente resultado: 9320 ciudadanos por la afirmativa, 9000 por la negativa. El 13 de abril de 1835, Rosas asumió el poder revestido de esa monstruosa autoridad. «He admitido —dijo— con el voto unánime de la ciudad y de la campaña, la investidura de un poder sin límites que, a pesar de su odiosidad, lo he considerado absolutamente necesario para sacar a la patria del abismo de males en que la lloramos sumergida».

Algunas ceremonias de su segunda ascensión al poder fueron descriptas por don Juan María Gutiérrez en carta a don Pío Tedín.

#### EL JURAMENTO (1835)

Querrá usted saber, naturalmente, algo de lo que pasa en este gran pueblo, y voy a darle gusto porque me encuentro con humor descriptivo; ignoro los secretos resortes de la política actual, y sólo puedo juzgar de las cosas por su exterior; por eso me limitaré al humilde empleo de cronista.

Empiezo. El 13 del que corre, hasta que tropiece con mayo, se recibió de gobernador con la suma del poder público, el ilustre restaurador de las leyes don Juan Manuel de Rosas, en virtud de la ley y voluntad general, como habrá visto usted en los diarios, si los ha leído antes que esta carta. Desde temprano se entapizaron con colchas de damasco, rojas y amarillas, las puertas, ventanas y balcones de la cuadra de nuestro departamento, la siguiente hasta la esquina de Beláustegui y la del Cabildo hasta la plaza: los postes estaban cubiertos de laurel y sauce, y el suelo regado de hinojo (planta desgraciada que parece no ser útil sino para ser hollada en toda procesión, ya sea diplomática o religiosa); los cívicos cubrían en dos hileras esta travesía y en la plaza hasta la fortaleza las tropas de línea.

Una calle de trofeos pintados en lienzo (a usanza de 25 de Mayo) atravesaba la plaza teniendo en su contra la Pirámide decorada; en la esquina del Cabildo estaba un arco triunfal, en cuyo centro había pintada una pira, simbolizando, según mis entendederas, el fuego de puro amor que abrigaban los buenos federales hacia su libertador o padre.

Su Excelencia, acompañado de los generales Pinedo y Mansilla, llegó a la una de la tarde a la puerta traviesa de la Representación Provincial con el fin de

prestar el juramento. Mientras que pasaba esta ceremonia en el interior, la *Sociedad Popular*, compuesta como de veinticinco individuos vestidos de azul oscuro con chalecos encarnados, desataron los caballos del coche, y poniendo un cordón colorado en lugar de los tiros, arrastraron a gran galope a S. E. hasta la fortaleza misma. Desde la azotea de la fonda de enfrente, arrojaron flores algunas damas de las muchas que allí se encontraban.

En las tres cuadras ya mencionadas no había ventana, ni puerta, ni balcón, ni azotea, que no estuviera cubierta del bello sexo, de manera que parecían los parapetos decorados con caladas rejas de carey, merced a los peinetones. Jamás he visto una función que más despertase la atención pública; jamás he visto mayor concurrencia de gentes de todas clases. Pasó la función, sin embargo, con aquel orden que se nota siempre en todas las reuniones de este pueblo *manso* y bondadoso. Por lo tanto, hubo volatín<sup>[2]</sup> en la plaza; a la noche cohetes y vítores; igual cosa hubo al siguiente día; pero cuadrando ser martes santo, mandó la policía que cesasen los regocijos hasta Pascua, como realmente ha sucedido. Usted verá en las gacetas lo que era el motivo de todas las conversaciones de los primeros días, esto es, cuál sería la marcha de la nueva administración: la reforma de empleados marcha a gran prisa, y probablemente no quedará uno solo que no haya dado muestras inequívocas de su adhesión a la Santa Causa de la Federación.

Vidal [Don Mateo], Ocampo [Don Epitasio] y otros, están presos desde el 12, sin que se transpire hasta ahora los motivos; ellos han sido lomos negros o del partido de Balcarce y deben sufrir mayor persecución porque el peor de los enemigos es el doméstico.

También querrá usted saber cuál es esta *Sociedad Popular* de que he hecho mención poco antes. Esa sociedad, que comúnmente se llama de la Mazorca, tiene por objeto el introducir por el flanco de la retaguardia del enemigo unitario, el sabroso fruto de que ha tomado nombre, así es que toda aquella gente que recela este fracaso, ha dado en usar el pantalón muy ajustado, disfrazando con el nombre de moda una prevención muy puesta en orden y razón. Si usted estuviese ahora aquí y exclamase como tenía de costumbre a la vista de una... [ilegible]. La historia de las disensiones civiles abunda en esta época de ascensiones raras, como la de los caballeros de la *cuchara* en Italia, y la de los *anilleros* de Madrid; la historia nos dice cuál era el objeto de éstas, la misma historia nos dirá cuál es el de la Mazorca, que hasta ahora es para mí un misterio impenetrable: su presidente se llama Salomón, abastecedor corpulento que si en algo se parece al de la Escritura, será en lo castizo y esforzado como varón...

Rosas inició su segundo gobierno con medidas violentas, decidido a extender su dictadura provincial a todo el ámbito de la Confederación y para esto exigió a los gobernadores (con las palabras adecuadas a cada uno) el exterminio del partido unitario. En cuanto a la organización nacional y la distribución de las rentas de aduana, su plan está en una carta que dio a Quiroga en 1835: «Los americanos convinieron en que se formase este fondo de derechos de aduana sobre el comercio de ultramar, pero fue porque todos los estados tenían puertos exteriores; no habría sido así en caso contrario porque entonces unos serían los que pagasen y otros no... A lo que se agrega que aquel país... es en lo principal y mayor parte marítimo...». Le recuerda también a Quiroga: «Usted y yo deferimos en 1831 a que los pueblos se ocupasen de sus constituciones para que después de promulgadas, entrásemos a trabajar en los cimientos de la gran *carta nacional*...». Ahí estaba el toque... Claro es que Rosas no quería ninguna gran carta nacional... como lo demostró después. Pero la unión y la organización del país estarían subordinadas a esa fatalidad de orden geográfico, el puerto único, y a la única aduana exterior importante, la de Buenos Aires, que producía rentas superiores a las de todas las demás aduanas provinciales juntas. López y Ferré y otros del litoral no pensaban lo mismo que Rosas en ese particular y buscaban con honradez y patriotismo una solución dentro de la equidad y de la ley. Que el caso no era de fácil arreglo, lo demuestra la difícil elaboración constitucional que sobrevino después de Caseros y la desunión de 1852 a 1859, y Pavón... y el 80, y lo demás... Rosas, con la aduana y el ejercicio de las relaciones exteriores, tendría poder suficiente para dominar a todos.

Los unitarios contribuyeron en gran medida a esa dominación, porque desde Bolivia, Uruguay y Chile iniciaron las conspiraciones y en forma lesiva por lo común a la integridad o al decoro del país: en Chile, ofreciendo territorio para rescatar la libertad; en Bolivia, uniéndose al presidente Santa Cruz, enemigo de la Confederación; en Uruguay, por las hostilidades que, en unión de los opositores al presidente Oribe (amigo de Rosas), llevaron contra este gobernante legal y por las revoluciones que fraguaron en Entre Ríos.

En 1837, Rosas, autorizado por las provincias y aliado con Chile, llevó la guerra al presidente de la Confederación Peruano-Boliviana, Santa Cruz, y ese

mismo año surgió el conflicto con el cónsul francés Roger. Como este último conflicto fuera originado por una ley local de Buenos Aires, López, de Santa Fe, pidió el pronto arreglo de la cuestión (el bloqueo) que a todos perjudicaba, y atribuyó —con razón— la actitud de Rosas al solo afán de mantener inconstituido el país por el beneficio del puerto único y para conservar como gobernador, rentas que eran nacionales por su naturaleza en los países de organización federal. La misión del ministro Domingo Cullen a Buenos Aires fracasó, sobrevino la muerte de López, y su ministro fue fusilado arbitraria y despiadadamente por orden de Rosas una vez que éste obtuvo la aprobación de las demás provincias en sus gestiones internacionales.

La guerra formal con Francia —importa recordarlo— comenzó después, a fines de 1838, y a los franceses se unieron contra Rosas el presidente Rivera del Uruguay (que había derrocado a Oribe) y el gobernador de Corrientes, Berón de Astrada. A todos ellos agregáronse los emigrados unitarios de Montevideo y de otras partes, con el general Lavalle a la cabeza. Uno de estos emigrados de la Banda Oriental, Lamadrid, que ya conocemos, vencido por Quiroga en La Ciudadela de Tucumán en 1831, decidió, no obstante, trasladarse a Buenos Aires sin permiso, porque tenía fe en la buena acogida de su compadre don Juan Manuel, a quien no veía desde aquella tarde de diciembre de 1828 en que le llevó un despacho de Lavalle, que, según Rosas dijo a don Santiago Vázquez, «parecía papelito de pulpería»... Veamos cómo da cuenta Lamadrid de su llegada y de su visita al Restaurador.

#### LA VUELTA DE UN EMIGRADO (1838)

El 1.º de septiembre [de 1838], a las doce del día, desembarqué con sorpresa de cuantos se encontraban en la playa y capitanía del puerto, y del mismo ayudante de ella. Seguí, a quien habiéndole manifestado que iba sin licencia, y preguntándole por la casa del señor ministro Arana para ir a presentarme me dijo: «Yo iré con usted a enseñársela, que quede su familia en mi cuarto», y marchó conmigo.

Así que llegamos a la casa del ministro y le hube dicho quién era, y cómo iba, se sorprendió; pero habiéndole manifestado mis deseos de verme inmediatamente con el señor gobernador, me repuso que era preciso avisárselo primero; preguntó la casa en que iba a parar, le contesté que en lo de mi hermano don Mariano, que estaba a cuadra y media de la del señor gobernador, y preguntándole yo si volvería a saber el resultado, me dijo: «No sé si el señor gobernador le permite a usted verlo, él le mandará avisar con el general Corvalán».

Con esta respuesta me despedí y, regresando a la Capitanía del Puerto, encontramos a la familia que venía con su hermano don Ciríaco y el mío.

Así que llegamos a la casa de éste, pasé al templo del colegio<sup>[4]</sup>, que estaba al frente, a dar gracias a Dios por haberme restituido a mi patria y en seguida entré a ver a mi hijo que me recibió lleno de sorpresa y de gozo.

Regresado otra vez a mi casa, me encontré con varios parientes y amigos a felicitarme. A la oración fui sorprendido por dos bandas de música que sonaban en la escalera de los altos, y así que concluyó la primera pieza, salí a darles las gracias, suplicándoles me dispensaran el no poderles dar ninguna gratificación por la absoluta escasez de recursos, y los despedí.

Al poco rato de haber llegado a casa de mi hermano con la familia, había pasado mi señora a casa del señor gobernador, a verse con su hija, la señora doña Manuelita, darle las gracias por la buena acogida que había tenido nuestro hijo en su casa, y presentarle una carta mía para su señor padre, en que le manifestaba el objeto de mi venida y ofertaba nuevamente mis servicios para sostener los derechos y la libertad de mi patria. El objeto principal de haber ido mi señora fue el temor que le asistía de que se me pusiera preso; ella regresó consolada por la señorita doña Manuelita, pero sin contestación a mi carta.

Al siguiente día, pasé a casa del señor gobernador a saludar a la señorita su hija y saber el estado de salud de su señor padre, y el en que se hallaba su señora madre, que estaba enferma ya; fui muy bien recibido por la señorita, y me aseguró que las muchas atenciones de su señor padre, no le permitían dejarse ver, pero que su salud era buena; aunque no así la de su señora madre, que hacía algún tiempo ya que se hallaba gravemente enferma, Habiendo regresado a mi casa a poco rato, me encontré con varias visitas de amigos y parientes que me proporcionaron algunos auxilios pecuniarios.

Habían pasado ya nueve días de mi llegada cuando fui llamado por el señor ministro Arana, quien me dijo a nombre del señor gobernador que había hecho muy mal en venirme sin su licencia, pues desde que él no había contestado a ninguna de las cartas, debí yo considerar que no convenía mi venida, y sí permanecer en Montevideo; pero puesto que había dado ya aquel paso, me dejase estar tranquilo en mi casa y en el pueblo; agregando el ministro que recién esa noche había podido él verse con Su Excelencia. Le di las gracias y me retiré habiendo cesado desde entonces los temores de mi señora. Procuré luego buscar la subsistencia de mi familia, por medio del ejercicio de panadero que había

aprendido en Montevideo, y con los pocos pesos que me habían proporcionado los amigos, hice un hornito y empecé a trabajar pan de leche, cuyo trabajo me daba apenas para el alimento diario; así corrió el tiempo y acabó 1838, sin haber logrado ver una sola vez al señor gobernador. Yo había tomado la costumbre de visitar todas las noches a la señora doña Manuelita, y su señora tía, que estaba siempre con ella.

No sé si a fines de diciembre del año 1838 o a principios de enero de 1839, se apareció en mi casa el general Corvalán con un pliego del señor gobernador, rotulado para mí, como de oficio, y entregado que me fue en la puerta de mi casa, se regresó sin entrar ni esperar contestación. Abro el pliego en el zaguán de mi casa y me encuentro sorprendido con diez o doce mil pesos moneda corriente, y sin una sola letra del señor gobernador. En seguida pasé a presentarlos a mi señora y después de dar gracias a Dios por este oportuno auxilio, puse una carta al señor Rosas dándole las gracias por este beneficio y se la llevé yo mismo a su hija, la señorita doña Manuelita, para que se la entregara.

Llega después el carnaval, y pasando el último día por la casa del señor gobernador, me dice el centinela que se había marchado a su quinta de Palermo con sus dos hijos. En el momento fui a una caballeriza, y tomando un caballo pasé a mi casa para avisar a mi señora que me marchaba a la quinta para ver al señor Rosas, pues que en días anteriores había oído en su casa que sólo cuando salía a la quinta se le podía hablar.

Marché, en efecto, y lo encontré a la sombra de los ombúes de su quinta, recostado en las faldas de su hija, sobre un banco de madera en que estaba ella sentada; y con uno de los locos que siempre le acompañan, a su lado. Así que él me vio bajar se enderezó y, dándome su mano, me saludó con el mayor cariño y preguntó por su comadre; en seguida pidió mate, y después de haberme convidado con algunos y tomado él también, me dijo: «Vamos compadre a tomar un asado a la sombra de los sauces...», y marchamos con su hijo don Juan, la señora de éste, doña Manuelita, su hija y dos locos, a uno de los cuales llamaba él. *El señor gobernador.*

Habiendo llegado a los sauces que están a los fondos de la quinta y sobre la costa del río, se presentó luego una gran alfombra para que se sentaran las señoritas, y un hermoso costillar de vaca asado en un gran asador de fierro, que se clavó en el pasto, un cajón de burdeos y no sé qué otros platos. El señor gobernador mandó desensillar su caballo, y recostado sobre su apero, empezamos el almuerzo diciendo algunas jocosidades a los locos y brindándoles con vino.

Después de empezado el almuerzo, llegó el coronel don Ramón Maza, con una joven prima suya, y después de haber concluido [Rosas] pidió a su hijo don Juan que mandara traer el bote para dar un paseo por el río, y al momento fue presentado un hermoso bote, todo pintado de color punzó, en hombros de dos indios pampas, únicos sirvientes y escolta que allí había, fuera de las criadas de la casa. Al momento fue echado al agua y después de haber entrado el señor gobernador, y sus dos hijos, la prima de éstos, yo y los locos, se desnudaron don Juan Rosas y el coronel Maza y metidos al agua en camisa empezaron a empujar el bote por entre los juncos hasta que, dándoles ya el agua al pecho, saltaron los dos al bote y trataron de colocar una vela que había dentro; lo cual les fue imposible a causa del fresco viento que soplaba, y tomando ambos los remos echaron a andar río arriba y con las lanchas cañoneras francesas a la vista; así que llegamos al arroyo Maldonado, entramos por él y saltamos a tierra a las inmediaciones de un pequeño puente donde estaba esperando un capitán Calderón que cuida los caballos del señor gobernador y con el de la silla de su Excelencia, de tiro, Al momento se hizo fuego y se calentó agua para mate, habiendo mandado desensillar su caballo mientras tanto el señor gobernador, recostándose a sestear sobre su montura. Ya se ponía el sol mientras tomamos algunos mates, cuando se presentó una galera y un coche en busca de la comitiva, y el señor gobernador mandó que subiera la familia, y dirigiéndose a mí, me dijo: «Suba usted también compadre, que su caballo está en la quinta».

Acomodados todos los de la comitiva en el coche y la galera, marchamos a la quinta de Palermo, quedando solo el señor Rosas recostado en su apero, el capitán teniendo de la rienda su caballo y el bote atado dentro del riachuelo o arroyo.

Como no había visto en la quinta desde mi llegada por la mañana, tropa alguna que sirviera de escolta, ni hubiera observado allí en aquel bosque de malezas y sauces hombre alguno, no dejé de estar cuidadoso desde que llegamos a la quinta, cerrada ya la oración, por las noticias que se decían de Montevideo, de que no salía jamás sino rodeado de su escolta por temor de ser asesinado. Eran las nueve de la noche y el señor gobernador no aparecía, y como yo había quedado con mi señora en volver temprano, me inquietaba el cuidado en que ésta estaría, por mi demora, cuando en estas circunstancias se presenta a caballo el coronel Maza y llama a su prima para llevarla en ancas al pueblo. Entonces para no perder esta proporción de ir acompañado, pues no conocía el camino, le dije a Maza: «Tenga usted la bondad de esperarme y nos iremos juntos, pues no soy práctico del camino», y dirigiéndome a la señora doña Manuelita le supliqué me hiciera el gusto de disculparme con mi compadre el señor gobernador por mi marcha sin despedirme, porque su comadre debía estar cuidadosa por haberle yo asegurado

que volvería temprano. La señorita me contestó que perdiera cuidado, que ella se lo prevendría a su padre, y mandó que me ensillasen el caballo.

Así que trajeron mi caballo ensillado, monté y marchamos con Maza que me esperaba montado y con su prima en ancas. Serian las diez de la noche cuando llegué a mi casa y encontré a mi familia llena de terror por mi tardanza; me desmonté, y al desensillar el caballo, me encuentro con una testera punzó de plumas en el freno y una colera del mismo color en la cola de mi caballo lo cual no había notado hasta aquel momento por la oscuridad de la noche, y enseñándola a mi señora le dije: «Esto probablemente ha sido puesto por disposición de mi compadre y no habrá más remedio que usarlo».

Al siguiente día fue preciso hacer una diligencia a caballo, y me vi precisado a poner la divisa con que había sido investido en la quinta, so pena de caer en desagrado de mi compadre, si no la usaba. Todos los amigos que me vieron en la calle con aquellas insignias no dejaron de fijarse en mí; y creo que desde aquel momento ya entraron muchos en desconfianza, haciéndome la injusticia de creerme vendido; lo que a la verdad confieso que me chocó en extremo, pues había presenciado ya algunos hechos escandalosos de la sociedad de la mazorca, como el poner moños pegados con alquitrán a varias señoritas; cortar algunas barbas a cuchillo a varios jóvenes decentes en los cafés, y otros hechos por este estilo que merecían el festejo en la tertulia de la hija del señor gobernador.

*Gregorio Aráoz de Lamadrid<sup>[5]</sup>*

Para principios de 1839, cuando tuvo lugar la escena de Palermo descrita por Lamadrid, ya la guerra contra Rosas estaba en pleno desarrollo. Lamadrid pudo observar desde los fondos de la quinta de Palermo los buques bloqueadores. Los mismos franceses se habían apoderado de la isla de Martín García y, aliados de Rivera, dominaban en la Banda Oriental. Lavalle había tenido sus escrúpulos antes de entrar en la alianza. A un amigo suyo le escribía: «¿No le dice nada al corazón de usted la presencia de Francia?... Creo, estoy seguro, de que ella no abriga intención alguna sobre nuestro territorio y nuestra independencia. Pero, el gobierno de Rosas, sea lo que fuere, es nacional y yo tengo la ambición de regresar a mi país con honor»... Sin embargo, tres meses después, escribía a Rivera: «Me pongo, con la emigración, a las órdenes de usted...».

En momentos en que los ejércitos de la Confederación iban a entrar en la lucha, Rosas recibió la buena nueva de la victoria decisiva de Yungay, obtenida por el ejército chileno en el Perú, contra el presidente de la Confederación Peruano-Boliviana, Santa Cruz. Como la Confederación Argentina estaba aliada con Chile en esa guerra, la victoria de Yungay fue celebrada en la quinta de Palermo. La descripción que publicamos se debe a la pluma de Enrique Lafuente, «empleado de confianza» de la secretaría de Rosas y al mismo tiempo enemigo del dictador, que escribía en clave secreta a Félix Frías, emigrado argentino residente en Montevideo.

#### REGOCIJOS POR LA VICTORIA DE YUNGAY (PERU) (abril, 1939)

El tirano ha tenido quince días en su quinta de felicitaciones por la destrucción de Santa Cruz. Toda la gente de su círculo ha ido a dárselas. He visto también allí a Lamadrid, a Soler, a Lavalleja, y Oribe por supuesto...

Algunas cosas notables en estas escenas en que he tenido la ocasión de ser espectador.

El dictador no es zonzo: conoce lo que lo aborrece el pueblo, lo teme y está siempre echando una mirada a él, para robarlo y ultrajarlo, y otra a la retirada. Tiene todo el día y toda la noche el caballo ensillado a la puerta de su despacho; no exagero, hay un hombre indio que no se ocupa sino en estarlo mirando junto a él. Estos caballos son unos parejeros famosos, seguros de manos, ligeros como el viento y, dicen los que los conocen, que pueden correr sin cansarse una legua a todo correr. Rosas, desde que se levanta hasta que se acuesta, anda con espuelas, chicote en la mano, sombrero y poncho, listo siempre para montar. Se me representaba un hombre que está asesinando a otro por robarlo, que a cada instante dará vuelta al menor ruido, seguirá con las víctimas lo que vea que no hay nadie y así...

Con la comida a un lado, voy a continuar esta interrumpida carta. Es el único tiempo que tengo mío, hacen días, el de comer y el de dormir.

Los locos Eusebio, Padre Biguá (como le llaman) y Gómez de Castro, no están sino a la expectativa de los ratos que dedique el viejo a sus diversiones, porque saben que son necesarios y que tienen el deber de no ausentarse.

Cuando fueron los generales Rolón y Pinedo con sus músicas y oficialidad a felicitarlo, estos generalísimos se sentaron en el patio que era la sala de recibo, a la

derecha de Rosas, y a la izquierda estaba el mulato Eusebio. La turbamulta rodeaba esta escena para admirar, aplaudir y adular. ¿Quién le parece a usted que era el actor principal, el protagonista, el que promoviera conversación? ¿Rosas? ¿Los generales? No amigo: era el mulato, que allí jugaba el rol de gobernador; y esto no es metafórico, que este tratamiento lo tenía muy de veras. Figúrese usted qué disparates no hablaría, qué groserías, qué sandeces, capaces de dar tedio a cualquiera. Aquellos personajes se reían en grande, aplaudían de todos modos sus barbaridades y la turba era el eco de estas risotadas y de estas zapalladas. La salsa de esta sociedad eran los buscapiés que le ataban en el pescuezo, en el trasero, etcétera, y la melodiosa música de un soldado llamado *el chileno*, que paya, con lo cual robaba la admiración y el buen humor de todos.

De rato en rato algún negro, que se había emborrachado, gritaba vivas y muertas a su antojo, y todos hacían coro...

A eso de las doce de la noche, a la mesa. Aquí la oficialidad. Los soldados y algunos gauchos intrusos al patio, en el suelo nomás, donde devoraban la carne con cuero y se emborrachaban.

Nueva escena. Los mismos actores. Los generales a la testera de la mesa. Rosas en seguida. A un lado el loco, sentado, por supuesto, y sombrero puesto lo mismo que Rosas. Siempre el loco promueve la sociedad. Ya cuando el horizonte estaba un poco cargado, empezó Rosas a llamar a votación a aquella asamblea, sobre si concedía la palabra al loco, por cuántos minutos, y últimamente, sobre si habría o no de beber el loco en medio minuto, un vasito de vino como de medio frasco.

La asamblea a pesar de que para votar observaba a Rosas si se paraba o no para seguirlo, esta vez la mayor parte no lo siguió, compadeciéndose del infeliz mulato que ya estaba borracho y reventaría con semejante dosis. Rosas da por ganada la votación, no estándolo, y doña Gregoria Ezcurra, y Rolón, dijeron que no estaba ganada. Se volvió a votar y poco a poco se aumentaba el número en favor de Rosas, pero al fin, sin atender a nada, y después de haber reprendido a la Goyita, se lo hizo tomar. Con el último trago empezó a despedirlo, allí no más, y Rosas y los generales a hacer farsa de esto, diciendo: ¡qué hipo le ha dado a Su Excelencia! y otras barbaridades...

Se puso también a votación si iría su excelencia, el mulato Eusebio, a m... o no... Cuando este protagonista, borracho ya, se insolentaba demasiado, sacaba Rosas la caja de rapé y se la daba para que por respeto al retrato de doña

Encarnación, se contuviera: después ponía el retrato en la testera de la mesa, parado, para que toda la concurrencia lo viese.

El vino ha sido tan abundante, que, después de emborracharse todos, cada soldado llevaba una botella en la mano y entraba así por la ciudad la tropa federal restauradora... Todo esto se repetía diariamente con la variación de las personas que venían a felicitar.

Durante este período de tiempo, ha hecho muchas gracias<sup>[6]</sup>. Los solicitantes estaban en la expectativa de cuándo salía al patio, para hablarle; lo hacían, y en lo general se les concedía sus gracias. Algunas rameras han ido haciendo de pobres a pedirle limosna y les ha dado de cien a doscientos pesos. Vi salir llorando una señora con expediente, que venía a pedir justicia, me dijo, y como gracia, que se pusiera al despacho para que se decretase con arreglo a ella: no lo consiguió. Esto demandaba tiempo.

Una cosa particular en esto. Muchos soldados desertores de Quesada fueron a pedirle a Rosas la gracia de que se les pasase a otro regimiento: que más bien querían morir fusilados que continuar con aquel tigre. Parece que conociera el anonadamiento a que va reduciéndose su poder por su política justa y enérgica, como él dice. Ha puesto en libertad no sólo a los presos que él decía por causas políticas, sino también a otros por causas criminales, aquí y en la campaña. Individuos que se estaban procesando en ésta, por robos calificados y asesinados, ¡por «gracia» puestos en libertad! Todo, hasta la equidad, la entiende al revés este bárbaro.

No me extenderé sobre otros pormenores que ahora recuerdo porque no son de importancia. Tal vez con la precipitación con que escribo ésta, se me olviden algunos que lo sean.

En lo general está muy manso el tigre, con sus inmediatos dependientes. Pero a veces se pone con la luna a trabajar, y entonces, ¡pobre el que no se humille más que una culebra!...

El día antes que fuese yo a un llamado a la quinta, me cuentan sus escribientes numerarios que les echó un ronca que los dejó yertos. Llegó hasta decirles que los había de hacer degollar, palabra que otra vez fue repetida en La Gaceta por su eco público, hablando de los unitarios y que siempre está en la boca de sus satélites, principalmente de Mariano Maza y Salomón.

Esto es muy reservado. Sólo las cuatro paredes de su trono lo oyeron. Cuidado amigo, no me resulte compromiso. Puede publicarse dándole con su brillante final, el colorido que debe tener: pero el modo como se ha sabido siempre debe mencionarse adulterándolo, por supuesto, con arte, de modo que aparezca verosímil. Por ejemplo, este degüello y lo mismo otras cosas, podrían suponerse sabidas por uno de los suplicantes que estaba junto a la ventana de su cuarto.

En otro momento de mal humor, después de haber estado jugando con Eusebio, lo hizo poner en el cepo de campaña en una noche fría, a la intemperie; por empeños de Manuelita lo soltó. De esto se ha conversado en la sociedad.

Del coronel Ramos hace confianzas de importancia. Entre éste y Ramiro se turna el capitaneamiento de la guardia de diez a doce hombres que tiene en su casa de noche. Son éstos sus sirvientes; están muy bien armados: bien pagados. A Rodríguez le ha dicho enojado que no vaya por allí más, hasta que él lo llame, porque junto a sus ventanas del lado de la calle, decía a otro, que era muy justa la causa de los franceses, pero que el pueblo estaba muy pobre, y el tirano lo oyó.

Cuando se enoja, los echa a sus edecanes al c... y a la p... que los parió, pero esto, que cualquiera se lo supondrá, no es bueno que vea la luz pública por la dificultad de saberse de otro modo que estando a su lado. Así hay otras cosas de que no se puede hablar: tengo en mi poder el comprobante de un rasgo de tiranía doméstica, mas no se lo puedo revelar sin compromiso... Cuando llegue la ocasión lo verá todo el mundo.

El sábado santo me hallé en la quinta de Palermo, en donde Rosas desplegó su genio y carácter gauchesco. Hizo quemar un Judas que representaba a Santa Cruz, montado en una mula. En las asentaderas tenía el indecente rótulo: *Se me han salido las almorranas*.

Lo hizo quemar antes de oraciones porque quería venirse temprano a la ciudad, huyendo de las músicas que iban allá esa noche. El loco Eusebio, montado a caballo, proclamó de orden de Rosas, al Judas. Rosas estaba con un par de bolas en la cintura: se las saca, se las tira al loco y casi lo mata de un bolazo, habiendo errado el tiro al caballo. ¿Qué le importaban estos peligros de sus juguetes? El lo que quería era divertirse... Se puso después al cohetero Santa María a tirarle algunos cohetes voladores, de cerca, que si le aciertan, lo traspasan. Lo mismo hicieron con Gómez de Castro. Éste, a pie, se puso a proclamar también de orden de Rosas. El cohete por delante y un muchacho por detrás por pocas no lo sacrificaron al singular gusto del bruto Rosas. Habían presenciado esta escena

algunos oficiales orientales y algunos suplicantes. No hay pues peligro en publicarla, si le parece, porque no sabrán a quién atribuir aquel conocimiento. Otras diversiones que hubieron la noche anterior, no fueron presenciadas por más que los de la casa. Las silenciaré por eso. Pero a la tarde hubo una reunión en el patio, debajo de unos ombúes, en que el gaicho Rosas, haciendo el papel de protagonista, dijo cosas que no quiero pasar en silencio.

Que nosotros éramos *demócratas o federales* (que para él todo es lo mismo) desde los españoles. Que si no, se viera cómo el pueblo elegía los jueces, éstos no tenían sueldos del gobierno. Que este sistema de los españoles, no era con el objeto de proporcionar nuestra convivencia, sino con el de tener un sistema variado en la América, pues en Bolivia, Perú y Chile, había aristocracia; con el objeto de tenerlos divididos, e imposibilitar así levantasen el grito de la libertad. Que el sistema de unidad era la aristocracia misma. Así es que la unidad estaba establecida en Chile. Pero que para sostenerla, era necesario dinero, que no tenían los unitarios. Si no que dijera [se dirigía a la reunión] Lamadrid, que estaba a su derecha, ¿qué le habían dado por los grandes servicios que les había hecho?... Lamadrid agachaba la cabeza, nada decía...

Hablando del triunfo sobre Santa Cruz, decía [Rosas] que la guerra que debieron hacerle los chilenos, era de escaramuzas y robos; que él, si hubiera conseguido hacer internar el ejército en el Perú y Bolivia, habría ordenado que huyeran siempre de presentar acción y robasen a donde pisasen, sacándose «hasta las imágenes de los templos» por estar allí mal colocadas, y se las mandaran para colocarlas bien.

Dirigiendo una mirada astuta a Montevideo, decía: que Lavalleja no tuvo razón de hacerle la guerra al presidente Rivera; si violaba la Constitución, ahí estaban las cámaras, para cuidar del derecho de petición.

Explicaba todo esto a su modo, y con la tendencia de hacer ver que un pueblo no debe nunca tomar las armas contra su gobierno sin resolución de la Legislatura. Que por esa razón, tampoco Rivera había tenido razón contra Oribe, y Lavalleja hizo entonces muy bien en ir contra aquél.

Es tal el miedo que tiene el tirano, que cualquiera que pasaba cerca de la quinta era examinado por alguno de la casa que nunca falta en sus alrededores: de dónde venía, a dónde iba, etcétera. Delante de mí, se hizo este examen a un inglés, y el inglés contestó que si ¿era prohibido hacer camino por allí?... y le contestaron que no, pero que mejor era que no lo hiciera.

Respecto a la decantada sabiduría de Rosas, he observado que su administración, ni redactar una nota sabe. Para acusar recibo, por ejemplo, transcribe toda la nota, cuyo recibo se avisa, traiga o no disparates, lo cual es muy común, principalmente las de campaña, y dice después lo que quiere a veces en dos palabras. De suerte que para decir dos palabras, es preciso toda esta obra antes.

Esta administración es rutinera sin igual, tanto para la redacción, como para las ideas, han de desempolvar cuanto archivo hay, siempre que recuerden que ha habido anteriormente asuntos de la naturaleza del que tienen entre manos. Bien ha dicho usted en el diario en que escribía, que era la lucha de lo pasado, sobre el presente, etcétera, de la «autoridad sobre la razón», diré ahora yo, siguiendo su idea.

*Enrique Lafuente*<sup>[7]</sup>

En este mismo mes de abril de 1839, llegó a Buenos Aires, procedente de la cárcel de Luján, el general José María Paz, prisionero de guerra desde 1831. El general Paz había estado preso en Santa Fe, donde se casó con una sobrina que, acompañando a su madre, hermana del prisionero, concurrió un día a la cárcel para visitar a su infortunado tío. López dio alojamiento allí mismo a los recién casados. Después, siempre acompañado de su mujer, el general Paz pasó a la prisión de Luján, y de aquí a Buenos Aires, donde Rosas le dio la ciudad por cárcel, habiéndose comprometido el prisionero a no tomar las armas contra él. Pasado poco tiempo, Rosas lo hizo inscribir en la Plana Mayor del ejército y le pagó sueldos atrasados, atención que Paz agradeció por carta y con varias visitas a la hija del gobernador. En la noche del 3 de abril de 1840, alzó el vuelo y fue a posarse en la fragata francesa *Alcmene* que con otras varias estaba bloqueando a la ciudad. De allí pasó a la Banda Oriental.

#### EN CASA DEL DICTADOR (1839)

Desde que llegué a Buenos Aires (1839) conocí el peligro de mi situación y no fue mi vida sino una continua inquietud. Poco más o menos, era así la de todos.

En el acto de llegar, me presenté al jefe de policía, quien me recibió con frialdad, pero sin desatención. Luego se me indicó que debía, por forma,

presentarme en casa de Rosas, que si no lo hacía, extrañaría este requisito, y ya se sabe lo que en tal gobierno importaba una omisión cualquiera. Además, mi cualidad de militar, en cuya clase es sabido que el preso que obtiene libertad se presenta al jefe, daba más colorido a esa exigencia. Yo tenía también un motivo para creer que estas indicaciones no partían del señor Elizalde, que me las hacía, sino que traían su origen del ministro Arana, cuya señora es hermana de la del señor Elizalde.

Elegí, pues, una noche, a los tres o cuatro días de haber llegado, y, acompañado del hijo mayor del señor Elizalde, fui a casa de Rosas. Es imponderable el silencio y lobreguez de aquella calle; eran raras las personas que pasaban por ella, y he conocido muchas que hacían grandes rodeos para evitarla, cuando alguna urgencia los llamaba en esa dirección. ¿Qué diré de la casa?... No había guardia, no había aparato militar alguno; un zaguán alumbrado con un farol y un hombre que desempeña las funciones de portero; un gran patio sombrío y desierto en que reinaba el más profundo silencio, es lo único que vi. Todas las puertas que caían a él estaban cerradas, a excepción de una en que se divisaba una débil luz; a ella nos dirigimos, y habiendo llegado, vimos dos hombres sentados delante de una gran mesa rodeada de sillas que le daban el aspecto de un comedor muy común. Esos dos hombres eran el edecán Corvalán y el capitán del puerto, coronel don Francisco Crespo.

Cuando hube dicho que venía a hacerme presente a Su Excelencia, me contestó el primero que no podía verse al señor gobernador, y cuando el joven Elizalde le dijo quién era yo. Corvalán, sin moverse de su silla, ni mudar de postura, me insinuó que no era preciso que me hubiese incomodado en ir, pero que lo haría saber al ilustre Restaurador.

Me retiré bajo el peso de las más desagradables impresiones; por un lado celebraba haber salido de aquel disgustante paso, que se me había pintado como indispensable, y que, sin duda, lo era, a pesar de lo que me dijo Corvalán; pero el sepulcral aspecto del edificio, su lobreguez, la certidumbre de que allí se alojaba un sangriento tirano, el terror de que parecía que participaban hasta las paredes, producía sensaciones inexplicables, para los que no han estado en Buenos Aires o en el Paraguay en la época del doctor Francia. En seguida fui a casa del señor Arana, quien me recibió muy atentamente y a quien dije la grosera acogida que me había hecho Corvalán, a quien trató de disculpar con la vejez.

No pasaron dos días sin que se me trasmitiese por conducto de la señora de Elizalde, a quien se lo había referido su hermana, la esposa del señor Arana, que la

señorita doña Manuelita Rosas había reñido mucho a Corvalán porque no le había anunciado mi visita, pues aunque su tatita no pudiera recibirme por sus ocupaciones, ella hubiera tenido gusto en conocerme. He aquí a mi mentor, el señor Elizalde, que declara que aquella indicación equivalía a una muy clara invitación para que yo fuese otra vez de visita a casa de Rosas, so pena, si rehusaba a ella de... de... de todo, porque todo puede acarrearos el simple desagrado de un hombre dotado de un poder monstruoso, y que usa de él del modo que sabemos.

Me sería imposible significar la repugnancia que sentía para hacer este segundo cumplido, del que no saldría tan brevemente como del primero. Habrían pasado ocho días de mi llegada, cuando, a la una de la tarde, me presenté en casa de Rosas, y, a pesar de la hora, el silencio y la soledad de la calle y de la casa, era la misma. Tan sólo había en el patio una puerta abierta, que era de la misma pieza en que, noches antes, había encontrado a Corvalán; allí encontré a alguno que no sé si era edecán, a quien me anuncié, y mientras él partió, quedé dando largos paseos por el patio, que duraron cerca de media hora.

Al patio caían varias ventanas, pero perfectamente cubiertas con persianas, que no permitían ver cosa alguna interior; era seguro que Rosas, que nunca me había visto, como yo no le he visto a él hasta ahora, querría conocerme, y que al efecto me estaría observando de la parte interior de las persianas; yo, que no dudaba de ello, traté de aparentar la más cumplida indiferencia, y, paseándome con negligencia, jugueteaba con mis guantes que tenía asidos con una mano. Cuando después de hecha mi visita me retiré, y advirtió el señor Elizalde que mis guantes eran de un color verde oscuro, me significó la inconveniencia de su color y el peligro que había corrido; mas, como ya hubiese pasado, hubimos de tranquilizarnos, proponiéndome no hacer otra prueba.

Al fin se abrió la puerta del salón, al que salió la señorita doña Manuelita y dos señoras más, de las cuales una era tía y la otra abuela; me recibió con atención y aun me manifestó benevolencia, pero sin hablar, por supuesto, una palabra, ni de mis sufrimientos pasados, ni de las cosas públicas presentes. La conversación rodó sobre objetos indiferentes y nada hubo de que pudiese resentirse la más refinada delicadeza.

*José M. Paz<sup>[8]</sup>*

Durante los primeros meses de la lucha, Rosas pudo contar en su favor dos hechos de armas afortunados: la batalla de Pago Largo, en Corrientes (Pascual Echagüe contra Berón de Astrada) y el combate de La Trinchera, en Córdoba (Manuel López contra revolucionarios de Santa Fe). Rivera, en buques de la escuadra francesa, recorría el río Paraná, anunciando la inminente victoria y el muy próximo desembarco de fuerzas francesas. Entretanto, una conspiración tramada en Buenos Aires, revolución casi de palacio, amenazaba terminar con la vida del dictador. El coronel Ramón Maza, hombre de confianza de Rosas, era el encargado de asesinarle, y don Manuel Vicente, padre del coronel y presidente de la Legislatura, estaba en el secreto. Todo fue descubierto por una delación: Ramón fue preso y fusilado. Don Manuel Vicente, asesinado en el recinto de la Legislatura por miembros de la *Sociedad Popular Restauradora*, más conocida por *La Mazorca* (junio de 1839). Pero el movimiento había cundido también entre algunos estancieros del sur de Buenos Aires que se levantaron en octubre de ese mismo año y fueron derrotados en la batalla de Chascomús. Como en Pago Largo, después de esta lucha, hubo degollina cumplida por los rosistas, y los fugitivos se embarcaron en barcos franceses que les esperaban en la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires.

Paralelamente, el general Lavalle, primero en Entre Ríos, luego en Corrientes, había perdido su tiempo en una campaña desordenada, al grito de *¡Viva el sistema republicano representativo federal!...* Y se mostraba, al parecer, tan ávido de sangre y de venganza como sus mismos enemigos, porque el 8 de diciembre de 1839, escribió a Ferré: «Espero que usted estará tan bueno de salud como yo para hacer degollar al ejército de Máscara (Juan Pablo López), todo entero».<sup>[9]</sup>

Y llegó el año 1840... Con la victoria de Pago Largo, con el castigo de la conspiración de Maza, con el triunfo de Chascomús, Rosas había obtenido muy serias ventajas sobre sus enemigos. En este mismo año, un ejército formado por Lavalle en la ya referida región, se embarcó en la costa entrerriana y, conducido por la escuadra francesa, fue a tomar tierra en la orilla opuesta, San Pedro (provincia de Buenos Aires). El ejército se puso en marcha sin tardanza, desde San Pedro a Buenos Aires, seguro su jefe de que el almirante francés Baudin llegaría con tres mil infantes prometidos para tomar la ciudad; avanzó hasta Merlo donde le esperaba el ejército de Rosas, pero, en vista de que los franceses no se dejaban sentir en ninguna parte, decidió Lavalle retroceder hacia Santa Fe. El ejército unitario tomó esta ciudad, donde Lavalle hizo imprimir un periódico llamado *El*

*Libertador* que llevaba este acápite; ¡Viva la Federación! ¡Muera Rosas!... Pero muy poco pudo permanecer en Santa Fe, porque se acercaba desde el sur el ejército rosista mandado por Oribe, ex presidente legal del Uruguay (derrocado por Rivera) y a quien don Juan Manuel seguía tratando como a legítimo mandatario. A la noticia de la proximidad de Oribe, se largó Lavalle con sus tropas a Córdoba, pero alcanzado en Quebracho Herrado, sufrió allí una tremenda derrota (noviembre de 1840).

A esto se agregó una desconcertante noticia: los franceses habían tratado con Rosas y dos comisionados —francés uno de ellos— venían a proponer a Lavalle el abandono de la lucha y el retiro a Europa, en condiciones ventajosas. En efecto, el gobierno de Francia, que de ninguna manera deseaba comprometerse por la causa unitaria ni se interesaba ahora gran cosa por la suerte de sus súbditos en Buenos Aires, había cambiado de política: «El gobierno no mandará — decía uno de sus ministros— ninguna expedición y se interesa muy poco por los asuntos de Buenos Aires y de los franceses comprometidos allí, pues no está obligado a proteger a los franceses que se van al extranjero». Todavía más: «Francia no ha considerado aliados suyos ni a la República Oriental, ni a las tropas del general Lavalle; solamente ha visto en ellas auxiliares traídos por acontecimientos imprevistos...»<sup>[10]</sup>. Y Lavalle había exigido poco antes, un millón de francos a Buchet de Martigny para gastos de guerra...

No es de extrañar, entonces, que llegara al Río de la Plata el almirante barón Angel René de Mackau, revestido de carácter diplomático, e hiciera proposiciones de paz. Era todo lo que quería Rosas. Se acordó fácilmente la cesación de la guerra, la derogación de la ley que había traído el conflicto y la indemnización a los pocos franceses que se creían perjudicados. «Los ciudadanos franceses en el territorio argentino —dice el tratado— y los ciudadanos argentinos en el de Francia, serán considerados en ambos territorios, en sus personas y en sus propiedades, como lo son o lo podrán ser los súbditos y ciudadanos de todas y cada una de las demás naciones, aun la más favorecida». Y todos contentos... Rosas, en verdad, no había hecho hincapié en la ley misma que provocaba el conflicto, sino en que el asunto fuera materia de un tratado diplomático, y eso lo consiguió. Y sus adictos proclamaron el hecho como un gran triunfo del *Restaurador de las leyes*. Los franceses —al parecer— no recibieron mala impresión del gobernador. En los apuntes sobre los asuntos del Plata, firmados por *Un officier de la Flotte*, publicados en la *Revue des Deux Mondes*, que algunos atribuyen al mismo barón de Mackau y otros al oficial Page, se lee: «Rosas es gaucho entre los gauchos; pero ante un extranjero distinguido que quiere conquistar, el gaucho desaparece, su lenguaje se depura, su voz acaricia, sus ojos se dulcifican, su mirada atenta y llena de

inteligencia, cautiva...». Lo que no está muy en concordancia con el retrato que un distinguido argentino, enemigo implacable de Rosas en 1840, su amigo hasta 1835, don Domingo de Oro, nos dejó en un folleto publicado en Chile: *El tirano de los pueblos argentinos* (1840).

## EL TIRANO

La naturaleza concedió a don Juan Manuel de Rosas una constitución robusta. Su ejercicio de ganadero y labrador la desarrolló completamente y la habilitó por más de un respecto para desempeñar el tremendo papel que representa. Su semblante, en el círculo de hombres de su confianza, o cuyas simpatías le interesa conquistar, es agradable, y cuando se le habla, hay en su rostro una expresión de atención y seriedad que halaga; pero en el trato común con otros hombres, manifiesta cierta tosquedad de maneras y descompostura de lenguaje que concuerda con cierto aire de taciturnidad que parece en él característico. En estos casos, rara vez mira a la persona con quien habla, y si lo hace, con intervalos, con movimientos rápidos de su vista, es para ver el efecto de sus palabras. Por lo demás, ninguna señal revela jamás contra su voluntad los efectos de su alma y nadie al mirarlo sospechará cuánta es la bastardía de las pasiones brutales que fermentan en su pecho. Pero aunque tiene el disimulo que se atribuye a Tiberio, el miedo en el momento de peligro pone descolorido su semblante, que es encendido, sin que carezca del valor necesario para arrostrar aquél, cuando es indispensable o muy urgente. Es verdad que entonces sus facultades se perturban y cae en cierto estado de entorpecimiento mental o casi estupidez. Rosas es frugal y parco en alto grado, y lo era antes de que el temor de un envenenamiento viniese a atormentarlo como sucede hoy. Es pensador, reflexivo y laborioso como pocos. No tiene ideas religiosas ni morales; y todas las facultades de su alma están subordinadas a la ambición de mando absoluto y a la pasión de la venganza, las dos cualidades dominantes de su carácter. En la historia del Nuevo Mundo hasta nuestros días, no se encuentra el nombre de un tirano tan reflexivamente atroz y cruel como Rosas. La actividad febril con que trabaja, degenera en una extravagancia loca y feroz en sus momentos de descanso y distracción, y en estos accesos mantea a los locos que tiene siempre en su compañía...

*Domingo de Oro*

El general Lavalle no podía aceptar lo propuesto por los comisionados después del tratado Mackau, porque desde tiempo atrás, en plena alianza con los franceses, tenía comprometidos a gobernadores del interior, para formar una liga contra Rosas, la «Liga del Norte», y ya esos gobernadores habían dado manifiestos desde abril y mayo de 1840. Andaba en ello el general Lamadrid que, enviado por Rosas —como amigo suyo— con fuerzas al interior, habla «dado vuelta el poncho», quedándose con las fuerzas y el dinero de su compadre.

De manera que Lavalle tenía el terreno bien preparado y muy mal hubiera procedido con sus amigos yéndose a Francia para gozar de las ventajas que se le ofrecían. Rehusó, pues, el ofrecimiento y se replegó a Córdoba, dispuesto a ponerse al frente de la Liga.

Pero el ejército de Oribe estaba bien equipado y se distinguía por una rígida disciplina. Lavalle y Lamadrid establecieron en un principio su cuartel general en Catamarca y desplegaron una división a Cuyo para derrocar a los gobernadores rosistas. El general Acha, jefe de esta división, afortunado en un comienzo, tuvo que rendirse en San Juan. Lamadrid fue completamente derrotado por Pacheco en Mendoza (setiembre), y en el mismo mes, Oribe derrotó nuevamente a Lavalle en el combate de Famaillá. Triunfante el ejército rosista, avanzó hacia el norte sin mayor resistencia e hizo terribles y crueles escarmientos: decapitación de Avellaneda, de Cubas y muchos otros; espantoso desastre en que Lavalle no mostró grandes cualidades de militar y Oribe se reveló hábil organizador e implacable y atroz en el castigo. En retirada hacia Bolivia, Lavalle murió en Jujuy, en la madrugada del 9 de octubre de 1841, no de muerte heroica, sino al abrir una puerta desde el interior de la casa en que dormía, para espiar a cierta partida enemiga que hizo una descarga contra el edificio.

Así terminó esta campaña, iniciada en 1839. De los aliados de entonces quedaba solo el presidente Rivera en el litoral, buscando la paz con Rosas. Los emigrados argentinos en Montevideo, poco después de firmado el tratado Mackau, echaron mano del atentado personal y estuvieron a punto de matar a la hija de Rosas, según nos informa ella misma en el siguiente relato escrito por Adolfo Saldías en el destierro.

#### EL ATENTADO DE LA MAQUINA INFERNAL (1841)

En la noche del 25 de marzo de 1841, aniversario del cumpleaños de mi finada madre, estando rodeada de algunas personas que me visitaban en memoria del día, entró monsieur Bazin, primer edecán del señor almirante Dupotet y,

entregándome una caja como una tercia de vara de tamaño, me dijo acababa de recibirla de Montevideo con una carta del cónsul general de Portugal, el señor Acevedo Leite, en la que le pedía ponerla en mis propias manos para que yo lo hiciera del mismo modo en las de mi padre, y que dicha caja encerraba una medalla de diploma que la «Sociedad de Anticuarios» de Copenhague, le dedicaba.

Después de tomar dicha caja en mis manos pedí, no recuerdo a cuál de los amigos que allí estaban, ponerla sobre la mesa redonda, que entonces se usaba en medio de la sala. Lo efectuó y allí quedó la caja toda la noche estando la mesa en constante movimiento, pues, a medida que los visitantes aumentaban, ésta se retiraba para dar lugar a formar el círculo social. Al siguiente día llevé a mi padre la caja, repitiéndole las palabras de monsieur Bazin. Mi padre la miró y me dijo ponerla sobre una de las cómodas que había en su aposento donde él estaba escribiendo ese día. Lo hice, y después de pasados los días, me dijo que la abriese y le hiciese saber su contenido. Esto fue el 28 de marzo, tres días después de haberla yo recibido.

La llevé a mi dormitorio, y, sentada en una silla al lado de la ventana, llamé a una joven amiga mía, Telésfora Sánchez, que entonces me acompañaba, para que me ayudase a descoser los forros. El primero, no recuerdo de qué material era, pero sí que el segundo era de cachemira blanca, con las costuras ribeteadas de un cordón de seda colorada. Bajo este forro, sobre la tapa de la caja, estaban varios papeles, que no leí por estar escritos en un idioma desconocido para mí, pero me parecieron ser títulos o diplomas. Con éstos estaba la llave de la caja, atada con una cintita colorada. Puse a un lado los forros y papeles, y al abrir la caja con la llave, saltó la tapa de un modo tan violento, haciendo tan fuerte ruido, que Telésfora y yo dimos un grito.

Al mirar la máquina, yo no tuve la más mínima idea de lo que era, pues teniéndola en las faldas la miraba de frente, pero Telésfora que estaba sentada en la ventana y la miraba de lado, me dijo: «Manuelita, fíjate, parecen cañones los tubos que la forman».

Hice lo que ella me indicaba y ni aun asimismo me inspiró la más mínima sospecha que tenía en mis manos tan cruel, tan infernal proyecto del que, si la Divina Providencia no me hubiera salvado, habríamos sido víctimas con mi amiga Telésfora, y también mi mucama Rosa Pintos, que en esos momentos se ocupaba de acomodar algo en el cuarto. Al tratar de cerrar la caja, no pude conseguirlo; en balde apretaba dos grandes gonces que habían saltado en los lados de ella, lo que después supe ser los gatillos de la máquina que por haberse descompuesto, no

produjeron el infernal intento.

Esa misma mañana la llevé a mi padre, y él, al mirar la máquina comprendió en el momento la terrible realidad. Guardó silencio un momento, y después, mostrándosela al primer escribiente de Secretaría, don Pedro R. Rodríguez, que acababa de entrar, le dijo: «Es ésta una máquina infernal enviada por mis enemigos para matarme, pero Dios es justo. Vaya usted inmediatamente a llamar al señor ministro Arana».

No tardó en llegar dicho señor, quien, doblemente aterrado al saber hubiese sido yo la víctima de tan espantosa trama, tanto mi padre como él me abrazaron y besaron tiernamente, felicitándome por la protección que el Todopoderoso me había dispensado y al decirme mi padre: «Hija mía, demos fervientes gracias al Divino Ser que con tanta bondad nos ha salvado con su suprema protección», mi llanto sin desprenderme de sus brazos, no le permitió continuar.

Esto tenía lugar, como he dicho antes, el 23 de marzo, y así que mi padre y el doctor Arana, ministro de Relaciones Exteriores, conferenciaron, decidieron imponer, sin pérdida de tiempo, al señor almirante Dupotet de lo que pasaba. Este señor almirante, indignado al saber que se hubiesen valido de su edecán monsieur Bazin como agente de una trama tan infame, despachó a éste, esa misma mañana, en un vapor a Montevideo para tomar informe del señor Acevedo Leite, si tenía algún conocimiento de la carta, habiéndosele engañado. El señor Leite, tan ofendido como debía serlo, se vino sin demora con monsieur Bazin a Buenos Aires para dar la satisfacción debida de su inocencia; la máquina, sin moverla de la caja, se llevó inmediatamente a casa del señor ministro Arana, donde estuvo algún tiempo expuesta al examen del público.

Siendo el 30 de marzo el día del cumpleaños de mi finado padre —y el 29 se destinó a consultas de ministros del gobierno y de los agentes extranjeros— fue aquel día en el que se declaró al público lo que pasaba; así fue que todos los cuerpos diplomáticos y militares que iban a casa para complimentar a mi padre, como los particulares, impuestos de la infamia que se les refería, pasaban a ver la máquina a lo del señor Arana... Los oficiales franceses descargaron algunos de los cañones en el jardín del señor ministro Arana, y la carga era tan terrible, que los cañones reventaban.

*Manuela Rosas de Terrero<sup>[11]</sup>*

## CAPITULO IV

### LA COALICIÓN EUROPEA Y EL COMBATE OBLIGADO

Con la derrota de la Liga del Norte y la muerte de Lavalle, Rosas aseguraba su política en el interior y habríasela asegurado en todo el país si el general Paz, fugitivo de Buenos Aires en 1840, no hubiera pasado a Corrientes y preparado un ejército, con pericia y diligencia tales, que a fines de 1841 el triunfo de Caaguazú le hizo dueño de Corrientes y de Entre Ríos, a lo que se agregó Santa Fe, por defección del gobernador Juan Pablo López a la causa de Rosas. Y el triunfo de Paz en Corrientes fue tabla de salvación para Rivera, que en esos momentos buscaba en toda forma un arreglo con la Confederación. Paz fue elegido, por derecho de la victoria, gobernador de Entre Ríos, y pudo ver reunidos en Paraná a los delegados de la nueva Liga, formada por Corrientes, Santa Fe, Entre Ríos y Banda Oriental. Pero en Entre Ríos estaba ahora Rivera, presidente del Uruguay, y éste no se resignó a que el vencedor de Caaguazú ejerciera el mando militar de los nuevos aliados. Fuese porque Paz inspiraba pocas simpatías o porque Rivera ostentara título de presidente de un Estado, ello es que para el mes de abril (1842), el presidente del Uruguay tomó la dirección de la guerra y el vencedor de Caaguazú, decepcionado, se encaminó a Montevideo. Por esos días, Oribe, sin enemigos en el interior argentino, veníaseles encima desde Córdoba. A tiempo que Rivera se hacía cargo del ejército de Entre Ríos, Oribe llegó a Santa Fe, derrotó fácilmente a Juan Pablo López, aseguró un gobierno adicto al Restaurador (el de Pascual Echagüe) y empezó a pasar tropas al otro lado del Paraná.

Los ministros extranjeros (inglés y francés), que vivían en inquietud desde el año anterior, vieron que soplaban malos vientos para sus connacionales de Montevideo, arraigados en la ciudad desde años atrás y con serios intereses comerciales en ella. No debieron tenerle mucha fe a Fructuoso Rivera en el orden militar aquellos ministros porque, antes de que nada ocurriera, y a punto de llegar Oribe a Santa Fe, ofrecieron seriamente su mediación y dijeron a Rosas que la restauración de Oribe en el poder les parecía inadmisibile. Rosas declaró que Rivera le había declarado la guerra, que había invadido y saqueado la provincia argentina de Entre Ríos y que el gobierno de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores, no reconocía otro presidente legal que Oribe. A lo que respondieron los ministros que recurrirían a otros medios para defender los bienes de sus connacionales. La suerte estaba echada. Aquí empieza el segundo conflicto de

Rosas con países europeos. Oribe cruzó su ejército a Entre Ríos y fue a encontrar al enemigo casi a orillas del río Uruguay, donde lo destrozó en la batalla de Arroyo Grande (6 de diciembre de 1842). Como en otras ocasiones, el vencedor se mostró implacable con el vencido y hubo degüellos y crueldades a mansalva.

Oribe, que hubiera podido, pasando el Uruguay, caer de súbito sobre Montevideo y tomarla, no se dio prisa en hacerlo y cuando llegó con su ejército encontró la ciudad bien fortificada. En ello había andado el general Paz y otros emigrados. De ahí que, apenas iniciado el cerco de la plaza, y cuando el almirante Brown con la escuadra de Buenos Aires daba comienzo a las operaciones de bloqueo, el comodoro inglés Purvis se opusiera con su flota, hasta inmovilizar los buques argentinos. Rosas protestó ante el ministro inglés

Mandeville por ese hecho y arguyó que, estando en buenas relaciones Inglaterra con la Confederación, no era concebible un acto semejante. Pero, como consecuencia de aquella actitud del comodoro inglés, y por insinuación suya, salió en misión a Inglaterra Florencio Varela desde Montevideo, a pedir la intervención armada en el Río de la Plata.<sup>[1]</sup> A Varela le siguió el brasileño conde de Abrantes, afanoso porque se diera al Brasil beligerancia en el asunto, lo que no consiguió. El gobierno inglés, por lo pronto, desaprobó la conducta del almirante Purvis, y Rosas pudo restablecer el bloqueo iniciado en el mes de febrero. Los extranjeros de la ciudad, que resultaban los más perjudicados porque disponían de capitales, formaron casi todos en el ejército de la defensa. Más de un año se prolongó esa situación y Oribe ganaba de continuo posiciones en la campaña. Cuando todo lo creían perdido los sitiados, llegó por fin la «mediación armada» anglofrancesa. Venían dos comisionados: el señor Ouseley (inglés) y el señor Deffaudis (francés). Con ellos, sendas escuadras —los primeros buques de guerra a vapor llegados al Plata— al mando de los comandantes Inglefield y Lainé (marzo de 1845). A despecho y pesar de este concurso, al parecer decisivo, la situación se agravó para los enemigos de Rosas, porque Rivera fue derrotado en aquellos momentos por Urquiza en la batalla de India Muerta y toda la campaña oriental estuvo de tal modo en poder de Oribe.

Los comisionados extranjeros enfrentaron a Rosas en Buenos Aires. Exigieron el retiro de sus tropas de la Banda Oriental y el levantamiento del bloqueo. Aquél invocó nuevamente sus derechos de beligerante y la soberanía de su país sobre los ríos interiores. Los almirantes Lainé e Inglefield apresaron entonces barcos argentinos en el Río de la Plata, tomaron la Colonia y Martín García (agosto-setiembre de 1845) y en el mes de octubre remontaron el Paraná con intención de hacer desembarcos. Una vez en la Vuelta de Obligado, donde el río se

estrecha y hace posible la defensa con baterías de costa, halláronlo cruzado por una larga cadena tendida sobre canoas, como símbolo de la soberanía nacional. En la orilla estaban escalonadas las baterías al mando del general Mansilla. Siete horas se defendieron los escasos cañones de Obligado contra el fuego incesante de ochenta y cinco bocas de fuego de las dos escuadras, que pasaron al fin, pero llevando en sus flancos el recuerdo de la jornada. Entretanto la provincia de Corrientes, esta vez en manos del general Paz, firmaba un tratado de alianza con el Paraguay. Pero el ejército unitario de Paz (mejor dicho, su vanguardia) fue derrotado en Laguna Limpia por Urquiza (6 de febrero de 1846).<sup>[2]</sup> Los descalabros se sucedían; un desembarco inglés en la costa del Paraná fue anulado por el coronel rosista Thorne. A pocos meses del combate de Obligado (junio de 1846), el mismo general Mansilla, desde la costa de San Lorenzo, en Santa Fe (Paso del Quebracho), causó grandes pérdidas a un convoy compuesto de doce buques de guerra a vapor y noventa y cinco mercantes que descendían el Paraná con víveres para la plaza de Montevideo.

Ya para entonces se conocía en Europa el poco brillante papel de las escuadras llegadas al Plata. Palmerston había interpelado al gobierno en el Parlamento a propósito de la invasión. Los franceses eran acusados de conquistadores. Los comerciantes ingleses del Río de la Plata, que hacían pingües negocios, se preguntaban qué podía ganar Inglaterra en aquella aventura y pedían la paz. De súbito apareció en el Río de la Plata el inglés Tomás Samuel Hood, comisionado de Francia e Inglaterra para hacer proposiciones de paz a Rosas. Hood, debidamente autorizado, proponía: desarme de todos los extranjeros de Montevideo; levantamiento del bloqueo; devolución de naves apresadas y de la isla Martín García; reconocimiento de la soberanía argentina y de su dominio exclusivo sobre el río Paraná; retiro de las fuerzas argentinas del sitio; Oribe aceptaría los resultados de una elección libre; los emigrados argentinos saldrían de Montevideo; amnistía general.

Estas proposiciones, motivo de gran revuelo, fueron aceptadas en principio por Rosas y Oribe, pero los comisionados Ouseley y Deffaudis, así como los dirigentes de Montevideo, negaron su asentimiento. En Francia, los partidarios de la intervención protestaron también y Thiers dijo en el Parlamento que el honor obligaba a cumplir compromisos con el Uruguay. Hood se embarcó para Inglaterra... Y las cosas quedaron más tranquilas, sin hostilidades de la escuadra, hasta que, en mayo de 1847, aparecieron los comisionados lord Howden (inglés) y el conde Walewski (francés). Este último era hijo de Napoleón I (con la polaca Maria Walewska) y más tarde fue ministro de Napoleón III. Los nuevos comisionados venían a tratar sobre las bases Hood, pero querían separar a Rosas

de Oribe y ponían de lado una cláusula, para Rosas muy esencial: la exclusiva jurisdicción de la Confederación Argentina sobre los ríos interiores...

El dictador hizo esa cláusula cuestión de principios.

El conde Walewski quiso insistir y hacer del asunto nuevo motivo para continuar la guerra; pero Howden, que tenía instrucciones de Palmerston (ahora ministro) y quería desprenderse de aliados molestos, optó por levantar el bloqueo y volverse a Inglaterra. Antes, trató de lograr un armisticio con Oribe y los sitiados de Montevideo. Oribe lo aceptó, pero no los sitiados. Entonces Howden escribió al comodoro sir Thomas Herbert, comandante de la escuadra bloqueadora: «Considerando, yo, primero, que los orientales de Montevideo no obran en este momento libremente sino coartados por una guarnición extranjera; y, segundo, que este bloqueo ha perdido enteramente su carácter primitivo de medida coercitiva contra el general Rosas, y se ha convertido en una medida de dar dinero, en parte al gobierno de Montevideo, y en parte a ciertos individuos extranjeros residentes allí, con perjuicio continuado del extenso y valioso comercio de Inglaterra, en estas aguas, os requiero por la presente, Señor, que alcéis el bloqueo de ambas márgenes del Río de la Plata y que toméis las providencias necesarias para cesar en toda ulterior intervención en estas aguas».<sup>[3]</sup>

Herbert cumplió lo indicado por Howden, y lord Palmerston, jefe del gobierno de Londres, aprobó ampliamente el proceder de su comisionado; lo que no es de sorprender, puesto que Palmerston había ya escrito a Guizot, primer ministro francés: «Lo cierto es, si bien esto debe quedar entre nosotros, que el bloqueo francés y británico del Plata ha sido ilegal desde el primer momento».<sup>[4]</sup>

En los meses que permanecieron en Buenos Aires Howden y Walewski, tuvieron repetidas conferencias con Rosas; hubo fiestas en Santos Lugares, dedicadas a Howden, y animadas tertulias en Palermo. Algunas de las comunicaciones de Howden a Palmerston revelan ciertos aspectos de la personalidad de Rosas que nos interesa conocer.

#### LA AMNISTIA (1847)

*23 de mayo de 1847.* El general Rosas se refirió a la amnistía solicitada, mostrándose muy vehemente en este asunto porque alardea de la protección que ofrece a los emigrantes, a los extranjeros, y a todas las personas que se acogen a su protección. Esta circunstancia, de que se envanece, puede ser beneficiosa. Dijo que el artículo no le concernía, que estaba bien proponerlo al general Oribe, quien, por

otra parte, ya lo había aceptado, pero que el gobierno argentino nada tenía que decir a Montevideo, cuyos habitantes, si vienen a esta orilla del Plata, serán tratados siempre como él ha tratado a todos los extranjeros; que *el gobierno inglés sabe bien cómo trata él a los extranjeros* y que su propia disposición, como su crédito, valían por mil tratados.

26 de mayo de 1847. Rosas, hablando de sí mismo, dice que él no tiene ningún tinte literario, que nunca aprendió a estudiar otra cosa que el corazón humano... La aversión por los extranjeros en este país es innata. No solamente existe una aversión tradicional, sino la desconfianza por todo lo que signifique un proyecto europeo. Creen que uno viene a esquilmarlos o a oprimirlos y están dispuestos a creer que existe en Europa una vasta organización para atentar contra la independencia americana... Considero que el general Rosas es, en política, tan liberal como pueden serlo sus connacionales, y al proteger a los súbditos británicos, se muestra amigo de Inglaterra hasta donde se lo permite su sangre y su nacimiento... Para terminar esta comunicación diré que no hay país en el mundo donde la diplomacia europea se encuentre más desamparada y en realidad tan sin esperanzas, como éste...

9 de julio de 1847. Mi Lord: Confío en que Vuestra Excelencia no ha de atribuir a mera jactancia, sino a un orgullo justificado, la gran satisfacción que experimento al informarle que el general Rosas me ha comunicado — y se complace en repetirlo— que yo he obtenido, no solamente la entera confianza del gobierno, sino la buena voluntad de todas las clases sociales de este pueblo y que él estima en consecuencia como un deber especial, el velar constantemente por la seguridad de todos los súbditos británicos que se hallan en el país, sean cuales fueran las circunstancias que puedan sobrevenir en adelante y que mientras se encuentre en el poder, nadie tocará un pelo de la cabeza a los británicos, ni perjudicará en un solo peso sus propiedades. Tengo el honor, etcétera.

Howden<sup>[5]</sup>

Alfred de Brossard, acompañante del conde Walewski en la misión de 1847, nos ha dejado de don Juan Manuel este retrato muy al vivo y del natural y no del todo desfavorable a despecho de la inquina con que le trata el libro de que es autor y que se titula *Considerations historiques et politiques sur les Républiques de la Plata*

*dans leurs rapports avec la France et l'Angleterre*, París, 1850, de donde han sido traducidas las páginas siguientes.

#### EL DIPLOMATICO (1847)

A su llegada monsieur Walewski hizo a Rosas una visita de cortesía y después mantuvo con él una larga conferencia. Habiéndome tocado asistir a estas diversas entrevistas, aprovecho la oportunidad para describir al jefe del gobierno argentino tal como se presentó ante nosotros.

El general Rosas es un hombre de talla mediana, bastante grueso y dotado, según todas las apariencias, de un gran vigor muscular. Los rasgos de su fisonomía son proporcionados; tiene la tez blanca y los cabellos rubios; en nada se asemeja al tipo español. Al verlo, diríase más bien un gentilhomme normando. Hay en su expresión una extraña mezcla de astucia y de fuerza; de ordinario mantiene su gesto apacible y hasta suave, pero por momentos la contracción de los labios le da una singular expresión de dureza reflexiva.

Se expresa con mucha facilidad y como un hombre perfectamente dueño de su pensamiento y de su palabra. Su estilo hablado es muy desigual; tan pronto se sirve de términos escogidos y hasta elegantes, como cae en la trivialidad. Es posible que entre por algo la afectación en esta manera de expresarse. Sus pláticas no son nunca categóricas, sino por el contrario, difusas y complicadas a fuerza de digresiones y frases incidentales. Pero esta prolijidad, es, sin duda, premeditada y calculada para desconcertar al interlocutor. En efecto, se hace muy difícil seguir al general Rosas en todos los rodeos de su conversación.

Sería imposible reproducir en todos sus aspectos esta conferencia que se prolongó por espacio de cinco horas. Rosas se mostró en ella, por momentos, como un perfecto hombre de estado y, según el caso, como un particular afable, y también infatigable dialéctico y orador vehemente y apasionado. Representó, a medida de las exigencias y con una rara perfección, la cólera, la franqueza y la bonhomía. Es comprensible que, visto cara a cara, pueda seducir o engañar...

Dotado de una voluntad reflexiva y persistente, don Juan Manuel es un gobernante esencialmente absoluto; y aunque la fuerza —vale decir el principio de las gentes que carecen de principios— constituya la base de su gobierno; y a pesar de que en su política consulte sobre todo las necesidades de su posición personal, lo cierto es que gusta de pasar por hombre de razonamientos y de convicciones. Muestra gran horror por las sociedades secretas, *las logias*, como las llama, aunque

*la mazorca*, fundada por él, fue una sociedad secreta que se hizo pública por los mismos excesos en que incurría. Se indigna de que puedan suponer en él la menor afinidad con los revolucionarios enemigos del orden social y, como hombre de Estado, finge en sus máximas una gran austeridad que no guarda en su vida privada. «Yo sé muy bien, dice en sus conversaciones, que el ejemplo debe venir desde arriba».

Ha justificado hasta cierto punto sus pretensiones restableciendo el orden material en el país y en la administración; trabaja asiduamente de quince a diez y seis horas diarias en el despacho de los asuntos públicos y no deja pasar nada sin un riguroso examen. De tal manera, como él mismo lo repite, todo el peso y la responsabilidad del gobierno recae sobre él. Así puede decirse que los principales resultados de su gobierno en el interior, han sido: 1.º) la seguridad pública; 2.º) una pasable justicia; 3.º) orden (aparente al menos) en las finanzas.

Pero el par de estos resultados honorables, hay otros que lo son mucho menos y que provienen de la situación del general Rosas y de la naturaleza de su educación y de su carácter.

Llegado al gobierno por medio de la astucia, el general Rosas ha visto violentamente atacada su administración y sólo ha podido mantenerse por la fuerza. Imperioso y vengativo por educación y por temperamento, se entregó al despotismo y ha hecho menosprecio de la libertad, después de haberla invocado tanto, como esos hombres descritos por Tácito, que proclaman la libertad para derribar el poder y una vez en el mando la emprenden contra ella. De ahí todos esos actos sanguinarios que le han dado una aureola de terror. De ahí esos favores exorbitantes que otorga a ciertos perdularios, atados a su destino por sus crímenes y sus vicios, individuos siempre listos para jugarse por él y cuya vida y bienestar es un insulto a la moral, y a la miseria públicas. De ahí, por fin, el sistema de opresión legal que hace pesar sobre todos sus enemigos y, hay que decirlo, sobre la parte más educada y esclarecida de la nación.

Hombre de campo. Rosas ha sido en efecto el jefe de la reacción del hombre del campo contra la influencia predominante de la ciudad. Imbuido de prejuicios de orgullo castellano, detesta en masa a los extranjeros, cuyos brazos y cuyos capitales podrían enriquecer el país, y apenas si les acuerda una mezquina hospitalidad. Agricultor por nacimiento, por educación y por tendencias, poco le importa de la industria. Esta predilección le ha inspirado algunas buenas medidas, porque predica con el ejemplo de sus propiedades que están perfectamente administradas y cultivadas. Ha fomentado el cultivo de cereales y lo ha mejorado

cargando con un pesado derecho de importación a los trigos que Buenos Aires hacía traer hasta entonces de la América del Norte. En otros respectos, ha sobrepasado el límite.

Educado en las máximas exclusivas del derecho colonial español, no comprende ni admite el comercio sino rodeado de tarifas prohibitivas y de rigores aduaneros. De ahí la estancación en el comercio y en la industria y el absoluto abandono de los objetos de utilidad material.

En contraposición a esto, el general Rosas se preocupa mucho por los medios que pueden servir a un gobierno para influir sobre el espíritu de los pueblos y acuerda gran importancia a la instrucción pública porque la instrucción pública y la religión son medios de influencia política.

Por ese mismo motivo interviene activamente en la prensa periódica; paga diarios en Francia, Inglaterra, Portugal, Brasil y Estados Unidos y él mismo dirige sus periódicos de Buenos Aires: *La Gaceta Mercantil*, *El Archivo Americano* y *el British Packet*. Los artículos de estos periódicos son escritos, dictados, y por lo menos corregidos, por el mismo general Rosas y cada uno se hace con vistas a la política de Europa o América, siempre con un objetivo bien preciso, y destinado a producir un efecto determinado.

*La Gaceta Mercantil*, destinada especialmente al interior de la Confederación, repite diariamente la misma polémica: «Las comunicaciones son tan difíciles — dice Rosas — que de treinta números, pueden perderse veintinueve. Es necesario que el número treinta enseñe a los lectores lo que no le han enseñado los veintinueve perdidos».

*El Archivo Americano*, revista redactada en tres idiomas (español, inglés y francés) por don Pedro de Ángelis, está destinada a Europa en general. El *British Packet*, diario escrito en inglés, como su nombre lo indica, sirve de órgano al gobierno argentino para dirigirse al comercio británico.

Si don Juan Manuel comprende muy bien la acción de la prensa, conoce asimismo muy bien el poder de la disciplina militar y se ocupa con especial cuidado del ejército, que constituye uno de sus principales sostenes. Por él arruina sus propias finanzas y se mantiene en amenaza contra los países vecinos.

Rosas se siente animado por pensamientos de ambición, tiene el instinto de las grandes empresas y es demasiado sagaz y avisado para no comprender que

todo gobierno, por absoluto que sea, necesita algún apoyo de la opinión pública. Su aversión por los extranjeros, su desprecio por la industria y el comercio, su predilección por la agricultura, son sentimientos de que participa toda la facción que lo apoya y sobre los cuales ha sabido fundar su crédito y su popularidad. Ha ido más lejos; se ha exhibido como campeón de la independencia americana, amenazada, según él y sus parciales, por las costumbres e ideas europeas y por la ambición de los gobiernos del viejo mundo. Y este pensamiento, expresado con ardor, ha realizado singularmente su reputación, no solamente ante sus partidarios, sino ante los pueblos de más allá del Atlántico y de los Estados Unidos. Por eso sus admiradores lo saludan con el nombre de *Gran Americano*.

El general Rosas alimenta otra ambición muy a propósito para halagar el orgullo de su pueblo; la reconstrucción del antiguo Virreinato de Buenos Aires, que supone la reunión en un solo haz, de todas las provincias argentinas, el sometimiento del Paraguay recalcitrante y recobro de la influencia, siquiera indirecta, sobre la Banda Oriental, como antes del tratado de 1828. Esto es, evidentemente, su programa.

*Alfred de Brossard*

*(Traducción de José Luis Busaniche)*

Las notas confidenciales del conde Walewski al ministro Guizot han sido extractadas por el señor Jacques Duprey en su excelente libro: *Un fils de Napoléon 1<sup>er</sup> dans le pays de La Plata sous la dictature de Juan Manuel de Rosas*, etcétera, Montevideo, 1937, y dicen así:

#### RESISTENCIA AUDAZ (1847)

En el transcurso de esta primera entrevista, el conde observa una reserva cortés y felicita a Rosas por el orden que reina en Buenos Aires y la seguridad de que disfrutaban los extranjeros. Rosas, por su parte, estudia su hombre con calculado abandono. Habla de *su deseo de ver la paz restablecida, de sus trabajos, de la fatiga en que le ponen los negocios del Estado de su deseo de ir a Europa algún día para descansar de la existencia laboriosa y agitada que le obligan a llevar los asuntos de su país; habló de sus conquistas sobre los indios; del almirante Mackau, por quien conserva los sentimientos más afectuosos...*, etc. *Me había esperando en la puerta de su casa y después me acompañó hasta*

*la misma acera con muchas protestas de sinceridad.*

Para no despertar inquietud en Walewski, por la fuerza que pueda suponerle, expresa su cansancio y su deseo de abandonar el gobierno. En junio de 1845, con el barón Deffaudis, había llegado a fingirse enfermo. El barón lo creyó, no obstante su larga experiencia diplomática, a punto de que escribió de inmediato a Guizot: *La vejez comienza a pesar sobre él. Sus movimientos son pesados pero poco abatidos. Su cuerpo parece tener diez años más que su rostro... Y es que se encuentra atacado por una grave enfermedad, el mal de piedra, que le deja pocos momentos de reposo. De manera que no había razón para inquietarse por él en Europa; bastaba con un poco de paciencia...*

Otro medio de seducción al que recurría con frecuencia [Rosas] era sus relatos de los tiempos en que fue gaucho y estanciero en lucha con los indios de la frontera. Lord Howden fue conquistado por esos medios, tanto como por los encantos de Manuelita y por la influencia de los capitales ingleses de Buenos Aires, atados a la causa del dictador. Rosas conocía el prestigio del color local sobre los viajeros de Europa y aun sobre los diplomáticos. El recuerdo para el almirante Mackau cobra un valor muy preciso cuando se sabe que la víspera [Rosas] había sabido, por un despacho que recibió de Sarratea, su ministro en París, el papel representado por el ministro de marina francés en la designación del conde Walewski como ministro plenipotenciario de Francia en el Plata.

Pero, a juzgar por los numerosos y desdeñosos etcétera, etcétera, que esmaltan la relación de Walewski, parecería que éste no se dejó engañar. Ayudado por Brossard, juzga muy bien a Rosas y su sistema. *Para juzgar rectamente al general Rosas hay que considerar la situación revolucionaria de que surgió; las costumbres sanguinarias de este país, que hacen de la crueldad, no solamente un medio de dominación muy común, sino también un medio de gobierno, y aunque rechacemos el sistema de terror implantado por el gobernador de Buenos Aires, no puede uno menos de reconocer que es un hombre de grandes concepciones (o alcances). Como todos los hombres verdaderamente hábiles, ha estado siempre dispuesto a ceder ante la necesidad, pero sabe que la audacia sin temeridad es también habilidad. De ahí que no ceda ante la apariencia del peligro, sino ante el peligro mismo. Así se explica la audaz resistencia que opone a la voluntad de las potencias mediadoras. Si él hubiera creído desde un principio que Francia e Inglaterra estaban dispuestas a hacerle seriamente la guerra, jamás hubiera tratado de sostener la lucha; y nada más absurdo que la resolución que le han atribuido en Europa, de retirarse al interior para hacer guerra de partidos antes de ceder, si el enemigo se le presentaba a las puertas de Buenos Aires. El general Rosas sabe muy bien que, si abandona Buenos Aires, no podría volver más, porque, habiendo desaparecido el prestigio de su fuerza, surgirían por*

*todas partes los enemigos más encarnizados para exterminarlo. Por eso aceptaría todas las condiciones posibles antes de correr el riesgo de ser arrojado de su capital. Hay cierta analogía entre el general Rosas y Mehemet Alí. Rosas, como el Pachá de Egipto, no es hombre de hacerse volar él mismo con un barril de pólvora...*

Walewski resume con claridad en qué consiste la fuerza del Dictador: *Los hombres de la campaña, los gauchos alejados del centro de acción pierden de vista los medios y no ven más que los resultados. Estos resultados son: 1. °) justicia igualitaria para todos los que no son salvajes unitarios (y el general Rosas cuida muy bien de dar ese calificativo a todos sus enemigos y a todos los que quiere expoliar, para justificar la expoliación a los ojos del vulgo ignorante); 2. °) una resistencia gloriosa al extranjero; 3. °) un poderío que se agranda diariamente teniendo como pedestal la independencia americana.*

Entre Walewski y Rosas, ambos orgullosos, tenaces, que se juzgaban sin indulgencia y sin ejercer dominio el uno sobre el otro, debían surgir conflictos y estallidos, como ocurrió en las dos entrevistas secretas, de varias horas cada una, en que se afrontaron directamente, Walewski dio cuenta a su ministro de la primera entrevista. El 12 de junio, después de seis horas de discusiones sin resultado, el conde Walewski hizo de cuerpo entero el retrato que hasta entonces se había negado a trazar para Guizot: *El general Rosas es casi siempre prolijo y difuso, habla en períodos largos y se desvía con gran facilidad del tema principal para entregarse a digresiones que alargan desmesuradamente la conversación. De vez en cuando trata de obtener efectos de elocuencia en que los ademanes y la entonación de la voz resultan hábilmente calculados para producir impresión...*

El conde Walewski, en medio del informe técnico sobre la discusión de los artículos del tratado de paz, subraya algunos accesos de elocuencia de Rosas en que se revelan a la vez el cálculo y la espontaneidad. Lo felicita el conde por su *política generosa y al mismo tiempo hábil con relación a los extranjeros. ¡No! —exclama Rosas— no he obrado por política. Lo he hecho porque el principio que dirige todos los actos de mi vida y constituye el objeto de todos mis esfuerzos, es la práctica de las virtudes cívicas y cristianas...*

Walewski insinúa al Dictador que su poder es bastante fuerte para hacer aceptar por la Cámara de Representantes las bases Hood, modificadas según el deseo de los enviados extranjeros.

*«¡Se equivoca usted! —corta Rosas—. Los Representantes me han aprobado hasta hoy porque he marchado siempre por la senda de la opinión pública y de los intereses del país, y si me apartara en lo más mínimo de esa vía, mi autoridad acabaría en un momento,*

*mis decisiones no tendrían efecto, yo sería arrojado del poder y condenado a la horca».*

Después de esto, Rosas relata una conversación que tuvo M. Guizot con Sarratea, ministro argentino en París, en la que [Guizot] dijo refiriéndose a él: «*La sociedad tiene que defenderse. M. Guizot* —continuó Rosas— habrá querido sin duda referirse a las asociaciones secretas y a los principios demagógicos y subversivos de todo orden social que esas sociedades propagan. Pero si yo hubiera estado en lugar del Sr. Sarratea, le habría contestado que no hay en el mundo enemigo más grande de las asociaciones secretas, de la anarquía y de los anarquistas, que el general Rosas. El general Rosas quiere ante todo el orden y cree haber dado pruebas de ello».

*Conde Walewski*<sup>[6]</sup>

Después que partieron los comisionados Howden y Walewski, en el mismo año 1847, tuvo ocasión de visitar a Rosas en Palermo el inglés William Mac Cann, comerciante que, a fines de 1845 o comienzos de 1846, había ido de Buenos Aires a Inglaterra con el fin de informar al gobierno sobre los asuntos del Plata y pedir la cesación del bloqueo por los perjuicios que ocasionaba al comercio inglés. Mac Cann era autor de un folleto titulado *The present position of affairs in the River Plate*, que firmó con el seudónimo de «A Merchant».

#### UN VIAJERO AFORTUNADO (1847)

Volví a Buenos Aires, después de mi primer viaje, precisamente cuando lord Howden, embajador británico, había llegado de Inglaterra para ofrecer términos de avenencia con el gobierno.

Infortunadamente su misión fracasó... y, después de una corta residencia en Buenos Aires, se fue para Río de Janeiro. A su partida, la opinión pública se hallaba muy agitada y se hacían conjeturas sobre las probables causas y consecuencias de esa actitud. En tales momentos, una sombra cualquiera se miraba como una realidad y de una cuestión insignificante se hacía una montaña. Ocurrió así que, en el debate de la Sala de Representantes, uno de los oradores habló de mi viaje como de una empresa organizada por el gobierno inglés para recoger informaciones que pudieran servir a lord Howden. Este rumor, tan infundado como ridículo, me molestó mucho y me hizo temer por la suerte de mi proyectado viaje al norte,

porque es de saber que el discurso del sabio representante, apareció en *La Gaceta*. En suma, vine a ser mirado como una especie de espía y en tales condiciones no consideré prudente aventurarme hasta las provincias lejanas.

Estaba a punto de abandonar mi acariciado proyecto, cuando el general Rosas, sabedor del trance en que me encontraba, me invitó a visitarlo en su quinta. Como esta inesperada deferencia me abría la posibilidad de proseguir mi viaje con seguridad, acepté muy complacido la invitación.

De entonces acá, la fortuna ha vuelto la espalda a Rosas, pero esto no es razón para que yo modifique las notas que entonces escribí sobre el hombre que ha gobernado por tanto tiempo como dictador en la República Argentina. No tengo por qué acusar ni tampoco defender al general Rosas, pero desde que éste cayó del poder, siento la obligación de registrar las opiniones que entonces formé y he conservado hasta ahora, con toda conciencia, sobre su carácter y sus actos de gobernante.

Hago esto, confiadamente, porque tengo la seguridad de que los hechos que están ahora ocurriendo en la República Argentina harán nueva luz sobre el gobierno de Rosas, a quien solamente pueden juzgar aquellos que conocen el país y el pueblo que gobernó.

Cuando me presenté de visita en su residencia, encontré reunidas bajo las galerías y en los jardines, a muchas personas de ambos sexos que esperaban despachar sus asuntos. Para todo aquel que deseaba llegar hasta el general Rosas en carácter extraoficial, la hija del dictador, doña Manuelita, era el intermediario obligado. Los asuntos personales de importancia, confiscaciones de bienes, destierros y hasta condenas a muerte, se ponían en sus manos como postrer esperanza de los caídos en desgracia. Por su excelente disposición y su influencia benigna para con su padre, doña Manuelita era para Rosas, en cierto sentido, lo que la emperatriz Josefina para Napoleón.

En la casa del general Rosas se conservaban algunos resabios de usos y costumbres medievales. La comida se servía diariamente para todos los que quisieran participar de ella, fueran visitantes o personas extrañas; todos eran bienvenidos. La hija de Rosas presidía la mesa y dos o tres bufones (uno de ellos norteamericano) divertían a los huéspedes con sus chistes y agudezas. El general Rosas raramente concurría; cuando aparecía allí, su presencia era señal de alegría y regocijo general. En esos momentos se mostraba despreocupado de las cuestiones de gobierno, pero no participaba de la mesa porque hacía una sola comida diaria.

La vida de Rosas era de ininterrumpida labor; personalmente despachaba las cuestiones de Estado más nimias y no dejaba asunto a la resolución de los demás si podía resolverlo por sí mismo. Pasaba de ordinario todas las noches sentado a su mesa de trabajo; a la madrugada hacia una ligera refacción y se retiraba a descansar. Me dijo una vez doña Manuelita que sus preocupaciones más amargas, provenían del temor de que su padre se acortara la vida por sus extrema contracción a los negocios públicos.

Desciende el general Rosas de una antigua familia española; su padre era coronel de ejército y él mismo desde temprana edad se sintió inclinado a la milicia. Su natural chocarrero e inclinado a las bromas pesadas y chascos, contribuyó a darle popularidad entre la soldadesca y su influencia personal sobre las milicias se hizo entonces muy considerable, aunque no era más que un subalterno. Como hacendado, supo ganarse las voluntades del paisanaje y aventajaba a todos los gauchos en alardes de prontitud y destreza, en domar potros salvajes y en tirar el lazo, acreditándose también como un excelente administrador de estancias. Durante toda su carrera se hizo notar siempre por sus cualidades de administrador y su arte especial para captarse las simpatías de los que lo rodeaban, hasta obtener su confianza, así como la segura obediencia de todos aquellos que servían bajo sus órdenes.

Mi primera entrevista con el general Rosas tuvo lugar en una de las avenidas de su parque, donde, a la sombra de los sauces, discurremos por algunas horas.

Al anochecer me llevó bajo un emparrado y allí volvió sobre el interminable tema político. Vestía en esta ocasión una chaqueta de marino, pantalones azules y gorra; llevaba en la mano una larga vara torcida. Su rostro hermoso y rosado, su aspecto macizo (es de temperamento sanguíneo), le daban el aspecto de un gentilhomme de la campaña inglesa. Tiene cinco pies y tres pulgadas de estatura y cincuenta y nueve años de edad. Refiriéndose al lema que llevan todos los ciudadanos: «¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!», me dijo que lo había adoptado contra el parecer de los hombres de alta posición social pero que en momentos de excitación popular había servido para economizar muchas vidas; que era un testimonio de confraternidad, y como para confirmarlo, me dio un violento abrazo. La palabra «mueran» expresaba el deseo de que los unitarios fueran destruidos como partido político de oposición al gobierno. Era verdad que muchos unitarios habían sido ejecutados, pero solamente porque veinte gotas de sangre, derramadas a tiempo, evitaban el derramamiento de veinte mil. No deseaba, dijo, ser considerado un santo, ni tampoco que se hablara de él, ni buscaba ninguna clase de alabanzas...

Aludiendo a mis propósitos de viajar a través de las provincias y juzgar por mí mismo del estado del país, expresó que todo lo que él deseaba y lo que deseaba el país entero, era que se hablara con positiva verdad; no era él hombre de secretos, hablaba a la faz del mundo, y aquí se irguió con orgullo, echó la gorra hacia atrás y levantó la frente diciendo: «¡Yo desafío al mundo todo!...».

Volviendo a la intervención de lord Howden, Rosas se mostró asombrado de que Inglaterra hubiera olvidado a tal punto su propio interés para darse la mano con Francia en una cruzada contra la República Argentina, enajenándose las simpatías del pueblo, que siempre fueron mayores por los ingleses que por los franceses. Me hizo presente que el reconocimiento de la independencia de la República por la Gran Bretaña, quince años antes de que lo hiciera Francia, había despertado en el pueblo argentino sentimientos de gratitud hacia Inglaterra, y observó que el carácter de los ingleses era más abierto y sus costumbres más morales que las de los franceses.

Luego se extendió sobre las ventajas que ofrecía el país para la emigración de todo el excedente de población de Gran Bretaña, y habló de la inmejorable situación en que colocaba a los emigrantes el tratado de 1825, por el cual, en realidad, gozaban de mayores ventajas que los nativos.

Al referirse a la misión de Mr. Hood, advirtió que el gabinete de Londres decía «no abrigar ningún interés ni propósito egoísta», no obstante lo cual los franceses habían omitido la palabra «egoísta» y él consideraba esto muy significativo porque Francia tenía designios ulteriores en favor de ciertos miembros de su real familia, con relación a estos países. «Todo lo que estas repúblicas necesitan —prosiguió— es intercambio comercial con alguna nación fuerte y poderosa, como Gran Bretaña, que, en recompensa de los beneficios comerciales, podría beneficiarlos con su influencia moral».

Sólo esto querían y nada más. No deseaban nada que oliera a protectorado, ni afectara en lo más mínimo su libertad e independencia nacional, de las que eran muy celosas y no renunciarían un solo ápice.

Este sentimiento lo exteriorizó vigorosamente en su lenguaje y ademanes. Al terminar la frase, apretó el dedo pulgar de la mano derecha contra el dedo índice, como si tomara un pelo entre las uñas, y como diciendo: «No, ni tanto como esto...».

Como siguiéramos caminando por el parque, levantó la vista y observó las

refacciones de albañilería que se hacían ante nosotros.

Alguien podría preguntar, me dijo, por qué se edificó esta casa en estos lugares. El la había edificado con el propósito de vencer dos grandes obstáculos; ese edificio empezó a construirse durante el bloqueo francés; como el pueblo se encontraba en gran agitación, había querido calmar los ánimos con una demostración de confianza en un porvenir seguro. Erigiendo su casa en un sitio poco favorable, quería también dar a sus conciudadanos un ejemplo de lo que podía hacerse cuando se trataba de vencer obstáculos y se tenía la voluntad de vencerlos.

Había notado mi desconfianza en punto a la seguridad personal de que podría gozar en mi proyectado viaje al norte; reconoció que era muy natural, puesto que me aprestaba a visitar regiones que los ingleses habían asolado, y donde, sin duda, existiría indignación contra los extranjeros, pero me dio la seguridad de que ninguno de ellos sería insultado ni molestado, porque el gobierno había impartido órdenes estrictas a este respecto.

Refiriéndose a los representantes que miraron con desconfianza mis investigaciones, me dijo que él, en cierto sentido, se alegraba de lo ocurrido porque eso probaba que los miembros de la Sala tenían el coraje de decir lo que pensaban, siempre que no hicieran ataques de carácter personal. Se extendió en largos comentarios a este propósito refiriéndolos a las especies corrientes de que no había libertad de palabra en la Sala de Representantes. «Y por otra parte —agregó riendo— si uno o dos diputados han hablado contra usted, y los demás no lo han hecho, quiere decir que usted tiene mayoría en su favor...».

Si, con todo, yo me encontraba decidido a dar un galope a través del país, de unas mil o dos mil millas, lo cual, ni me lo aconsejaba ni me lo desaconsejaba, me ofrecía todas las facilidades que yo quisiera y con ello cumplía un acto de justicia corriente, porque había dado facilidades semejantes a otros individuos.

El trato del general Rosas era tan llano y familiar, que muy luego el visitante se sentía enteramente cómodo frente a él; la facilidad y tacto con que trataba los diversos asuntos, ganaban insensiblemente la confianza de su interlocutor. El extranjero más prevenido, después de apartarse de su presencia, sentía que las maneras de ese hombre eran espontáneas y agradables. Me relató varios episodios de su vida juvenil, me dijo que su educación había costado a sus padres unos cien pesos porque solamente fue a la escuela por espacio de un año. Su maestro solía decirle: «Don Juan, usted no debe hacerse mala sangre por cosas de libros; aprenda

a escribir con buena letra, su vida va a pasar en una estancia, no se preocupe mucho por aprender...».

La hija de Rosas, que posee grandes atractivos, dispone de muchos recursos para cautivar a sus visitantes y ganar su confianza.

En una de mis visitas a la casa, como su padre se encontraba ocupado, montó en seguida a caballo, y juntos nos echamos a galopar a través del bosque. Es una excelente amazona y me dejaba atrás con tanta frecuencia, que hasta se me hacía imposible espantarle los mosquitos del cuello y los brazos, como me lo ordenaba la cortesía. Ya anochecido, se nos reunió Rosas y continuó hablando de política hasta la media noche. Mientras nos paseábamos por los corredores del patio, doña Manuelita vino corriendo hacia su padre y, rodeándole el cuello con sus brazos, lo reconvino cariñosamente por haberla dejado sola y por quedarse hasta esas horas en el frío de la noche. Llamaron entonces a un empleado de la casa para que me hiciese compañía hasta la ciudad, y antes de que yo montara a caballo, doña Manuelita corrió a buscar una capa de su padre, insistiendo luego en que me la pusiera para abrigarme, porque amenazaba un viento pampero.

Consigno ahora esos rasgos de carácter con mucha complacencia, y sin darles más importancia de la que tienen, en la esperanza de que puedan contribuir a disipar en algo la espesa nube de prejuicios que oscurece la reputación del general Rosas y de su hija en la adversidad.<sup>[7]</sup>

*William Mac Cann*<sup>[8]</sup>

No son nada raros los testimonios sobre ciertas actitudes benévolas y afables de Rosas en su comunicación diaria y personal, sobre todo tratándose de extranjeros. Don Manuel Bilbao, en su libro *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*<sup>[9]</sup> transcribe un relato muy atractivo, publicado, según puede colegirse por las referencias del mismo Bilbao, a fines del siglo pasado. Fue escrito por un hijo de franceses que se ocultaba bajo las iniciales N. N. No proporciona el autor del libro mayores noticias sobre la fuente bibliográfica y por eso tomamos como única garantía su afirmación, tal como lo hemos hecho con Mansilla en el relato «Cuento lo que me contó Miró», y con Sarmiento (según lo podrá comprobar más adelante el lector) a propósitos de los desembargos de bienes y de una consulta que hizo

Rosas al doctor Vélez Sársfield. Son los únicos tres relatos de fuente indirecta que figuran en este libro. Dice Bilbao: «Los hermosos montes naturales [de Palermo] y los que había plantado Rosas, atraían concurrentes de la ciudad que se internaban en ellos con sus provisiones para almorzar y pasar el día como ocurre hoy, con la diferencia de que entonces el paseo era particular y hoy es público». Confirma esto una anécdota que conocemos, firmada por N. N. y publicada hace cerca de veinte años, que no sólo da una idea de lo que era el ambiente, sino que pone de relieve cómo procedía Rosas en esos casos. Dice así:

#### DE PARTE DE SU EXCELENCIA...

El 16 de diciembre de 1843, cumpleaños de mi padre, fuimos a comer en Palermo. Ajustamos las dos carretillas más aseadas que tenía el alquilador y embaulamos en una de ellas los mejores fiambres y vinos de Valencia y Cataluña que se vendían en el país. Pero el principal regalo consistía en un canasto de duraznos precoces cuyos únicos ejemplares habíamos principiado a cosechar desde el año anterior. Arrancamos cien, hermosísimos y bien maduros; mejor dicho cientos dos, pues yo sustraje el pico para dejar la centena redonda. Los convidados eran veinticinco franceses que consiguieron escapar a la proscripción, aunque no a las sospechas de Rosas. Olvidaba decir a ustedes que mi padre también era francés. ¿Qué idea le ocurrió a aquella liebre de ira a ostentarse junto a la cueva del galgo?... Tal vez presentía adormecer su desconfianza con esas pruebas de inocencia.

Lo cierto es que, a eso de las nueve, ya hablamos descendido a la orilla del río para sentarnos sobre la hierba y debajo de unos ceibos. Mientras descanstaban los comestibles, mi madre me dijo: «Alejo, a ver si nos traes algunas charamuscas. Si das con algún trozo de sauce seco, mejor...».

Yo me puse en camino con una celeridad que sorprendió a mi padre, que siempre me reprendía por poca diligencia. Internéme entre los árboles, y mordisco acá, mordisco allá sobre uno de los duraznos que saqué del seno, me fui deslizado con la hierba hasta la cintura hasta que llegué a una explanada o islote formado por un arroyo, al amor de cuyas quietas aguas crecía un plantío de mimbres, confundido su flexible ramaje con el lujuriente verdor de unas jugosas cañas. En medio del islote elevábanse dos sauces gigantescos, trepando por el rugoso estribo de su tronco varias enredaderas de amarillas flores que hacían de aquel sitio, con su sombra deliciosa, un vergel solitario y ameno.

Observé a poco que las ramas se agitaban de una manera constante y

regular. Orillé el arroyo y, tirándome de bruces en el suelo, columbré a un hombre que se columpiaba sobre una soga atada de uno a otro sauce. Estaba de pantalón de nankín y chaqueta azul. No le veía la cara porque me daba las espaldas. Volví a tomar impulso, casi tocando la copa del sauce con los pies, que hacía temblar y crujir en el horcón donde tenía atado su columpio. De repente dio una voltereta como el volantnero más consumado, girando sobre la soga, y se puso de frente. Reconocí a Rosas sin banda, sin peto carmesí, sin entorchados (como lo representaban en las iglesias y en las procesiones por las calles). Rosas alegre, pero siempre incógnito e incomprensible. Era la primera vez que lo veía al natural, de cerca y en sus expansiones más íntimas. Me pareció bello y siniestro. Siniestro por su leyenda, pues fuera de la expresión dura de sus ojos no había nada repulsivo en sus facciones, cuyo principal carácter era no tener ninguno. Su boca proyectaba una línea sonrosada, y su silencio, sin hablar, parecía que hablaba. Su barba pétrea, cimentada en un cuello de toro, indicaba una voluntad tenaz y formidable, Su nariz saliente y aquilina, como la de Julio César, Napoleón y don Pedro de Castilla, parecía decir: «Póstrate a mis pies, de rodillas». Extrañé no haberle visto pálido.

Y continuaba columpiándose como un niño. Una vez clavó en la espesura que me ocultaba, sus mansos ojos de juglar. Entonces huí. Acababa yo de llevar una brazada de leña cuando vimos llegar una algadura de damas y caballeros, entre ellos a Manuelita vestida de amazona. Por la izquierda, cuatro o cinco soldados de caballería arreaban sus vacas de pastoreo. Agitóse la espesura y a poco vimos aparecer a don Juan Manuel, que montó en uno de los caballos enjaezados de su guardia, desprendió el lazo que llevaba a la grupa, y tirándolo al descuido sobre el lazo, apresó una ternera por sus nacientes defensas. Otro soldado la degolló y en cinco minutos sacaron las nacientes mantas que echaron sobre unas brasas, mientras la comitiva diseminábase por entre los senderos perdidos de los bosquecillos.

Mi padre entonces escogió los cincuenta duraznos más hermosos y poniéndolos sobre una bandeja, se los mandó con mi hermano, el mayor. Le vimos cruzar el trozo de pradera que servía de lecho al río en sus crecientes periódicas y a la sazón arcado por el día y cubierto de menudo césped; vímosle hablar con Rosas. Rosas le interrogaba y mi hermanito, con el gorro en la mano, indicaba con el dedo el grupo formado por nosotros, mudos y palpitanes.

—¿Qué te preguntó?... fue la interrogación de mi padre cuando el chico estuvo de vuelta.

—Que quiénes éramos nosotros. Al saber que ustedes eran franceses, sonrió,

añadiendo en seguida: «Diles que descansen y almuercen tranquilos».

Una hora más tarde se presentó un soldado con una manta entera de carne bien asada y chirriando todavía.

—¡De parte de Su Excelencia!... —dijo.

*N. N.*

## CAPITULO V

### UNA VICTORIA DIPLOMÁTICA

El abandono del bloqueo por parte de Inglaterra y las declaraciones de lord Howden con respecto a los sitiados de Montevideo, revelaron que Rosas había ganado la partida contra las dos naciones más fuertes de Europa. Una de ellas, Inglaterra, renunciaba francamente a la lucha y declaraba confidencialmente al gabinete francés que el bloqueo del Plata era ilegal; la otra quedaba ejerciendo un singular protectorado sobre una ciudad reducida a sus murallas.

El prestigio de Rosas acreció como nadie lo hubiera imaginado y el patriotismo argentino se exaltó sobremanera. «Estoy absolutamente convencido — escribió a su gobierno el Encargado de Negocios de Estados Unidos, Guillermo Brent— de que en ningún otro momento de la historia de estos países, se ha enardecido más el patriotismo, y se han mitigado y suprimido más las diferencias internas».<sup>[1]</sup> Alberdi, enconado enemigo del dictador, comentaba en Chile de esta manera el triunfo de la política internacional argentina en el conflicto con los anglofranceses: «En el suelo extranjero en que resido, no como proscrito, pues he salido de mi patria según sus leyes... en el lindo país que me hospeda y tantos goces brinda al que es de fuera, sin hacer agravio a su bandera, beso con amor los colores argentinos y me siento vano al verlos más ufanos y dignos que nunca... Guarden, pues, sus lágrimas los generosos llorones de nuestras desgracias; a pesar de ellas, ningún pueblo de esta parte del continente tiene derecho a tributarnos piedad; aunque opuesto a Rosas como hombre de partido, he dicho que escribo esto con colores argentinos: Rosas no es un simple tirano a mis ojos; si en su mano hay una vara sangrienta de hierro, también veo en su cabeza la escarapela de Belgrano. No me ciega tanto el amor de partido para no conocer lo que es. No me ciega tanto el amor de partido para no conocer lo que es Rosas bajo ciertos aspectos. Sé, por ejemplo, que Simón Bolívar no ocupó tanto el mundo con su nombre como el actual gobernador de Buenos Aires; sé que el nombre de Washington es adorado en el mundo pero no más conocido que el de Rosas; sería necesario no ser argentino para desconocer la verdad de estos hechos y no envanecerse de ellos».

Antes de un año de levantado el bloqueo (marzo de 1848) llegan al Río de la Plata nuevos comisionados anglofranceses: los señores Gore y Gros. Esos diplomáticos traen la consigna de entenderse directamente con Oribe y el gobierno

de Montevideo, como mediadores, dando la espalda al gobierno argentino. En verdad, hacen a Oribe proposiciones muy favorables. Tan favorables son esas proposiciones, que los sitiados, sorprendidos, exclaman por boca de José Mármol: «¡Es tomar por la mano a Oribe y conducirlo a la ciudad de Montevideo!...»<sup>[2]</sup>.

No es de extrañar que a Oribe le sedujera la propuesta. En último término, se trataba de otorgar un armisticio, entrar... y nada más. Pero los comisionados prescindían de la Confederación en el negociado. Oribe decidió entonces consultar a Rosas.

«¿Y el gobierno argentino, su aliado?... —dijo Rosas—. ¿Y el bloqueo de los puertos argentinos por Francia?...». Lo que bastó para que el jefe sitiador invocara su alianza, absteniéndose de entrar en Montevideo. Pero, como supieron también los sitiados que los dichos agentes Gore y Gros miraban ahora hacia Buenos Aires, y que traían instrucciones de levantar el bloqueo francés en los puertos argentinos (lo hicieron así en julio de 1848), viéronse en inminente desamparo. En efecto, ningún barco se dignaría entrar al puerto de Montevideo, sitiado y sin dinero, cuando tenía expedito el camino a Buenos Aires. Obtuvieron entonces los sitiados un subsidio permanente del gobierno francés (cuarenta mil pesos fuertes —o patacones— mensuales) con hipoteca de las rentas de aduana.

Inglaterra, que ya estaba resuelta a tratar con Rosas, miró el asunto con desagrado y quiso precipitar el arreglo. En consecuencia, llegó a Buenos Aires, en diciembre de 1848, Mr. Henry Southern, y anunció que venía a arreglar las cosas a satisfacción de todos *como nuevo ministro* de S. M. B. Rosas le contestó que «al gobierno argentino no le era posible recibirlo en ese carácter sin que previamente se diera a la República satisfacción y reparaciones por las graves ofensas que le había inferido el gobierno de S. M. B. en unión con el de Francia durante la intervención». Lo que no obstaba a que pudiera negociarse un arreglo sobre las bases presentadas en nombre de los gobiernos británicos y francés por el comisionado Tomás Samuel Hood en 1846. En el mismo mes en que llegó Southern a Buenos Aires, Palmerston había pedido a Howden su parecer sobre las relaciones entre Gran Bretaña y la Argentina. El lord, como veremos por su respuesta, consideraba de urgencia la entrada de Oribe en Montevideo, al parecer por celos de que los franceses, ya dueños de la aduana y para afianzar mejor el subsidio votado por la Asamblea Nacional de París, pretendieran establecerse definitivamente en el Uruguay. La contestación de Howden, que considero inédita, dice así:

*Diciembre de 1848.* «Considero como absolutamente necesario para la

terminación del presente estado de cosas, que Oribe entre en Montevideo. Quizás, aunque pesado e inepto como es, puede que lo haya hecho ya. Entonces yo ofrecería a Rosas el llano reconocimiento de sus derechos sobre el río Paraná y la mitad que corresponde a Inglaterra del valor de la flota capturada, acompañando esta propuesta con la más formal declaración de que es una concesión al mismo tiempo que un ultimátum. La inviolabilidad del río Paraná es asunto tan importante para Rosas que, posiblemente, acepte todo esto como un *finiquito de cuentas* con Inglaterra. Pero, si no fuera así, y rechazara la propuesta diplomática, entonces, en salvaguardia de nuestra dignidad, yo daría los pasaportes al señor Moreno; después ajustaría mi conducta a las circunstancias.

«Suspendidas las relaciones, ni qué decir que es absolutamente necesario no dar a Rosas ningún motivo para molestar a los comerciantes y residentes ingleses de aquel territorio, y como él funda una especie de bárbaro puntillo de honor en la protección que ofrece a los extranjeros *como individuos*, me inclino a pensar que, con poco cuidado que se ponga, las personas estarán ciertamente seguras y sus intereses no sufrirán, quizás, mucho daño».

*Howden*<sup>[3]</sup>

Con esto, no es de extrañar que, apenas recibida por Southern la propuesta de Rosas, fuera enviada a Inglaterra y aprobada sin modificaciones por el Parlamento (mayo de 1849). Para esta fecha, el comandante Le Predour, con poderes del gobierno francés, había adelantado también sus gestiones de paz en Buenos Aires, aunque estaba en evidente retraso con respecto a Southern. En efecto, si bien comunicó a Francia las bases presentadas por Rosas, y en mayo de 1849 consiguió un armisticio entre Oribe y el gobierno de Montevideo (y hasta levantó el bloqueo de los puertos de Oribe) mantuvo sin embargo las fuerzas de Martín García y continuó pagando a los sitiados el subsidio francés. ¿Por qué Francia dilataba el arreglo de la cuestión del Plata y no cumplía lo prometido a Gran Bretaña?... El gobierno inglés veía venir una situación incómoda que al fin se produjo, pero no tal como Inglaterra la presumía, sino como resultado de otros manejos internacionales que provocarían la caída de don Juan Manuel.

El tratado definitivo de la Confederación con Inglaterra, o sea la Convención Arana-Southern, se firmó el 24 de noviembre de 1849. El gobierno inglés se

obligaba «a evacuar la isla de Martín García, a devolver buques de guerra argentinos y a saludar el pabellón de la Confederación Argentina con veintiún tiros de cañón». Rosas se obligaba a retirar las divisiones auxiliares argentinas «cuando el gobierno francés desarme a la legión extranjera y a todos los demás extranjeros que se hallen con las armas y formen la guarnición de la ciudad de Montevideo, evacúe el territorio de las dos repúblicas del Plata, abandone su posición hostil y celebre un tratado de paz». Por el artículo 4, el gobierno de S. M. B. reconocía «ser la navegación del río Paraná una navegación interior de la Confederación Argentina y sujeta solamente a sus leyes y reglamentos, lo mismo que la del río Uruguay en común con el Estado Oriental». El artículo 6 establece que, habiendo declarado el gobierno argentino «que celebraría la convención siempre que su aliado el señor presidente de la República Oriental del Uruguay general Oribe estuviese de acuerdo con ella, se había obtenido el avenimiento de su referido aliado».

Apenas se tuvo conocimiento en Río de Janeiro de la firma del tratado, el barón de Jacuhy invadió con fuerzas brasileñas el territorio oriental. Rosas protestó y las fuerzas de Oribe se trabaron en lucha con el invasor. Murmurábase ya con mucho fundamento que el gobernador de Entre Ríos, general Justo José de Urquiza, tenía parte en esta nueva conflagración. El general Guido, ministro argentino en Brasil, presentó un memorial al gobierno del Imperio, en que se le hacían cargos por su intervención en el Paraguay, cuya independencia había reconocido, y por las incursiones de tropas brasileñas en el Estado Oriental.

En agosto de 1850, el gobierno argentino celebró su tratado con Francia (Arana-Le Predour) muy semejante al firmado con Inglaterra. Se reconoció «ser la navegación del río Paraná una navegación interior de la Confederación Argentina, lo mismo que la del río Uruguay en común con el Estado Oriental». Se comprometía el gobierno de Francia a saludar el pabellón argentino con veintiún tiros de cañón, pero se advierten en el tratado ciertas reticencias, reveladoras de propósitos ocultos por parte de Francia. Este tratado, de agosto de 1850, quedó sujeto a la ratificación del gobierno francés, pero, así como la convención Arana-Southern, firmada en noviembre de 1849, se ratificó en diciembre de ese mismo año por el gobierno inglés, la convención Arana-Le Predour, firmada en agosto de 1850, estaba destinada a no ser objeto de ninguna ratificación. Por otra parte, los hombres de Montevideo, ante la posibilidad de la cesación del subsidio francés como consecuencia de la reciente convención, autorizaron a Andrés Lamas para gestionar del Brasil en obsequio de Montevideo, un socorro en dinero. (Tratado Lamas-Evangelista de Souza, setiembre de 1850). A esto se siguió, como veremos, la ruptura de relaciones de la Confederación Argentina con el Brasil y el

pronunciamiento de Urquiza.

El dictador en estos últimos tres años, después de levantado el bloqueo inglés y ganada la batalla de Vences en Corrientes (noviembre de 1847),<sup>[4]</sup> no había tenido, en rigor, enemigos internos y la cuestión internacional quedó reducida al terreno diplomático. Sin embargo, en este período precisamente, se puso de manifiesto, quizá más que nunca, lo atrabiliario y bronco de su carácter y la inclemencia y crueldad de sus sentimientos. En 1848, haciendo alarde de justicia implacable y como para desafiar a la opinión, cometió uno de los hechos más tiránicos e injustificables de su vida, que reivindicó siempre por suyo, exclusivamente suyo: hizo fusilar a Camila O’Gorman, joven de familia conocida de la ciudad, que había fugado de su hogar con Wladislao Gutiérrez, cura del Socorro. También el cura pagó con la vida su liviandad. «Esta ejecución bárbara — dice Saldías— que no se excusa, ni con los esfuerzos que hicieron los diarios unitarios para provocarla, ni con nada, sublevó contra Rosas la indignación de sus amigos y parciales, quienes vieron en ella el principio de lo arbitrario atroz en una época en que los antiguos enemigos estaban tranquilos en sus hogares y en que el país entraba indudablemente en las vías normales y conducentes a su organización». Aunque no creo, como Saldías, «que el país entraba en las vías normales y conducentes a su organización», porque Rosas, con su palabra y con sus actos, se encargó siempre de demostrar lo contrario, lo cierto es que esos pocos años de paz habían bastado para hacer de Buenos Aires un centro populoso y con todos los atributos de una ciudad civilizada. Lo dice Sarmiento: «Rosas, infatigable para persistir en su política que es la tenacidad, ha arrojado al agente sardo; no quiere recibir al ministro inglés y pide satisfacción por todo. ¿Es un animal? ¿Es un bárbaro? ¿Es un charlatán? Escoja usted. En Buenos Aires hay progreso social, se desarrolla singularmente el gusto por la elegancia, el lujo y las apariencias artísticas de la vida civilizada: movimiento literario hay también; hay buena y decente juventud; hay, en fin, motivo grande de esperanza futura para cuando se pongan en acción los buenos, los morales elementos que tiene indudablemente aquella sociedad».<sup>[5]</sup>

Pero Rosas se había dado trazas para que esa ciudad sintiera de continuo su implacable despotismo, y él se encargaba de dar pasto a sus enemigos para que le exhibieran como un Calígula o como un Nerón, ya se tratara de hechos tan graves como el de Camila O’Gorman, o caprichos como el de que todo el mundo se encerrara en sus casas mientras las tropas hacían ejercicios militares en la ciudad. Se le temía, tanto afuera como en el interior de su casa. «Los oficiales de su Secretaría — dice Saldías que conoció a varios empleados de Rosas— llegaron a ser verdaderas máquinas de servicio... De encima de una mesa enorme, atestada de

legajos, cuentas de todas las reparticiones, diarios, borradores de notas, correspondencia oficial, estado de tropas, etcétera, etcétera, había que levantar y entregarle inmediatamente el papel o dato que pedía a medias palabras. Por ejemplo, escribiendo o corrigiendo para *La Gaceta Mercantil*, ordenaba de súbito a uno de sus escribientes:

“— Deme, señor...”.

El escribiente aludido estiraba el brazo y le presentaba uno o más números de ese diario, que decían relación con el artículo que tenía entre manos. En otro momento examinaba un legajo de cuentas y preguntaba:

—“¿Cuántos, señor?...”. El oficial requerido avanzaba un paso, tomaba otro legajo, contaba rápidamente y respondía: “Tanto, señor...”, esto es, el cuántum de las cuentas pagadas en el mismo tiempo y de la misma procedencia de las que revisaba. Otras ocasiones se interrumpía en la redacción de una nota y preguntaba:

—“¿Y qué me dijo, señor?...”.

El oficial le hacía la relación de todo cuanto le había dicho la persona a quien la nota se refería, de lo cual estaba impuesto porque debía anotar lo que el gobernador dijese o le dijeren por asuntos del servicio, siempre en presencia de un oficial.

Así, las conferencias privadas o semioficiales con altos funcionarios, ministros extranjeros o personajes de distinción, las celebraba paseándose con ellos en su sala de recibo, yendo él en medio, a su derecha el visitante y a su izquierda uno de los escribientes, con los brazos echados atrás y papel y lápiz para anotar el resumen de la conversación. Cuando al llegar a los extremos de la sala, el visitante daba vuelta perdiendo el orden de formación, el gobernador le hacía dar una conversión a la izquierda siguiendo él el movimiento y terminándolo el oficial que giraba militarmente sobre sus talones. Tal era el ceremonial, recordado cuantas veces se omitía la conversión. Ya se comprende que no era posible que los oficiales padeciesen distracción u olvido en las horas de servicio...»<sup>[6]</sup>.

En cuanto al trabajo diario de Rosas, don Antonino Reyes, jefe de Secretaría y su hombre de confianza, dice en su *Memoria* inédita citada fragmentariamente por Saldías:

COMO TRABAJABA ROSAS

El tiempo corrido desde que entré al servicio del general Rosas, y muy cerca de su persona, me da derecho a juzgar al hombre... No tenía hora señalada para su despacho: cuando se acababa el día, se dejaba el trabajo y se despachaban los expedientes: generalmente la noche se pasaba en el trabajo. Se llamaban del Ministerio cuatro o seis escribientes cuando estábamos muy apurados. A estos escribientes se les despachaba a las cuatro de la tarde y se les daba a cada uno cinco pesos para ir a comer a la fonda: a los de la oficina nada: éstos comían, si no había trabajo, en la mesa general de la familia y si había que hacer no se movían, A mí jamás me mandaba a comer, y cuando iba, al momento me llamaba para que hiciese el trabajo que correspondía a los demás. Se comprende el motivo: era que, como él quedaba trabajando no podía estar solo, pues tenía que hacer copiar lo que escribía. El domingo o día de fiesta, era lo mismo que el día de trabajo. Generalmente dejaba el trabajo a la madrugada, a veces a las ocho o nueve de la mañana, y lo retomaba a las tres o cuatro de la tarde. Inmediatamente que se despertaba y abría la puerta de su despacho y dormitorio, si aún yo no había llegado me mandaba llamar y ya empezaba el trabajo...

Tengo la convicción de que nunca usó en beneficio propio de los dineros del Estado durante su gobierno. Era celoso defensor de los caudales públicos y no permitía que los encargados de la distribución de dineros rindieran cuentas dudosas. Sólo había descanso cuando el general iba a Palermo y nos dejaba en la ciudad y muchas veces al marcharse nos dejaba trabajo. No había que separarse mucho porque solía llamar de Palermo por algún trabajo urgente. Sabido es que entonces iba a Palermo a respirar después de un largo encierro y allí sólo recibía con gusto a determinadas personas. Allí no estaba el gobernador, allí era simplemente el ciudadano, era la casa particular donde el servicio y lo que se consumía, era costado por don Juan Manuel, para lo cual prevenía lo necesario el corredor don Pablo Santillán y era todo pagado con su dinero particular. En estos paseos no molestaba, como él decía, a ningún edecán ni ayudante: llevaba uno o dos ordenanzas y el servicio particular. He oído muchas veces que salía disfrazado. No es cierto: no salía sino de particular, embozado en su capa sin que nadie lo acompañara; algunas veces lo acompañaba yo; sus salidas eran a lo del doctor Tomás de Anchorena. Otras veces iba solo, daba una vuelta y volvía después de una hora. La puerta quedaba apretada, sin pasador, y yo en la pieza siguiente".

*Antonino Reyes<sup>[7]</sup>*

En 1848, Rosas pasaba temporadas en Palermo y trabajaba allí tanto como en su casa de la ciudad. En febrero de ese año concurrió más de una vez a la quinta el joven norteamericano Samuel Green Arnold, de Providence (Rhode Island), que más tarde fue gobernador de este Estado. Arnold, bien recomendado, obtuvo de Rosas pasaporte para Chile y se puso en viaje a Mendoza en el mes de marzo. Escribió un *Diario de Viaje* que, después de permanecer inédito por más de un siglo, ha sido traducido al castellano y publicado.<sup>[8]</sup> En su primera visita a la quinta de Palermo, Green Arnold fue recibido por la hija del dictador, que le hizo conocer el parque y el famoso barco, arrastrado hasta la quinta por un huracán, y que fue convertido por Rosas en salón de fiestas.

En la segunda visita, como Arnold se mostrara muy deseoso de ver al dictador, le indujo Manuelita a que lo hiciera oculto tras un pilar de la galería. Arnold lo vio así, trabajando en su escritorio «con su gorra blanca puesta y su amplia chaqueta». Le pareció «arrugado, con la boca hundida y muy corpulento», pero «las facciones iguales a las de sus retratos».

En su tercera y última visita, el norteamericano pudo ver los interiores de Palermo, aposentos, etcétera, y cuando se había sentado con otros visitantes en la galería, apareció Rosas... Esa inclinación del dictador a las bromas groseras y a los sarcasmos, se ejerció aquel día sobre su propia hija, en forma chocante.

#### EN LAS GALERÍAS DE LA QUINTA (1848)

A la una, nos dirigimos Graham y yo a Palermo. Doña Manuelita nos recibió con afabilidad y, al decirle el objeto de nuestra visita, se ausentó un rato para repetírselo a su padre. Al volver dijo que el gobernador nos enviaba sus saludos, que haría cualquier cosa que yo deseara y quería verme personalmente. Dimos entonces una vuelta. Nos mostró algunos cuartos de la casa; el suyo está amueblado en estilo inglés y como los nuestros, con una cama alta de caoba a cuatro columnas: las almohadas y las toallas son de hilo fino, con un borde de una puntilla de una yarda de ancho, hecha a mano, especialidad de este país o más bien del Paraguay.

La palangana es de plata, parece una sopera. En el cuarto se veían muchas labores y artículos de adorno de buen gusto: entre ellos, la pantalla de una lámpara de porcelana blanca con una pintura (transparente igual a la de tía Eha); sobre el piso una buena alfombra, cosa rara aquí; el cuarto es chico. El del padre es vecino, tiene una pequeña cama de campaña y está amueblado con sencillez; ambos dan a la galería de atrás. Cuenta ella que su padre hace una sola comida por día y a horas

irregulares, entre las diez de la noche y las tres o cuatro de la mañana: a menudo ella se queda levantada toda la noche escribiendo para él. Anoche no se acostó hasta las cinco de la mañana. Ahora también está muy ocupada. Tiene su caballo ensillado todas las tardes y se lo hace traer a la puerta, salga o no salga. Nos sentamos en los sillones de la galería hasta las tres, en que apareció el gobernador. Nos saludó y nosotros respondimos quitándonos el sombrero y estrechándole la mano; él me puso el sombrero y todos nos sentamos. El usaba la gorra blanca de visera (igual a una que yo tuve) que había llevado en otra oportunidad, una chaqueta azul con cordones rojos, chaleco punzó, pantalones azules, calzado atado hasta la punta del pie y la divisa de costumbre en el ojal; no tenía pelo en la cara salvo que hoy no se había afeitado; parecía completamente un sencillo estanciero. Mandó llamar a uno de sus jóvenes subalternos, que habla francés, para que sirviera de intérprete, y luego empezó a bromear como sabe hacerlo cuando descansa de sus pesadas tareas. Pero, en sus chistes, estuvo grosero y vulgar.

—Ésta es mi mujer —me dijo señalando a Manuelita—. Tengo que alimentarla y vestirla y eso es todo; no puedo tener con ella los placeres del matrimonio; dice que es hija mía pero yo no sé por qué; cuando estuve casado, teníamos con nosotros en la casa a un gallego y puede ser que él la engendrara. Se la doy a usted, señor, para que sea su mujer y podrá tener con ella, no solamente los inconvenientes sino también las satisfacciones del matrimonio.

—Pero, señor... —le dije— quizás la dama no quiera aceptarme; es conveniente obtener primero su consentimiento.

—Eso nada me importa —dijo él—. Yo se la doy y ella será su mujer.

Así continuó durante un rato. La pobre Manuelita se ruborizó ante la grosería de su padre y se disculpó diciéndome:

—Mi padre trabaja mucho y cuando ve alguna visita es como una criatura, como en este caso...

El volvió entonces al asunto que me interesaba y dijo que si lo prefería, podía tener a Pavón o a otro *chasque extraordinario* que dentro de algunos días él mandaría al interior y que todavía sería mejor para mí. Le contesté que, como yo iría en coche, sería estorbar a este correo y que mejor era que llevara a Pavón. Aceptó y me ofreció un pasaporte en su propio nombre, lo que facilitaría mi marcha y confirmaría a los funcionarios en el camino de que yo no era un viajero común que podría causar daños (esto me será de gran utilidad con el gobierno y en

el camino).

Estuvo muy cortés en todo y habló en serio. Luego se puso otra vez a bromear. Estaba el aire fresco. Doña Manuelita sintió frío y se cambió de asiento alejándose de mi lado.

—Yo sabía que a ella no le agradaría su proyecto, gobernador, de casarla conmigo —dije yo y, al decirlo, ella se acercó a mí otra vez.

Rosas se rió y añadió:

—No es hija mía, si no, no sentiría el frío: yo nunca siento frío ni calor. Cuando era joven trabajé afuera: mire mis manos... —dijo mostrándomelas— (perdió la falange del tercer dedo de la mano derecha apretado en una puerta cuando era una criatura)<sup>[9]</sup> pero mi cuerpo es blanco como se lo mostraré. Se desabrochó entonces el chaleco y dos camisas distintas... (no es de extrañar que no sintiera frío) y me mostró el pecho. Es de pecho fuerte, de piel clara y velludo.

Me ofrecí a llevarle cualquier cosa para los países adonde voy. Dijo que no tenía nada que mandar, que si veía al gobernador Castolin le dijera que tenía una alta opinión de él o que sentía afecto por él, pero que no se lo dijese si no lo veía personalmente. Después de una hora de entrevista, un criado vino por segunda vez a anunciar la cena. La había anunciado a las tres, cuando apareció el gobernador, pero Manuelita envió al criado con órdenes evidentes de buscar más comida pues a las cuatro y media nos sentamos para una gran cena que, cuando estuvo totalmente terminada, empezó de nuevo la rutina de costumbre con una serie de carbonadas, guisados y estofados al infinito. Una vuelta completa de platos nacionales hasta que Graham y yo no pudimos comer más. Doña Manuelita se sentó entre nosotros dos e hicimos muchas bromas sobre nuestro casamiento, ella dudando si yo permanecería fiel cuando llegara a Chile y yo esperando que la próxima vez que ella se casara, pudiese elegir por sí misma... El salón comedor da sobre la galería lateral: es una hermosa habitación, con una larga mesa tendida para veinte o más personas. Siempre es así, en efecto; tiene la casa abierta, aunque hoy cenaron nada más que dos o tres personas además de nosotros. No teníamos intención de quedarnos, pero nos retuvieron a propósito hasta la hora de la cena; luego otras dos horas para buscar más comida y no era cosa de retirarnos sin comer; además, teníamos apetito. Pedí a doña Manuelita el autógrafo del gobernante porque es un gobernador y el de ella porque «reina en los corazones de las gentes» y, al despedirme, le insistí en el derecho que, como mujer mía, me escribiera una carta autógrafa. Después de la cena, doña Manuelita y yo

caminamos por la galería hasta que llegaron convidados, yo fumé con el joven que sirvió de intérprete entre el gobernador y yo, y con muy buenos deseos de parte de doña Manuelita, nos retiramos a las seis y media, después de cerca de cinco horas de entrevista con ella y una media con el gobernador, una buena cena, habiendo obtenido todo lo que fui a buscar y mucho más, como dijo Graham; en realidad, di un golpe decidido y «tuve una suerte endemoniada»...

*Samuel Creen Arnold*

Hemos dicho que Rosas, después de levantado el bloqueo por los ingleses, y cuando todo se anunciaba propicio para él, puso de manifiesto en diversas oportunidades, como en el fusilamiento de Camilia O'Gorman, sus impulsos tiránicos y crueles, pero debe decirse también que entonces permitió la vuelta de muchos emigrados políticos al país, que libró de la confiscación cantidad de bienes de esos mismos enemigos, que siguió defendiendo la soberanía del país (como en el caso de la ocupación de Magallanes por la república de Chile), y que trató de dar bases legales a las relaciones de la Iglesia con el Estado. Son muy ilustrativas a este respecto las referencias de Sarmiento en su biografía del doctor Dalmacio Vélez Sársfield, con datos del mismo biografiado. «El doctor Vélez —dice Sarmiento— ha suministrado en conversaciones con sus amigos, datos que tienen el interés de la novedad y la extrañeza de la forma». Esos datos sobre el desembargo de bienes y la consulta al futuro autor del Código Civil argentino, son los siguientes:

#### LOS DESEMBARGOS DE BIENES Y UNA CONSULTA AL DOCTOR VELEZ SANSFIELD (1848)

Rosas hacia tiempo habla levantado la confiscación de los bienes de los salvajes unitarios, mediante solicitud para obtenerlo, sucediendo muchas veces encontrarse más ricos con los ganados reproducidos, gracias a un juez de paz benévolo o amigo, que tenía cuidados los bienes confiscados. Hemos dicho que Rosas inventaba cándida o maliciosamente un gobierno. Creó un sistema de pedir el desembargo de los bienes, que para explicación de lo que al doctor Vélez concierne, necesitamos recordar. Esparcida la voz de que se desembargaban los bienes solicitándolo, las familias por centenares acudían a Palermo a la calda de la tarde, a pie, pues habría sido muestra de orgullo ir en coche.

La imposibilidad de mantenerse en pie toda la noche, y la incongruencia de imaginar siquiera que se les ofreciese asiento, hizo que cada una se proveyese de alfombra, con lo que podían estar sentadas, como es el uso de las damas españolas en la iglesia, tomado de los árabes. El patio y galpones de Palermo<sup>[10]</sup> era una mancha negra de señoras agrupadas, conversando en voz baja para matar el tiempo. La cruel experiencia de algunos días les enseñó que podrían morir de sed, pues ni soldado ni sirviente se daba por entendido cuando le pedían un poco de agua. Cada familia llevaba consigo una botella del referido líquido, a que se añadían bizcochos u otras ligeras colaciones. Entre las once y las doce de la noche, nunca antes, salía un edecán, y con voz estentórea gritaba desde la puerta del palacio: ¡Fulano de tal!... Su familia acudía al llamado y se le entregaba, proveída «como se pide», la solicitud de desembargo. A veces dos eran llamadas, rara vez tres en una noche, con lo que se dispersaba la concurrencia, debiendo volver al día siguiente, pues se notó luego que, si un solicitante era llamado y no respondía, no se le entregaba una solicitud después, y quedaba postergada indefinidamente. Meses y meses duró la romería, sin alterarse en un ápice el ceremonial, habiendo muchas familias, muchísimas, que asistieron sin faltar una sola noche.

De este enojoso formulario fue exceptuado el doctor Vélez cuando solicitó entrar en la posesión y goce de lo que de sus bienes se conservaba, si bien las calculadas demoras le hicieron esperar largo tiempo, hasta que un día fue llamado y Manuelita puso en sus manos, despachada favorablemente, su solicitud, acompañando la entrega con tales muestras de deferencia y afecto, que debieron sorprender al solicitante; pero que los hechos posteriores confirmaron, no debiendo, como lo exigían las circunstancias, negarse a la exigencia amigable que se le hacía, de dejarse ver en Palermo algunas veces.

Esta circunstancia dio lugar entonces, y más tarde, a malevolentes críticas...

Refiriéndose a estos cargos, el doctor Vélez ha suministrado en conversaciones con sus amigos, los siguientes datos que tienen el interés de la novedad y extrañeza de la forma. Llamado poco después a Palermo, Manuelita le anunció que Tatita necesitaba tener una conferencia con él, señalándole el día. Es de imaginarse la sorpresa primero, la ansiedad después, hasta llegado el día indicado. ¿Qué será?... ¿Qué no será?... Vuelto a Palermo, la conversación fue como siempre familiar y sobre materias indiferentes. A eso de las once, un ligero movimiento de una puerta llamó la atención a Manuelita, que se levantó, entró hacia adentro y volvió a salir, diciéndole: «Tatita lo aguarda: entre por esa puerta».

Palpitándole el corazón de sobresalto, llegó hasta donde divisaba, bajo el

corredor, la figura de Rosas, de pie, con su sabanilla o poncho colorado y sombrero de paja de grandes alas, que era su traje habitual en Palermo. Después de los saludos de uso, Rosas principió un monólogo sobre su gobierno o su situación, interrumpido tan solo, juntando las manos elevándolas al cielo, e inclinando la cabeza devotamente, por esta observación: *Porque la Divina Providencia que tan visiblemente me protege* hace o quiere, etcétera (según el caso)... Y siguiendo el panegírico de su gobierno, a cada período venía el estribillo: *Porque la Divina Providencia que visiblemente me protege...* con el mismo acompañamiento de levantar ambas manos al cielo e inclinar devotamente la cabeza. Habló una hora, sin que hubiese ocasión de contestar ni asentir a lo que decía, pasando de un asunto a otro, inconexo, por digresiones, a merced de las palabras finales. ¡Una vieja bachillera diciendo ineptias de hacer quedarse dormido! ¡He aquí el terrible tirano que puso miedo a las potencias europeas! ¡La mazorca era la encarnación visible de la Divina Providencia!

Y todo esto, parados ambos, gesticulando el uno, serenado ya el otro por el desprecio y el ridículo de penetrar en el *sancta sanctorum* del absoluto terrorista, para ver la última expresión de la estupidez humana. ¡Y tanta sangre derramada y tantos que han muerto, sosteniéndolo!

Al fin, ocurriósele hablar del asunto que motivaba el llamado. Era para consultarle sobre cierto embarazo que el Nuncio Apostólico ponía a una terna que para el nombramiento de Obispo, elevaba Rosas a Su Santidad. Informado del caso, el doctor en Teología le contestó que era errado el procedimiento; que las iglesias americanas no presentaban terna al Papa, sino que sus gobiernos, creado vicario el de España aun antes de la erección de todas ellas, proveían por su propio derecho a la colación de todos los oficios y presentados los Obispos al Papa para la concesión del palio.

Desatóse entonces Rosas en impropiedades contra su ministro, acusándolo de ignorante, lamentándose de no tener quién lo ayudase; y como rogase a Vélez que le hiciese un borrador de la nota que debía pasarse al Nuncio, reclamando ese derecho, el doctor se negó a ello, ofreciéndole, en cambio, escribir un tratado en que estuviesen expuestos los principios del derecho canónico americano en relación con el Estado y la práctica secular establecida, con lo que terminó la conferencia.

Éste es el origen del tratado del *Derecho Público y Eclesiástico en relación con el Estado*, que corre impreso, y la única compilación razonada que se ha hecho en América de nuestro derecho canónico en cuanto al patronato y nombramiento de

funcionarios eclesiásticos.

Domingo F. Sarmiento<sup>[11]</sup>

Una visión de Palermo, desde fuera, nos da el escritor francés Xavier Marmier en su libro *Lettres sur l'Amérique* que ha sido traducido al castellano por el autor de este libro en la parte relativa al Río de la Plata con el nombre de *Buenos Aires y Montevideo en 1850*.

#### LA QUINTA DE ROSAS EN 1850

A media legua de Buenos Aires está la quinta de Palermo que Rosas hizo construir para retirarse durante el verano y gozar de sus sombras idílicas. Rosas ha hecho de Palermo, desde hace algún tiempo, el *arcanum* habitual de sus altas combinaciones políticas, una especie de Versalles o de Saint-James del Río de la Plata. El camino que comunica a Palermo con la ciudad, sería en cualquier parte considerado como un excelente camino. En efecto: se halla apisonado como un sendero de parque inglés y alumbrado por la noche con dos líneas de reverberos, como una avenida de los Campos Elíseos.

\*

A mitad de camino, en dirección a su palacio, existe un campamento de caballería permanente. Y dicese que la quinta de Rosas no tiene centinelas ni guardias. La verdad es que puede uno llegar a ella sin encontrar una bayoneta y aun pasearse por ella sin dificultad...

La casa es construcción de vastas proporciones, con varios patios como las casas españolas, y galerías o arcadas a la manera de las mezquitas turcas. Está rodeada por un jardín en que se han hecho grandes gastos porque se formó sobre un terreno pantanoso. Hay en medio un canal, donde Rosas pasa largas horas meciéndose sobre una chalupa bajo las copas tupidas de los sauces. En un extremo puede verse una barca, arrojada por un vendaval, desde el río agitado, y que fue recogida como resto de naufragio. El casco del navio asegurado con cables y postes, ha sido convertido en salón. Manuelita suele recibir allí a sus visitas y

ofrecer bailes.

Al ver el sitio desagradable en que está la quinta de Palermo, la naturaleza ingrata del terreno, afirmado con tanta dificultad, lo difícil de su cultivo, se pregunta uno las razones que ha podido tener este hábil presidente, que no hace nada sin su razón, para escoger este sitio y no la risueña loma que a escasa distancia domina el panorama de la ciudad y de la rada de Buenos Aires. A esta cuestión, los aduladores de Rosas responden, con voz melancólica, que existe en esos terrenos una modesta casita donde en otra época habitó el padre del dictador. Rosas no pudo abandonarla y, llevado de su afecto filial, se dispuso a embellecerla. Otros, que pretenden estar mejor informados, dicen que la casa perteneció a su querida esposa, su incomparable Encarnación. Estas dos historias son muy conmovedoras, pero tienen el gran defecto de ser completamente falsas. Todo el mundo sabe que Rosas fue un mal hijo. Para los que conocen la vida íntima de Rosas, es evidente que Palermo no ha sido consagrado a ningún recuerdo piadoso. Esta dificultosa fundación no puede atribuirse sino a una de sus tantas rarezas de carácter, o al deseo de tener, como Luis XIV, su dispendio Marly.

*Xavier Marmier*<sup>[12]</sup>

Algo del ambiente que reinaba en Palermo y de la irritación o despecho con que servían al dictador ciertas personas que aparecían oficialmente como sus adictos, trascienden de este pequeño relato de Antonino Reyes en su libro *Vindicación y memorias*, ya citado.

#### UN EXTRAÑO VISITANTE EN PALERMO

No recuerdo ahora la fecha exacta en que tuvo lugar lo ocurrido con el señor Somellera, padre del doctor don Andrés; pero sería fácil saberlo por la fecha de la *Memoria* sobre el Paraguay que dicho señor escribió y dedicó a Rosas, y que fue publicada en *La Gaceta Mercantil* de 1849 ó 1850. Lo que sí puedo asegurar es que el referido caballero pidió al gobernador una suma de dinero por medio de una carta y que con tal motivo fue llamado a Palermo.

Ese mismo día había sido llamado yo también, por razón del servicio; y cuando llegué, encontré paseándose por los corredores de aquel edificio al señor Somellera. Un rato había transcurrido cuando se me llamó al despacho de Su

Excelencia, y al entrar encontré al señor gobernador entregando al escribiente D. Luis Fontana un dinero, y diciéndole:

—Entregue usted ese dinero al señor Somellera y que le firme el recibo que usted lleva hecho.

Y dirigiéndose a mí, agregó:

—Y usted vaya también y presencie la entrega que haga el señor.

Fontana y yo salimos a cumplir el mandato que recibimos. Entramos

en la sala que servía de oficina. Fontana puso el dinero sobre una mesa (como treinta mil pesos moneda corriente), salió al corredor y llamó al señor Somellera.

Sentado frente al dinero, le dijo:

—Sírvase contar.

—¿Para qué? —interrogó el señor Somellera.

—Porque Su Excelencia me ordena que le entregue a usted este dinero contándolo antes.

Entonces lo tomó el señor Somellera, lo contó, y cuando terminó la operación, interrogó a Fontana:

—Este dinero ¿es para mí?...

—Sí señor —le contestó.

Acto continuo lo guardó en su bolsillo y se disponía a retirarse, cuando Fontana le presentó el recibo que llevaba preparado y le dijo:

—Es necesario que usted me firme esta constancia de la entrega.

El señor Somellera se resistió, empleando palabras duras, que seguramente iban a producir un conflicto. Me apresuré a intervenir en el acto, observándole, en los mejores términos, que el señor Fontana tenía que acreditar a Su Excelencia la entrega de la suma que acababa de recibir, y que el recibo no tenía otro objeto.

El señor Somellera, mirándome con fuerza, tomó la pluma y firmó. En seguida me tomó del brazo y me llevó al costado sud del edificio. Allí se encontraba el muro del salón que servía de capilla y en cuya parte de entrada había asientos a un lado y otro. Ni una palabra en el trayecto. Al llegar a ese lugar, que se encontraba completamente solo, el señor Somellera se detuvo y me dijo con voz natural, pero alterada:

—¿Es usted porteño?

—Sí, señor —le contesté.

Y luego, aumentando en indignación, agregó:

—¿Y no le hierve a usted la sangre al tener que servir a este malvado, ignorante y brutal?

Le pedí que se calmase, que no sabía con quién estaba hablando, que esos desahogos no se tenían con alma viviente.

Me contestó que no, que le bastaba saber que yo era porteño; que había padecido mucho y todo por causa del malvado que gobernaba.

Le volví a pedir que guardase sus rencores, porque en aquel sitio y momento no me parecía que era justo el manifestarlos.

Con mis observaciones, procuraba darle a entender que mal cuadraban las quejas y los insultos contra un hombre del cual acababa de recibir una suma de dinero, atendiendo el pedido que le había hecho.

Al separarnos, el señor Somellera me exhortó a que conservase mi dignidad y no me corrompiese en aquel foco de inmundicias.

Puede comprenderse cuál sería el estado de mi espíritu, si se toma en cuenta que esa conversación, ese desahogo imprudente tenía lugar nada menos que a la puerta de una sala donde con frecuencia se paseaba Rosas, sea para descansar o para meditar sobre algún asunto. ¿Habría oído algo?... ¿Habría entrado allí?... En medio de estas dudas me encontraba, cuando Su Excelencia me llamó para despacharme.

Entré a la pieza donde escribía y, como se encontrase escribiendo, esperé. En un extremo había una mesita y allí se encontraba ocupado Fontana, copiando un

borrador.

Cuando el señor gobernador dejó la pluma, se puso a andar paseando varias veces delante de mí, con aire pensativo. De pronto se detuvo y me preguntó:

—¿Trajo los papeles?

Sí señor —le contesté.

Y luego continuó con una mirada investigadora:

—Es verdad, hoy le mandé a usted que fuese con el señor [Fontana] y presenciara la entrega del dinero que mandé al señor Somellera y hasta ahora nada me ha dicho y ni sé si el hombre quedó agradecido o me maldijo [textual], puesto que usted quedó hablando con él, según me dijo Fontana.

Me quedé aterrado, sin saber qué decir ante una pregunta hecha con disgusto y que más parecía tendiente a confirmarse en una cosa sabida por el señor gobernador. Vacilé, miré a Fontana para ver si me hacía alguna seña, lo cual no conseguí, porque continuaba éste escribiendo con la cabeza inclinada; pronuncié algunas palabras cortadas, representándoseme la escena ocurrida con el señor Somellera, no quedándome casi duda que Rosas había oído toda la conversación; pues suponía que había estado paseándose en la sala a cuya puerta ocurrió lo ya referido.

Yo sabía muy bien que el gobernador no permitía que se le engañase, pues consideraba que era una burla el no decirle la verdad. ¿Qué había de decirle en mi situación?... Si lo engañaba, era yo hombre perdido; si decía la verdad... ¿qué sucedería a aquel pobre hombre que en momentos de recibir un beneficio se expresaba del modo que lo había hecho?... Confieso que, involuntariamente y sin saber lo que hacía, contesté como un idiota:

—¡Ah! sí señor, ya no recordaba, quedó el señor Somellera sumamente agradecido y se fue muy contento...

—¡Acabáramos!... —me dijo el gobernador—, como usted no me había dicho nada...

Yo también respiré entonces y me repuse de mi aturdimiento.

Poco rato después me despachó.

Si Palermo representaba el aspecto más civilizado y amable de don Juan Manuel, Santos Lugares con sus famosas prisiones —allí fue fusilada Camila O’Gorman —, su campamento de indios y sus cuarteles, era una expresión más áspera y torva de la dictadura. Xavier Marmier lo ha descripto así en su citado libro.

#### SANTOS LUGARES (1850)

En Santos Lugares hay otra población india. Se cuentan allí más de mil ochocientos individuos establecidos en chozas de barro cubiertas de juncos... Son indios escapados de las tribus salvajes que Rosas espantó con sus amenazas o subyugó con sus promesas, trayéndolos a esta trampa donde no pueden soñar en evadirse y menos en rebelarse. Viven estos indios en la más abyecta condición. Sustraídos a su existencia nómada y sujetos al poder a que han sido confiados, arrastran una especie de vida animal sin aliento y sin fuerza... Ningún ser compasivo se ocupa de aclararles la mente o de mejorar su estado material. Unicamente las mujeres, más firmes y resignadas, han conservado algunos hábitos de trabajo: tejen cinturones y ponchos sobre una trama cuyos hilos juntan lentamente con la mano, uno tras otro, de la misma manera que las mujeres árabes fabrican, después de muchos días de paciente labor, las alfombras y los albornoces. Los hombres no hacen nada. Rosas les facilita su ración de carne de potro y a ellos les basta con esa recompensa. No piensan crearse otros recursos cultivando el suelo que rodea sus chozas. Si venden algunas labores hechas por sus mujeres, es para emplear el precio en la satisfacción de brutales instintos. En una de esas cabañas compré por cien pesos (treinta y tres francos) una frazada de lana que había llevado seis meses de trabajo a una pobre india. El oficial que me acompañaba y que arregló el precio de la compra, me dijo al salir: «Los cien pesos que usted ha pagado van a convertirse esta misma noche en vasos de caña...».

Hacia cada lado del sitio que ocupaban los indios, se extienden las alas del campo formado por Rosas, hace diez años, sobre un espacio de dos leguas y que encierra unos cinco mil hombres divididos en tres divisiones: infantería, caballería y artillería mandadas por tres coroneles y un general.

El soldado vive una vida casi tan miserable como su vecino el indio. El Estado le da un uniforme por año, es decir una blusa, chiripá y calzoncillo de tela. En cuanto a la camisa y el calzado, no se les proporciona. También les acuerda el Estado una ración de carne por la mañana y veinte pesos por mes (unos seis francos y medio). Tampoco se les da leña ni pan. El soldado se construye un rancho con barro y algunas ramas de árboles. Sin cumplir las prescripciones de la iglesia, lleva consigo una mujer complaciente que comparte su pobreza y a su vez gana algunos pesos ocupándose de lavar y arreglar la ropa blanca de los jefes de la legión.

Un teniente dispone de un alojamiento construido más o menos como el del soldado, pero más grande y alhajado con dos o tres sillas. Tiene una ración de carne como el soldado y gana ciento cuarenta pesos por mes.

Entramos a recorrer las líneas de ranchos de los soldados, dispuestas como tiendas de carnicero, con trozos de la carne del día suspendidos a cada puerta. Buscamos una posada para descansar y tomar el almuerzo, pero tal cosa no existe en esta ciudad guerrera de cinco mil hombres. No hay más que una estrecha y sucia pulpería ocupada por aquellos guerreros felices que pueden pagar al contado, o tomar a crédito un vaso de caña. A falta de una cama o siquiera de una silla, nos sentamos a la sombra de un árbol para componer nuestra égloga como los pastores de Virgilio. Uno de los compañeros recuerda que conoce a un coronel. Este alto funcionario nos recibe con solícita cortesía. Uno de los ayudantes conduce nuestros caballos a pastar. Otro nos abre la puerta del salón de recepciones. ¡Y qué salón!... El suelo desnudo, las paredes blanqueadas con cal, a un lado un banco, al otro dos sillas, en el medio una mesa de pino. Por ventura traemos nosotros pan y vino y algunas provisiones. Hemos tenido esa precaución. Sólo nos faltaban los utensilios para almorzar. Después de registrar mucho en un armario, la mujer del coronel, ayudada por dos sirvientas, ha terminado por descubrir algunos tenedores arrumbados, dos o tres cuchillos, cinco vasos de diferentes dimensiones. Y al ver el gusto con que esta buena mujer bebía en la misma copa que su marido y agotaba nuestra caja de sardinas, me pareció que de mucho tiempo atrás no hacía una comida tan refinada.

\*

Los jefes del campamento de Santos Lugares desempeñan una doble misión que obliga a Rosas a tratarlos con miramientos particulares. Por lo pronto, tienen a

su cuidado, según lo hemos dicho, la numerosa tribu de indios, y éstos deben de sentirse tentados muy a menudo por volver a las belicosas aventuras de su vida salvaje. Por otra parte, esos jefes guardan también un puesto mucho más importante, el edificio principal de la política de Rosas, que es la prisión de Santos Lugares. Una denuncia innoble, una palabra, un gesto del dictador pueden hacer que el argentino sospechoso sea conducido a esa prisión y confundido con ladrones y asesinos, o condenado a fabricar ladrillos para el gobierno o para los oficiales de Rosas. Una vez que han pasado este *Puente de los Suspiros*, nada se sabe ya de él, y se encuentra como el ruso desgraciado a quien la *Kibitka* conduce a Siberia, lo separa del mundo entero y lo priva de toda comunicación con sus amigos. No tiene derecho a ninguna reclamación ni abogado alguno puede tomar su defensa. Ha sido encerrado allí por voluntad de Rosas, y no saldrá de allí sino por la voluntad, en un día de clemencia, en una hora de capricho del legislador todopoderoso. El extranjero no tiene acceso a esta espantosa guarida, y sólo puede contemplar desde alguna distancia sus altos y espesos muros. Lo que allí pasa solo puede saberse por rumores sombríos o por sordas revelaciones, pero lo que sí se sabe es que hay encerrados en ese recinto cientos de buenos ciudadanos que no han violado ningún artículo del código comercial o criminal, y que no han sido juzgados por ningún tribunal de justicia: hombres de quienes la policía ha llegado hasta olvidar el crimen de que se les acusó, y que seguirán encerrados hasta que el amo benigno, un día que escuche pronunciar el nombre al acaso, ordene que sean libertados, sin ninguna forma de proceso, así como fue ordenada su prisión.

Xavier Marmier<sup>[14]</sup>

## CAPITULO VI

### URQUIZA CONTRA ROSAS

El «pronunciamiento» de Urquiza del 1.º de mayo de 1851 no hizo sino confirmar lo que se murmuraba en el litoral argentino, en Montevideo y en Brasil desde algunos años atrás. En 1846 (febrero), Urquiza había ofrecido a Rosas una muy oportuna victoria en Laguna Limpia (Corrientes) sobre la vanguardia del ejército de Paz. De haber triunfado este último en aquella ocasión, otro giro muy distinto hubieran tomado todos los sucesos. Y lo más extraordinario de esta acción no fue su significado militar ni sus inmediatas consecuencias políticas, muy favorables a Rosas, sino que habiendo caído prisionero Juan Madariaga, hermano de Joaquín, el gobernador de Corrientes y «salvaje unitario», firmó este último un tratado de paz y alianza con el jefe vencedor, es decir con el gobernador de Entre Ríos (Tratado de Alcaraz), y el comentario general dio por sentado que tal entendimiento suponía, no tanto una adhesión de Madariaga al sistema de Rosas, como una próxima conversión de Urquiza al sistema o partido en que militaban los Madariaga.

Lo cierto es que don Juan Manuel, en conocimiento del Tratado de Alcaraz, le dijo a Urquiza que aquello no podía ser, que el Pacto federal de 1831, desde que fue aceptado y firmado por todas las provincias, entre ellas Corrientes, era una ley de carácter nacional y a todas obligaba, puesto que todas habían dado su aprobación; que dentro de tal ley general no cabían entendimientos parciales de provincia a provincia, con prescindencia de las demás; que Corrientes había sido separada de la Confederación y lo que se imponía era su reincorporación, según los términos del tratado que firmó su gobernador. Además, el señor Madariaga había celebrado el convenio de Alcaraz «sobre la base de que el Paraguay fuese un Estado independiente, cuando era una provincia argentina ilegalmente separada de la Confederación». Por cuyas razones don Juan Manuel devolvió el tratado al general Urquiza, con expresa manifestación de que se había equivocado esta vez, y al mismo tiempo le hizo llegar el texto de otra convención para ser firmada por Madariaga. Este último rehusó hacerlo y su aliado del año anterior, Urquiza, se fue sobre Corrientes con un respetable ejército y derrotó a Madariaga en la batalla de Vences (noviembre 1847). Ni qué decir que el gobernador —que mucho hizo con salvarse a uña de caballo, porque se siguió una degollina atroz— abandonó en

seguida la provincia y Urquiza puso en ella un mandatario de toda su confianza que firmó cuanto había dispuesto don Juan Manuel. Mucho se habían comentado estos lances —sobre todo en Montevideo— señalándolos con acierto como presagios de que Urquiza se levantaría contra el dictador, pero el caudillo entrerriano se excedió en protestas de efusiva amistad para don Juan Manuel y en condenas terribles para sus enemigos. «El encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación —dijo Urquiza en una proclama a los correntinos— ha tenido con vuestro gobernador (Madariaga) consideraciones que le obligarían a entrar en una honrosa convención que se le propuso pero que él ha desoído. Marcho a reparar ese escándalo. Abandonad las filas de esos salvajes unitarios traidores a la patria. La Federación sea vuestra divisa y odio a los que trajeron la intervención extranjera para humillar a su patria»... Y todavía: «La Confederación debe felicitar a Corrientes por haberse integrado con la resolución de sostener la nacionalidad e independencia, confiada a la dirección del eminente argentino brigadier don Juan Manuel de Rosas».<sup>[1]</sup>

En 1848, y a pesar de sus declaraciones, el comentario público seguía señalando a Urquiza con suspicacia y malicia. Ese mismo año, el viajero Samuel Green Arnold (a quien nos hemos referido), en camino de Buenos Aires a Mendoza, anota en su *Diario de Viaje* (marzo de 1848) que en una posta, en plena pampa, mientras dos amigos comentaban en voz baja el despotismo de Rosas, él, que venía de Brasil y había estado en Montevideo, les dijo: «Ya vendrá Urquiza con opiniones liberales...»<sup>[2]</sup>.

Sin duda Rosas desconfiaba de su lugarteniente desde el Tratado de Alcaraz, y algunas actitudes suyas así lo revelan. En 1848 prohibió la salida de oro y plata de Buenos Aires a las provincias, las que debían conformarse con el papel moneda de Buenos Aires... Medidas restrictivas muy perjudiciales para las provincias se tomaron en cuanto a la salida de pólvora para el interior. Urquiza protestó contra esas disposiciones y desde entonces vésele muy empeñado en renovar los argumentos que, veinte años atrás, Ferré y Estanislao López esgrimieron muy justamente contra el centralismo federal de Rosas y con objeto de lograr la organización nacional; se recordará lo que hicieron aquellos hombres dentro de sus posibilidades para obtener la formación de un fondo nacional y el sostenimiento de una comisión representativa encargada de reunir un congreso y de mantener las relaciones exteriores. Los sucesos se precipitaron. En abril de 1851 envió Urquiza su circular a los gobernadores y el 1.º de mayo fue su pronunciamiento público en Concepción del Uruguay. En el decreto se decía entre otras cosas que era «tener una triste idea de la ilustrada, heroica y célebre Confederación Argentina, el suponerla incapaz, sin el general Rosas a su cabeza, de sostener sus principios

orgánicos, crear y fomentar instituciones tutelares», etcétera. Invoca también el Pacto de 1831. Cabe decir que este pacto desde que Rosas, con el consentimiento o asentimiento de las provincias (entre ellas Entre Ríos) prescindió del artículo que le convertía en compromiso de organización nacional, quedó mutilado y bien poco daba ya para hacerlo servir en un pronunciamiento que invocaba la organización del país. Ya veremos cómo, llegado el momento, Urquiza no se sirve de él sino como de un arbitrio de mayor o menor eficacia política inmediata. Lo sustituye por el Acuerdo de San Nicolás. En secreto se había minado la disciplina del ejército de Oribe, seduciendo a los jefes principales y, encubierto, andaba en Montevideo con poderes de Urquiza un estanciero catalán de Entre Ríos, Cuyás y Sampere, para firmar un tratado brasileño-entrerriano-montevideano. Se trataba de anular a Oribe, de quitarle sus fuerzas, uruguayas y argentinas, para que «restituidas las cosas a su estado normal —decía el convenio— se proceda a la elección libre de presidente de la República...». El general Eugenio Garzón, subordinado de Oribe, sedujo uno a uno a los oficiales del ejército sitiador y, ya el fruto maduro, pasó Garzón con Urquiza y su ejército al Estado Oriental. Es el mes de octubre. A medida que avanza el ejército de Urquiza sobre Montevideo, desertan la mayoría de los oficiales de Oribe con sus divisiones. Urquiza ofrece honrosa capitulación y dice su frase: «No hay vencedores ni vencidos».

Pero el camino a Buenos Aires era largo y costoso, y en ese mismo mes firman los de Montevideo por intermedio de Andrés Lamas, en Río de Janeiro, un tratado que cede al Brasil gran parte del territorio oriental. Y en seguida se firma otra convención muy seria, la más seria de todas, en Montevideo: se trata de lo que ha de dar el Brasil a Urquiza y de la garantía de Urquiza al Brasil, para sacar a Rosas del gobierno. El emperador del Brasil, en guerra con Rosas, daba: infantería, caballería, artillería y suplementos de armas. «La escuadra imperial se colocará en los puntos más convenientes a juicio de su jefe con quien se entenderá Su Excelencia el general Urquiza a fin de que él pueda prestarle todo el apoyo que fuera posible»... También daba el Brasil gruesas sumas de dinero con fianza insospechable. «Para poner a los Estados de Entre Ríos y Corrientes en situación de sufragar los gastos extraordinarios que tendrá que hacer con el movimiento de su ejército, Su Majestad, el emperador del Brasil, les proveerá en calidad de préstamo la suma mensual de cien mil patacones<sup>[3]</sup> por el término de cuatro meses contados desde la fecha en que dichos estados ratificaren el presente convenio...». El gobernador afianzaba todo aquello con la hipoteca de territorios argentinos: «Su Excelencia el señor gobernador de Entre Ríos se obliga a obtener del gobierno que suceda inmediatamente al del general Rosas, el reconocimiento de aquel empréstito como deuda de la Confederación Argentina y que efectúe su pronto pago con el interés del seis por ciento al año. En el caso, no probable, de que esto

no pueda obtenerse, la deuda quedará a cargo de los estados de Entre Ríos y Corrientes, y, para garantía de su pago, con los intereses estipulados, Sus Excelencias los señores gobernadores de Entre Ríos y Corrientes hipotecan desde ya las rentas y los terrenos de propiedad pública de los referidos Estados...». «Los gobiernos de Entre Ríos y Corrientes se comprometen a emplear toda su influencia cerca del gobierno que se organizare en la Confederación Argentina para que éste acuerde y consienta en la libre navegación del Paraná y los demás afluentes del río de la Plata...». «Queda entendido que si el gobierno de la Confederación y los de los otros Estados ribereños no quisieran admitir esa libre navegación... los Estados de Entre Ríos y Corrientes la mantendrán en favor de los Estados aliados...». «El gobierno de la República del Paraguay será invitado a entrar en la alianza...». «Este convenio se conservará secreto hasta que se consiga su objeto...»<sup>[4]</sup>.

Viene a las mientes la sentencia de José de Maistre: «El mundo está lleno de castigos muy justos cuyos ejecutores son muy culpables»... porque, si castigo merece el gobernante absoluto, despótico y sanguinario, el caudillo, absoluto también, que hipoteca tierras de su propio país al extranjero como bienes individuales, no parece tampoco digno de loa y alabanza.

Rosas había declarado la guerra al Brasil y en Buenos Aires se le hacían grandes homenajes y se exaltaba el patriotismo contra el invasor brasileño. Benito Hortelano, librero español, llegado al país en los últimos años de la dictadura, ha descripto esos actos en unas Memorias que escribió en España y fueron publicadas no hace mucho tiempo.

#### HOMENAJES EN BUENOS AIRES (1851)

El 1.º de mayo de 1851, el general Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos y lugarteniente de los ejércitos federales de Rosas, el que más le había servido y más se había ensangrentado contra los «salvajes unitarios», dio el grito de insurrección contra él, proclamando en su bandera la organización de la nación, llamando a su lado a todos los que quisieran contribuir a tan justa y necesaria cruzada.

Cuando se supo en Buenos Aires el pronunciamiento de Urquiza la sorpresa fue grande, así como el anatema fue general (en público); pero en privado, cada cual de los de dos caras se frotaba las manos y ya veía a Rosas perdido.

Aún no se había dado oficialmente la noticia de la rebelión. Una noche a las diez, nos mandan un decreto para publicar en el diario y en él venía cambiado o

aumentado el lema, añadiendo a los muera de orden el «¡Muera el loco traidor, salvaje unitario Urquiza!». Como siempre he tenido pensamientos oportunos, en el acto de leer el nuevo lema, se me ocurrió una especulación y, como siempre, fui un imbécil dando participación a mis socios. Consistía esta idea en imprimir en aquella misma noche nuevas divisas con el *Muera Urquiza* agregado, seguro de que al día siguiente, el público se precipitaría a comprarlas. Mis consocios, naturalmente, comprendieron la importancia de la idea y acto continuo, unos se pusieron a hacer el molde, otros el anuncio, y yo salí a comprar toda la cinta que encontrase en las mercerías. A las doce de la noche ya había reunido miles de varas de cinta y acto continuo la prensa empezó a imprimir.

Al día siguiente, la gente se agrupaba ante la librería: la Recova Tueva estaba invadida por los furiosos federales, que les faltaba tiempo para arrancarse la antigua divisa y colocarse la nueva. ¡Oh pueblo envilecido!... ¡Un insignificante anuncio de diario, que creían oficial, bastó para aglomerarse precipitadamente a comprar un cintajo, con el que se creían garantidos!... Sin embargo, Rosas no mandó a nadie que usase la nueva divisa; sólo sus documentos iban encabezados con el nuevo lema, pero nada más.

Desde el día que Rosas declaró a Urquiza traidor con el agregado del lema, las manifestaciones se sucedieron unas a otras. Primero empezaron las corporaciones en comunidad, dando manifestaciones públicas, ofreciendo «su vida, bienes, fama y familia al ilustre restaurador». Siguiéron después los empleados, los abogados, médicos y, por último, los ciudadanos, que todos se quedaron sin fama, porque se la hablan entregado al tirano. Gracias pueden dar que éste no dispuso ni de sus bienes ni de su vida, y se contentó sólo con quedarse con la fama, si es que fama tiene el hombre que así se prostituye.

El general Urquiza se habla preparado sólidamente antes de hacer el pronunciamiento. El Brasil temía a Rosas, no sin fundamento, porque éste, con el ejército que tenía en el sitio de Montevideo y con más de veinte mil hombres en Santos Lugares, podía, el día que hubiese querido, presentar cuarenta o cincuenta mil hombres en la frontera del Brasil, invadiendo el imperio por la provincia de Río Grande, auxiliando al partido republicano y, dando libertad a la esclavitud, hacer bambolear al emperador brasileño.

El gobierno del emperador comprendió la política de Rosas, la temía; sabía que era un enemigo fuerte, por lo que no perdonaba medio ni sacrificio para derribarlo. Habla dado auxilios a los unitarios de Montevideo; pero éstos eran muy pocos e incapaces para por sí solos derribar a Rosas, pues ya en tiempos más

favorables, teniendo al general Lavalle de caudillo, hombre a quien el partido unitario adoraba y los federales respetaban, no hablan conseguido más que perecer en las tentativas que años anteriores hablan hecho. Los unitarios refugiados en Montevideo eran impotentes.

Comprendiendo el gobierno del Brasil esta impotencia de los unitarios, eligió entre los generales más acreditados de Rosas, aquel que tuviese más ambición de gloria y más audacia para la gran empresa, y poniendo sus puntos en el general Urquiza, éste comprendió no sólo el papel que iba a representar en el país, sino la situación en que la nación se encontraba, cansada de tantas guerras y en una situación anómala, sin constitución fundamental.

Urquiza aceptó las propuestas del Brasil; éste, por su parte, hizo efectivas las ofertas poniendo a disposición del general Urquiza gruesas sumas de dinero, vapores y todos los elementos bélicos que fueron necesarios. Además de estos elementos materiales su diplomacia se condujo con gran habilidad, facilitando el camino para entenderse unitarios y federales de Entre Ríos, y aun de los mismos que mandaban fuerzas en los ejércitos de Rosas.

Sólo con tales elementos era posible derrocar a Rosas. Los unitarios se plegaron a la bandera de Urquiza, porque en ella veían una probabilidad casi cierta de volver a su patria y gobernar en su país, lo que de otro modo no hubieran logrado. La provincia de Corrientes siguió en el pronunciamiento a la de Entre Ríos, que son las dos más belicosas de la Confederación. Parecía natural que todas las provincias hubiesen seguido el ejemplo de las pronunciadas; pero, muy por el contrario, todos sus gobernantes se apresuraron a ofrecer sus vidas, haciendas y fama al general Rosas.

Éste iba comprendiendo que la situación era crítica; que la insurrección, apoyada por el Brasil, era potente cual ninguna de las muchas insurrecciones anteriores lo habían sido. Después de ordenar a las provincias hiciesen pronunciamientos en contrario al de Urquiza, preparó las cosas para que le acordase la nación el Poder supremo y dictatorial.

La prensa, las corporaciones, los ciudadanos, todos pidieron se le diese el Poder supremo. La Cámara se reunió, y en medio del mayor entusiasmo, de patrióticos discursos, votó por unanimidad la investidura de Jefe supremo de la Nación al general Rosas, poniendo a su disposición tesoros, vidas, fama, familia y hasta los hijos por nacer. El día de San Martín, el pueblo en masa acudió a Palermo a felicitar a Rosas. Éste se paseaba por los jardines cuando la multitud invadió

aquella posesión, rodeándole, abrazándole y desgañitándose en aclamaciones y locuras al gran Rosas.

En este día conocí más de cerca el general Rosas. Vestía pantalón y chaqueta azul, con vivo encarnado, chaleco de merino punzó y una gorrita de paño con visera. El pobre hombre estaba conmovido y sofocado en medio de aquel tumulto, de aquella ovación popular, de corazón, pues son bien distintas las demostraciones oficiales de las que el pueblo hace de entusiasmo por el objeto que aprecia.

Los teatros también preparaban sus funciones patrióticas. Don Pedro Lacasa compuso una pieza, cuyo argumento era la traición y derrota de Urquiza. Otra compuso D. Miguel García Fernández sobre el mismo objeto. En una y otra función el entusiasmo llegó a su colmo. Don Lorenzo y D. Enrique Torres, el doctor Gondra y otros muchos patriotas federales pronunciaron discursos entusiásticos, pidiendo sangre, exterminio y pulverización de las provincias de Entre Ríos y Corrientes, del imperio del Brasil y de todos los salvajes inmundos y asquerosos unitarios. A la salida del teatro, Manuelita Rosas, hija del jefe supremo, que presidía todas las ovaciones a nombre de su padre, fue conducida en su coche, quitados los caballos, tirando de él los patriotas federales. Entre los que vi tirar del coche recuerdo a D. Santiago Labardén y a Toro y Pareja; yo también empujé de la rueda derecha al partir el carruaje. No recuerdo los nombres de otros muchos federales que tiraron, porque no los conocía entonces y hoy son muy unitarios...

*Benito Hortelano*<sup>[5]</sup>

En cuanto al ambiente de Palermo en 1851 y la inexplicable indiferencia con que Rosas veía aproximarse la catástrofe de que sería víctima pocos meses después, nada mejor que la crónica de Lucio V. Mansilla, mozo de veinte años, sobrino del dictador, hijo de su hermana Agustina, que, en viaje por Europa, tuvo noticias del pronunciamiento y se embarcó en seguida para Buenos Aires. Figura en esta crónica el soberbio retrato que Mansilla traza de su tío en los postreros días de su gobierno.

#### DE PUERTAS ADENTRO (1851)

Mi tío era para mí un semidiós, el hombre más bueno del mundo. Yo retozaba en su casa, como no podía hacerlo en la mía, con una cáfila de primos.

Entrábamos, *ad libitum*, en sus piezas sin que él nos hiciera más observación que ésta: «¡Bueno!, ¡bueno!... pero no me toquen los papeles... ¿eh?...». Y al retirarnos, a toda la sarta de sobrinos les daba lo siguiente: el sábado a la tarde, indefectiblemente, una docena de divisas coloradas, nuevitas, que nos hacían el efecto de la muleta al toro. Un peso fuerte, en plata blanca, que nosotros después cambiábamos en moneda corriente, discutiendo el precio con nuestros respectivos tatitas, y un retrato litografiado de Quiroga, diciéndonos siempre estas mismas, mismísimas palabras (y repitiéndolas a cada uno): «Tome, sobrino, ese retrato de un amigo, que los salvajes dicen que yo mandé matar».

Nada más que como un muchacho que tiene ojos para ver, pues no asociaba todavía ideas, había yo recorrido ya el Asia, el Africa y la Europa, cuando, estando en Londres, donde me aburría enormemente, por haber pasado antes por París, que es la gran golosina de los viajeros jóvenes y viejos, recibí la noticia, muy atrasada, como que entonces no había telégrafo y eran raros los vapores, de que Urquiza se había sublevado contra Rosas. Esa noticia me hizo el mismo efecto... ¿qué voy a decir?... si no hay comparación adecuada posible, porque para mí, Urquiza y Rosas, Rosas y Urquiza eran cosas tan parecidas como un huevo a otro huevo. No pensé sino en volver a los patrios lares. De la política se me daba un ardite, no entendía jota de ella... Pero un instinto me decía que mi familia, esto era entonces todo para mí, corría peligro, y me vine sin permiso, cayendo aquí como una bomba en el paterno hogar.

Esto era hacia fines del mes de diciembre de 1851. Cuando me desembarcaron, pasando por esta serie de operaciones: la ballenera, el carro, la subida a babucha, los pocos curiosos que estaban en la playa me miraron y me siguieron, como si hubieran desembarcado un animal raro. Yo no traía, sin embargo, nada de extraordinario, a no ser que lo fuera el venir vestido a la francesa, a la última moda, a la parisiense, con un airecito muy *chic*, con sombrero de copa alta puntiagudo, con levita muy larga y pantalón muy estrecho, que era el entonces en boga, tanto que, recuerdo que en un *vaudeville* se decía por uno de los interlocutores, hablando éste con su sastre: *Faites moi un pantalon très collant, mais très collant; je vous prévient que si j' y entre, je ne vous le prendrai pas...*

Los curiosos me escoltaron hasta mi casa, donde recién supieron que yo había vuelto, cuando entraba en ella; pues como mi resolución de venirme fue instantáneamente puesta en práctica, no tuve medio de anticiparles a mis padres la sorpresa que les preparaba. El gusto que ellos tuvieron al verme fue inmenso. Me abrazaron, me besaron, me miraron, me palparon y criados de ambos sexos salieron en todas direcciones para anunciar a los parientes, a los íntimos, que el

niño Lucio había llegado y, cosa que ahora no se hace porque se cree menos que entonces en la Divina Providencia, se mandó decir una misa en la iglesia de San Juan, que era la que quedaba, y queda, cerca de la casa solariega.

Los momentos eran de agitación, Aníbal estaba *ad portas*, o lo que tanto vale, según el lenguaje de la época, el «loco traidor, salvaje unitario, Urquiza», avanzaba victorioso; mas eso no impidió que hubiera gran regocijo, siendo yo objeto de las más finas demostraciones, no tardando en llegar las fuentes de dulces, cremas y pasteles con el mensaje criollo tan consabido: «Que cómo está su merced; que se alegra mucho de la llegada del niño, y que aquí le manda esto por ser hecho por ella...».

Y se comprende que, dados los antecedentes de mi prosapia y de mi filiación, yo no había de tardar mucho en preguntar: «¿Y cómo está mi tío?, ¿y como está Manuelita?...» y que la contestación había de ser como fue: «Muy buenos, mañana irás a saludarlos».

Yo no veía la hora de ir a Palermo. Pero era necesario darse un poco de reposo; luego, una madre que recupera a su hijo no se desprende tan fácilmente de él, sobre todo, una madre como la mía que, por la intensidad de sus afectos, que por su educación y tantas otras circunstancias, era moralmente imposible que viera claro en la situación, no obstante los sermones de mi padre, a cuya perspicacia no podía escaparse que estábamos en vísperas de una catástrofe.

Descansé, pues, y al día siguiente por la tarde, monté a caballo y me fui a Palermo a pedirle a mi tío la bendición.<sup>[6]</sup>

Llegué, serían como las cinco de la tarde, hacía calor, no había nadie en las casas. La niña (era su nombre popular) me dijo alguien, porque yo pregunté por Manuelita, está en la quinta...

Dejé mi caballo en el palenque y me fui a buscar a Manuelita, a la que no tardé en hallar. Estaba rodeada de un gran séquito, en lo que se llamaba «el jardín de las magnolias», que era un bosquecillo delicioso de esta planta perenne, los unos de pie, los otros sentados sobre la verde alfombra de césped perfectamente cuidado; pero ella tenía a su lado, provocando las envidias federales y haciendo con su gracia característica, todo amelcochado, el papel de *cavalier servant*, al sabio jurisconsulto don Dalmacio Vélez Sársfield...

Palermo no era un foco social inmundo, como los enemigos de Rosas lo han

pretendido, por más que éste y sus bufones se sirvieran, de cuando en cuando, de frases naturalistas, chocantes, de mal género... Manuelita, su hija, era casta y buena, y lo mejor de Buenos Aires la rodeaba, por adhesión o por miedo, por lo que se quiera, inclusive el doctor Vélez Sársfield, que ya hemos visto rendido a sus pies, vuelto de la emigración, como tantos otros que, o desesperaban, o estaban cansados de la lucha contra aquel poder personal irresponsable que todo lo avasallaba.

\*

Llegar, verme Manuelita y abrazarme, fue todo uno; los circunstantes me miraban como un contrabando. Mi facha debía discrepar considerablemente con mi traje a la francesa, en medio de aquel cortejo de federales de buena y mala ley, como el doctor Vélez Sársfield. Porque yo, con mi pseudo corteza europea, no obstante ser verano, me había abrochado hasta arriba la levita, para que no se me viera el chaleco colorado, el cual me hacía representar a mis propios ojos, el papel de un lacayo del *foubourg* Saint-Germain...

Volvimos del jardín de las magnolias a los salones de Palermo. Una vez allí, le repetí que quería ver a mi tío; ella salió, volvió y me dijo: «Ahora te recibirá...».

Se fueron a comer. Yo no quise aceptar un asiento en la mesa, porque en mi casa me esperaban y porque no contaba con que aquel *ahora*, sería como el «vuelva usted mañana», de Larra... Yo esperaba y esperaba... las horas pasaban y pasaban... no sé si me atreví a interrogar, pero es indudable que alguna vez debí mirarla a Manuelita como diciéndole... «¿Y...?».

Y que Manuelita debió mirarme, como contestándome: «Ten paciencia, ya sabes lo que es tatita...».

Allá, como a eso de las once de la noche, Manuelita, que era movediza y afabilísima, salió y volvió reiteradamente, y con una de esas caras tan expresivas en las que se lee un «por fin», me dijo: «Dice tatita que entres —y sirviéndome de hilo conductor, me condujo, como Ariadna, de estancia en estancia, haciendo zig-zag, a una pieza en la que me dejó, agregando— Voy a decirle a tatita...».

Si mi memoria no me es infiel, la pieza ésa quedaba en el ángulo del edificio que mira al naciente: era cuadrilonga, no tenía alfombra sino baldosas relucientes; en una esquina había una cama de pino colorado con colcha de damasco, colorada

también, a la cabecera una mesita de noche, colorada; a los pies una silla colorada igualmente, y casi en el medio de una habitación, una mesa pequeña de caoba, con carpeta de paño de grana, entre dos sillas de esterilla colorada, mirándose, y sobre ella dos candelabros de plata bruñidos con dos bujías de esperma, adornadas con arandelas rosadas de papel picado.

No había más, estando las puertas y ventanas, que eran de caoba, desguarnecidas de todo cortinaje.

Yo me quedé de pie, conteniendo la respiración, como quien espera el santo advenimiento, porque aquella personalidad terrible producía todas las emociones del cariño y del temor. Moverme, habría sido hacer ruido, y cuando se está en el santuario, todo ruido es como una profanación, y aquella mansión era, en aquel entonces, para mí, algo más que el santuario... Cada cual debe encontrar dentro de sí mismo, al leerme, la medida de mis impresiones, en medio de esa desnudez severa, casi sombría, iluminada apenas por las llamas de las dos bujías transparentes, que ni siquiera se atrevían a titilar.

\*

Reinaba un silencio profundo, en mi imaginación al menos; los segundos me parecían minutos, horas los minutos.

Mi tío apareció: era un hombre alto, rubio, blanco, semipálido, combinación de sangre y de bilis, un cuasi adiposo napoleónico, de gran talla; de frente perpendicular, amplia, rasa como una plancha de mármol fría, lo mismo que sus concepciones, de cejas no muy guarnecidas, poco arqueadas, de movilidad difícil, de mirada fuerte, templada por el azul de una pupila casi perdida por lo tenue del matiz, dentro de unas órbitas escondidas en concavidades insondables; de nariz grande, afilada y correcta, tirando más al griego que al romano; de labios delgados casi cerrados, como dando la medida de su reserva, de la firmeza de sus resoluciones; sin pelo de barba, perfectamente afeitado, de modo que el juego de sus músculos era perceptible. Sería cruel, no parecía disimulada aquella cara, tal como a mí se me presentó, tal como ahora la veo, al través de mis reminiscencias infantiles.

Agregad a esto una apostura fácil, recto el busto, abiertas las espaldas, sin esfuerzo estudiado, una cierta corpulencia del que toma su *embonpoint*, o sea su

estructura definitiva, un traje que consistía en un chaquetón de paño azul, en un chaleco colorado, en unos pantalones azules también; añadid unos cuellos altos, puntiagudos, nítidos, y unas manos perfectas como forma, y todo limpio hasta la pulcritud, y todavía sentid y ved, entre una sonrisa que no llega a ser tierna, siendo afectuosa, un timbre de voz simpático hasta la seducción, y tendréis la vera efigie del hombre que más poder ha tenido en América...

Así que mi tío entró, yo hice lo que habría hecho en mi primera edad; crucé los brazos y le dije, empleando la fórmula patriarcal, la misma, mismísima que empleaba con mi padre, hasta que pasó a mejor vida:

—¡La bendición, mi tío!

Y él me contestó:

—¡Dios lo haga bueno, sobrino!... —sentándose *incontinenti* en la cama, que antes he dicho había en la estancia, cuya cama (la estoy viendo), siendo muy alta, no permitía que sus pies tocaran en el suelo, e insinuán dome que me sentara en la silla, que estaba al lado. Nos sentamos..... hubo un momento de pausa; él la interrumpió diciéndome:

—Sobrino, estoy muy contento con usted...

Es de advertir que era de buen signo que Rosas tratara de usted; porque cuando de tú trataba, quería decir que no estaba contento de su interlocutor, o que por alguna circunstancia del momento fingía no estarlo. Yo me encogí de hombros, como todo aquel que no entiende el porqué de un contentamiento.

—Sí, pues —agregó— estoy muy contento de usted (y esto lo decía balanceando las piernas, que no alcanzaban al suelo, ya lo dije) porque me han dicho (y yo había llegado recién el día antes, ¡qué buena no sería su policía!) que usted no ha vuelto agringado...

Este *agringado*, no tenía la significación vulgar, significaba otra cosa, que yo no había vuelto, y era la verdad, preguntando como tantos tontos que van a Europa baúles y vuelven petacas; *¿Y coment se llaman éste chose bianqui que ponen las galin?...* por no decir huevos, o *esta cosa que se ponen en las manos*, por no decir guantes...

Yo había vuelto vestido a la francesa, eso sí, pero potro americano hasta la médula de los huesos todavía, y echando unos temos, que era cosa de taparse las

orejas. Yo estaba ufano: no había vuelto *agringado*. Era la opinión de mi tío.

—¿Y cuánto tiempo has estado ausente?... —agregó él.

Lo sabía perfectamente. Había estado resentido, no es la palabra «enojado»; porque diz que me habían mandado a viajar sin consultarlo. Comedia... Interrogado, como dejo dicho, contesté:

—Van a hacer dos años, mi tío.

Me miró y me dijo:

—¿Has visto mi Mensaje?...

—¡Su Mensaje!... —dije yo para mis adentros. ¿Y qué será esto? No puedo decir que no, ni puedo decir que sí, ni puedo decir, no sé qué es... y me quedé suspenso. El entonces, sin esperar mi respuesta, agregó:

—Baldomero García, Eduardo Lahitte y Lorenzo Torres dicen que ellos lo han hecho... Es una botaratada. Porque así, dándoles los datos como yo se los he dado ellos, cualquiera hace un mensaje. Está muy bueno, ha durado varios días la lectura en la Sala... ¡Qué! ¿No te han hablado en tu casa de eso?...

Cuando yo oí *lectura*, empecé a colegir, y... repuse instantáneamente.

—Pero, mi tío, ¡si recién he llegado ayer!...

—¡Ah! Es cierto: pues no has leído una cosa muy interesante; ahora vas a ver —y esto diciendo se levantó, salió, y me dejó solo.

Yo me quedé clavado en la silla, y así como quien medio entiende (vivía en un mundo de pensamientos tan raros) vislumbé que aquello sería algo como el discurso de la reina Victoria al Parlamento. ¿Pues qué otra explicación podría encontrarle a aquel «ahora vas a ver»?... Volvió el hombre que, en vísperas de jugar su poderío, así perdía su tiempo con un muchacho insustancial, trayendo en la mano un mamotreto enorme. Acomodó simétricamente los candeleros, me insinuó que me sentara en una de las dos sillas que se miraban, se colocó delante de una de ellas de pie y empezó a leer desde la carátula que rezaba así:

«¡Viva la Confederación Argentina!».

«¡Mueran los Salvajes Unitarios!».

«¡Muera el loco traidor, salvaje unitario Urquiza!».

Y siguió hasta el fin de la página leyendo hasta la fecha 1851, pronunciando la ce, la zeta, la ve y la be, todas las letras con la afectación de un purista. Y continuó así, deteniéndose, de vez en cuando, para ponerme en aprietos gramaticales, con preguntas como ésta que yo satisfacía bastante bien.

—Y aquí, ¿por qué habré puesto punto y coma, o dos puntos, o punto final?...

Por ese tenor, iban las respuestas cuando interrumpiendo la lectura, preguntóme:

—¿Tienes hambre?

Ya lo creo que habla de tener; eran las doce de la noche, y había rehusado un asiento en la mesa, al lado del doctor Vélez Sársfield, porque en casa me esperaban...

—Pues voy a hacer que te traigan un platito de arroz con leche.

El arroz con leche era famoso en Palermo y aunque no lo hubiera sido, mi apetito lo era; de modo que empecé a sentir esa sensación de agua en la boca, ante el prospecto que se me presentaba, de un platito que debía ser un platazo, según el estilo criollo y de la casa.

Mi tío fue a la puerta de la pieza contigua, la abrió y dijo:

—Que le traigan a Lucio un platito de arroz con leche. La lectura siguió. Un momento después, Manuelita misma se presentó con un enorme plato sopero de arroz con leche, me lo puso por delante y se fue. Me lo comí de un sorbo. Me sirvieron otro, con preguntas y respuestas por el estilo de las apuntadas, y otro, y otro, hasta que yo dije:

—Ya, para mí, es suficiente.

Me había hinchado: ya tenía la consabida cavidad solevantada y tirante como el parche de una caja de guerra templada; pero no, hubo más; siguieron los platos, yo comía maquinalmente, obedecía a una fuerza superior a mi voluntad...

La lectura continuaba. Si se busca el Mensaje ese, por algún lector incrédulo o curioso, se hallará en él un periodo, que comienza de esta manera: «El Brasil, en tan punzante situación...». Aquí fui interrogado, preguntándoseme: «Y ¿por qué habré puesto *punzante*?...». Como el poeta, pensé que «en mi vida me he visto en tal aprieto»... Me expliqué. No aceptaron mi explicación. Y con una retórica gauchesca, mi tío me rectificó, demostrándome cómo el Brasil lo había estado picanando, hasta que él había perdido la paciencia, rehusándose a firmar un tratado que habla hecho el general Guido... Ya yo tenía la cabeza como un bombo, y lo otro tan duro, que no sé cómo aguantaba...

El, satisfecho de mi embarazo, que lo era por activa y por pasiva, y poniéndome el manotreto en las manos, me dijo, despidiéndome:

—Bueno, sobrino, vaya nomás, y acabe de leer eso en su casa...

—agregando en voz más alta —: Manuelita, Lucio se va.

Manuelita se presentó, me miró con una cara que decía afectuosamente «Dios nos dé paciencia...», y me acompañó hasta el corredor, que quedaba del lado del palenque, donde estaba mi caballo.

Eran las tres de la mañana.

En mi casa estaban inquietos, me habían mandado a buscar con un ordenanza. Llegué sin saber cómo no reventé en el camino. Mis padres no se habían recogido. Mi madre me reprochó mi tardanza, con ternura. Me excusé diciendo que había estado ocupado con mi tío.

Mi padre, que, mientras yo hablaba con mi madre, se paseaba meditabundo, viendo el mamotreto que tenía debajo del brazo, me dijo:

—¿Qué libro es ése?...

—Es el *Mensaje* que me ha estado leyendo mi tío...

—¿Leyéndotelo?... —Y esto diciendo, se encaró con mi madre y prorrumpió en visible desesperación —: ¿No te digo que está loco tu hermano?... —Mi madre se echó a llorar...

Lucio V. Mansilla<sup>[7]</sup>

Así las cosas, y a fines de 1851 (diciembre) Urquiza atravesó nuevamente el río Uruguay, hacia Entre Ríos, con su ejército, en el que figuraban gran parte de las tropas de Oribe. La escuadra brasileña ya estaba en el Río de la Plata. Rosas esperaba —al parecer— que Inglaterra hiciera oposición a las operaciones militares del Brasil contra la Confederación, pero no fue así. Los brasileños sentaron sus reales en Martín García y ocuparon también con dos mil soldados la Colonia. La escuadra remontó el Paraná y forzó el paso de Acevedo desde donde el general Mansilla la cañoneó reciamente con las baterías de costa. Vencido este obstáculo, subió hasta Diamante, en la orilla entrerriana. Iba para contribuir al traslado del ejército brasileño y también de las tropas argentinas y uruguayas, a la costa de Santa Fe. Quince días duró esa operación, ardua en extremo, como que eran muchos los hombres y efectivos que debían pasar a la margen derecha del gran río. Pascual Echagüe, gobernador de Santa Fe, sin fuerzas suficientes para oponerse, decidió bajar a Buenos Aires con las escasas tropas de que disponía. Y el ejército aliado inició sin obstáculo su avance hacia el sur.

La actitud de Rosas en punto a defensa militar no tiene explicación satisfactoria. Varios de sus allegados le mostraron en un principio la conveniencia de invadir Entre Ríos; después, de defender las costas santafesinas; más tarde, de colocar un ejército sobre el Arroyo del Medio. Nada hizo. El general rosista Pacheco fue acusado de complicidad con el enemigo. Renunció al mando cuando ya las avanzadas de Urquiza estaban cerca de Buenos Aires. El coronel Hilario Lagos opuso su caballería a la vanguardia enemiga, pero no pudo contener aquel avance. Eran veinticinco mil hombres y cincuenta mil caballos. Rosas tenía unos veinte mil hombres pero le faltaban armas y sobre todo jefes de capacidad militar, si se exceptúa él coronel Chilavert, artillero distinguido. El dictador era el menos indicado para dirigir una batalla de tal magnitud, que por el número de combatientes superaba a todas cuantas se habían visto hasta entonces en América del Sur. Ya con el enemigo encima, no tenía ni un plan de combate ni jefes para oponerse al invasor. Antonino Reyes, su hombre de confianza, nos cuenta cómo Rosas le dio mando militar al coronel Pedro José Díaz, unitario, antiguo prisionero del Quebracho, que para entonces vivía libremente en Buenos Aires.

#### ANTE EL EJERCITO DE URQUIZA (1852)

Se precipitaban los sucesos, y un día muy próximo a la batalla de Caseros,

me dijo el gobernador [Rosas]: «Usted no puede seguir al frente de su batallón porque yo lo he de necesitar a mi lado y es preciso ver a quién hemos de nombrar para que se ponga a su frente; también el de los costeros y otros piquetes que se me han de reunir en un solo cuerpo y que formarán un total de mil quinientos hombres con seis piezas de artillería. Piense y propóngame el jefe».

Yo, sin vacilar, le propuse al coronel Pedro José Díaz como el más aparente y capaz de organizar y mandar toda esa fuerza.

“Sí, está bien — me dijo el gobernador —, pero quién sabe cómo será recibido por la tropa y oficiales, por ser unitario...” Le dije entonces que, desde que el señor gobernador lo ordenase, sería del gusto de todos.

«Bueno, vea usted si es como dice y contésteme». Di los pasos que creía conveniente y, como no encontrase nada en oposición, se lo hice presente al general Rosas, quien me ordenó mandase llamar al coronel Díaz y le entregase el mando de toda esa fuerza, dándolo a reconocer como jefe.

Lo mandé llamar como se me ordenaba y le hice presente la orden que tenía del general Rosas; se mostró sorprendido al comunicarle la orden y después de un momento de silencio, me dijo lo siguiente:

«Dígale usted al señor gobernador que aprecio su distinción y la confianza con que me honra; que aunque unitario, he de cumplir con mi deber cuando llegue el caso, como soldado a las órdenes del gobierno de mi patria».

Al frente de estas fuerzas de infantería marchó a Caseros, y allí, la noche antes al día de la batalla, fue llamado a presencia del general para verter opinión sobre lo que debía hacerse, junto con los demás jefes del ejército, en junta de guerra...

\*

Llegué a Caseros como a las diez de la noche y encontré al general [Rosas] inmediato a la casa, recostado en su apero, y me hizo sentar enfrente, con el caballo de la rienda. Después de un rato de silencio, me dijo: «He estado oyendo el consejo de los jefes sobre lo que debemos hacer, y cada uno me ha dado su opinión. Por supuesto que no opinan que se dé la batalla, sino que ocupemos la ciudad con la infantería y artillería y mandar la caballería al sur para venir con los indios, pero

ya sabe usted que soy opuesto a mezclar estos elementos entre nosotros, porque si soy vencido no quiero dejar arruinada la campaña. Si triunfamos, ¿quién contiene a los indios?... Si somos derrotados ¿quién contiene a los indios?... Los coroneles Chilavert y Pedro José Díaz, que son los que con más exactitud se han expresado, son de opinión de esquivar la batalla, pero no hay remedio, es preciso jugar el todo: hemos llegado aquí, y no se puede retroceder».<sup>[8]</sup>

*Antonino Reyes*

Y llegó así el 3 de febrero de 1852. El general uruguayo César Díaz, jefe de la división oriental en el ejército de Urquiza, cuenta de esta manera los preliminares de Caseros.

#### PRELIMINARES DE LA BATALLA (1852)

A las siete de la mañana, nuestro ejército estaba en línea sobre la loma opuesta a la que ocupaba el enemigo... A retaguardia del ala izquierda, entre la eminencia que ocupaba la infantería y la cañada de Morón, que corría a nuestra espalda, convergente a la línea de batalla por aquel extremo, estaban encubiertas las divisiones de caballería de López y Urdinarrain, destinadas a sostener los movimientos del ala.

Toda la infantería enemiga estaba en batalla; la nuestra en columnas, aunque con los intervalos necesarios para desplegar. En ninguno de los dos órdenes se habían establecido reservas de esta arma.

No habiendo la menor duda de que la izquierda enemiga era la parte flaca de su línea, por cuanto estaba compuesta por caballería mal organizada para una resistencia eficaz, el general Urquiza comprendió que sobre ella debía dirigirse el principal esfuerzo, pues una vez que se lograra separarla de su centro, la infantería, que no podía contar con el recurso de un cambio de frente sobre el extremo opuesto a causa de las dificultades del terreno, podría ser tomada de revés o atacada por el flanco que le quedaba descubierto al mismo tiempo que lo fuese por el frente. En consecuencia, los diez mil caballos colocados a nuestra derecha, iniciarían la batalla cayendo con todo su poder sobre dicha ala enemiga, arrollarían los escuadrones situados en primera línea y los echarían rotos y dispersos sobre las inútiles columnas aglomeradas a su espalda que, sin tiempo ni espacio para

maniobrar en protección de los vencidos ni aun para defenderse, serían envueltos en su misma derrota y confusión. Verificado este gran movimiento, de cuyo buen éxito no era posible dudar atendida la superioridad relativa en número y calidad de las fuerzas destinadas a ejecutarla, la infantería de nuestra derecha, el centro y la izquierda, que debían a la sazón tener ocupada la atención de la infantería enemiga con el fuego de sus cazadores y de su artillería, avanzarían rápidamente para generalizar el combate y hacerlo decisivo.

Después de comunicar a los jefes principales del ejército sus intenciones a este respecto, el general recorrió la línea y dirigió a las tropas algunas alocuciones que, aunque muy breves y pronunciadas sobre la marcha, no dejaron de hacer impresión en el ánimo de los soldados que las contestaron con vivas a la libertad y al general en jefe...

En este momento se trabó un fuerte cañoneo iniciado por los enemigos y contestado por la artillería imperial y argentina. Para juzgar de su efecto, me coloqué a la sombra de un ombú, que por fortuna se hallaba en el punto que ocupaba la división, y desde donde podía hacer cómodamente mis observaciones. Pero el fuego cesó a poco rato para volver a encenderse después y mi atención se contrajo a otros objetos.

Era notable, entre otros, la inmovilidad y silencio de la línea enemiga: la parte que estaba al alcance de mi vista (porque siendo tan extensa y habiendo mucho polvo no podía descubrirla toda) parecía más bien formada para una revista de honor que para dar una batalla. No habla una sola guerrilla al frente, siendo así que el uso de las tropas ligeras para preparar el combate es en todas circunstancias de una importancia reconocida y que en el caso de Rosas, cuyo ejército se componía de soldados bisoños, su aplicación parecía indispensable. Aunque no necesitaba practicar reconocimientos ni cubrir despliegues, puesto que estaba colocada con anticipación en el terreno que habla elegido para combatir, hubiérale convenido salir al encuentro de nuestras columnas con algunas compañías de cazadores aunque no fuera más que para acostumbrar el oído de sus soldados al ruido de los tiros.

Pero estaba visto: aquellas tropas estaban mal mandadas, no obstante que había en ellas muchos oficiales experimentados y aguerridos; y los que las dirigían se habían figurado, sin duda, que una línea de batalla, apoyada como estaba la suya por un extremo en edificios fortificados, debía ser como una muralla de mampostería que no se puede mover del lugar en que la han puesto.

La misma soledad que por el frente, se notaba a la espalda de la línea. No se vela gente ninguna, a pie ni a caballo; y hasta creo que los jefes de la infantería habían tomado la precaución de desmontarse, sin duda para no llamar la atención, porque esto de defender a un tirano como Rosas, no deja de tener su responsabilidad en el campo de batalla. Un grupo de jinetes apareció, sin embargo, al cabo de cierto tiempo, como recorriendo la línea, y me figuré que sería Rosas y su Estado Mayor (aunque no pude reconocerlo), porque cuando se acercaban a algunos de los batallones formados, se sentían *vivas* y gritos prolongados. Por fin, el choque de nuestra derecha, precursor del ataque general, se verificó a eso de las diez de la mañana, hora en que puede decirse que la batalla empezó, pues hasta entonces sólo habla habido fuego de artillería, hecho de lejos y sin resultado. La división Medina tuvo el honor de la primera carga...

César Díaz<sup>[9]</sup>

La batalla, que duró cuatro horas y media, se decidió con una franca derrota del ejército rosista y por cierto que no se le considera como ejemplo de táctica ni de originalidad en el arte militar. El general Lamadrid, en el extremo del ala derecha urquicista, cargó al frente de su caballería entre una espesa nube de polvo, y se desvió de tal manera de su objetivo — hacia la derecha — que fue a sujetar como a una legua de la línea enemiga con los caballos cansados... Cuando volvió, el enemigo se dispersaba. El coronel rosista Chilavert peleó hasta el final con sus baterías y en los últimos momentos, mediante un cambio de frente, causó algunos estragos en el ejército invasor.

El general Pedro José Díaz, prisionero de Urquiza y a cargo del jefe oriental César Díaz (su compañero de infancia), contó a este último un episodio que el narrador no sabía si atribuir a mera extravagancia de Rosas o al propósito de mostrarse tranquilo y dueño de sí mismo en medio de la lucha. El episodio, escrito por César Díaz en sus *Memorias* y narrado a él por Pedro José, es el siguiente.

#### ROSAS EN CASEROS

Además de los prisioneros tomados por mi división en el campo de batalla, que no eran pocos, se le entregaron sucesivamente muchos otros para que se encargara de su custodia. Entre estos últimos vino especialmente recomendado el

coronel don Pedro José Díaz, de quien ya he hablado; y tanto por esta razón por cuanto yo le conocía desde niño, pues había sido amigo de mi familia, lo acomodé en mi propio alojamiento, y lo dejé en completa libertad, bajo su palabra de honor, para andar dentro del campo por donde mejor le pareciese.

Durante su permanencia en la división, que no fue larga, pasé algunas horas entretenidas oyéndole contar las extravagancias con que Rosas se había hecho notar hasta en los últimos momentos de su vida pública. No me ocuparé ahora de reproducirlas, aunque cierto estoy de que muchas personas las leerán con avidez, animadas de la curiosidad que inspiran siempre las acciones de los hombres extraordinarios, por más que estén desnudas de mérito o importancia. Referiré solamente una de ellas, que es singular y bien característica.

El día de la batalla, mientras que la caballería de nuestra derecha se preparaba para atacar la izquierda de Rosas, y muy poco tiempo antes de verificarlo, se acercó éste al coronel Pedro José Díaz y le dijo:

—Prepare usted sus batallones, coronel, porque vamos a ser atacados por la espalda.

—¿Cómo es eso?... —dijo Díaz.

—Como usted lo oye —añadió Rosas—, ¿Ve usted aquellas columnas de caballería que se prolongan sobre la derecha del enemigo?

—Sí.

—Pues ésas van a envolver nuestra ala izquierda y a la izquierda enemiga; ya he visto otras columnas de infantería en actitud de obrar del mismo modo contra nuestra derecha...

Diciendo estas palabras, volvió la vista hacia atrás y halló cerca de sí un paisano a caballo que llegaba trayéndole una carta o un mensaje, no recuerdo de dónde; y sin esperar a que el paisano le dirigiese la palabra:

—¿De dónde sale, amigo?... —le dijo—, ¡Qué buen caballo trae!...

Notando en seguida que el paisano tenía a la cabeza del recado las boleadoras: «Présteme esas boleadoras», añadió... El paisano las desató inmediatamente y se las entregó. Rosas las tomó por los extremos y abrió los brazos para ver si tenían la longitud de regla; y, hallando que estaban un poco

cortas: «Ésta no es la medida», dijo. «Les faltan dos pulgadas». Dirigiéndose entonces al coronel Díaz, continuó:

—Yo antes sabia un poco manejar esta arma. Como ahora estoy demasiado grueso, tal vez no lo podré hacer. Sin embargo, voy a probar. Vaya amigo (al paisano), galope para allá, un poco, galope, galope...

Y cuando el paisano se había alejado a la distancia que él juzgó conveniente, lanzó las boleadoras por encima de la cabeza de aquél, de manera que al caer envolvieron las patas delanteras del caballo...

—Todavía me acuerdo... —dijo Rosas entonces y se separó del coronel Díaz para no volverlo a ver más...

¿Qué se proponía este hombre singular con tan extraña ocurrencia en el momento solemne en que iba a decidirse el destino de su dictadura y acaso también el de su misma vida?... ¿Cedía simplemente a un instinto salvaje, o quería desmentir la reputación de cobarde que sus enemigos le habían atribuido, haciendo ostentación de valor y serenidad?... Yo me inclino a esto último porque estoy persuadido de que todo era calculado en él y que hasta en sus menores actos se proponía algún fin. Bien veo que el método adoptado no era el más digno del objeto que tenía en vista —dado que fuese fundada mi segunda suposición—, pero también es cierto que cada cual tiene su modo de hacer las cosas y que por distintos caminos se puede llegar a un mismo fin.

*César Díaz<sup>[10]</sup>*

Rosas fue a refugiarse en la casa del ministro inglés Mr. Gore con su hija Manuela. Antes, y en camino a la ciudad desde el campo de batalla, escribió su renuncia dirigida a la Legislatura, que dice así: «Señores Representantes: es llegado el caso de devolveros la investidura de gobernador de la provincia y la suma del poder público con que os dignásteis honrarme. Creo haber llenado mi deber como todos los señores Representantes, nuestros conciudadanos, los verdaderos federales y mis compañeros de armas. Si más no hemos hecho en el sostén sagrado de nuestra independencia, de nuestra integridad y nuestro honor, es porque más no hemos podido. Permitidme HH. RR. que al despedirme de vosotros os reitere el profundo agradecimiento con que os abrazo tiernamente; y ruego a Dios por la

gloria de V. H., de todos y cada uno de vosotros. Herido en la mano derecha y en el campo, perdonad que os escriba con lápiz esta nota y de una letra trabajosa. Dios guarde a V. H.».

La llegada de Rosas con su hija a casa del ministro inglés, la ha narrado también César Díaz, con arreglo a los datos que —según él— le suministró personalmente Mr. Gore.

#### EN CASA DE MR. GORE

Mr. Gore, encargado de negocios de Inglaterra en Buenos Aires, me ha contado después que entrando en su casa el día 3 de febrero como a las cuatro de la tarde, encontró en ella a Rosas que acababa de llegar del campo de batalla.

Ausente Mr. Gore, su sirviente se negaba a recibirle; pero, habiéndole dicho Rosas que era el gobernador, puso a su disposición las habitaciones de aquél. Mr. Gore lo encontró acostado en su propia cama. Al verle entrar, después del saludo de costumbre, Rosas le dijo:

—Tengo que pedir a usted un favor, y es que salve a mi caballo, que acabo de dejarlo en la barraca de... y que se encargue de cuidarlo y conservarlo en memoria mía.

Mr. Gore dio inmediatamente sus órdenes para que el deseo de Rosas quedase satisfecho. En seguida, éste añadió:

—Yo me he tomado la libertad de venir a asilarme en casa de usted y espero que usted me permitirá permanecer en ella siete u ocho días, que es el tiempo que necesito para arreglar mis negocios.

Mr. Gore, sumamente sorprendido de esta inopinada cuanto extraña pretensión, le respondió que en cualquier otra circunstancia, él no tendría inconveniente en que quedara en su casa todo el tiempo que fuese de su agrado, pero que, actualmente, tenía el deber de prevenirle que no lo consideraba en seguridad bajo su techo...

—El pueblo —continuó— en estos momentos de efervescencia y trastorno, lo buscará a usted en todas partes y no habrá lugar sagrado para él.

—No tema usted nada —replicó Rosas —, yo conozco perfectamente a mis paisanos y sé que no han de venir. Son alborotadores pero no pasan de ahí...

Mr. Gore, insistió, sin embargo, en que era preciso que se embarcara y al fin se decidió a hacerlo. A las doce de la noche de aquel mismo día salieron a embarcarse; él y su hija Manuelita, que se le había reunido, ambos disfrazados y acompañados de Mr. Gore. Pasaron por delante de tres guardias sin haber sido en ninguna de ellas detenidos y llegaron sin obstáculo hasta el puerto y de allí al vapor de guerra Locent [sic], que los recibió a su bordo.

*César Díaz<sup>[11]</sup>*

El 20 de febrero, aniversario de la batalla de Ituzaingó —y esto debió evitarse —, el ejército aliado hizo su entrada triunfal en Buenos Aires.

## CAPITULO VII

### EL PAÍS DESMEMBRADO Y LA EXPECTATIVA DE UN PROSCRIPTO

El ex dictador, que se había embarcado con su hija y algunos allegados en el buque *Centaur* de S. M. B., pasó con ellos a la nave de guerra inglesa *Conflict* con destino a Southampton. El ministro Gore le dijo al despedirse: «Felicito a Vuestra Excelencia por no haber querido admitir otro pabellón y preferido las islas británicas para vivir. Procure Vuestra Excelencia conocer y aconsejarse de lord Palmerston».<sup>[1]</sup>

El viaje fue azaroso porque reventó una caldera del vapor causando la muerte de dos marineros y larga retardación en la travesía. El capitán de la nave, con buen acuerdo, no abordó en Río de Janeiro pero se detuvo en la rada de Bahía, donde no permitió a los viajeros bajar a tierra. Un sastre de la ciudad subió a la nave y proveyó a don Juan Manuel de la ropa necesaria para el desembarco en su punto de destino.<sup>[2]</sup> El 23 de abril, llegó el *Conflict* a Plymouth, donde las autoridades militares saludaron a Rosas con una salva de cañón, lo que provocó una interpelación en el Parlamento. Los desterrados estuvieron por algunos días en un hotel de la ciudad, hasta que, resueltos a instalarse en Southampton, se marcharon con ese destino en el mes de mayo. Algunos familiares de Rosas, que salieron tras él desde Buenos Aires, adelantáronse a su llegada por el retardo del *Conflict* y le esperaban en Inglaterra. Entre ellos se contaba Máximo Terrero, novio de Manuela Rosas desde largo tiempo atrás. Manuela tenía treinta y seis años y no se había casado porque don Juan Manuel, sin razón alguna (como no fuera su egoísmo), no lo consentía. Pero esta vez, y a favor de la adversidad que cayó sobre todos, Terrero y Manuela se casaron en la iglesia católica de Southampton el 23 de octubre de 1852. Parece que la desposada fue a vivir en una casita de campo en los alrededores de la ciudad con su marido. Don Juan Manuel, que no asistió al casamiento ni quiso vivir con su hija, permaneció casi un año en el hotel hasta que alquiló su casa de Rockstone House.

¿Qué había pasado entretanto, en Buenos Aires?... Urquiza, después de Caseros, nombró gobernador provisorio a don Vicente López y Planes, federal y viejo rosista, juez durante la dictadura y autor de versos al Restaurador y a su hija, muy aplaudidos en su época. Pues don Vicente López dispuso, en seguida, instigado por su ministro Valentín Alsina (unitario del tiempo de Rivadavia)

confiscar los bienes de su amigo el Restaurador, con gran disgusto de Urquiza.

Y no es de extrañar que viera este último con malos ojos la confiscación de los bienes de Rosas. Pero hubo de someterse al espíritu vindicativo de quienes muy pronto iban a expulsarlo de Buenos Aires. La confiscación de los bienes de Rosas fue decretada pocos días después de Caseros y la noticia llegó a Inglaterra por Máximo Terrero. Uno de los primeros visitantes de Rosas en Southampton, fue Lucio V. Mansilla, su sobrino, que partió para Europa con su padre el general, y vio al dictador en el círculo de familia de aquella ciudad inglesa. Según Mansilla, Rosas estuvo bromista con él y comentó aquellos siete platos de arroz con leche con que su sobrino hizo penitencia en Palermo, una noche de diciembre de 1851.

### TÍO Y SOBRINO EN SOUTHAMPTON (1852)

Viniendo de Lisboa a Francia, mi buen viejo quiso visitar a Manuelita y nos fuimos a Southampton.

Allí estaban alojados en la misma casa, una modesta quintita de los alrededores, Rosas, Manuelita, Juan Rosas, mi primo, Mercedes Fuentes, su mujer, Juan Manuel, mi sobrino, Máximo Terrero y un negrito al cual ya mi tío le decía por ironía, *Mister...*

Por supuesto que si el cambio de hemisferio y de situación era como una transición entre el día y la noche, otra cosa eran los sentimientos y las manías. Mi tío conservaba su chaleco colorado y Manuelita su moño... Mi padre, que era muy amigo de Manuelita, que la quería en extremo, como la quiero yo, por sus virtudes, le observó que aquel parche colorado no estaba bien... Pero ella, cuyo amor filial no tenía límites, contestóle que no se lo sacaría hasta que no se lo mandaran.

Un día almorzábamos todos juntos: mi tío era sobrio, concluyó primero que los demás y se levantó, yéndose. Manuelita, ganosa de echar un párrafo con mi padre, me dijo: «Acabá ligero, hijito, y andá, entretenelo a tatita...».

Yo me apuré, concluí, salí y me fui en busca de mi tío, que estaba sentado en el sofá de una salita, con vista al jardín, y me arrellané en una poltrona. Mi tío y yo permanecemos un instante en silencio. Yo lo miraba de rabo de ojo. Creía que él no me veía. ¡Me había estado viendo!... Confusamente, porque yo no tenía entonces sino como intuiciones de reflexión, los pensamientos que me dominaban en aquel momento, al contemplar el coloso derribado, podrían sintetizarse exclamando ahora: *sic transit gloria mundi...* (Así transa don Raimundo... como decía el otro).

De repente miróme mi tío y me dijo:

—¿En qué piensa, sobrino?

—En nada, señor...

—No, no es cierto, estaba pensando en algo.

—No, señor; ¡si no pensaba en nada!...

—Bueno, si no pensaba en nada, cuando le hablé, ahora está pensando, ya.

—¡Si no pensaba en nada, mi tío!...

—Si adivino... ¿me va a decir la verdad?...

Me fascinaba esa mirada, que leía en el fondo de mi conciencia, y, maquinalmente, porque habría querido seguir negando, contesté: «Sí».

—Bueno —repuso él —, ¿a que estaba pensando en aquellos platitos de arroz con leche, que le hice comer en Palermo, pocos días antes de que el «loco» (el loco era Urquiza) llegara a Buenos Aires?...

Y no me dio tiempo para contestarle, porque prosiguió:

—A que, cuando llegó a su casa, a deshoras, su padre (e hizo con el pulgar y la mano cerrada una indicación hacia el comedor) le dijo a Agustinita: ¿No te digo que tu hermano está loco?...

No pude negar, queriendo; estaba bajo la influencia del magnetismo de la verdad, y contesté sonriéndome:

—Es cierto.

Mi tío se echó a reír burlescamente. Aquella visión clara, aquel conocimiento perfecto de las personas y de las cosas, es una de las impresiones más trascendentales de mi vida; y debo confesarlo aquí, no teniendo estas páginas más que un objeto: iluminar con un rayo de luz más, la figura de un hombre tan amado como execrado; sin esa impresión yo no habría conocido, como creo conocerla, la misteriosa y extraña personalidad de Rosas.

Urquiza decide convocar a un congreso para dar al país la constitución que ha prometido. Pero los unitarios de Buenos Aires le preguntan:

—¿Y cómo ha de preparar Vuestra Excelencia ese congreso?...

—Voy a reunir a los gobernadores en San Nicolás.

—Pero esos gobernadores —le replican— son los gobernadores del tirano que hemos derrocado... Han sido sus seides y los cómplices de sus crueldades...

—Y... ¿qué ha de hacerse?... —dice Urquiza.

—¡Acabar primero con ellos!... —le contestan.<sup>[4]</sup>

Urquiza, que ha sido hasta poco tiempo atrás camarada de los gobernadores rosistas, entre los que tiene algunos compadres, advierte la encrucijada que se le presenta: con esos gobernadores podrá desarrollar una política, tener el concurso que necesita para dar el estatuto constitucional que ha prometido y ser presidente de la nueva Confederación. Sin ellos, los hombres de Buenos Aires habrán de confinarlo a su provincia y quién sabe si allí mismo no logran arrancarle el poder... Y reúne a los gobernadores en San Nicolás. Firman el acuerdo que asegura la reunión del congreso y él sale nombrado *Director provisorio de la Confederación y encargado de sus relaciones exteriores* (31 de mayo de 1852). Pero en la Legislatura de Buenos Aires desautorizan al gobernador Vicente López, por haber firmado tal acuerdo y dan por sentado, poniendo a contribución toda la ciencia jurídica, que el Acuerdo de San Nicolás es la más grande herejía constitucional conocida y que todo cuanto se construya sobre él será de insanable nulidad.

Y el vencedor de Rosas, que ha creído proceder por lo fino, se encrespa esta vez, disuelve la Legislatura por la fuerza y acaba por nombrarse a sí mismo gobernador. La medida de Urquiza era, por lo menos, violenta, y no estaba muy en consonancia con los principios que había proclamado... El 7 de agosto, teniendo en cuenta «que la confiscación política es considerada contraria a los principios de justicia, a las leyes sancionadas por la provincia y a las que han sido adoptadas por todas las naciones civilizadas», decretó: «Todos los bienes pertenecientes al ex

gobernador de la provincia de Buenos Aires general Juan Manuel de Rosas, serán entregados, en el estado en que hoy se encuentran, a su apoderado don Juan N. Terrero».

Como el congreso a que se ha convocado con arreglo a lo dispuesto en San Nicolás, ya está próximo a reunirse en Santa Fe, emprende viaje para esta última ciudad y deja en Buenos Aires a su lugarteniente Galán, con escasas fuerzas porque brasileños y uruguayos se han restituido a sus países. A poco de retirado Urquiza, estalla una revolución, la del 11 de septiembre y el lugarteniente Galán tiene que huir para buscar amparo cerca de su jefe. Queda así vencido el vencedor de Caseros y expulsado para siempre de Buenos Aires, a la que había librado de don Juan Manuel... La Legislatura porteña, renegando de Urquiza y del congreso de Santa Fe, expidió su proclama que se iniciaba con estas palabras: «La provincia de Buenos Aires se presenta ante el mundo y sus hermanas en la actitud guerrera y decidida que asumió el 25 de mayo de 1810»...<sup>[5]</sup> El general José María Paz salió con tropas hacia el interior para disolver el congreso, como en 1829 después del fusilamiento de Dorrego, pero se vio detenido esta vez en el Arroyo del medio y pudo advertir que nadie creía en el nuevo 25 de mayo. Con este fracaso y otros semejantes, el gobierno local decidió convertir a la provincia de Buenos Aires en Estado libre e independiente... Pero no habían contado con la campaña de la provincia. De ahí que, a fines de 1852, el coronel Hilario Lagos levantara fácilmente la campaña y pusiera riguroso sitio a la ciudad de Buenos Aires, en solidaridad con la política nacional de Urquiza y con el congreso constituyente de Santa Fe, Urquiza viene con fuerzas desde aquella provincia para fortalecer el sitio y establecer el bloqueo con una escuadra mandada por el extranjero John Halted Cohe. Todo anuncia la caída de la plaza sitiada, pero el gobierno del nuevo Estado hace una emisión de papel moneda y el comercio (que ha sufrido quebrantos) facilita metálico para ofrecerlo al jefe bloqueador. El ministro, general José María Paz (el de La Tablada y Oncativo), previo entendimiento con Cohe, le entrega personalmente la bolsa (26.000 onzas de oro) con que el gobierno y comercio de Buenos Aires han decidido la transacción. El yanqui embolsica sus onzas, se va con sus barcos; las tropas de Lagos se dispersan, Urquiza se vuelve a Santa Fe (antes garantiza a ingleses y franceses la apertura de los ríos) y la República queda partida en dos. En ese clima de violencia no podía ser olvidado don Juan Manuel. Urquiza había ordenado la devolución de sus bienes en agosto, pero en la revolución del 11 de septiembre, los bienes quedaron otra vez sujetos a la confiscación.

A fines de 1852 (noviembre), visitan a Rosas en Southampton, los jóvenes Nicolás y Juan Anchorena, quienes le felicitan por el decreto de Urquiza que deja

sin efecto la confiscación de sus bienes (no tienen todavía noticias de la revolución de septiembre). Rosas está resentido con los Anchorena porque —según lo diró pocos años después— habían sido ingratos para con él. Como resultado de la entrevista, los Anchorena escriben una carta que dice así:

#### LOS HERMANOS ANCHORENA Y DON JUAN MANUEL (1852)

Este hombre siempre el mismo: aquí verá que sigue *con su mónita* este hombre y por lo que he inferido, no he perdido las esperanza de volverá ésa, *que es cuanto se puede ver...*

Este hombre no pierde sus manías de decir que lo hacia todo y que a pesar del modo inconsiderado con que se despidió de ésa a un hombre honrado como él, tendrá el gusto de prestar sus servicios a la patria si fuese llamado otra vez, pues su vida no ha estado sino consagrada al servicio del hombre.

El general Urquiza [según él] no tiene capacidad política, como no la han tenido los salvajes unitarios y aquél no tiene otro remedio que desembargar sus propiedades, pues estaba, el hacerlo, en los intereses de dicho general. Felicitamos a don Juan Manuel de su parte y él contestó que estaba muy agradecido a las atenciones y servicios de usted. En esta última vez ha estado más juicioso que en la otra. No se habló de política; solamente dijo que no sabia si estaba contento con el desembargo de sus propiedades, porque su resolución estaba ya formada de ocuparse de zanjeador o de algún otro trabajo.

El 1.º del presente estuvimos a visitar a don Juan Manuel y encontramos verificadas las nupcias tan esperadas... Ese día estaba don Máximo Terrero, y Manuela nos dio parte de haberse casado, lo que ya hacia algunos días que nosotros sabíamos... Ésta me encargó afectuosos recuerdos para usted... Al mismo tiempo de despedimos, nos dijo [Rosas] que tenia que hablar con nosotros y nos llevó a una pieza aparte... Entre las cosas que nos dijo don Juan Manuel era que la niña no le habla hablado con franqueza, porque le habla prometido que no se había de casar; que el cariño que le tenia a don Máximo Terrero era el de un hermano; y que él habla girado todos sus intereses en ese sentido; y que le había perjudicado mucho, que le había hecho un mal grande y que si él habla hecho el sacrificio de no casarse, habla sido por ella; que él debía hacer doce años que debía haberse casado.

Al tiempo de despedimos, nos dijo que tenia que hablar con nosotros y nos llevó a una pieza aparte. Nos dijo *como quien dice nada* (porque siempre con la misma manía) que todas las cartas que tuviese usted concernientes a él, lo mismo

en poder de la testamentaría las que hubiese de él, las quemase; que él ya había quemado todas las cartas concernientes a usted y que él después le mandarla los apuntes de los animales que han entrado en su tropa de ganado.

Cuando nos íbamos a despedir nos dijo que tenía que decirnos dos o tres palabras en su cuarto. Al efecto, entramos en el cuarto y nos dijo: «Saben ustedes las ocupaciones de mis últimos meses de gobierno, así que no pude mandarle a don Nicolás la relación de los animales que entraban en las tropas de ganado; pero díganle que ahora se las he de mandar —continúo—: Saben ustedes que cuando yo era joven, solamente había estado en el campo y no me fijaba en los términos en que iban las cartas...».

Todas estas cartas [sigue Anchorena] de la campaña del desierto y otros papeles posteriores, están entre los papeles de mi tío Tomás, y suplica a usted sean quemados, como también algunos pocos que usted pueda tener; pues él dice que ha quemado todos los papeles que existían de usted y de mi tío Tomás. En fin, esa correspondencia de mi tío Tomás con don Juan Manuel, quiere éste que desaparezca para borrar de este modo los hombres dignos que ha tenido nuestro país; para decir, después, que el país no ha tenido más hombre que él, y si ha sido sanguinario alguna vez, es porque así lo han aconsejado o impelido a obrar así.

*Nicolás y Juan Anchorena*<sup>[6]</sup>

Poco después de esta entrevista, que debió de ser en el hotel Windsor de Southampton (o en la casa de campo a que hace referencia Mansilla), Rosas alquiló casa en la ciudad (1853) donde estuvo instalado hasta 1864. Era conocida la casa con el nombre de *Rockstone House* y estaba en *The Crescent*, algún barrio o paraje de la ciudad. Según el general Fotheringham era una «gran mansión de aspecto serio, silencioso y triste». Allí fue a visitarlo el célebre poeta español (nacido en Buenos Aires) Ventura de la Vega, cuya madre había tenido vinculación con la familia de don Juan Manuel. La visita fue referida en una carta de De la Vega a su mujer, que figura en las *Cartas íntimas* del escritor, publicadas hace ya muchos años.<sup>[7]</sup>

#### ROCKSTONE HOUSE (1853)

*Londres, jueves 21 de julio [de 1853],* El día que llegue ésta a Madrid, será, según mi cálculo, el mismo en que llegues tú a Bilbao; pero hasta que de allí me

escribas, Manuela mía, seguiré enviando mis cartas a casa.

Si hoy han recibido en París carta tuya la guardarán allí, porque yo escribí ayer que lo hicieran así, en atención a que mañana me marchó, y ya no llegaría a mis manos: ésta es, pues, la última que te escribo desde Londres, del cual me despido hoy... sabe Dios hasta cuándo; hasta que venga contigo. No te rías, que eso tiene que suceder. Ahora voy a contarte lo que hice ayer.

Has de saber que a las once de la mañana, después de haber almorzado, me dirigí a la estación del camino de hierro, y tomé billete de ida y vuelta para Southampton, puerto de mar que está a veintiocho leguas de Londres. A las once salí de aquí y a la una y cuarto estaba en Southampton; me bajé del coche y me encaminé, por señas que me habían dado, a la casa que habita allí el general Rosas. Me recibió una criada inglesa, la cual pasó recado de que un sujeto de Buenos Aires deseaba ver al general: salió un negrito y me dijo que su amo estaba en cama y no podía recibir. Entonces le dije que pasase recado a doña Manuelita, y volvió a salir conduciéndome a una sala donde me dijo que aguardase.

La sala estaba elegantemente adornada: sobre la chimenea habla un retrato de miniatura y del tamaño del que yo tengo en mi despacho; sobre un velador que estaba en medio vi varias cajas, las que fui abriendo, y una era el retrato de Manuelita y otra el de su marido, pues no sé si sabes que en Inglaterra se ha casado con un antiguo novio que tenía en Buenos Aires, llamado Máximo Terrero, joven de quien hacían muchos elogios. A un lado había un piano abierto, y un papel de música que reparé era la *Canción del Pirata*, de Espronceda, puesta en música creo que por Salas. A poco rato de esperar sentí pasos, se abrió la puerta, y se presentó una señora que, por el retrato que habla visto, conocí era Manuelita. Venía vestida de mañana, con una bata o peinador blanco y una cinta bordada de encarnado al cuello. Yo la saludé y ella se quedó parada mirándome como si quisiera reconocirme.

—¿Es usted de Buenos Aires?

—Sí, señora —le contesté—, soy Ventura de la Vega.

No puedes figurarte la impresión que le hizo; se acercó a mi y me dio la mano, diciéndome:

—¡Dios mío, cómo se parece usted en la cara a su madre! ¿Y qué sorpresa tan agradable es ésta que usted nos da? ¿Cómo se halla usted aquí?

Yo le dije que hacía este viaje a Southampton tan sólo por verlos, porque no me hubiera perdonado, estando a dos horas de distancia de ellos, haber dejado de ir a conocerlos y darles las gracias por las distinciones que les ha merecido mi madre.

—Tampoco yo le hubiera perdonado a usted —me dijo— el que nos hubiera privado de conocer a un argentino que hace tanto honor a su patria, etcétera, etcétera.

Y ya te puedes figurar lo que añadiría en elogios. Llamó a su marido y me lo presentó: es un joven alto, delgado, moreno, con gran patilla, bigote y perilla negros como el azabache, muy simpático y de mucho talento. Ella es alta, muy alta, morena, pelo negro, ojos pardos muy expresivos, boca y nariz pequeñas; se da un aire en la cara de Teodora Lamadrid,<sup>[8]</sup> y se le parece también en el metal de la voz. No es gruesa pero tampoco puede decirse que es muy delgada; tiene un bonito cuerpo, y un aire de lo más distinguido y elegante que se pueda ver. Su conversación es franca, pero muy fina y con golpes de talento que dejan parado.

Después de hablar mucho, como puedes figurarte, de Buenos Aires, y de los acontecimientos de aquel país, de mi madre, de mi hermano, etcétera, fue al cuarto de su padre, y vino a decirme que en cuanto había sabido que era yo, quería verme, y que le perdonase que me recibiera en la cama. Me levanté para ir allá; pero antes de salir de la sala, se acercó Manuelita a una bandeja con vino generoso y bizcochos que había hecho traer, y llenando tres copas, nos dio una a cada uno, y me dijo:

—Antes de bajar, vamos a brindar por la salud de su mamá de usted.

Me enterneció aquel recuerdo porque aunque algunas veces me hago

ilusión de que he de volverla a ver... ¡Sabe Dios si será! Bajamos por una escalera interior a un cuartito pequeño donde había una mesa con muchos papeles, y a un lado una cama de caoba, en la cual estaba Rosas. Tenía por colcha un poncho americano; él estaba incorporado en mangas de camisa, y tenía puesto un chaleco de pana azul, y abrochado de arriba abajo. Con decirte que es idéntico al retrato, te lo he dicho todo.

—Venga acá —me dijo —, que no sabe cuánto gusto tengo en conocerlo. Y me abrió los brazos y me dio dos abrazos muy apretados, diciéndome: —Ha de saber que tenía pensado ir a Madrid, sólo por verle.

Me senté en una silla a su lado, Manuelita se sentó sobre la cama y empezó de nuevo nuestra conversación de Buenos Aires. Rosas es el carácter más original, más raro, más sorprendente que te puedas imaginar. No sé si para cortar cuando le parece alguna conversación, o para disimular su pensamiento, o para desconcertar al que le habla, te encuentras en que pasa repentinamente del tono más elevado, del discurso más serio, a una chapaldita de lo más vulgar, a la cual siguen otra y otra, entre muchas carcajadas, y de allí a un rato vuelve insensiblemente a entrar en el tono serio y entonces dice, hablando de política, cosas admirables. Decían que sólo tenía talento natural y que era poco culto; no es cierto. Es un hombre instruidísimo y me lo probó con las citas que hacía en su conversación; conoce muy bien nuestra literatura y sabe de memoria muchos versos de los poetas clásicos españoles.

Con él me estuve hasta las seis y media, en que me levanté para marcharme, porque el convoy salía a las siete; él mandó que arrimaran su coche, y en él me fui al camino de hierro, acompañado del marido de Manuelita. Al despedirme de Rosas me dio un abrazo, y cuando ya me marchaba, me llamó y me dijo, dándome otro: «Éste por su madre». Manuelita me acompañó hasta el portal y me ofreció que pronto irían a hacerme una visita a Madrid.

A las siete salí de Southampton, y a las nueve y cuarto estaba en Londres. Es decir, he andado cincuenta y seis leguas en cuatro y media horas. Ahora voy a salir de la embajada a despedirme de Istúriz y a que me visen el pasaporte; a las ocho de la noche iré e1 camino de hierro y mañana a las ocho de la mañana estaré en París. Y a ti, niña mía, ¿qué tal te ha ido en el viaje? ¿Cómo estáis alojados? Cuéntamelo todo; dime si los niños se han aburrido mucho en el camino y si los dos chiquitos han llegado sin novedad. Mucho deseo recibir carta tuya de ese punto, porque una vez pasado el camino ya no tengo cuidado, porque ahí hará una temperatura fresca y sana. Aquí, como te he dicho, no conozco que estemos en mediados de julio; ayer, volviendo de Southampton, hasta tenía frío; y por supuesto sigo con mi chambra de lana, con mi pantalón de pana y con mi manta en la cama. Adiós, Manuela mía; Dios quiera que hayas hecho un viaje feliz, que mi M. se robustezca con los baños, y que P. no tenga novedad. Si, como espero, nos volvemos a ver juntos y buenos, ¡cómo os entretendré contándoos tantas cosas como he visto! Adiós.

*Ventura de la Vega*

En ese mismo año fue a llamar a la puerta de *Rockstone House* el escritor chileno Vicente Pérez Rosales, autor (más tarde) de un delicioso libro titulado *Recuerdos del Pasado*.<sup>[9]</sup> De este libro entresacamos su entrevista con Rosas, que no hemos visto nunca ni transcripta ni citada, y algunas reflexiones que la preceden.

#### FRUTA DE HORCA (1853)

De lo expuesto se desprende; 1° ) que dos partidos que se aborrecían entre sí lucharon por el predominio de sus ideas; 2° ) que Dorrego, gobernador legal de Buenos Aires y jefe del partido federal, fue derrocado del poder por tropas insurrectas mandadas por el general Lavalle, jefe entonces del partido unitario; 3° ) que Dorrego, vencido y hecho prisionero, fue fusilado por Lavalle, sin proceso alguno, y 4° ) que a consecuencia de este bárbaro atentado, quedó de hecho proclamada la ley del Talión.

Ahora bien, se pregunta: dado que fuesen ciertos cuantos horrores se atribuyen a Rosas, lo que dista bastante de la verdad, ¿por qué no han de ser copartícipes de ellos los que, sin ningún antecedente que autorizase al acto de asesinar sin causa previa, los promovieran? Si, como se asegura, Rosas mataba, complaciéndose en el tormento de cuantos enemigos caían en su poder (lo que también es inexacto) ¿qué hubieran hecho los unitarios con Rosas, si éste hubiese caído en sus manos?

Cuando se llega a inhumanos extremos, a los sangrientos horrores de una guerra a muerte, ninguna de las dos fieras que se despedazan entre si tiene derecho para achacar a la otra responsabilidad de la sangre que se derrama, a menos que una de las dos, por actos incalificables, haya obligado a la otra a echar mano de represalias, y en este acto el partido unitario debería enmudecer.

Además, ¿cómo no suspender el juicio, antes de emitir un fallo definitivo, sobre los actos de un hombre a quien no se le ha oído aún; actos que, para atribuírselos a Rosas han sido rebuscados en el corazón de los tigres, y que representados en pinturas, se ve en ellos a un hombre estrujando con sus propias manos en una copa, la sangre de un corazón humano, para bebérsela en seguida?... La misma exageración o enormidad impone a la prudencia el deber de detener su fallo antes de estar mejor informado. Lo que hay de cierto y muy averiguado, entre otras muchas cosas que omito, es qué Rosas supo muy mal escoger sus amigos; pues, aquéllos a quien este hombre extraordinario dispensó

más cariño y más confianza fueron después sus más encarnizados detractores, y los ejemplos los hemos tenido en Chile; pues, cuando publicaban la fama y la prensa con descaro que las hijas del general Lavalle, atadas en un poste, con los párpados cortados por orden de Rosas, sufrían con los rayos del sol sobre sus indefensas retinas, los tormentos que la más bárbara y extraviada mente pudo inventar, esas hermosas víctimas del tirano, bailaban recocijándose en las tertulias del alegre Santiago. Yo, que desde el principio sabía todo esto, y que había disfrutado varias veces en Buenos Aires de la misma seguridad que se disfrutaba en nuestra capital, movido por la curiosidad pregunté a la señora de Mandeville, matrona respetable y respetada de la alta sociedad bonaerense, en cuya casa se me dispensaba la más cordial y franca hospitalidad, si después de la salida de Rosas quedaban aún en la ciudad algunos miembros de su familia, porque deseaba conocerles, y por toda contestación mandó un recado a... parienta inmediata del dictador, diciéndole que la esperaba.

No tardó en llegar a la casa, con los atavíos de la más sencilla elegancia, una de las más hermosas mujeres que he tratado en el curso de mi vida. Juventud, atractivos, franqueza, educación y fino trato, adornaban a ese ser privilegiado, la cual, oyéndome decir que deseaba saludar al señor don Juan Manuel, a mi paso por Southampton, tuvo la bondad de entregarme una tarjeta suya, en cuyo respaldo escribió con lápiz una sola palabra. Tuve después ocasión de ver dos veces en el teatro a esta señora, y la de observar los cordiales saludos que le dirigían los concurrentes desde sus palcos.

Hablando algunos días después en Montevideo con el señor Mandeville comerciante de aquella importante plaza, me indicó la posibilidad de echarnos pronto al bolsillo algunos pesos fuertes, si yo me resolvía a escribir un folleto sobre Rosas, y a mandarle diez mil ejemplares. Aseguraba se venderían en el acto y a muy buen precio, con tal que el escrito contuviese un examen analítico moral del corazón del ex dictador, sus actuales tendencias y el fundamento de sus futuras esperanzas de volver a ejercer el poder en Buenos Aires. «No descuide usted —me decía— los movimientos de su fisonomía; repare usted si los actos de benéfica humanidad le son indiferentes o le entristecen; sígalo usted al teatro cuando se representen dramas horribles o tragedias, y apunte con minucioso esmero el carácter que asume su rostro en los momentos de las catástrofes; exprese, como usted sabe hacerlo, cómo en esos momentos le brillan los ojos de alegría, y cómo las demostraciones de duelo por el crimen consumado sólo le merecen desprecio».

Parecióronme, un si es no es, apasionadas las instrucciones que me daba aquel honrado comerciante del pintoresco Montevideo, y mucho más me lo

parecieron después, cuando mostrándole yo aquellas mentadas «Tablas de Sangre», que los enemigos de Rosas lanzaron como un brulote por toda la América para atestiguar los crímenes que se atribulan a ese mandatario, y cuestionándole sobre ellas, reparé que pasaba como por sobre brasas encendidas al llegar a muchos hechos que, sin dárselo yo a entender, me constaba que eran falsos.

Llegando, después de un viaje feliz, a Southampton, pregunté al dueño de mi posada si sabía dónde vivía Rosas; y con su respuesta afirmativa, si sabía en qué se ocupaba, o qué hacía en aquella ciudad, y me respondió estas textuales palabras: — Esa fruta de horca, sólo se ocupa en hacer mal, y si no mata gente aquí, como mataba en Buenos Aires, es porque en Inglaterra, del asesinato a la horca no hay más que un paso...

Espantado con semejante juicio, quise profundizar algo el cimiento sobre que se apoyaba, y no tardé en descubrir que ni de vista conocía a Rosas, y que si llegaba a saber que existía un Buenos Aires en América, era más por la línea de vapores que entre Southampton y aquella plaza navegaba, que por sus conocimientos geográficos. Los fundamentos de su inconsciente fallo no traían más calificado origen que el que dejaban en su memoria las hablillas más o menos apasionadas de los argentinos que de paso se alojaban, como yo, en su posada.

Se comprende que, cuanto se decía de Rosas debía interesar vivamente mi curiosidad; así fue que en cuanto instalé mis trebejos en mi alojamiento y di una vuelta para recorrer la ciudad, que vi con gusto por segunda vez, me dirigí a casa de Rosas. Vivía éste en el segundo cuarto de una modesta casa de cinco pisos, altura muy común de los edificios de aquel pueblo. Llamé, y habiendo entregado al portero que acudió al llamado, muchacho que por el color de la tez me pareció americano, una tarjeta mía, no tardé en oír la voz entera de un hombre que parecía acostumbrado a mandar, que ordenaba se me franquease la entrada.

Un instante después se adelantó a recibirme el mismo Rosas. Era éste entonces un hombre como de sesenta y dos años de edad, de estatura más que mediana y de robusta complexión. Lucía su rostro sobre una tez blanca y sanguínea, dos hermosos ojos azules, una nariz aguileña, y un par de labios aunque finos, perfectamente diseñados.

Nada encontré en su traje que llamase mi atención; vestía como viste un honrado y modesto inglés de mediana fortuna. Ni vi en él chiripá, ni tampoco el grueso pantalón con vivos lacres, ni mucho menos el chaleco de lana colorado y la divisa que afectaba lucir en Buenos Aires, ya en las revistas o ya en los campos de

batalla, como me aseguraron en América que encontrarla al ex dictador vestido aquí.

Recibíome con afectuosa cortesía, sin olvidar aquella prudente reserva, forzosa compañera del hombre de mundo cuando trata por primera vez a un desconocido; mas ésta duró poco, pues no hizo más que recibir la tarjeta de su parienta y leer lo que en el respaldo de ella iba escrito, cuando levantándose de su asiento, me tendió con efusión los brazos, apellidándome paisano.

Seis días estuve en Southampton, y en esos seis días tuve ocasión, uno de almorzar con él y los cinco restantes acompañarle a tomar mate, bebida sin azúcar, que parecía serle favorita. Noté en mis conversaciones con este hombre excepcional, que se había apoderado de su ánimo cierta manía de creer que era imposible que los argentinos pudiesen vivir en paz bajo otro sistema de gobierno que el absoluto; que él era el hombre indispensable para contener los desbordes de las pasiones tan propias de esos locos a quienes tanto seguía queriendo, sin saber por qué, y que era también imposible que el escaso juicio que aún se complacía en reconocerles, no les obligase a llamarle de un instante a otro. Por cada vapor que llegaba esperaba este llamado, y por cada vapor sufría decepciones su creencia, pero esas decepciones, más le inspiraban lástima que cólera, pues, según él decía, más perdían ellos en no llamarle que él permaneciendo donde estaba.

Hablaba con calor sobre la enormidad de los crímenes que se le atribulan, y recuerdo que, paseándose con exaltación, la víspera del día en que debí proseguir mi viaje, me cogió de la mano y llevándome a una pieza atestada de cajones abiertos y de sacos de legajos y papeles, me dijo:

—¿Ve usted todo esto, paisano? Pues aquí tiene el archivo privado de mi gobierno; aquí puede usted encontrar no sólo documentos que justifican mis actos, sino también muchos de aquellos que acreditan la desleal conducta de mis enemigos, ingratos unos y malos casi todos. Ya vendrá el día en que todos estos documentos vean la luz pública y de ello me ocupo ahora —agregó, señalándome con la mano la multitud de papeles borrajeados que tenía sobre su escritorio...

—Todo lo comprendo, paisano —agregó con despecho—, porque conozco las aspiraciones de los chasqueados; pero lo que no comprendo, lo que nunca he podido comprender, es que los chilenos, sin oírme siquiera, hayan amuchado el número de mis enemigos, cuando el solo examen de la conducta que ha observado en Chile esa tropa de baguales (dispénsese la expresión) que se refugiaron en aquella república, sobraba para conocer la calidad de los testigos que deponían

contra mi.

Preguntado por qué no había promovido en Chile la creación de un diario encargado de rectificar las calumnias de sus detractores, me contestó:

—Porque los primeros pasos que di en este sentido fueron desgraciados... Promoví en la ciudad de Valparaíso la creación de un diario, de cuya redacción se encargó un señor Espejo... (don Juan Nepomuceno recuerdo que era su nombre) pero no surtió efecto esta medida, porque los diarios de ese país estaban todos en poder de argentinos. Hice ir entonces a su tierra a un joven cuya familia me debía servicios y que hasta entonces me había dado a entender que era un ardiente partidario mío, y en cuanto no más se encontró en Chile, influenciado por su padre, me volvió la espalda; y también, señor don Vicente, hablemos claro; no hice más diligencias porque cometí la chabonada de presumir más de lo que debía de la penetración de los chilenos para deducir de las mismas exorbitaciones que se contaban de mí, y de la conducta de mis detractores, la poca fe que sus relatos merecían...

*Vicente Pérez Rosales*

Para este año de 1853, Rosas tenía ya pocas esperanzas de salvar sus bienes y, como después del decreto de Urquiza sobre confiscaciones, sólo había podido vender una estancia por cien mil pesos fuertes y algunos bienes muebles, las circunstancias le aconsejaron moderación en sus gastos. Sin embargo, estos años no fueron de aprieto y mucho menos de penuria.

Entretanto, Urquiza en Santa Fe logra llevar a término la obra de la Constitución que, en el conjunto de aquel espectáculo nada edificante, pone una nota de dignidad y patriotismo. Es deplorable que las primeras palabras del preámbulo constitucional no fueran expresión fiel de la verdad. Porque indudablemente no eran los *representantes del pueblo argentino*, como en términos de derecho público y en todo país civilizado puede entenderse esa expresión, quienes dictaban y sancionaban aquel código, sino los representantes de trece gobernadores rosistas (hasta el Acuerdo de San Nicolás) y urquicistas después o, con más propiedad, eran los representantes del caudillo que en aquellos momentos tenía imperio suficiente sobre aquellos gobernadores.

Urquiza, después de dictada la Constitución, se conformó con ser presidente de una confederación sin Buenos Aires, con capital en Paraná, y firmó un tratado con el *Estado de Buenos Aires*, como si fuera ajeno al país que había jurado la Constitución. Y cargó con la deuda de los cuatrocientos mil patacones (con el seis por ciento de interés) que le había dado el emperador del Brasil para derrocar a Rosas. Tenía un congreso en Paraná, pero en Buenos Aires tenía las rentas de su puerto y Urquiza no estaba en condiciones de organizar, por falta de fondos, el Estado federal que había fundado. Los puertos interiores, aun con la apertura de los ríos (asegurada por Brasil y por los otros países que ansiaban por llegar al Paraguay) de nada le servían. La deuda con el emperador no podía pagarla, ni siquiera sus intereses, y entonces el prestamista ofreció más patacones que fueron aceptados, y la deuda se convirtió en setecientos mil pesos fuertes «con las mismas garantías inherentes al primer empréstito» (!!). Y en seguida, como era de esperarse, vinieron tratados de extradición de esclavos con el Brasil, inexplicables en un país republicano, y en abierta pugna con el espíritu y la letra de su propia y flamante constitución; y tratados de límites... (estos últimos, ¡por ventura!, no fueron ratificados por el congreso de Paraná). Y convenios con Francia, Inglaterra y Cerdeña, por los que el gobierno se obliga a pagar todas las sumas debidas a súbditos esas naciones... «por las reclamaciones que hayan sido presentadas a, o antes del 1° de enero de 1860»... «El gobierno se obliga a pagar el interés de esta deuda a razón de 6% al año a partir del 1.° de octubre de 1858»... Y se consuma la entrega de las aduanas de la Confederación en arriendo al banquero Buchental, que viene del Brasil.<sup>[10]</sup>

Así las cosas, que alguien hubiera cohonestado por la necesidad de defenderse del nuevo Estado de Buenos Aires, las autoridades de este último harán lo imposible por hundir al caudillo de Entre Ríos y a las provincias que le responden. El odio a Urquiza —a quien se pone de par con Rosas— intensifica de rechazo el odio al dictador proscripto, y en 1857 se instaura en Buenos Aires el proceso contra don Juan Manuel, cuya sentencia lo condena *a la pena ordinaria de muerte con calidad de aleve, entendiéndose que la indemnización de los daños y perjuicios se ha de cumplir con otros bienes que posea y que no hayan sido comprendidos en la ley de confiscación.*

Rosas reacciona esta vez y escribe su defensa para hacerla conocer en el extranjero. Y se va de Southampton a Londres para hacerla imprimir. En Londres se encuentra con Juan Bautista Alberdi, diplomático de la Confederación Argentina, presidida por Urquiza.

EN LONDRES (1857)

*Londres, 18 de octubre de 1857.* Anoche conocí a Rosas... Consentí en encontrarme con él en casa de Mr. Dickson, por sus actuales circunstancias. Procesado sin discernimiento ni derecho, quise protestar en cierto modo contra eso, tratándole. Su actitud respetuosa a la nación y a su gobierno nacional, me han hecho menos receloso hacia él. Hablaba en inglés con las damas cuando yo entré. El señor Dickson nos presentó, y me dio la mano con palabras corteses. Poco después me habló aparte, sentándonos en sillas puestas por él ambas. Me encargó de asegurar al general Urquiza la verdad de lo que me decía como a su representante en estas cortes: Que estaba intensamente reconocido por su conducta recta y justa hacia él; que si algo poseía hoy para vivir, y a él se lo debía. Me renovó a mí sus palabras de respeto y sumisión al gobierno nacional.

Al verle le hallé más viejo que lo creía y se lo dije. Me observó que no era para menos, pues tenía sesenta y cuatro años.

Al ver su figura toda, le hallé menos culpable a él que a Buenos Aires por su dominación, porque es la de uno de esos locos y medianos hombres en que abunda Buenos Aires, deliberados, audaces para la acción y poco juiciosos. Buenos Aires es la que pierde de concepto a los ojos del que ve a Rosas de cerca. ¿Cómo ha podido este hombre dominar ese pueblo a tanto extremo?... es lo que uno se repite dentro de sí al conocerle. Habló mucho. Habla inglés, mal, pero sin detenerse, con facilidad. Es jovial y atento en sociedad. Después de la mesa, cuando se alejaron las señoras, habló mucho de política; casi siempre se dirigió a mí, y varias veces vino a mi lado. Me llamaba «señor, ministro» y a veces «paisano»; otras por mi nombre.

Acababa de leer, él, todo lo que trajo el vapor de antes de ayer sobre su proceso. No por eso estaba menos jovial y alegre.

— Me llaman por edictos —decía— pues, ¿estoy loco para ir a entregarme para que me maten?...

Niega a Buenos Aires el derecho de juzgarlo. Repetí, como de memoria, las palabras de su protesta.

Dice que el gobierno, la autoridad soberana o superior, a que en ella alude, es el gobierno de la Nación o Confederación, no el de Buenos Aires. Le oí que Anchorena era el exclusivo autor y partidario del aislamiento de Buenos Aires como ciudad escéptica.

Se quejó a Anchorena: le calificó de ingrato. Recordó que al acercarse

Urquiza a Buenos Aires, Anchorena le dijo a él (a Rosas), que si triunfaba Urquiza, «no le quedaba más medio que agarrarse de los faldones de la casaca de Urquiza y correr su suerte aunque fuese al infierno»; y que en seguida lo abandonó.

Recordó que toda su fortuna la había hecho bajo su influencia.

Habla con moderación y respeto de todos sus adversarios, incluso de Alsina. Recordó que el que ordenó (sic) la ejecución de los de San Nicolás, está legalizado por Maza. El no niega el hecho de esa ejecución: lo califica de hecho político de la guerra civil de esa época.

Habló mucho de caballos, de perros, de sus simpatías por la vida inglesa, de su pobreza actual, de sus economías, de su caballo y de los caballos ingleses. No es ordinario. Está bien en sociedad. Tiene la fácil y suelta expedición de un hombre acostumbrado a ver desde alto el mundo. Y, sin embargo, no es fanfarrón ni arrogante, tal vez por eso mismo, como sucede con los lores de Inglaterra, las más suaves y amables gentes de este país.

Su fisonomía no es mala. Se parece poco a sus retratos. La cabeza es chica y la frente, echada atrás, es bien formada, más bien que alta. Los ojos son chicos. Está cano. No tenía bigotes, ni patillas. No estaba bien vestido; no tenía ropa en Londres. Ha venido por quince días a imprimir y publicar su protesta.

Me dijo que no había sacado plata de Buenos Aires, pero, si, todos sus papeles históricos, en cuya autoridad descansaba. El dice que guarda sus opiniones, sin perjuicio de su respeto por la autoridad de su nación.

Recordó que él no había echado a Rivadavia, ni hubiera rehusado recibirlo. Fue bajo Viamonte, según dijo, el destierro de aquél.

Después de Balcarce, ningún porteño, en Europa, me ha tratado mejor que Rosas, anoche, como a representante de la Confederación Argentina.

*Juan Bautista Alberdi<sup>[11]</sup>*

Las cosas habían llegado a tal punto que, el año de la condena contra don Juan Manuel (y por razones que nada tenían, por cierto, que ver con la condena),

Urquiza empezó a organizarse militarmente para la campaña que habría de culminar con la victoria que obtuvo en los campos de Cepeda contra Mitre (1859). Esta victoria le permitió llegar hasta las puertas de Buenos Aires. Pero le faltó decisión en el momento final y firmó un tratado en que llevaba todas las de perder. Consiguió la renuncia del gobernador Alsina, y creyó haber obtenido con eso cuanto podía desearse en aquellos momentos en bien del país. El Estado de Buenos Aires se declaraba parte integrante de la Confederación, pero no como consecuencia inmediata y natural de la victoria (así debió ser, y así debió decirse por poca perspicacia que hubiera tenido el vencedor), sino *condicionalmente*, previo examen de la constitución de Santa Fe y reservándose tácita y muy hábilmente el derecho a la retractación. Pocos meses después Mitre era ya gobernador de Buenos Aires y el partido antirrosista y antiurquicista que ahora se llamaba *liberal*, lograba, por medio de una convención nacional, la reforma de la constitución del 53, y provocaba revoluciones en algunas provincias del interior, en abierta hostilidad contra el gobierno de la Confederación que, con reservas, había reconocido... Y tantos progresos hizo el partido liberal que, antes de dos años de la batalla de Cepeda, Mitre, gobernador de Buenos Aires, tomaba su desquite contra Urquiza en la batalla de Pavón... Urquiza fue reducido a su provincia; Mitre puso en ejecución lo que había deseado hacer su partido en 1852, es decir, derrocar por la fuerza las situaciones provinciales rosistas o urquicistas que se habían mantenido en el poder (menos la de Entre Ríos...) y realizó su programa con mayor fortuna que sus antecesores.

Y para volver (nosotros) al desterrado de Southampton, diremos que Pavón terminó con la última ilusión de don Juan Manuel en punto a la devolución de sus bienes, que esperaba —y con razón— del general Urquiza.

Poco antes de la campaña de Pavón, el general Mitre recibió de Benjamín Vicuña Mackenna, eminente historiador de Chile, copia de una carta escrita por un peruano, Salustio Cobo, que había entrevistado a Rosas en Southampton en 1857. Mitre se apresuró a publicarla porque, en verdad, Rosas no sale de ella nada favorecido.

#### EN UN HOTEL DE SOUTHAMPTON (1860)

*Sr. Don Benjamín Vicuña Mackenna, París, agosto 14 de 1860. Mi querido amigo: Paseándome por el zaguán del hotel, [en Southampton] hacía mi composición de lugar cuando el portero, llamándome la atención hacia una figura de hombre, que, por su inmovilidad y adhesión a la esquina de enfrente parecía un bajo relieve de la muralla, me dijo: «¡Ése es el general Rosas!...». Los avispados*

muchachos de las escuelas que andaban por allí, gozando de su asueto del domingo, se dirigían también unos a otros la citada frase del portero y agregaban señalando el tren de paseo que teníamos a la puerta: «¡Ésos son sus caballos!».

Estas mismas frases eran repetidas por todos los transeúntes; mi curiosidad no las desperdiciaba, pues servían como para familiarizarme anticipadamente con el objeto que luego iba a tocar. Estaba yo como el niño que, obligado a entrar en un cuarto a oscuras, hace alto a la puerta y se conforta y se anima con oír hablar por las vecindades. Un paso más y me hallo en plenas tinieblas.

Rosas estaba delante de mí...

—No esperaba yo respuesta tan elocuente de parte de Vuestra Excelencia — díjele por saludo.

—No, nada de eso... yo vivo aquí de cualquier modo — contestóme.

El desprendimiento casi nativo de las etiquetas del poder, se veía marcado en el tono con que Rosas profirió esta excusa; la indolencia acomodaticia del *huaso*, en los modales que la acompañaron, la presteza del que quiere despacharse de un asunto trivial, en el movimiento que hizo al quitarse el sombrero.

—¿Qué tal lo pasa, Vuestra Excelencia, con la vida de Inglaterra?

—Bien, paisano. A mí me va bien en todas partes y particularmente con éstos de por acá a quienes conozco mucho. ¡Treinta años en que no he hecho otra cosa que estudiar al hombre! ¡Y me precio de conocerlo!... Así es que ahora estoy escribiendo tres obras, de las que me permitirá que le dé noticia.

—Nada me sería más agradable que enterarme de las meditaciones de Vuestra Excelencia.

Son tres obras y otras que llamo *apuntes varios* sobre la época de mi gobierno, para lo cual tengo tres cuartos llenos de papeles.

—Interesantísimo sería que esos apuntes llegasen a América y yo quisiera que fuesen a poder de los escritores de Chile.

Me acordé en el acto del autor del *Ostracismo de los Carreras* y futuro comentador de las tristezas de O'Higgins.

—A cualquier parte, menos a Chile — respondiéndome—, ¡Dios me libre! ¡Chile! ¡Chile! Me ha dejado abandonado en mi desgracia. Son unos ingratos todos los gobiernos de América, después que yo la he elevado tanto en el concepto de las naciones europeas. Esos gobiernos han permitido que se me confisquen mis bienes, «cuando yo no he confiscado los de nadie». ¡Represalias! —dicen—. Yo lo único que decreté fue embargos temporales para mientras los emigrados se mantenían en estado de rebelión contra el gobierno. ¡Que yo he robado! ¡Falso, paisano! Ahí tengo los documentos de todo lo que se ha gastado en mi tiempo, casi todos ellos han sido otorgados por los mismos que están gritando contra mí en Buenos Aires. Día llegará en que yo les pruebe que me acusan a mí por las sumas que ellos, y sólo ellos, han recibido. Mío propio y no de nadie es lo que me confiscan. Con la amistad que lord Palmerston me dispensa, bien podría yo, haciéndome súbdito inglés, imponer el respeto de mis derechos. No lo hago por consideraciones que creo deber al pabellón y al gobierno de mi patria, como quiera que se titule. Y como iba a decir a usted, tres son las obras que me ocupo en escribir: la una es sobre la «ley pública».

—Sírvese Vuestra Excelencia explicarme que es lo que apellida «ley pública»...

De la explicación llena de discordancias y de digresiones (aun estas mismas incoherentes) que me hizo Rosas, vine a colegir que se propone escribir un libro de «derecho público», a cuya doctrina suscriban documentalmente todas las naciones en precaución de la divergencia de opiniones que complican la expedición de los negocios y que le han quemado las pestañas al laborioso jefe de la cancillería de Palermo.

Distingue la *ley pública* de la *ley individual* (derecho civil) y se propone modificarla principalmente en la parte de derecho testamentario, cuyos principios, a juicio del ex gobernador, debieran ser dictados, antes que por los deberes del estado civil, por la libre espontaneidad de los afectos. Tratando de esta materia y no sé si con la mira de hacer referencia a la *ley pública* o la *ley individual* (porque en una conversación con Rosas es imposible saber de lo que está hablando), agregó, como quien murmura para sí:

—Eso que llaman «derechos del hombre» no engendra sino la tiranía... Ni sé cómo pasó a hablarme —puesto que lo oía sin interrumpirle— de su predominio sobre los labradores ingleses.

Ningún inglés saca tanto del trabajo de los peones como yo de los míos...

¿Por qué? Porque me ven que yo mismo cojo la azada para darles el ejemplo. Y vea estas manos, paisano, tóquelas... (¡Me pareció que iba a ser lastimado por las uñas del tigre!).

—¿Cómo le parece a usted que paso yo todo el día? Así... dispéñeme. Se quitó la levita y quedó en mangas de camisa.

¿Por qué mis tropas andaban tan listas y me eran tan fieles? Tres gritos se daban antes de empezar un ataque.

Buscó en su memoria las frases que ya tenía en la boca a todo abrir...

—Era el primero: «¡Viva la Independencia Americana!»...

Yo tuve que hacer un esfuerzo para no parapetarme detrás de la silla en que me hallaba sentado, cuando vi a Rosas empujarse para remedar el diapasón sostenido de su histórico primer grito: y que penetrarme de toda la realidad del momento para no creer que veía un machete en aquellos brazos echados al aire y casi desnudos. ¡Aquí del mentor de Achiras y de su Telémaco! Quiroga estaba tras ese fantasma, aparecido en un pestañear de mis ojos, dentro del fantasma debían hervir las furias evocadas de la mazorca. ¡Mi reino por un caballo! parecía que dijera Rosas en esa transfiguración obrada por su fantasía. ¡Los devotos de cierta incurable de nuestro hospicio habrían de buena gana llamado al exorcista! (alusión a una pretendida endemoniada). Como expelido el demonio por un cordonazo a traición, Rosas se calmó, se puso la levita, tomó asiento y omitió los otros dos gritos prometidos... Se fue el caudillo gobernante, quedó otra vez el gaucho...

—Mi segunda obra es sobre la religión del hombre. Yo soy católico, en la religión apostólica romana, y no por ninguna otra razón sino porque mis padres lo han sido; y así opino que todas las religiones deben respetarse.

Al llegar a este punto de sus literarios trabajos, Rosas me refirió una anécdota de familia, ordenada a demostrar que es imprudente asustar a un enfermo con la presencia de los sacramentos. Y con tal motivo se lamentó de la inseguridad y mal gobierno de la medicina, pasando a hacer mención de su tercera obra, que versa sobre la ciencia médica. Ya bastaba de divagar y era preciso que me pusiese al corriente de sus actuales circunstancias domésticas...

—¿Y qué es de la vida de la señorita Manuelita?...

—Me ha faltado; me ha dado un pesar; se ha casado.

—Siento entonces haber traído el hecho a la memoria de Vuestra Excelencia. Se servirá excusarme.

—No, nada de eso, estamos en la mejor armonía. «Máximo, le dije yo, dos condiciones pongo: la primera, que no asistiré a los desposorios; la segunda, que Manuelita no seguirá viviendo en mi casa». Y es así que están en Londres, de donde me escriben todas las semanas. No sé qué le dio a Manuelita por irse a casar a los treinta y seis años, después que me había prometido no hacerlo, y hasta ahora lo había estado cumpliendo tan bien, por encima de mil dificultades. ¡Me ha dejado abandonado, sólo mi alma! Y lo peor es que a ella también le han confiscado sus bienes propios. ¡Semejante rigor con una niña que no ha hecho otra cosa que labrarse el aprecio de todos y ser el encanto de los extranjeros! Muy mal estoy con los gabinetes de América. Ahora las potencias europeas están haciendo con ellos lo que les antoja. No era así en mi época. ¡Ah! ¡Ah!...

—Todo podrán decir de mí, pero nunca dirán: a don Juan Manuel de Rosas le faltó energía. ¡Hasta el último la tuve, paisano! Gobernar treinta años...<sup>[12]</sup> ¿quién hace eso?, ¿por qué gritan contra mí? ¿Qué he hecho yo? todo el bien que le he podido hacer a mi patria. ¿Qué hago?... estar resignado en mi desgracia y nada más. Yo no fumo, yo no bebo, yo no almuerzo, no como. Todo lo que tomo es una cenita a las diez de la noche, y para eso me la cocino yo con mis manos. ¿Puede darse mayor retiro y mayor prescindencia de todo? Yo podría disponer que la prensa de Inglaterra y de Francia tomasen mi defensa; no lo quiero, y así se lo he dicho a lord Palmerston. Después de mis días se sabrá todo. He hecho mi testamento. A lord Palmerston lo dejo por albacea y el encargado que guarde mis restos unidos a los de mi esposa en el panteón de Southampton, oponiéndose absolutamente a que los extraiga el gobierno argentino, pues por allá los injuriarían.

Al despedirme, le rogué que me permitiese corresponder a su visita. Me dio su negativa en lo mucho que me preconizó la inviolabilidad de su doméstico retiro y en la eficaz oferta que me hizo de volver repetidas veces a mi hotel, durante los días que yo hubiese de permanecer en Southampton.

No obstante, me creí obligado a ir tras de sus pasos a depositar mi tarjeta en el buzón de su vestíbulo.

Aquí tienes lo que me ha pasado con Rosas.

Tú, mejor que yo mismo, quizá deduzcas de esta entrevista, mirada a la

distancia, un juicio aproximativo sobre Rosas.

Puede que, adonde no alcanza el rumor de las palabras, llegue más claro su sentido.

De mí no sé decir, sino que aquel hombre desapareció de mi vista, con la visión de un sueño, o el reflejo de un celaje.

¡Es tan incomprensible y tan indefinido!... Tú, que tienes las prácticas de las cosas históricas de América, ayúdame desde Lima a conocerlo.

*Salustio Cobo<sup>[13]</sup>*

## CAPITULO VIII

### LA UNIÓN NACIONAL Y EL DESENGAÑO DE UN DESTERRADO

Se ha dicho ya que, desde 1857, año de la condena de Rosas, hasta 1861, el año de Pavón, la suerte de aquél estuvo ligada a las alternativas de la política en el Río de la Plata. Y don Juan Manuel tuvo sobrados motivos para esperar que el destino le fuera favorable, si bien, acaso, confió demasiado en el empuje de su propio vencedor... Y decimos que tenía motivos para ser optimista, porque el general Urquiza hizo reproducir en los diarios de la Confederación la protesta de Rosas (provocada por la condena) y además le escribió que él y sus amigos estaban dispuestos a auxiliarlo «con una suma si no temieran ofender su susceptibilidad». Rosas, a su vez, había pedido a Urquiza que el gobierno nacional hiciera una declaración de nulidad a propósito de su condena por no ser de la competencia de una provincia el resolver sobre su desempeño al frente de la Confederación. Urquiza no debió encontrar el pedido fuera de razón porque respondió que lo había puesto a consideración del vicepresidente en ejercicio. Después le informó que estaba dispuesto a llevar la guerra contra Buenos Aires. «Considerando que usted, en su patriotismo —le decía— gozará en ello, tengo el gusto de participarle que estoy dispuesto a emplear todos los medios de que la Confederación puede ser capaz para dispersar ese círculo perverso que, apoderado del gobierno de la provincia de Buenos Aires, la ha hecho teatro de toda violencia, de todo desorden, de toda persecución y se mantiene como un foco corrompido de perturbaciones para el resto de la República y las vecinas». También le reiteró sus deseos de que fuera *restituido a su rango, a sus goces y a su patria*.<sup>[1]</sup>

Por eso, el acuerdo consecuente a la batalla de Cepeda (1859) y más tarde la derrota de Urquiza en Pavón causaron en Rosas profundo desengaño. En 1857, su hija Manuela y Máximo Terrero se habían ido definitivamente a Londres y él quedaba en mayor soledad, en la «prisión de su pensamiento», como solía repetir en sus cartas. En 1858, prometiéndose, acaso, la noticia del triunfo de Urquiza sobre los hombres que le habían condenado, arrendó muy cerca de Southampton una casa de campo —antigua construcción— y unas cincuenta hectáreas con algunos pocos animales de cuya explotación pensaba sacar provecho suficiente para vivir. Y, sin abandonar su casa de la ciudad, alternaba sus tareas rurales con la vida sosegada de Rockstone House. Desde un principio, Rosas sintió el atractivo de la campiña inglesa y ahora podía tenerse por señor de un pequeño dominio...

El campo le producía auténtica emoción, rara, sin duda, en un temperamento duro y frío como el suyo, nada inclinado a lo sentimental. Pero no se explican de otra manera ciertas expresiones reveladoras de una sensibilidad no muy vulgar. A poco de estar en Southampton, escribió: «Hay en este condado una floresta completamente desierta. Tiene como diez leguas de longitud y como ocho de ancho. Abundan en ella los ciervos, liebres y pájaros y toda clase de caza. Sus campos, arroyos, pastos y árboles, son deliciosos. Allí, en esas inalterables soledades y en ése no interrumpido silencio, encuentro mis únicas distracciones, como que mi vida es completamente privada. Y porque a esta clase de retiro se reducen todas mis aspiraciones, elegí para mi retiro este lugar donde admirablemente se encuentra ese campo público».<sup>[2]</sup>

En su finca sentía revivir Rosas sus lejanos días de estanciero, e iba siempre puesto con sus prendas criollas que nunca quiso abandonar. La casa habitación estaba muy cerca del camino, y como la encontrara bastante derruida, hízola techar con paja y le dio en algo la apariencia de una estanzuela criolla. Con el arriendo y la vida cara de Inglaterra, el dinero se escurría de más en más. Así las cosas, la noticia de Cepeda llevó a su retiro una gran esperanza. Ese mismo año, con el tratado del 11 de noviembre, sufrió Rosas su primera decepción... El mal no podía venir solo y el general O'Brien, guerrero de la independencia, enzarzado después en las querellas políticas del Río de la Plata y enemigo de Rosas (había estado privado de su libertad por el dictador) hizo circular en 1859 una carta pública impresa, dirigida al corregidor de Southampton, con el título de «Un Nerón vivo en Inglaterra», donde con tono de conjuro y exorcismo, se decía: «Que cuando se pasee por las calles, sus honrados gobernadores y generosos y nobles ciudadanos, sus puras, tiernas y compasivas mujeres, huyan de su contacto como huirían de un leproso. Que la quinta de Rockstone, la casa que habita, sea señalada como la guarida de una bestia feroz y se conozca en adelante, no con su presente nombre, sino con el título de la Casa Sangrienta...»<sup>[3]</sup>.

Los años que siguieron y marcaron la decadencia política de Urquiza hasta Pavón, y el advenimiento de Mitre, acabaron con las esperanzas de Juan Manuel. En 1862 hizo su testamento y se mostró como nunca deprimido, negándose a ver a las personas más allegadas y queridas como eran su hija Manuela y su yerno Máximo Terrero. La vejez y la pobreza se le venían ahora muy encima. En los diez años corridos desde su destierro, se había podido mantener en Southampton con cierta dignidad señorial. Tenía caballos y coche, casa en la ciudad y en la campaña. Se le miraba con respeto. Era invitado a paseos y cacerías. En una de las cartas de esta época (1854) dice: «En este mes de octubre, más que en otros del año, voy obligado por caballeros aficionados a las carreras, a la caza del zorro y a otras

diversiones, a no faltarles. Gustan verme correr, de mis bromas sobre el caballo y demás de esas afamadas correrías...». Lord Palmerston, primer ministro inglés, le trataba con aprecio y distinción y —aunque con poca frecuencia— también le visitaba, retribuía sus obsequios y le escribía a su casa de Rockstone House bajo el rótulo de «His Excelency The General Rosas». Ignacio Fotheringham, natural de Southampton, que de joven se embarcó para Buenos Aires con ambiciones de hacerse estanciero y vino a dar en militar y llegó a general de la Nación Argentina con honrosa foja de servicios, nos cuenta en su libro de memorias:

### DOS GRANDES SILLONES ROJOS...

Los señores Juan Nepomuceno Terrero e hijos (la firma social del año 1864) poseían varias estancias con muchas leguas de campo flor. ¡Qué espléndidas fincas! Hoy habrán pasado a manos ajenas, tal vez a dueños extranjeros.

«Los Cerrillos», la antigua guarida de don Juan Manuel, era el establecimiento principal: llena de recuerdos de ese hombre misterioso que, a pesar de tanto historiador, hoy nadie conoce bien y yo menos que nadie. Allá en mi tierra, en mi pueblo [Southampton] lo creíamos un general español desterrado por asuntos de alta política. Un hermoso tipo, de aspecto varonil y enérgico. Vivía en The Crescent, frente a la casa de familia de Lawe, muy amiga nuestra. Una gran mansión de aspecto serio, silencioso y triste. Nada de ruidos. Más tarde me han referido muchas anécdotas a su respecto.

Al venirme, su «Doña Manuelita» me regaló una hermosa frazada, grande, abrigada, con un letrero central en bordado rojo: *Federación o Muerte, Independencia. Rosas. Viva Manuelita*. La conservé por mucho tiempo. Pero, resuelto a decir la verdad, aunque con vergüenza, confieso que la cambié en Paso de la Patria<sup>[4]</sup> por tableta mendocina... Más pudo el hambre que el venerado recuerdo.

Tirano, déspota, sanguinario... No lo niego, pero no lo afirmo. La misma pobreza en que vivía, demostraba, por lo menos, que era hombre honrado. Y un hombre honrado no puede ser un hombre perverso...

Años después, en 1885, me encontré en Southampton con mi mujer y dos hijos mayores, Inés y Roberto, de once y diez años, respectivamente. El primero que me vino a visitar al Hotel Radley, fue Mr. Mount, nuestro antiguo capellán, el viejo sacerdote que me bautizó y me bendijo al venirme agregando: «Que tus ovejas, Ignacio, cubran las montañas del nuevo mundo...». Nunca pudo suponer el final dramático de mi tentativa de estanciero ni que mis ovejas desaparecerían

substituidas por... una espada. Vino pues, y nos invitó a comer. Fuimos. Sobre la chimenea de su modesto comedor había una hermosa talladura de flores en marfil, bajo gran fanal de cristal.

—Qué hermoso —dije.

—Ah, si —contestó—, me la regaló el general Rosas... Y yo:

—Un tirano sanguinario y criminal y...

—Cállese, cállese... —replicó—. No hable usted así del mejor hombre que haya yo conocido: caritativo, bondadoso, lleno de todas las virtudes cristianas.

Pues, ¿en qué quedamos?... Todavía está uno por saber qué es la historia. «Cobarde, tú dormías»... le dice Mármol en su tremenda oda...

Y conozco otro cuento al caso... Todos mis cuentos son fidedignos y garantidos. En plena batalla de Caseros, el éxito era aún dudoso. Rosas, hablando con un jefe principal: «Mire, mire, esa caballería que avanza allá por la izquierda nos va a j...». (¡Perdón por la mala letra!). En ese momento pasa un bizarro soldado de caballería, gorra de manga, lanza, lazo y boleadoras. «Párese amigo...», dice Rosas. Bajóse el centauro. «Traiga las boleadoras. (Las midió con los brazos abiertos). Un poco cortas —dijo—. A caballo y dispare» —le gritó al soldado. De un brinco en la silla y a todo escape... Pero no hubo escape, pues con la habilidad suma sorprendente de que estaba dotado «el primer jinete», el «primer gaucho argentino», revoleando las boleadoras las lanzó con mano certera por encima del cráneo del jinete y boleando el caballo de las manos, lo hizo rodar; pero el paisano, sonriéndose, salió de pie, las riendas empuñadas... «Por lo menos — dijo Rosas— todavía tengo el pulso bueno».

Y a mí me parece que ningún «cobarde» haría tal hazaña.

Afuera de Southampton, en Shirley, tenía Rosas un pequeño *farm* o estancia. Cuatro vacas, algunas ovejas, pocos caballos: *Los Cerrillos* en miniatura, como para recordar, acaso, a la patria. En su salón, allá en la casa de *The Crescent*, tenía dos grandes sillones rojos; él ocupaba uno, el mismo siempre, y a la visita que intentaba sentarse en el otro, la detenía con un...: «Dispense, no se siente en ese sillón, pues espero al general Urquiza...».

En las carreras o cacerías del zorro, en Inglaterra, montaba en soberbios caballos que le prestaba lord Palmerston. Una vez rodó y salió corriendo...

Asombro general. En otra ocasión enlazó un ciervo por las astas. Otra vez asombro. Nunca, jamás, iba a la iglesia, la única iglesia católica que había en Southampton y, sin embargo, el viejo cura lo calificaba de «hombre lo más bueno». Habrá que escribir sin pasión la historia de Rosas.

*Ignacio H. Fotheringham<sup>[5]</sup>*

Pero aquellos años de Southampton, en que llegó a ver Rosas su muy cuantiosa fortuna al alcance de la mano y como un hecho su rehabilitación, habían pasado... Fue acogiéndose poco a poco a su chacra y en 1864 abandonó definitivamente su casa de la ciudad. Los cien mil pesos fuertes que recibió en 1852 se habían consumido, sin otras entradas, en más de diez años. Ahora se trataba de pagar el arriendo de Burgess Farm con el producto de la granja y atender a sus gastos personales. Y eso era de difícil realización. Entonces escribió al general Urquiza: «Continuando privado de mis propiedades por tan largo tiempo, me encuentro ya precisamente obligado a salir de esta casa, dejarlo todo, pagar algo de lo que debo y reducirme a vivir en la miseria. Y en tal estado, si Vuestra Excelencia puede hacer algo en mi favor, es llegado el tiempo en que yo puedo admitir las generosas ofertas<sup>[6]</sup> de Vuestra Excelencia para sacarme o aliviarme en tan amarga y difícil situación... No poco me cuesta molestar a Vuestra Excelencia con pedido de tal naturaleza, pero mi caso, tan claro y notorio, me impone llamar en mi auxilio por asistencia, pues creo que debo, hasta a mi patria, no perdonar medio alguno permitido a un hombre de mi clase para no parecer ante el extranjero en estado de indigencia, quien nada hizo para merecerla. ¿Y a quién primero que a Vuestra Excelencia debo hacer conocer esta triste realidad y desengaño de la gratitud de los pueblos?... ¿A quién primero y ante todo acudir por mi remedio?...». Y Urquiza, con generosidad le contestó: «Grande y buen amigo: conmovido por su deplorable situación, y consecuente a la petición de usted, me es satisfactorio contestarle que, de perfecto acuerdo en todas sus partes con lo que me expone en la precitada que contesto, dispongo que anualmente se le pasen a usted 1000 libras esterlinas mientras me halle en posición de hacerlo así. El primer giro lo haré en todo el próximo abril».

Es verdad que el primer giro llegó muy tarde y los demás no llegaron nunca, pero eso no anula este y otros rasgos de nobleza del vencedor de Caseros. Y eran muchos, aun entre los mismos enemigos políticos, quienes tenían por notoria

injusticia la confiscación de los bienes de Rosas. Mitre y Tejedor, por ejemplo, se habían opuesto a la confiscación en la legislatura de Buenos Aires. Juan Bautista Alberdi escribió a Rosas en 1864: «El ejemplo de moderación y dignidad que usted está dando a nuestra América, despedazada por la anarquía, es para mí una prueba de que le esperan días más felices que los actuales. Yo se los deseo de corazón, mi distinguido señor general». A Manuela Rosas, le dice Alberdi que su padre está dando lecciones a los generales americanos «que la demagogia echa a las playas europeas, llenos de plata y ávidos de placeres». Estima Alberdi que «Rosas lleva una vida digna y se mantiene en una reserva llena de decoro y de honor». Pero esos «días felices» que Alberdi le auguraba no habrían de llegar jamás y el anciano de *Burgess Farm* tuvo que sufrir muchas miserias y humillaciones.

Rosas, trabajando en su chacra (1864) provocaba en su hija Manuela estas expresiones.

#### EN LA CHACRA (1864)

Mi querido Tatita vino a verme en abril último, pero mi Máximo, que es quien lo visita con frecuencia, me asegura que continúa tan fuerte y activo como siempre. Ahora, y después de algún tiempo, sólo se ocupaba de una chacra donde tiene sementeras y algunas vacas lecheras, siendo hoy el producto de esa miseria con su trabajo personal, los únicos medios de subsistencia con que cuenta. ¿Qué le parece a usted la vida, amigo y amigos míos? ¡El general Rosas reducido a vivir del trabajo de sus manos, pasados ya los setenta años de edad, víctima de la expoliación más cruel y de las ofensas incesantes con que lo persiguen sus enemigos y permite su país, por quien todo lo sacrificó! Al fin de doce años, los pocos recursos con que contó, y esos debidos a un acaso providencial, tocaron su término. Por supuesto que si Tatita hubiera necesitado todavía justificación, su corona de gloria está completa. Arrojado de su Patria, sometido sin murmurar a su destino, fiel a sus principios sin faltar un ápice de respetar la autoridad, sea quien sea quien la represente, privado de su legítima fortuna, injuriado sin cesar y entretanto viviendo en la necesidad, es para mí, los suyos, sus fieles amigos y el País, el espectáculo más grande y notable en la historia de los hombres que han figurado a su altura.

*Manuela Rosas de Terrero*<sup>[7]</sup>

En ese mismo año fue a Europa —por Estados Unidos— don Nicolás Calvo, distinguido argentino, director entonces del periódico *La Reforma Pacífica* que se había fundado en Buenos Aires después de Caseros para defender la política federal de Urquiza y para combatir el separatismo porteño. Después de Pavón, el periódico inició su «segunda época» y se publicó en Montevideo. Don Nicolás Calvo envió correspondencias a ese periódico desde Río de Janeiro y desde Nueva York. Se embarcó luego para Inglaterra con destino a Southampton. Antes de llegar a esta ciudad ya tenía decidido visitar a don Juan Manuel, y así lo hizo, según nos informa en la correspondencia fechada el 8 de noviembre de 1864.

#### EL COLOSO CAÍDO (1864)

En el vapor oímos asegurar al capitán Woolward que el general Rosas vivía de su trabajo personal vendiendo leche a mitad del precio general.

Nunca habíamos conocido al señor Rosas ni oído su voz, ni examinado su fisonomía, sino en los retratos, y sentíamos tanta mayor curiosidad de conocer personalmente al hombre que durante veinte años había mandado autocráticamente la República, cuanto que, la más ridícula patraña que se haya podido inventar en política, nos había imputado durante diez años de lucha por la nacionalidad federal argentina, connivencias con el general Rosas, a quien no conocíamos, y tendencias a restaurar su época, toda personal, y que otras veces hemos juzgado con imparcialidad.

Tomamos un carruaje y fuimos a ver al coloso caído. El aspecto de su residencia es pobre. Vimos tres ranchos de paja, un perro negro y un muchacho inglés que nos dijo hallarse el general en el campo y que iba a avisarle.

Se abrió poco después la puerta del frente de uno de los ranchos, techo de paja, y se nos hizo entrar en una pieza amueblada con una mesa de caoba, un sofá y cuatro sillas forradas de percal, presentando todo el aspecto de la mediocridad más marcada, por no decir de la miseria.

Vino el señor Rosas y nos recibió con extrema cortesía, disculpándose por haberse hecho esperar porque estaba trabajando en el campo para alcanzar a pagar el arriendo anual de cinco libras esterlinas por acre que era lo que costaba aquella *farm*. El general Rosas tiene setenta y un años, está fuerte y lozano, dice que duerme bajo un corredor que nos mostró; que está pobre, que salvó muchos papeles pero no dinero porque él aprecia más su honor que todo; que esos papeles están perfectamente organizados; que han de publicarse después de su muerte y

que han de juzgarlo entonces; que tiene mucho escrito sobre diversos ramos de los conocimientos humanos: sobre la ley natural, la ciencia médica y otras; mostrando en todo una tranquila filosofía que realmente llama la atención del que le observa, como nosotros lo hacíamos, con el deseo de conocer al hombre.

Rosas habla de nuestro país con templanza: cree que se le ha hecho injusticia y asegura que la confiscación no ha entrado jamás en sus principios. Habló del presidente Mitre sin encono, pero lo que nos llamó la atención más, fue que hablase del general Urquiza con tan subido elogio, diciendo que le debía muchos agradecimientos *por las ofertas que le había hecho*. Observamos que se había hecho circular la Voz de que Urquiza le había enviado cincuenta mil patacones, y que le pasaba cinco mil pesos anuales, a lo que contestó no haberlos recibido.

El general Urquiza, en su correspondencia con el general Rosas trata a este último de *grande y buen amigo*. El señor Rosas en el curso de la conversación animada que le es peculiar, dijo que él asumía la responsabilidad de todos sus actos, que a nadie tenía que culpar. Que había leído el importante papel que escribíamos (*La Reforma*) y que aun cuando habíamos juzgado su gobierno muy duramente, él respetaba las opiniones ajenas, porque *la opinión no es razón*, y que, el haberle publicado la cláusula del testamento del general San Martín mandándole su espada, que allí tenía, nos conquistó su reconocimiento, pero que, al publicarla, habíamos suprimido la palabra *sabiduría*.

Parece el señor Rosas entregado enteramente a su trabajo de campo, recibe muy pocas visitas porque dice que su posición de fortuna no se lo permite y no paga visitas porque ellas le ocasionarían gastos. A lord Palmerston, lo visita cada año una vez.

Agregó que conservaba su lazo, bolas y demás arreos argentinos de campo sin los cuales no ensillaba nunca; que una magnífica yegua, que nos mostró, la había domado él mismo; que el mate no lo ha podido dejar y que él podría hacer adoptar entre la gente de campo en Inglaterra, la yerba paraguaya en vez de té, porque era más saludable.

Estos detalles puramente personales, sólo tienen interés para los pueblos que durante veinte años han obedecido la voz de este hombre o luchado para derrocar su sistema.

Juzgar a Rosas y a su sistema no es nuestro trabajo del momento. Antes lo hemos hecho: nos limitamos solamente a referir lo que hemos visto en el hombre

que tan gran figura ha hecho en el Río de la Plata.

Debíamos partir para Londres incesantemente [sic]: acortamos la visita.

Southampton, 8 de noviembre de 1864.

*Nicolás Calvo*<sup>[8]</sup>

Y mientras el chacarero de *Burgess Farm* despacha su diaria tarea y sobrelleva su pesada carga, la patria lejana sigue su marcha por caminos arduos y embarazosos.

Mitre, que ha sucedido a Derqui por derecho de la victoria (y porque sus condiciones personales lo hacen acreedor de ese cargo), logra la unión nacional definitiva sin desgarramientos de orden político interno, como Urquiza, ni procedimientos de bárbara opresión, como Rosas. No fue su política de pura conciliación, ni mucho menos, porque las campañas del general Paunero en el interior, después de Pavón, están señaladas por hechos injustificables, y el asesinato del general Peñaloza (desaprobado por Mitre y aplaudido hasta el frenesí por Sarmiento) será siempre un baldón para sus autores y para quienes cantaron loas por ello. Las crueldades de Ambrosio Sandes, el uruguayo, en aquellas campañas, repugnan a cualquier conciencia honrada, como las palabras de Sarmiento: «Si Sandes mata gente cállense la boca...»<sup>[9]</sup>. Pero, con todo, no es ya la ferocidad de veinte años atrás, y la unión se realiza.

La apertura del puerto único, levantados los bloqueos, ha permitido la entrada de capitales y llega el progreso rodeado de una especie de culto, y ya un tanto divorciado de la moral, que se dispone a cumplir transformaciones inesperadas, halagadoras por lo común.

La aduana de Buenos Aires se convierte en aduana nacional con arreglo a lo establecido por la Constitución y Mitre hace lo posible porque el territorio provincial sea federal también, para tener —como Urquiza— una sólida base política de gobierno, pero triunfa el sentimiento autonomista porteño y el presidente no procede como Rivadavia en el año 26, antes bien respeta lo dispuesto por la Legislatura provincial y queda como huésped en la ciudad del puerto único, frente al gobernador, hasta que el tiempo y la cordura de los hombres den una

solución al problema de la capital.

Así las cosas, sobreviene la guerra del Paraguay.

Ya consolidada la presidencia de Mitre, Rosas hizo a un lado toda veleidad de retorno al país y nadie creyó en la devolución de sus bienes. «Sigo pobre, muy verdaderamente pobre, escribía; trabajando en el campo todo cuanto puedo y sin omitir esfuerzo alguno para tener algo que comer, unos pocos ranchos en que vivir y en que tener a mi lado mis numerosos e importantísimos papeles que son mi único consuelo en la adversidad de mis penosas circunstancias». En 1865, Manuela Rosas visita a su padre en su retiro de *Burgess Farm* y en carta a uno de sus amigos registra las impresiones de los días pasados en la chacra.

#### BAJO EL TECHO DE PAJA (1865)

Tus citadas de julio las recibí en casa de Tatita donde estuve acompañándolo tres semanas; así, pues, fueron leídas bajo el pobre techo empajado, único albergue que queda hoy al hombre notable que le habita y a quien los vaivenes de la vida y la injusticia atroz de sus compatriotas, reducen hoy a tener que trabajar sin descanso para obtener su subsistencia. Bien comprenderás cuál habrá sido su contento y el nuestro al vernos reunidos, así fue que, aun a pesar de la estrechez de sus ranchos, todos nos creíamos en un palacio, gozando de los mayores confortes.

¡Pobre Tatita! Con los ojos llenos de lágrimas me dijo varias veces la satisfacción que sentía al verme tan contenta en su pobre morada, y te aseguro, Pepita, que realmente lo he sido, salvo algunos momentos de triste consideración al presenciar la necesidad penosa de trabajar sin descanso a que le ha reducido su infortunio. Sus nietos le distraían de tal modo que, después que le dejamos, dice la sirvienta que no hablaba sino de ellos festejando sus travesuras y sobre todo las ocurrencias de Rodrigo, que es idéntico a él en lo bromista. Por supuesto que los niños no se conforman con la venida de la chacra, como que allí tenían rienda suelta y todo el día cabalgaban sin descanso en un pobre petiso que tiene Tatita, que no dudo se habrá considerado feliz de verse libre de tales amos, pues de veras no le daban alivio al pobre animal. También yo monté a caballo y te aseguro que Tatita gozaba tanto al verme sobre su caballo, que yo creo me en contraba hasta joven y liviana.

*Manuela Rosas de Terrero*<sup>[10]</sup>

Y al año siguiente, 1866, es visitado Rosas en su chacra por el magistrado chileno Ramón Guerrero, que escribió al punto sus impresiones y las envió a un diario de Chile de donde las transcribió al parecer *El Nacionalista* de Corrientes. El artículo fue reproducido por Zinny, en su *Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas*, t. I, pág. 222.

#### DIGA USTED A SUS PAISANOS QUE HA VISTO A ROSAS... (1866)

A la villa de Portwood, situada a tres millas del puerto de Southampton, me dirigí acompañado del cura católico. Después de cruzar un enlodado potrero, llegué a una pequeña casa, o más bien dicho un rancho. Envié con una criada al dueño de ella una tarjeta, en la cual indicaba mi edad, acompañándola con una halagüeña recomendación de mi compañero cura. Mientras se me traía la contestación, me puse a examinar el exterior de la casa; y observé que estaba blanqueada, con un jardín al frente; a la izquierda una puerta de maderos horizontales, y a la derecha había un callejón de carcas por el cual entraban las mulas a un corral.

Luego volvió la criada y nos abrió la puerta de la izquierda, diciéndonos que podíamos entrar. Atravesamos varias piezas, y si en ellas algo llamaba la atención, era la sencillez y la limpieza. Llegamos al dormitorio en donde se veían armarios llenos de libros, papeles repartidos por toda la mesa, varios paquetes y maletas que contenían documentos, según supe después; una ancha cama, tres sillas, una jaula con un loro, una chimenea con un reloj encima y varios otros objetos insignificantes. Yo estaba viendo el título de algunas obras, cuando sentí pasos; al instante entró un hombre, a cuya presencia temblé; era alto, robusto, ágil, muy encorvado (presentando solo setenta y dos años, habiendo nacido el 30 de marzo de 1792), de frente espaciosa, completamente calvo, nariz algo pronunciada, labios algo echados hacia adelante, sin patillas ni bigote y parecía que no se había afeitado en cinco o seis días. Estaba con un poncho de lana argentino, con cinturón de gaucho de las pampas, espuelas de plata con grandes rodela y con zapatos muy ordinarios.

Una vez que entró en la pieza, se quitó el poncho y lo colocó sobre la cama quedando en mangas de camisa, con un chaleco de pieles y un pañuelo que le servía de corbata. Así se verá al hombre, a quien llaman el *Salvaje de las Pampas*, y que él se titula «Su Excelencia el Capitán general don Juan Manuel Ortiz de Rosas». Este hombre extraordinario vive completamente aislado, jamás permite

que se le vea, ni aun su hija doña Manuela Rosas, que sólo puede visitarlo una vez al año; y desconoce el idioma inglés, que no lo ha aprendido en trece años de residencia en Inglaterra.

Si un americano logra turbar su retiro, le comunica (como lo hizo conmigo) sus íntimos sentimientos, se engolfa en sus desgracias, echa en cara a las repúblicas sudamericanas sus ingratitudes, y recordando su dominación sobre el Plata, se le comprime el corazón, las lágrimas se ven rodar por sus mejillas y continúa hablando con voz alterada, como yo mismo lo presencié.

Creo que las primeras palabras que me dijo, imitando a Mario, fueron éstas:

—Diga usted a sus paisanos los sudamericanos que ha visto a Rosas...

Habiendo preguntado por su salud, me contestó sonriendo:

—No la cambio por la de un mozo de veinticinco años, y diga usted al general Blanco que el hombre que se anonada por la edad, ofende la ley divina, que hace igual la vida del anciano y la del joven.

A una pregunta que le hice, dijo: Que de los americanos, el último que había logrado ver, fue un señor Caro (Calvo), y de los chilenos un joven Cobo, cuyo nombre no recordaba. Yo le indiqué a Vicuña Mackenna, y en el acto me contestó: «No, ése es mi enemigo; con quince minutos de conversación no se puede escribir sobre la vida de un hombre, y más cuando ésta encierra ciertas vicisitudes, pero yo le perdono su precipitación. Eyzaguirre solicitó verme y hubieron (hubo) algunos inconvenientes que lo impidieron».

Al hablar de sus ocupaciones diarias, se lamentó de su pobreza y añadió que trabajaba con tesón, levantándose a las siete de la mañana para montar a caballo y recorrer su pequeña hijuela, regresaba a las doce a comer, y a la una volvía a su trabajo hasta las cinco de la tarde, que fue la hora de mi visita. Después de cenar se hace dar friegas en las piernas y luego se pone a escribir con lápez, que tiene una gran cantidad muy bien arreglados y cortados por su criada, a fin de no perder tiempo. Su letra es muy clara y, puede decirse, elegante. A los setenta y dos años de edad no tiene necesidad de anteojos y su vista es superior.

Las obras que ha escrito en trece años son: 1ª *Vindicación del gobierno de don Juan Manuel de Rosas*, obra que, aunque completamente concluida, no la publica por falta de fondos; la 2ª se titula: *Ley Pública*; la 3ª *Religión del hombre*, sobre cuyo tema mantiene una larga correspondencia con un distinguido americano; la 4ª *La*

*Ciencia Médica*, ramo que, me dijo, estaba muy descuidado por los modernos, que sólo se ocupaban en inventar cañones rayados y buques blindados. Aunque puede decirse que las tres últimas obras están ya concluidas, sigue arreglando datos a medida que se le presentan.

A más del americano, antes citado, me dijo Rosas que el único amigo que había tenido ha sido lord Palmerston, por cuyo órgano el gobierno inglés le ofreció una pensión, lo que rechazó por considerarse apto para trabajar; y por indigno mendigar el pan en país extraño. Agregó:

—Este acto siempre le agradeceré, y más teniendo presente el abandono en que me han dejado las repúblicas americanas, estas ingratas por cuya unión trabajé tanto, unión que habría impedido los actos cometidos por España,<sup>[1]</sup> que no es sola en sus empresas, y unión que habría evitado la situación en que se encuentra el Paraguay. Así es, continuó (dándome el título de paisano), cómo se han desatendido mis proyectos, que han sido los de un hombre que delira por la libertad americana. Yo me presentaba delante de mi ejército y, reinando el más profundo silencio, exclamaba: «¡Viva la independencia americana!». Después daba el grito: «¡Viva la República del Plata!».

—Me han distraído... continuó Rosas, dejemos aquellas ingratas repúblicas; volvamos a lord Palmerston, por cuya muerte dirigí una carta de pésame a lady Palmerston. Voy a leer a usted el borrador...

Esta carta me llamó la atención, porque estaba concebida en términos muy religiosos. Principiaba Rosas excusándose por haberla retardado, y luego recordaba a lady Palmerston las sabias leyes de Dios, que disponen, decía, tanto de la vida del anciano, como de la del joven, y esperaba que, reconociendo la igualdad del destino, se habría sentido fortalecida volviendo sus ojos a la eternidad. A lord Palmerston consideraba como al hombre más eminente de los tiempos modernos, así es que, en su carta de pésame, dice: «Las cartas autógrafas que poseo de vuestro marido serán la mayor gloria que legue a mis hijos. ¡Yo, sin fortuna, sin amigos y sin patria, algo habré hecho para merecer la amistad de tan grande hombre! El ha sido la única persona que se ha levantado para contestar a mis calumniadores».

Durante la lectura me dijo: «Todo esto viene al caso»; tomó un paquete de cartas con el rótulo «Lord Palmerston», diciéndome que eran autógrafos del hombre que apreciaba con sinceridad. «El año pasado —prosiguió— me mandó de regalo dos liebres y cuatro faisanes, como usted va a verlo...». Tomó un cencerón, que agitó con fuerza y luego apareció una sirvienta a la que dirigió esta pregunta:

—¿Qué me sed (*said*)<sup>121</sup> year pasado lord Viscount Palmerston...?

La criada, que era avanzada en edad, contestó en inglés:

—Dos liebres y dos pares de faisanes —y al oír dos:

—No —dijo—, fueron cuatro...

Entonces yo le expliqué la palabra par, con lo cual la mandó salir. Llega a tal punto el amor de aquel personaje a las costumbres de su juventud, que desprecia la comodidad de una campanilla, y prefiere usar un instrumento de algunas libras de peso.

Una vez concluida la carta de pésame, no recuerdo con qué motivo sacó su testamento y me leyó la primera cláusula. Dándose el título de capitán general, consigna en la primera que estaba en su sano juicio, que no había sido violentado, y que anulaba sus testamentos anteriores. En la segunda, que nombraba de albacea a lord Viscount Palmerston, y en caso de imposibilidad o muerte, a la persona que desempeñare el ministerio de relaciones exteriores. Se fija en este último a causa de la nacionalidad de sus nietos, que son herederos nacidos en Inglaterra.

En otra de sus cláusulas ordenaba que su cuerpo fuese sepultado en la iglesia católica de Southampton, debiendo ser su tumba modesta y muy bien cercada, y hace responsable al gobierno inglés, si permite que su cuerpo fuese trasladado de allí. (Tal vez recordaba que hay individuos en su patria que han deseado aventar en las Pampas las cenizas de su cráneo). Pide que a su lado se coloquen los restos de su compañera doña Encarnación, y los de su hija, si el gobierno argentino accede a la súplica que para el caso le haga su albacea.

Estando hojeando el testamento, yo divisé una hoja de guarismos, y le pregunté a cuánto ascendían sus bienes... «¡Ah!... —exclamó, cuatro veces ha sido confiscada mi fortuna, la que no se puede tasar. Baste decir a usted, que el gobierno de Buenos Aires tomó trescientas mil cabezas de ganado, para repartirlas en el ejército. Mis nietos, ingleses, como son, puede ser que consigan una cuarta vez desconfisquen mis bienes».

«Dejando de lado el testamento —prosiguió— si, al abandonar la República del Plata, no saqué bienes, traje conmigo estos documentos mil veces más valiosos —y, dirigiéndose a una maleta, la abrió y principió a sacar unos paquetes, de los

muchos que allí había, muy bien acondicionados, y me dijo—: Ayer solamente había concluido de arreglar estos papeles, a fin de mandarlos a Londres a una casa de seguros. No vayan, por casualidad, a quemarse, si permanecen aquí...». Pasóme un paquete, que tenía este rótulo: «Correspondencia del gobierno del Plata con el Santo Padre»; y otro: «Notas cambiadas entre el gobierno de don Juan Manuel de Rosas y el gobierno inglés». Después de colocarlos en su lugar, continuó. «Aquí vivo rodeado de las obras más escogidas», y me invitó a que inspeccionara sus armarios. Entre otras obras, vi la *Ley natural*, de Puffendorff, las *Leyes del Plata*, y en francés *Rosas y las Repúblicas del Plata*, no recuerdo el nombre del autor.

«¡Ah! —continuó, mi paisano; en algo debía tenerme la Inglaterra cuando solicitó de mí, interpusiera mi influencia con los gobiernos de Chile y el Perú, acerca de los bienes de (Santa) Cruz. Yo también siempre he querido a la Inglaterra y creo que es la única nación con quien deben estrechar sus relaciones las repúblicas sudamericanas y tener confianza en ella. Cuando se me arrojó del Plata, los comodores de Inglaterra y Estados Unidos me ofrecieron sus buques, y aunque fueron éstos los primeros en hacerlo, no acepté, ni entré en explicaciones por la premura del tiempo, sino que me embarqué en un buque inglés...».

En ese estado de la conversación, miré mi reloj, y vi que la visita había durado desde las cinco y diez minutos hasta las seis y veinte minutos. Resolví, a mi pesar, despedirme, atendiendo a la crítica situación de mi compañero, que no comprendía una palabra de español. Al ver Rosas nuestro ademán de irnos, nos dijo: «Esperen, que hoy voy a hacerles poner el carro, para que los deje en la estación...» —y, haciendo otra vez uso del cencerro, ordenó a la sirvienta que avisase cuando estuviese listo.

Al despedirme, tomó la vela y nos alumbró la escalera, y aquí me apretó fuertemente la mano.

Así dejé al hombre que más impresión ha hecho en mí; al hombre cuyos hechos pasados le representan como la fiera que más daño ha hecho al mundo de Colón; al hombre que, según muchos conciudadanos, ha eclipsado los crímenes de Nerón, al que ahora, yace como él dice, abandonado de sus amigos, sin patria y sin fortuna, llamando la atención por su caridad, su constancia, y por el sacrificio que se ha impuesto, que algunos atribuyen que lo hace para purgar sus delitos. Aunque sea debilidad, yo no aborrezco el tan temido nombre de Rosas y simpatizo con su desgracia actual.

Yo le rogué que me diera el borrador de la carta de pésame a lady

Palmerston, y consintió en ello; pero al sacar mi cartera para guardarlo, como arrepentido, me dijo: «No, nadie ha obtenido esto de Rosas...». Volví a insistir, y fue inútil mi empeño.

Mi introductor cura, me habló después muy bien de ese personaje, pintándomelo como un hombre muy católico, caritativo y generoso. Para atestigüármelo, me contó que, estando los bancos de la iglesia en muy mal estado, los hizo cambiar, colocando unos muy cómodos, habiendo además construido una galería sumamente valiosa. También me dijo que poseía una hijuela que tendría ochocientas áreas, con una magnífica casa que le llamaban castillo; pero que la había abandonado para habitar el rancho en que yo lo visité, construido por él mismo, con techo de cicuta y paja.

Lo último que vi de Rosas fue lo que él llama carro: era una especie de carretón sin toldo, donde sólo podía ir una persona y el tirador. En él mandaba buscar sus provisiones, y en caso de necesidad lo usa para ir él mismo a la ciudad.

*Ramón Guerrero*

Cuando el chileno publicó su entrevista, Josefa Gómez, amiga de Rosas, le hizo llegar un ejemplar del periódico. Rosas formuló serios reparos al artículo, entre otros que mal podía ignorar el inglés, cuando desde años atrás se comunicaba con sus peones de *Burgess Farm*, y con ese motivo trazó esta especie de autorretrato que le muestra tal como era físicamente en 1866: tiene setenta y tres años.

#### PINTADO POR SI MISMO (1866)

No estoy encorvado. Estoy más derecho, mucho más delgado y más ágil que cuando usted me vio la última vez. No me cambio por el hombre más fuerte para el trabajo y hago aquí, sobre el caballo, lo que no pueden hacer ni aun los mozos. Tiro el lazo y las bolas como cuando hice la campaña a los desiertos del Sur en los años 33 y 34. No estoy completamente calvo, ni aun calvo. Me falta un poco de pelo al frente. Las patillas que uso — del todo blancas— son las mismas, casi, con que vine el 52. Eso de las barbas como de cinco o seis días, es cierto, por economía solamente me afeito cada ocho días. Y por la misma necesidad de economizar lo posible, no fumo, ni tomo vino ni licor de ninguna clase. Ni tomo rapé ni algo de

entretenimiento. Mi comida es la más pobre en todo. Las espuelas que siempre tengo puestas no son muy grandes... Son moderadas y del preciso tamaño para que puedan serme útiles. Nunca uso zapatos. Lo que siempre he usado y uso son botas. No es cierto que me titule *S. E. el Capitán General*... No me nombro de otro modo sino Juan Manuel de Rosas y López. Cierto es que dije que no recibía visitas ni las hacía, por no tener recursos ni tiempo para ello, que el lord Palmerston me visitaba y yo lo visitaba también una vez por año.

*Juan Manuel de Rosas*

## CAPITULO IX

### ÚLTIMOS AÑOS

Antes de terminada la guerra del Paraguay, en la que el presidente Mitre actuaba como general en jefe de los ejércitos aliados, se presentó para el país el problema de la sucesión presidencial, y el mandatario argentino, surgido del primer partido liberal, ahora *nacionalista* (por oposición al *autonomista* de Alsina) viose casi imposibilitado para sostener a don Rufino de Elizalde, su candidato, frente a las candidaturas de Adolfo Alsina, gobernador de Buenos Aires (autonomista), y Urquiza, que representaba al viejo partido federal. De donde resultó que el autor de la unión definitiva de la República fue el único presidente argentino, hasta más de cincuenta años después, que no se dio su propio sucesor. La suerte favoreció, por simples convenios entre gobernadores, a don Domingo F. Sarmiento, entonces ministro argentino en Estados Unidos.

La Constitución de 1853, con las reformas de 1860, daba sus frutos, porque a trueque de proclamar buen número de libertades, no se había cuidado de asegurar en alguna forma la básica y principal libertad política, aquella libertad que daba sentido al artículo primero de la misma Constitución, el que declara la forma de gobierno *representativa*. Y no hubo *gobierno representativo* porque, tanto el congreso nacional como las legislaturas provinciales se encargaron de dictar leyes electorales deficientes o dolosas y ordenadas a impedir al pueblo toda participación en la elección de quienes se decían *sus representantes*. El poder iría pasando así de una mano a otra, de una determinada familia a otra, mediante parodias de elecciones, lo que importaba el solo riesgo de provocar alguna rebelión popular, consecuencia de aquel desaprensivo sistema. Pero, como el progreso había hecho su aparición de la mano del capital, y éste traía en su cartera los empréstitos, ambos iban a proporcionar a los nuevos gobiernos nacionales y provinciales la panacea contra toda rebeldía, cuyo castigo, por otra parte, estaba bien previsto en la Constitución. El capital fue haciendo paulatinamente cada vez más fuertes a los gobiernos; y los gobernantes, a la vez, lo favorecieron como agente civilizador, lo que se resolvió, por virtud de aquel maridaje, en una anulación completa del sistema representativo. Y así, aquel pueblo, que desde la independencia había estado presente para bien o para mal en la paz y en la guerra, casi siempre lanza en mano, fue quedando inerme y puesto de lado en toda actividad política y social dentro del nuevo orden de cosas que se definía con la Constitución. A la democracia caótica, se sustituía un liberalismo claudicante, desenfrenadamente capitalista y

antidemocrático. A la formación cívica (dentro de la libertad política y de la ley) — nunca más oportuna y necesaria que entonces— prefirióse la exclusión sistemática del ciudadano, la desestimación de todo concurso popular en el gobierno y el llamado inmediato, apremiante y sin condiciones, al capital (al capital que no venía de tierra adentro) como único y exclusivo factor de progreso político. El país pagaría largamente las consecuencias.

La nueva fórmula gubernativa Sarmiento-Alsina significó la derrota del nacionalismo mitrista, que representaba una fundada esperanza de afianzamiento de la moral política y de respecto a las normas constitucionales, vale decir, de una leal solución democrática dentro de los preceptos liberales proclamados y no cumplidos. Mitre pasó a la oposición y los federales de Urquiza, con él a la cabeza, se plegaron al candidato *victorioso*... Bajo la presidencia de Sarmiento terminó la guerra del Paraguay.

Antes de dos años de presidencia, Sarmiento, cediendo a invitaciones reiteradas de Urquiza, otra vez gobernador de Entre Ríos, decidió hacerle una visita oficial en su estancia de San José. Hubo desfiles, bailes, banquetes, discursos, brindis y noches de verbena. El visitante tuvo frases muy halagadoras y laudatorias para Urquiza. Cantó loas a su anfitrión... «¡Ahora sí que me creo presidente de la República!», exclamó en un raptó de entusiasmo. Pero, a lo que parece, los entrerrianos en su gran mayoría quedaron descontentos. Se veían ahora *a pie*, excluidos irremisiblemente de la vida pública y atados al pomposo carro nacional de la nueva política... El viejo caudillo se había puesto definitivamente de frac... Poco después de ausentarse el presidente, estalló la revolución en distintos lugares de la provincia y, aunque no está probado que entrara en el plan revolucionario la muerte de Urquiza, asaltada su estancia, fue víctima de un asesinato feroz en medio de su familia. Sarmiento, hilando muy delgado, había sostenido diez años antes (1860), cuando el asesinato del gobernador Virasoro en San Juan, idéntico al de Urquiza (consumado en su casa y entre los suyos por elementos del partido liberal) que, elegido por la Legislatura nuevo gobernador, el poder federal nada tenía que hacer en la provincia, entidad autónoma que para eso tenía sus leyes y su poder judicial. Lo mismo dijo el general López Jordán, jefe de la revolución de Entre Ríos, una vez elegido gobernador por la Legislatura, pero ahora Sarmiento, presidente de la República había cambiado de opinión... A María Man, educadora norteamericana, escribió: «Urquiza era, de treinta años atrás, el tirano de aquella provincia [Entre Ríos]. Tenía millones, familia, y setenta años. Lo encontré gobernador y yo no podía hostilizarlo. El, por su parte, quería hacer olvidar sus malos antecedentes. Sus criaturas y generales querían sucederle, y, como a Tiberio, ahogado entre las sábanas, lo acometieron en su casa y lo

asesinaron, haciéndose nombrar gobernador el asesino mismo. Yo desconocí este gobierno y la guerra sigue para deponerlo... Es un país pastor militarizado por Urquiza y acostumbrado a la guerra»...<sup>[1]</sup> Ni una palabra de clemencia para la ilustre víctima bárbaramente sacrificada.

El presidente puso a precio la cabeza del jefe revolucionario (\$ 10.000), lanzó todas las fuerzas nacionales sobre Entre Ríos, gastó en la guerra gran parte del producido de un empréstito de treinta millones, contratado en el extranjero, y ejecutó cuanto había aconsejado en vano a Mitre después de Pavón. Así, la provincia de Entre Ríos sangró durante varios años a despecho y pesar de las diversas soluciones pacíficas ofrecidas al presidente por personas honradas y responsables.

Cuando don Juan Manuel supo en Southampton el asesinato de Urquiza, escribió en carta íntima y confidencial: «Ninguna persona que haya seguido estudiando en la práctica la historia de las Repúblicas del Plata, ha debido extrañar el desgraciado fin de Su Excelencia el Señor Capitán General D. Justo José de Urquiza. Por el contrario, lo admirable e inaudito es su permanencia en el poder, por grados, siempre bajando, a virtud de sus hechos, contrarios a su crédito, a sus amigos políticos y favorables a sus enemigos... En mi larga carta después de esa batalla [¿la de Pavón?], le dije que, habiendo él mismo cometido el gravísimo error, después del triunfo, de pasar todo su poder a sus enemigos con funesto perjuicio a los que seguían de buena fe su política..., su vida y su fortuna no estaban seguras si permanecía en la provincia entrerriana. Que yo, en su caso, reduciría a dinero mis propiedades y lo pondría en el Banco de Inglaterra para vivir de su renta en el posible sosiego con mi familia».<sup>[2]</sup>

En febrero de 1873 visitaron a don Juan Manuel el doctor Vicente G. Quesada, político y distinguido publicista, y su hijo Ernesto, que, andando el tiempo, habría de ser eminente polígrafo argentino e historiador de Rosas. En las páginas que siguen encontrará el lector, menudamente referidos, los antecedentes y las circunstancias de la entrevista. El doctor Ernesto Quesada publicó su reseña «en la zona ecuánime de la vejez», como él dice, y pasados cincuenta años de la visita que hiciera al desterrado de Southampton. Pero me creo obligado a decir que esa misma circunstancia dio motivo a que ciertas «confesiones» de Rosas —sobre todo en su aspecto formal— fueran objeto de reparos como inspiradas en parte por la simpatía que de antiguo mostrara el autor hacia la figura de don Juan Manuel. El autor del «apunte juvenil» tenía catorce años...

DESCARGOS (1873)

He recordado en la advertencia de esta edición que había presenciado una entrevista con Rosas a principios de 1873 y de la cual conservaba el apunte juvenil. Por haber desembarcado en Southampton, le fue sugerida a mi padre la idea de hacer una visita a Rosas, quien vivía solitario en su chacra de Swathling, a un par de millas de la ciudad; se le insinuó que aquél veía con agrado cuando un compatriota le visitaba y Mr. Ropes —que era quien había hecho la indicación— nos acompañó hasta la chacra, pues mi padre resolvió llevarme consigo.

Debo hacer presente que a los veinte años del final del gobierno de Rosas, la figura de éste no podía tener sino un simple interés histórico para mi padre, quien jamás fue partidario suyo, si bien no emigró, pues en 1852 tenía apenas veintiún años. Mucho después, en una discusión política en el congreso nacional, mi padre, a la sazón diputado por Buenos Aires, tuvo oportunidad —en la sesión de junio 10 de 1878— de decir: «Estamos hoy con la cabeza blanca los que, siendo niños en la época de Rosas, nos reuníamos bajo la hospitalidad de una casa inglesa, en los días del aniversario de la patria, para mantener viva la fe en la esperanza de la caída del tirano...».

Quizás por ello no gustaba mucho de recordar aquella visita, pues alguna vez me dijo que se arrepentía de haber cedido a una especie de curiosidad enfermiza, que se le antojaba casi una falta de respeto para el hombre caído; convenía en que lo visitasen los que habían sido sus amigos, o aun sus mismos adversarios, siempre que respetaran su desgracia, pero sostenía que los indiferentes no tenían derecho a ir a molestarlo como se va a un jardín zoológico a ver las fieras enjauladas. Sea de ello lo que fuere, el hecho mismo de la visita, no podía borrarse pero ni padre ni hijo quisieron después acordarse de él. Para demostrar la consecuencia de mi padre en sus opiniones adversas a Rosas y su época, bastará recordar el terrible decreto de abril 27 de 1877 como ministro de gobierno de Buenos Aires prohibiendo toda demostración en favor de la memoria de aquél...

Años después, todavía, en las *Memorias de un Viejo*, con el seudónimo de Víctor Gálvez, describía con lujo de detalles la vida durante la época de Rosas, especializándose en una escena en la cual el bisabuelo de quien esto escribe, don Joaquín de la Iglesia, fue perseguido por la *Mazorca*. Y en sus *Memorias Históricas*, obra inédita aún, se ocupa largamente de aquella época, siempre con análogo espíritu... Ahora bien: entre mi padre y yo, el vínculo ha sido no sólo de sangre sino de la más absoluta comunidad espiritual; en su testamento dice aquél: «Deposito en mi hijo mi más plena confianza, habiéndonos siempre entendido en vida, teniendo comunidad de gustos, ideas y aspiraciones, por lo cual le bendigo

especialmente, manifestando mi última voluntad, pues ha sido la gran satisfacción de toda mi vida este ardiente cariño que he tenido y tengo por él, y que él ha tenido y tiene por mí». Por manera que, por tradiciones de familia y por comunión espiritual con aquél, el autor estaba inclinado a juzgar la época de Rosas con un criterio diametralmente opuesto al del presente libro: si, a pesar de todos los pesares, su leal convicción histórica lo ha hecho sostener el criterio expuesto, no necesita entonces insistir en que debe ser muy honda dicha convicción para haberse podido sobreponer al atavismo de familia y a la influencia paterna, casi todopoderosa...

Rosas residía todo el año en su chacra, que tenía una treintena de cuadras y en la que cuidaba animales, viviendo del producto de la modesta explotación granjera; su casa se componía de unos ranchos criollos grandes, con su alero típico; y el aspecto de todo era el de una pequeña estancia argentina. La única criada inglesa que le atendía nos introdujo a una pieza donde tenía estantes atiborrados de papeles y una mesa grande; allí acostumbraba trabajar después de recorrer la chacra a caballo. Era entonces aquel octogenario un hombre todavía hermoso y de aspecto imponente; cultísimo en sus maneras; el ambiente modesto de la casa en nada amenguaba su aire de gran señor, heredado de sus mayores. La conversación fue animada e interesantísima, y, como era de esperar, concluyó por referirse a su largo gobierno. No transcribiré todo el apunte que, a indicación de mi padre, redacté al regresar al hotel de Southampton, pero sí reproduciré una de las manifestaciones más singulares que hizo Rosas y que, entonces y en razón de mi edad, no pude valorar como correspondía pero que, a medida que aumentaban mis años y ahora que me encuentro en la zona ecuánime de la vejez, con la larga y doble experiencia de la vida y del estudio, comienzo a comprender el profundo significado de aquella especie de confesión, formulada en una época tan avanzada de la vida del famoso dictador. He aquí el apunte que prefiero no modificar:

—Señor —le dijo de repente mi padre—, celebro muy especialmente esta visita y no desearía retirarme sin pedirle que satisfaga una natural curiosidad respecto de algo que nunca pude explicarme con acierto. Mi pregunta es ésta: desde que usted, en su largo gobierno, dominó al país por completo, ¿por qué no lo constituyó usted cuando eso le hubiera sido tan fácil y, sea dentro o fuera del territorio, habría podido entonces contemplar satisfecho su obra con el aplauso de amigos y adversarios?...

¡Ah! replicó Rosas, poniéndose súbitamente grave y dejando de sonreír lo he explicado ya en mi carta a Quiroga. Ésa fue mi ambición, pero gasté mi vida y mi energía sin poderla realizar. Subí al gobierno encontrándose el país anarquizado,

dividido en cacicazgos hoscos y hostiles entre sí, desmembrado ya en parte y en otras en vías de desmembrarse, sin política estable en lo internacional, sin organización interna nacional, sin tesoro ni finanzas organizadas, sin hábitos de gobierno, convertido en un verdadero caos, con la subversión más completa en ideas y propósitos, odiándose furiosamente los partidos políticos: un infierno en miniatura. Me di cuenta de que si ello no se lograba modificar de raíz, nuestro gran país se diluiría definitivamente en una serie de republiquetas sin importancia y malográbamos así para siempre el porvenir: pues demasiado se había ya fraccionado el virreynato colonial...

«La provincia de Buenos Aires tenía, con todo, un sedimento serio de personal de gobierno y de hábitos ordenados; me propuse reorganizar la administración, consolidar la situación económica y, poco a poco, ver que las demás provincias hicieran lo mismo. Si el partido unitario me hubiera dejado respirar, no dudo de que, en poco tiempo, hubiera llevado al país hasta su completa normalización; pero no fue ello posible, porque la conspiración era permanente y en los países limítrofes los emigrados organizaban constantemente invasiones. Fue así como todo mi gobierno se pasó en defenderme de esas conspiraciones, de esas invasiones y de las intervenciones navales extranjeras; eso insumió los recursos y me impidió reducir los caudillos del interior a un papel más normal y tranquilo. Además, los hábitos de anarquía, desarrollados en veinte años de verdadero desquicio gubernamental, no podían modificarse en un día. Era preciso primero gobernar con mano fuerte para garantizar la seguridad de la vida y del trabajo, en la ciudad y en la campaña, estableciendo un régimen de orden y tranquilidad que pudiera permitir la práctica real de la vida republicana. Todas las constituciones que se habían dictado habían obedecido al partido unitario, empeñado como decía el fanático Agüero en hacer la felicidad del país a palos: jamás se pudieron poner en práctica. Vivíamos sin organización constitucional y el gobierno se ejercía por resoluciones y decretos, o leyes dictadas por las legislaturas: mas todo era, en el fondo, una apariencias pero no una realidad; quizá una verdadera mentira, pues las elecciones eran nominales, los diputados electos eran designados de antemano, los gobernadores eran los que lograban mostrarse más diestros que los otros e inspiraban mayor confianza a sus partidarios.

«Era, en el fondo, una arbitrariedad completa. Pronto comprendí, sin embargo que había emprendido una tarea superior a las fuerzas de un solo hombre: tomé la resolución de dedicar mi vida entera a tal propósito y me convertí en el primer servidor del país, dedicado día y noche a atender el despacho del gobierno, teniendo que estudiar todo personalmente y que resolver todo tan sólo yo, renunciando a las satisfacciones más elementales de la vida, como si fuera un

verdadero galeote. He vivido así cerca de treinta años, cargando solo con la responsabilidad de los actos del gobierno y sin descuidar el menor detalle; vivos están todavía los empleados de la secretaría, que se repartían por turnos las veinticuatro horas del día, listos al menor llamado mío, y yo, sin respetar hora ni día, apenas daba a la comida y al sueño el tiempo indispensable, consagrando toda mi existencia al ejercicio del gobierno. Los que me han motejado de tirano y han supuesto que gozaba únicamente de la sensualidad del poder, son unos malvados, pues he vivido a la vista de todos, como en casa de vidrio, y renuncié a todo lo que no fuera el trabajo constante del despacho sempiterno. La honradez más escrupulosa en el manejo de los dineros públicos, la dedicación absoluta al servicio del estado, la energía sin límites para resolver en el acto y asumir la plena responsabilidad de las resoluciones, hizo que el pueblo tuviera confianza en mí, por lo cual pude gobernar tan largo tiempo.

«Con mi fortuna particular y la de mi esposa, habría podido vivir privadamente con todos los halagos que el dinero puede proporcionar y sin la menor preocupación: preferí renunciar a ello y deliberadamente convertirme en el esclavo de mi deber, consagrado al servicio absoluto y desinteresado del país. Si he cometido errores no hay hombre que no los cometa sólo yo soy responsable. Pero el reproche de no haber dado al país una constitución, me pareció siempre fútil porque no basta dictar “un cuadernito”, como decía Quiroga, para que se aplique y resuelva todas las dificultades: es preciso antes preparar al pueblo para ello, creando hábitos de orden y de gobierno, porque una constitución no debe ser el producto de un iluso sino el reflejo exacto de la situación de un país. Siempre repugné a la farsa de las leyes pomposas en el papel y que no podían llevarse a la práctica. La base de un régimen constitucional es el ejercicio del sufragio, y esto requiere, no sólo un pueblo consciente y que sepa leer y escribir, sino que tenga la seguridad de que el voto es un derecho y a la vez un deber, de modo que cada elector conozca a quien debe elegir; en los mismos Estados Unidos dejó todo ello muy mucho que desear hasta que yo abandoné el gobierno, como me lo comunicaba mi ministro el general Alvear. De lo contrario, las elecciones de las legislaturas y de los gobiernos son farsas inicuas y de las que se sirven las camarillas de entretelones, con escarnio de los demás y de si mismos, fomentando la corrupción y la villanía, quebrando el carácter y manoseando todo. No se puede poner la carreta delante de los bueyes: es preciso antes amansar a éstos, habituarlos a la coyunda y a la picana para que puedan arrastrar la carreta después. Era preciso, pues, antes de dictar una constitución, arraigar en el pueblo hábitos de gobierno y de vida democrática, lo cual era tarea larga y penosa: cuando me retiré, con motivo de Caseros —porque había con anterioridad preparado todo para ausentarme, encajonando papeles y poniéndome de acuerdo con el ministro

inglés— el país se encontraba quizá ya parcialmente preparado para un ensayo constitucional. Y usted sabe que, a pesar de ello, todavía se pasó una buena decena de años en la lucha de aspiración entre porteños y provincianos con la segregación de Buenos Aires respecto de la Confederación...».

—Entonces —interrumpió mi padre—, usted estaba fatigado del ejercicio de tan largo gobierno...

—Ciertamente. No hay hombre que resista a tarea semejante durante mucho tiempo. Es un honor ser el primer servidor del país, pero es un sacrificio formidable, que no cosecha sino ingraticudes en los contemporáneos y en los que inmediatamente le suceden. Pero tengo la conciencia tranquila de que la posteridad hará justicia a mi esfuerzo, porque sin ese continuado sacrificio mío aún duraría el estado de anarquía, como todavía se puede hoy observar en otras secciones de América. Por lo demás, siempre he creído que las formas de gobierno son un asunto relativo, pues monarquía o república pueden ser igualmente excelentes o perniciosas, según el estado del país respectivo; ése es exclusivamente el nudo de la cuestión: preparar a un pueblo para que pueda tener determinada forma de gobierno; y, para ello, lo que se requiere son hombres que sean verdaderos servidores de la Nación, estadistas de verdad y no meros oficinistas ramplones, pues, bajo cualquier constitución, si hay tales hombres, el problema está resuelto, mientras que si no los hay, cualquier constitución es inútil o peligrosa. Nunca pude comprender ese fetichismo por el texto escrito de una constitución, que no se requiere buscar en la vida práctica sino en el gabinete de los doctrinarios; si tal constitución no responde a la vida real de un pueblo, será siempre inútil lo que sancione cualquier asamblea o decreto cualquier gobierno. El grito de «constitución», prescindiendo del estado del país, es una palabra hueca. Y a trueque de escandalizarlo a usted, le diría que, para mí, el ideal de gobierno sería el autócrata paternal, inteligente, desinteresado e infatigable, enérgico y resuelto a hacer la felicidad de su pueblo, sin favoritos ni favoritas. Por esto jamás tuve ni unos ni otras; busqué realizar yo sólo el ideal del gobierno paternal, en la época de transición que me tocó gobernar. Pero quien tal responsabilidad asume no tiene siquiera el derecho de fatigarse, sobre todo si la salud física —como en mi caso— le permite realizar el esfuerzo hercúleo: por eso, cuando los acontecimientos le quitan esa responsabilidad, el que era galeote como gobernante respira y vive a sus anchas por vez primera... Es lo que me ha pasado a mí y me considero ahora feliz en esta chacra y viviendo en la modestia que usted ve, ganando a duras penas el sustento con mi propio sudor, ya que mis adversarios me han confiscado mi fortuna, hecha antes de entrar en política, y la heredada de mi mujer, pretendiendo así reducirme a la miseria y queriendo quizás que repitiera el ejemplo del Belisario

romano, ¡que pedía el óbolo a los caminantes! Son mentecatos los que suponen que el ejercicio del poder, considerado así como yo lo practiqué, importa vulgares goces y sensualismos, cuando en realidad no se compone sino de sacrificios y amarguras. He despreciado siempre a los tiranuelos inferiores y a los caudillejos de barrio, escondidos en la sombra; he admirado siempre a los dictadores autócratas que han sido los primeros servidores de sus pueblos. Ése es mi gran título: he querido siempre servir al país, y si he acertado o errado, la posteridad lo dirá, pero ése fue mi propósito y mía en absoluto la responsabilidad por los medios empleados para realizarlos. Otorgar una constitución era asunto secundario; lo principal era preparar el país para ello ¡y esto es lo que creo haber hecho!

*Ernesto Quesada*<sup>[3]</sup>

En agosto de ese mismo año 1873, hace una larga visita a Rosas en Southampton, su sobrino Alejandro Valdés Rosas, quien escribió un Diario de Viaje publicado fragmentariamente por el doctor Antonio Dellepiane en su interesante libro Rosas en el destierro. Si en el escrito de Quesada surgen ciertos interrogantes de difícil explicación, en éste de Valdés Rosas todo es explícito y natural.

#### MI TÍO EN EL FARM (1873)

*Southampton, agosto 17 de 1873.* Esta mañana fui a casa de mi tío Juan Manuel y no lo encontré... Llegué al *Farm* y salió un peón, en seguida su sirvienta y me dijo que estaba en casa de Manuelita en Worthing y que ésta volvería a Londres en dos semanas. ¡Otro día perdido!...

*Día 19.* Anoche traté un cochero, al parecer muy bueno que, por dos *shillings* ha quedado en llevarme al *Farm* de mi tío... Llevóme el cochero por un lindísimo bosque de inmensos árboles y entramos en el *Old London Road*, camino viejo de Londres... Llegamos al *Farm* y esta vez la sirvienta salió corriendo hasta sin sombrero, que es cuanto se puede decir. Abrió la puerta y me hizo entrar, con las mayores demostraciones de respeto y amabilidad, a un pequeño saloncito de recibo, con una mesa de comer y una alfombra de la misma fábrica y gusto de la que tenemos en la sala y antesala de casa. Subió la sirvienta una escalera angosta, y volvió, diciéndome que la siguiera; al fin de la escalera me pareció ver en una

puerta, a la derecha, que estaba mi tío, por la parte de adentro, pero la sirvienta seguía por una puerta al frente; entonces recordé al momento cuán aficionado era mi tío a esa clase de sorpresas, y seguí a la sirvienta; pero al pasar la dicha puerta me salió mi tío al encuentro, con una gran exclamación: «¡Oh!...», y me tendió los brazos.

A mí me había enseñado, desde chico, mi buena madre, a pedirle la bendición: no porque fuera gobernador de la República Argentina, sino porque era el hermano mayor de la familia; y en mis cartas, después que él emigró a Inglaterra, yo seguí la misma costumbre. He crecido, llegué a hombre y siempre lo mismo, esta vez no tenía por qué alterarla, así fue que le pedí la bendición. ¡Ah!, ¡mis buenos y queridos padres! Después de ellos sólo mi tío a quien pedir la bendición; después de él nadie me la dará ya... doble motivo para guardar esa práctica de mis primeros años.

Mi tío me bendijo con mucho gusto, y me hizo entrar; era aquél su dormitorio y su cuarto de trabajo; allí hay de todo. Es una pieza como de siete varas de largo más o menos, por seis de ancho, con dos ventanas al frente; su puerta de entrada a la izquierda y otra a la derecha que va a un pequeño retrete, una gran mesa llena de periódicos, papeles, libros, impresos, manuscritos y otros objetos, la punta de la derecha está libre para las horas del almuerzo y comida. Alrededor de la pieza, en forma de estantes, unas tablas llenas de libros. Su cama está entre la puerta de entrada y la del retrete, contra la pared, y allí también hay tablas en forma de estantes, llenas de libros. Una chimenea, sobre cuyo marco hay dos relojes de sobremesa, y una virgen de Nuestra Señora de las Mercedes. Ningún otro objeto o adorno que llame la atención. Mi tío me hizo sentar cerca de la cama, y él se recostó: me dijo que estaba en mi casa, que podría hacer lo que me diera la gana. Llamó a la sirvienta y le dijo: *This gentleman commands here more than I*, y la dicha sirvienta [Mariana], a quien ha enseñado a repetir sus órdenes para que no se equivoque, repitió en inglés: *Este caballero manda aquí más que usted...*

Ya ves —me dijo mi tío si puedes estar aquí como en tu casa. Ahora te mostraré las habitaciones todas y no te faltará donde dormir.

Yo no aproveché de estas ofertas, por espíritu de prudencia, sabiendo que él se levanta a las cuatro de la mañana y sale a trabajar con sus peones hasta las nueve o diez y que a la una o dos de la tarde vuelve a su tarea hasta la oración. En fin, todo lo que hablamos es puramente privado y asuntos de familia que llenarían todo este diario si lo fuera a escribir aquí, cuando éste es sólo como un extracto.

Conversamos hasta eso de las cuatro y quedamos en que volvería al día siguiente a las once y media. Me dijo cuánto había sentido no saber que era yo, dos días antes; que yo debí haberle escrito o hecho un telegrama desde Lisboa.

Después de algunas horas y de hacerme venir las dos hijas de Mariana y su hijo varón, para que los conociera, entramos a conversaciones más serias y estuve varias veces por levantarme para despedirme; pero él me detuvo hasta que a eso de las cinco de la tarde me levanté definitivamente, quedando en volver al día siguiente a la misma hora. Lo que hablamos, por más interesante que sea, pertenece a asuntos de familia, y algunas cosas de política que aún no es tiempo de revelar ni son de este diario y que quizá (no todo) escribiré en hoja suelta.

Salía pues, Mariana me precedía, al parecer muy contenta (y que según me dijo mi tío, yo le había caído en gracia, y le había hecho muchas ponderaciones de mí, al fin, todo en mí le había gustado).

Mariana, pues, me acompañó hasta la puerta del patio, que es un parquecito con césped y hace muy buen aspecto con los techos de la casa, que son de paja, al estilo inglés, es decir, de otra clase de paja y mucho más grueso que los de nuestros ranchos.

*Día 20.* Llegamos al *Farm*, llamé y salió Mariana corriendo y me hizo entrar a la pieza de recibo. Un momento después bajó mi tío con su poncho, espuelas y rebenque de lonja; me dijo que esa mañana había andado a caballo. Entramos a conversar y me mostró el timbre y fecha de la carta de Máximo. «No creas me dijo que por dicha carta te he recibido ayer. Ésta la he recibido hoy, ahí está la fecha del correo; yo no necesitaba de eso para recibirte; me dice Máximo que tienes que hablar particularmente conmigo. Si lo hubiera sabido, o me lo hubieras dicho ayer, nos hubiéramos ocupado de eso primero. Con que, ahora puedes empezar».

En efecto, hablamos largamente y se mostró con una franqueza que me sorprendía a cada momento; es verdad que varias veces me dijo: «Esto no lo hago con nadie...». También me había dicho el día antes que yo me parecía mucho a mi padre y que él lo quería muchísimo.

—Pobre don Tristán, ¡era muy bueno!... Eres enterito a tu padre, ¡tu madre era una santa!

Todos estos antecedentes, y algo que habrá oído de mí, quizá, le han hecho formar un juicio tan favorable como no merezco y varias veces le dije que me

confundía con elogios que no me correspondían de ningún modo y es la verdad. «Ahora que me has visto —me dijo— es necesario que vayas a ver a la duquesa (así la llama a Manuelita) a Worthing». Le conté que yo había quedado con Máximo en verla cuando ella regresase a Londres... «No me dijo así como has hecho bien en verme a mí primero, ahora debes ir a verla a ella. Manuelita es muy buena y te quiere mucho y te recibirán allí muy bien».

Como no debía contrariarlo, sólo le dije que ignoraba el camino. Llamó a Mariana e hizo que me dieran la dirección y la estación del camino de fierro que había de tomar, y me dijo: «Yo no doy las señas de la duquesa *a nadie, a nadie, ¿lo entiendes?...*». Se lo agradecí y me despedí hasta la vuelta de Londres.

*Día 22.* Llegué a casa de Máximo sin gran dificultad y estaba solo con sus dos hijos. Manuelita andaba de paseo con Juan Manuel. Tomamos el *lunch*. *Uno de los hijos de Máximo, el mayor, Manuel, me sorprendió por su estatura casi de mi alto. El menor, Rodrigo, no es tan desarrollado. Pero los dos muy modestos y bien educados. Tocan el piano muy bien, a su instrucción sólida (sic), hablan poco español.* Nos paseábamos con Máximo por el Terrado, a la orilla del mar, a las seis de la tarde y venía un carruaje. Me dijo Máximo: «Ahí viene Manuelita, no le hables a ver si te conoce». Pero ya Juan Manuel [Terrero] me había conocido y díchoselo a Manuelita. Ésta bajó con los brazos abiertos y tuve el puro placer de estrecharla entre los míos al cabo de tanto tiempo. ¡Veintitrés años!... Sorprendido agradablemente por su frescura, vamos, me pareció hermosísima, pues contaba con encontrarla más o menos *ajada*, si se puede decir. Con su amabilidad de siempre y su fraternal recepción, me hizo pasar las horas más gratas. Yo pensé volverme esa noche. Máximo no me lo permitió, ni ella. Fuimos a ver un Pik-Mik, juego de carreras y saltos a pie. Me presentó Máximo a Mr. Brithain, nacido en Buenos Aires, concuñado de Mr. Parish, que me recibió como antiguo conocido, casado con Lucinda Miller. La mayor de sus hijas, joven como de trece años, es muy amable y hermosa. Después de comer, quiso Manuelita llevarme a dar una vuelta y salimos con ella. Máximo, Juan M. y los niños: la noche estaba deliciosa y encontrando a Mr. Brithain y señora, que habían quedado en venir, acordaron el modo de hacer un paseo campestre que preparaban para el día siguiente. ¡Pobre mi prima! ¡Es digna de la felicidad de que goza!

Tiene esa bondad adorable, nunca desmentida: y en aquella casa no se respiraba más que felicidad. Es verdad que ella es muy dócil y es cierto que no mira ni piensa sino con los ojos y los pensamientos de Máximo, y de ese modo no puede menos de ser feliz; también la fortuna los ha favorecido, pero aun sin ella serían felices. Manuelita es sumamente modesta y ha comprendido que sin ella

seria felices. Manuelita es sumamente modesta y ha comprendido que la verdadera felicidad en este mundo consiste en saber contentarse con lo que se posee. ¡Oh! ¡Dios ha premiado su virtud! Antes de separarnos, me decía un día conversando:

¡Cuánto se engañan los que me compadecen porque suponen que descendí de la posición que tenía en Buenos Aires! Yo sólo lo siento por mi padre que carece de fortuna y aun de lo necesario; por mí, yo he ganado porque soy completamente feliz...

*Septiembre 22.* Llegué a Southampton a las ocho y cuarto...

Al día siguiente procuré a Sevent, el cochero, y a las doce me encaminé al *Farm* de mi tío. Éste me había escrito que fuera a las once, pero su carta no me llegó a tiempo. Esta vez la conversación fue toda formal, muy seria, sobre asuntos de política importantes. Aunque me había dicho que no podía estar para los peones y estuve hasta cerca de las dos. Me dijo que no le gustaban las despedidas, que había preferido no despedirse de mí (como tampoco le gusta conservar los retratos de personas queridas) y que al irme lo hiciera lo más pronto posible. Esta vez mi tío se mostró en toda su grandeza.

*Alejandro Valdez Rosas*

Terminó Sarmiento su período con una maniobra política que puso en el gobierno a su ministro Nicolás Avellaneda (1874), dando con ello lugar a que el candidato opositor vencido, el general Mitre, le levantara en armas con su partido contra el gobierno de la Nación, imputándole graves delitos de fraude. Mitre fue derrotado en La Verde, provincia de Buenos Aires. Pero la victoria positiva y cierta en favor del oficialismo, la obtuvo un joven coronel en Santa Rosa (Mendoza), contra el jefe revolucionario Arredondo. Este joven coronel, muy bien apersonado, muy ambicioso y nada corto, fue ascendido por Avellaneda a general, ya por telegrama, en el campo de batalla. Se llamaba Julio A. Roca, y a poco de su victoria, escribió a un amigo íntimo, después su concuñado, Miguel Juárez Celman, desde Mendoza: «Ayer pudo librarme de una comida que unos extranjeros quisieron darme, en la cual, a pesar de no estar [yo] presente, hubieron calurosos brindis a mi favor, hasta decir que sería el presidente de la República».<sup>[4]</sup>

Y fue, por cierto, presidente, seis años después, y lo fue dos veces, y lo fue

también su concuñado; y dio el vencedor de Santa Rosa tal impulso al progresismo sin ideales (recuérdense los sucesos del 90) y sobre todo a la desaprensión política, que uno de sus ex ministros más ilustres, el doctor Joaquín V. González, pudo decir en el Senado de la Nación, en ocasión de tratarse la primera ley electoral *honrada* que tuvo el país, en 1912: «Este país, según mis convicciones, después de un estudio prolijo de nuestra historia, no ha votado nunca... Han sido, pues, en gran medida [los nuestros], gobiernos de hecho»...<sup>[5]</sup> Así, nada más, nada menos... *Gobiernos de hecho*.

Pero no nos adelantemos a los sucesos y volvamos a don Juan Manuel, ya octogenario y siempre pobre en su chacra de *Burgess Farm*, tan pobre, que se ve obligado a comerse sus últimas gallinas... Su situación es de extremo desabrimiento: «Sigo en tal malestar —escribe a su yerno— que ni yo mismo puedo sufrirme. Sería, así, por ello y por todo, una locura pensar ustedes en venir. Les suplico, pues, del modo más encarecido, que no lo hagan. Iré a verlos cuando regresen a Londres».

Y en otra carta: «Las gallinas se acabaron, las he comido... Aún he conservado las tres lecheras. La mora, que decían no daba suficiente leche... Y la otra que parecía flaca y ahora está más gorda, nunca ha dado más leche... Es que a la mora la querían comprar».

Don Juan Manuel, dueño en otros años de rodeos inmensos tiene ahora... tres vacas... y tendrá que venderlas también poco antes de su muerte. Y algo hay en aquel anciano tan cargado de culpas, algo que no ha zozobrado en la terrible adversidad y que no puede considerarse sin algún respeto: en 1871, todavía bajo la presidencia de Sarmiento, se agita la cuestión de límites con Chile, y don Mariano Balcarce, ministro en París, pide a Rosas copia de unos documentos que pueden hacerse valer en el pleito internacional. Transcribimos algunos párrafos del libro del doctor Antonio Dellepiane, en el que se publican documentos de gran interés. Dice así: «... Don Mariano Balcarce, ministro en París, habíale pedido copia de los documentos relativos al incidente de 1847, suscitado por la colonia chilena de Magallanes. Rosas contestóle prometiendo buscarlos entre sus papeles y remitírselos en cuanto le fuera posible, pues carecía de copista y estaba obligado vigilar personalmente el trabajo del "*Farm*" porque aun cuando sólo le da de ganancia el uso libre de los ranchos en que vive, dos caballos en que anda diariamente y campo en que distraerse, esos goces atenúan sus amarguras y son precisos a su salud. Al mes siguientes vuelve a escribirle para noticiarle que ha empezado a hacer sacar copias de algunos folletos, las que, junto con otros documentos, le serán entregados por el cura de Southampton. Pídele, a ese efecto, envíe a dicho señor, que es pobre, el dinero

necesario para el viaje y las copias... Iguales arrestos —sigue el doctor Dellepiane— manifiesta tres años después, saliendo al encuentro del diario *La Tribuna* que, en un artículo del 20 de agosto de 1875, había criticado el nombramiento del doctor Bernardo de Irigoyen y publicado trunco un decreto de la dictadura del 31 de octubre de 1840. El proscripto reproduce el decreto y muestra lo infundado de la censura, alegando que *si en la importantísima nota agosto 23, del señor ministro de Relaciones Exteriores, doctor Irigoyen, no hubiera relacionado también los reclamos y protestas del gobierno que presidió el general Rosas, habría cargado con una grave responsabilidad, pues que los gobiernos siempre son los mismos en su personalidad moral, sean quienes fueren las personas de que hayan sido compuestas. Y si no se rechazase con claridad y firmeza el título territorial alegado por parte de Chile, como proveniente del dominio español, solamente con los del mismo origen, se perjudicaría además, la razón y principios sostenidos por el gobierno argentino en la guerra contra el general Santa Cruz, en la cuestión con el Paraguay, en el presente con Chile, y qué ha de servir de base, siempre, en cuantas cuestiones territoriales hayan de ventilarse con el Brasil, Bolivia y para la fijación de límites del Estado Oriental*».<sup>[6]</sup>

El anciano percibe un magro auxilio de sus amigos destinado casi todo él a pagar el arrendamiento de su fundo y tiene que vender, poco a poco, sus prendas y bienes muebles para seguir viviendo. Hasta poco antes de su muerte ha guardado dos vacas, muy mansas, que mugen siempre al verlo y le siguen por los prados del *Farm*. Pero un día de otoño de 1876, escribe a su hija: «Mi muy querida hija Manuelita: Triste siento decirte que las vacas ya no están en este *Farm*. Dios sabe lo que dispone; y el placer que sentía al verlas en el field, llamarme, ir a mi carruaje a recibir alguna ración cariñosa por mis manos, y el enviar a ustedes la manteca. Las he vendido por veintisiete libras y si más hubiera esperado, menos hubieran ofrecido...».

Pasan pocos meses. El invierno es muy crudo. Manuela Rosas recibe en Londres un telegrama del doctor John Wibblin, médico de su padre desde años atrás, en que la llama con urgencia a *Burgess Farm*. Máximo Terrero se ha marchado poco tiempo antes a Buenos Aires. Acude Manuela al llamado, presurosa, y días más tarde dirige a su marido la siguiente carta.

#### LA MUERTE (1877)

*Burgess-Street Farm. Southampton, marzo 16-1877.* Cuando recibas ésta estarás ya impuesto de que mi pobre y desgraciado padre nos dejó por mejor vida el miércoles 14 del corriente. ¡Cuál es mi amargura, tú lo alcanzarás, pues sabes cuánto te amaba, y haber ocurrido esta desgracia en tu ausencia hace mi situación

doblemente dolorosa! Es realmente terrible que tan pronto como nos hemos separado, desgracia semejante haya venido a aumentar el pesar de setar tan lejos uno de otro, pero queda seguro, no me abandona la energía tan necesaria en estos momentos que tanta cosa hay que disponer y atender, todo con mi consentimiento, y que sobrellevo tan severa prueba con religiosa resignación, acompañándome el consuelo de haber estado a su lado en sus últimos días, sin separarme de él.

El lunes 12 fui llamada por el doctor Wibblin, quien me pedía venir sin demora. El telegrama me llegó a las cinco y media y yo estuve aquí, a las diez y media, acompañada por Elizabeth. El doctor me esperaba para explicarme el estado del pobre tatita. Sin desesperar del caso, me aseguró ser muy grave, pues que, siendo una fuerte congestión al pulmón, en su avanzada edad era de temerse que le faltase la fuerza, una vez debilitado el sistema.<sup>[7]</sup> Al día siguiente [martes] el pulso había bajado de 120 a 100 pulsaciones, pero la tos y la fatiga le molestaban mucho, a más de sufrir un fuerte dolor en el pulmón derecho. Éste desapareció completamente en la tarde... la espectoración, cada vez que tosía, era tos con sangre, y éste, para mí, era su síntoma terrible, como también la fatiga.

Esa noche del martes (13) supliqué al doctor hablarme sin ocultarme nada, si él lo creía en peligro inmediato; me contestó que no me ocultaba su gravedad y que temía no pudiera levantarse más, pero no creía el peligro inmediato, ni ser necesario consultar otros médicos, y como su cabeza estaba tan despejada y con una fuerza de espíritu que ocultaba su sufrimiento, embromando con el doctor hasta la noche misma del martes en que hablábamos, víspera de su muerte, el doctor, como yo, convinimos no ser prudente ni necesario todavía hacer venir al sacerdote, pues su presencia pudiera hacerle creer estar próximo su fin y que esperaríamos hasta ver cómo seguía el miércoles (14). Esa noche estuve con él hasta las dos de la mañana con Kate, pues Mary Ann me reemplazaba con Alice, haciendo turnos, para no fatigarnos. Antes de retirarme, estuvo haciendo varias preguntas, entre otras cuándo recibiría tu carta de San Vicente, y me recomendó irme a acostar, para que viniera a reponer a Mary en la mañana. ¡Todo esto, Máximo, dicho con fatiga, pero, con tanto despejo, que cuando lo recuerdo, creo soñarlo! Cuando a las seis de la mañana entró Alice a llamarme porque Mary Ann creía al general muy malo, salté de la cama, y cuando me allegué a él lo besé tantas veces como tú sabes lo hacía siempre, y al besarle la mano la sentía ya fría... Le pregunté:

—¿Cómo te va tatita?... Su contestación fue, mirándome con la mayor ternura:

—No sé, niña...

Salí del cuarto para decir que inmediatamente fueran por el médico y el confesor: sólo tardaría un minuto, pues Alice estaba en el corredor, ¡cuando entré al cuarto había dejado de existir!

Así, tú ves, Máximo mío, que sus últimas palabras y miradas fueron para mí, para su hija tan amante, tan afectuosa. Con su última demostración, está compensado mi cariño y mi constante devoción. ¡Ah Máximo, qué falta me haces! ¡Si tú estuvieras aquí, yo sólo me ocuparía de llorar mi pérdida, pero no te tengo y es preciso que yo tome tu lugar, lo que hago con una fuerza de espíritu que a mí misma me sorprende, desde que he estado acostumbrada a que mis trabajos y los de mi padre, tú hicieras todo por nosotros! Pero Dios todopoderoso, al mismo tiempo que nos da los sufrimientos, nos acuerda fuerza y conformidad para sobrellevarlos. ¡Te aseguro que ha muerto como un justo! ¡No ha tenido agonía, exhaló su alma tan luego que me dirigió su última mirada! ¡Ni un quejido, ni un ronquido, ni más que entregar quietamente su alma al Divino Creador! ¡Que El lo tenga en su santa gracia! ¡Mary estaba a su lado cuando murió, y esta pobre mujer se ha conducido con él, hasta su última hora, con la fidelidad que tú conoces siempre le ha servido! ¡Pobre tatita, estuvo tan feliz cuando me vio llegar el lunes! Las dos muchachas están desoladas. Madre e hija demuestran el cariño que tenían a su patrón. Tus predicciones y las mías se cumplieron desgraciadamente, cuando le decíamos a tatita que esas salidas con humedad en el rigor del frío le habían de traer una pulmonía. Pero su pasión por el campo ha abreviado sus días, pues, por su fortaleza, pudo vivir muchos años más.

En uno de los días de frío espantoso que hemos tenido, anduvo afuera, como de costumbre, hasta tarde; le tomó un resfrío y las consecuencias tú las sabes. ¡Pobre tatita! ¡Estoy cierta que tú le sentirás como a tu mismo padre, pues tus bondades para él bien probaban cuánto le amabas! A Rodrigo, que ruegue a Dios por el alma de su abuelito, que tanta predilección hacía de él, y que no le escribo porque no me siento con fuerzas, ni tengo más tiempo que el que te dedico.

El doctor Wibblin es mi paño de lágrimas en estos momentos en que necesitaba una persona a quien encargar las diligencias del funeral. Éste, con Manuel, fueron a ver al *undertaker*, al padre y demás, y todo está arreglado para que tenga lugar el martes 20, y como el pobre tatita ordenaba en su testamento que sólo se diga en su funeral una misa rezada, y que sus restos sean conducidos a su última morada, sin pompa ni apariencia, y que el coche fúnebre sea seguido por un coche con tres o cuatro personas, los preparativos no tienen mucho que arreglar y

su voluntad será cumplida, y en este último irán el doctor, Manuel y el sacerdote, y tal vez venga el esposo de Eduardita García, pues he tenido un telegrama preguntándome cuándo tendría lugar el funeral, porque quiere asistir a él. Eduarda me ha dirigido otro, diciéndome pone a mi disposición dos mil francos, si necesito dinero. Esto es un consuelo en mi aflicción.

Por supuesto que se lo he agradecido, contestando que, si necesito algo, a ella mejor que a nadie ocurriría, pero que, al presente, no lo necesito.

También ordena tatita que su cadáver sea enterrado dos días después de su muerte, pero esto ha sido imposible cumplirlo, pues el *undertaker* dijo que no tenía tiempo, porque siendo el pobre tatita tan alto, era preciso hacer el cajón y el de plomo, donde está ya hoy colocado; mañana vendrá el de caoba, decente solamente, y aunque desease fuese el funeral el lunes, no puede ser, día de San José, y así será el martes 20. ¡Dios nuestro Señor le acuerde descanso eterno! En fin, no serán las cosas dispuestas como si tú te hubieras ocupado de ellas, pero haremos cuanto podamos, yo por llenar mi deber filial y el doctor el tan sagrado de amistad. Pobre Manuel, no sabe lo que le pasa, ni cómo complacerme y consolarme. Tuya.

*Manuela Rosas de Terrero*

## CRONOLOGÍA, 1835-1852.

1835

MARZO 7. La Legislatura de la provincia de Buenos Aires elige a Rosas gobernador, otorgándole facultades extraordinarias y la suma del poder público, MARZO 15. Elección del general Oribe como presidente del Uruguay, en reemplazo de Rivera. MARZO 16. Rosas contesta pidiendo que se verifique un plebiscito para que el pueblo se pronuncie sobre la ley del 7 de marzo. MARZO 26, 27 y 28. Plebiscito sobre la suma del poder público. Votan en favor de la ley 9.320 ciudadanos, 9 ciudadanos en contra. ABRIL 13. Rosas se recibe del mando. MAYO. Decreto que declara abolida la confiscación de bienes. Abolición del tráfico de esclavos. DICIEMBRE. Lavalle, jefe de los unitarios emigrados a la Banda Oriental, prepara una invasión a Entre Ríos. Rosas reclama ante el gobierno de Oribe, y éste toma medidas contra los conspiradores que, desde entonces, se unen a Rivera, enemigo del presidente oriental.

1836

FEBRERO. Invasión a Tucumán por unitarios procedentes de Bolivia, que declaran haber recibido armas y auxilios del presidente boliviano Andrés Santa Cruz. Rosas asegura haber descubierto un acuerdo entre Santa Cruz y los unitarios de Montevideo, encaminado a derrocar a los gobernadores adictos a Rosas. MAYO. Creación del Banco de la Provincia de Buenos Aires. JULIO. Revolución de Rivera contra el presidente Oribe, en la Banda Oriental, SETIEMBRE. Batalla de Carpintería, en que Rivera es derrotado por las fuerzas legales y huye al Brasil acompañado de emigrados argentinos, entre ellos el general Lavalle. OCTUBRE. El presidente de Bolivia. Santa Cruz, logra, después de una campaña militar afortunada, la formación de la Confederación Perú-Boliviana integrada por los estados Nor-Peruano, Sur-Peruano y Bolivia. Santa Cruz es nombrado Protector. Este acontecimiento provoca serias alarmas en Chile y Argentina. El nuevo Protector se había negado a recibir representante diplomático argentino desde 1833, y amparaba a los emigrados unitarios.

1837

FEBRERO. Se cierra toda comunicación de la República con la Confederación Perú Boliviana. MAYO 19. Declaración de guerra al gobierno de Santa Cruz, con autorización de la mayoría de las provincias. En el mismo mes el gobierno de Chile declara también la guerra a Santa Cruz. Los generales Rivera y Lavalle, al frente de tropas revolucionarias, invaden el territorio oriental, desde el Brasil, para derrocar al gobierno constitucional de Oribe. OCTUBRE. Batalla de Yucutujá, ganada por Rivera contra Oribe. En Buenos Aires son ejecutados los autores y cómplices del asesinato de Quiroga. NOVIEMBRE. El vicecónsul francés Roger, a cargo del consulado por muerte del titular, reclama ante el gobierno de Rosas por la prisión de algunos ciudadanos franceses y solicita que se conceda a sus connacionales las mismas exenciones que acordaba a los ingleses el tratado con la Gran Bretaña. (Este tratado era nacional. Fue celebrado mientras funcionaba el congreso 1824-27, y la ley que obligaba a los extranjeros a prestar servicio militar, era provincial, dictada por la Legislatura de Buenos Aires en 1821). Los franceses procesados estaban también a disposición de autoridades provinciales.

1838

MARZO. El almirante Le Blanc, jefe de las fuerzas navales francesas en el Atlántico, insiste ante Rosas en las pretensiones del vicecónsul. La cancillería de Buenos Aires da explicaciones que no satisfacen a Le Blanc, y éste declara bloqueados todos los puertos argentinos. ABRIL. El gobierno de Santa Fe, en vista del bloqueo, pide explicaciones a Rosas e inicia negociaciones con el gobierno de Corrientes para invocar el carácter provincial del conflicto diplomático, invitando a Rosas a solucionar el conflicto en obsequio de las provincias perjudicadas. MAYO. Rosas se dirige a las provincias pidiendo la aprobación de sus gestiones diplomáticas, como encargado de las relaciones exteriores. El gobernador de Santa Fe envía a Buenos Aires la Misión Cullen. En las provincias del interior se hacen gestiones para desaprobar la conducta de Rosas. En la Legislatura de Buenos Aires se expresan opiniones favorables a una transacción. Pasquines contra Rosas y temores de revolución en la misma ciudad. JUNIO 15. Muerte de Estanislao López. Ese mismo día Oribe es derrotado por Rivera en la batalla del Palmar y el jefe insurgente queda dueño de la campaña. Cullen es elegido gobernador de Santa Fe, en reemplazo de Estanislao López. Rosas echa sobre Cullen la responsabilidad de la oposición que se acentúa en el litoral y el interior le acusa de estar en connivencia con los franceses y de haber inducido a López a contrariar la política

de Buenos Aires. Los franceses apoyan decididamente a Rivera en la Banda Oriental. JULIO-AGOSTO. Rosas y Echagüe desconocen a Cullen como gobernador de Santa Fe. Corrientes le reconoce como tal el 1.º de agosto. Echagüe y Rosas preparan revoluciones contra Cullen. SETIEMBRE. Cullen, jaqueado por Echagüe y Rosas, renuncia al gobierno de Santa Fe y huye a Córdoba, donde promueve un levantamiento. Sigue a Santiago del Estero. Ultimátum de Roger a Rosas, desde la fragata Minerva (volvía de Francia, adonde se dirigiera a principios de 1838). OCTUBRE, Juan Pablo López, con fuerzas de Rosas, se apodera del gobierno de Santa Fe, después de vencer una débil resistencia de los partidarios de Cullen. Rosas propone el arbitraje de Inglaterra en el conflicto con los franceses. Estos últimos se apoderan de la isla de Martín García. Oribe, obligado a presentar su renuncia de Presidente después de la derrota del Palmar y de los auxilios prestados por los franceses a Rivera, se embarca para Buenos Aires, donde Rosas lo recibe como a presidente constitucional del Uruguay. Echagüe, gobernador de Entre Ríos, exige al gobierno de Corrientes un pronunciamiento categórico sobre el conflicto de Rosas con los franceses. 19. Muerte de doña Encarnación Ezcurra de Rosas. NOVIEMBRE 8. Asesinato del gobernador Heredia en Tucumán. DICIEMBRE. Se formula entre los agentes franceses, el gobierno oriental (Rivera), y el de Corrientes (Berón de Astrada) una alianza ofensiva y defensiva cuya finalidad era «remover del mando de la Provincia de Buenos Aires y de toda influencia en los negocios políticos de la Confederación Argentina, la persona de don Juan Manuel de Rosas». (Ese pensamiento predominaba en algunas provincias del interior cuyos gobiernos quedaron a la expectativa hasta que Rosas triunfó, en Pago Largo, contra Berón de Astrada).

1839

ENERO 20. Batalla de Yungay en el Perú. Derrota del presidente Santa Cruz por el ejército chileno, aliado del argentino. FEBRERO 17. El agente de Rivera, Juan Pablo Duboué (francés), habiendo entrado secretamente por Santa Fe, llega a Santiago del Estero, donde se encontraba Cullen. Llevaba por misión invitar a los gobiernos del interior a levantarse contra Rosas. 25. El gobernador de Córdoba Manuel López (rosista), derrota a los sublevados de El Tío en la Trinchera. MARZO 31. Batalla de Pago Largo en Corrientes: Echagüe y Urquiza derrotan al ejército de Berón de Astrada. 10. El gobierno de Rivera (Banda Oriental) declara la guerra a Rosas. Ibarra en Santiago protege a los revolucionarios fugitivos de Córdoba. Entran a Córdoba tropas antirrosistas de Catamarca y Santiago, mandadas por Pedro Rodríguez. 20. Son derrotadas en Las Cañas por Manuel

López. ABRIL. Se organiza en Montevideo la Legión Argentina, que se pone a las órdenes de Lavalle para llevar una campaña militar contra Rosas. Lavalle se pone a las órdenes de Rivera. MAYO 22. La Legislatura de Corrientes, presionada por Echagüe, nombra gobernador a José Antonio Romero, adicto a Rosas. JUNIO 22. Cullen, entregado por Ibarra a Rosas, es fusilado en San Nicolás por orden del dictador. Rivera hace proposiciones de paz a Rosas. Echagüe cruza el Uruguay para atacar a Rivera en la Banda Oriental. Conspiración de Maza en Buenos Aires. 27. Asesinato de don Manuel Vicente de Maza en la Legislatura de Buenos Aires. 28. Fusilamiento de su hijo, el coronel Ramón Maza. JULIO. Lavalle, con la oposición de Rivera, parte de Montevideo a Martín García en buques franceses, conduciendo tropas, e inicia la campaña que terminará desastrosamente en 1841. Echagüe amenaza a Rivera en territorio uruguayo. AGOSTO. El francés Juan Pablo Duboué, denunciado a Rosas por el gobierno de Mendoza, es fusilado en esta última ciudad, después de descubierta su misión en el interior. SETIEMBRE. Parte de Martín García el ejército de Lavalle y desembarca en la costa entrerriana, cerca de Gualeguaychú. 23. Batalla de Yerúa, en Entre Ríos, cerca del Arroyo Grande; Lavalle derrota al delegado del gobierno entrerriano, Zapata, y sigue a Corrientes. OCTUBRE 6. Un pronunciamiento militar depone al gobernador de Corrientes, Romero, nombrado en mayo, y es elegido don Pedro Ferré (Echagüe en la Banda Oriental y Lavalle en marcha a Corrientes, después del triunfo de Yerúa). 18. Entrevista de Ferré con Lavalle en Curuzú Cuatiá. Lavalle se pone a las órdenes del gobernador de Corrientes para llevar la guerra contra Rosas. La Legión Libertadora acampa en El Ombú. Juan Pablo López pasa a Entre Ríos, desde Santa Fe, y hostiliza a las tropas de Lavalle. Se reúnen en la Estancia de Ezeiza (provincia de Buenos Aires) los coroneles Rico y Crámer y don Francisco Ramos Mejía para organizar la llamada «Revolución del Sur». 26. El coronel Rico proclama en Dolores el levantamiento contra Rosas. NOVIEMBRE. Batalla de Chascomús (provincia de Buenos Aires). Triunfo del ejército rosista. Muerte de Castelli y Crámer. El coronel Rico, con 300 soldados fugitivos, se embarca en un buque francés para la Banda Oriental. La Legislatura de Buenos Aires sanciona el proyecto por el cual los representantes ponen a disposición de Rosas «sus personas, sus bienes, su fama, para el sostén de las leyes, de la independencia nacional y de la santa causa de la libertad americana». DICIEMBRE 29. Batalla de Cagancha. El Presidente Rivera derrota a Echagüe en territorio de la Banda Oriental.

ENERO. Echagüe pasa el Uruguay hacia Entre Ríos, después de la derrota de Cagancha. Lavalle en Entre Ríos. El general Garzón se incorpora al ejército de Echagüe. ABRIL 6. Combate de Cayastá, cerca de la ciudad de Santa Fe. Juan Pablo López derrota a Mariano Vera, que había llevado un ataque a Santa Fe, con tropas de Lavalle y Ferré, desde Corrientes. 10. Batalla de Don Cristóbal, cerca de Diamante, ventajosa para Lavalle. 13. Manifiesto de los gobernadores de La Rioja y Catamarca, en el mismo sentido. JULIO 6. Batalla del Sauce Grande (entre Diamante y Paraná), favorable para Echagüe. 20. Las tropas de Lavalle son embarcadas en la escuadra francesa y pocos días después desciende el Paraná. El general Paz llega a Corrientes y se pone a las órdenes de Ferré. Prepara el ejército de Caaguazú (1841). AGOSTO 5. Lavalle desembarca en San Pedro. 29. Acampa en Merlo con su ejército, a dos leguas del ejército de Rosas. 30. Oribe pasa de Entre Ríos a San Nicolás con 700 jinetes y 300 infantes. Lavalle retrograda y se dirige a Santa Fe. SETIEMBRE. Llega a Montevideo el diplomático francés Barón de Mackau, con instrucciones para tratar con Rosas. 16. Decreto de Rosas por el que confisca los bienes de los unitarios. 17. Oribe se incorpora al ejército de Juan Pablo López. 23. Lavalle entra en la ciudad de Santa Fe, defendida por el general Garzón. 24. Los agentes de las provincias del Norte, nombran Director de la Liga del Norte contra Rosas, al general Tomás Brizuela. Crímenes de la Mazorca en Buenos Aires. OCTUBRE. Mandeville, en nombre de Rosas, propone un tratado a Mackau. 31. Convenio Arana Mackau que da por resuelto el conflicto con Francia. NOVIEMBRE. Lavalle abandona Santa Fe y se dirige a Córdoba. 28. Oribe derrota a Lavalle en Quebracho Herrado (límite de ambas provincias).

ENERO. Lavalle se dirige de Córdoba a Catamarca, para organizar las fuerzas del Norte y oponerlas al ejército de Oribe; triunfante en Quebracho Herrado. Vilela, oficial de Lavalle, es derrotado por el general Pacheco en San Calá. MARZO. Intento fracasado de la «máquina infernal» contra Rosas. ABRIL. Oribe deja su cuartel de Córdoba y se dirige al Norte en busca de Lavalle. MAYO. El almirante Brown derrota la escuadra de Rivera, mandada por Cohe, en el Río de la Plata. JUNIO. El ministro inglés ofrece su mediación amistosa en la guerra con Rivera. Derrota y muerte de Brizuela en La Rioja. JULIO 11. Entrevista de Lavalle y

Lamadrid en Catamarca. AGOSTO. El general Acha en San Juan. Batalla de Angaco en que Acha derrota al general Aldao. Rendición de Acha en San Juan. Lamadrid llega a San Juan después de la rendición de Acha. Benavidez (rosista) en Mendoza. SETIEMBRE. Lamadrid en Mendoza. Fusilamiento de Acha. 24. Batalla de Rodeo del Medio, en Mendoza; el general Pacheco derrota completamente a Lamadrid. 19. Batalla de Famaillá: Oribe derrota a Lavalle. Echagüe desde Entre Ríos invade con un ejército la provincia de Corrientes. OCTUBRE. Fusilamiento de oficiales unitarios en Tucumán y decapitación de Avellaneda. Los soldados correntinos de Lavalle se dirigen a Corrientes por el Chaco. 8. Muerte de Lavalle en Jujuy. NOVIEMBRE 5. Juan Pablo López firma un tratado secreto con el gobierno de Corrientes, desligándose de Rosas. (No lo hará público hasta abril del año siguiente.) 28. Batalla de Caaguazú: triunfo del ejército antirrosista al mando del general Paz, sobre Echagüe. DICIEMBRE. El ejército victorioso del general Paz pasa a Entre Ríos. Paz confisca los bienes de los hombres adictos a Echagüe y Urquiza. La Legislatura de Entre Ríos elige gobernador a Urquiza.

1842

ENERO. Paz en Entre Ríos. Rivera cruza con tropas el Uruguay para intervenir en los asuntos del litoral argentino. Urquiza con 500 hombres cruza el Paraná hacia la provincia de Buenos Aires. La Legislatura de Entre Ríos elige gobernador provisorio a don Pedro Pablo Seguí, en reemplazo de Urquiza. FEBRERO. Paz y Ferré en Paraná. Se reúnen en esta ciudad los representantes de Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos y Banda Oriental para acordar la campaña contra Rosas. Disidencias entre Ferré y Paz y entre Paz y Rivera. MARZO. Paz es nombrado gobernador por la Legislatura de Entre Ríos contra el parecer de Ferré. ABRIL. Tropas de Paz son derrotadas por partidas federales entrerrianas en Nogoyá. El general Paz se retira de Paraná hacia la costa del Uruguay. Tratado llamado «de Galarza» por el cual se encomienda a Rivera la dirección de la guerra. El general Paz se dirige a la Banda Oriental. Crímenes de la Mazorca en Buenos Aires. Oribe llega del interior a la provincia de Santa Fe y denota a las tropas de Juan Pablo López en el paso de Aguirre y en Coronda. Se apodera de la ciudad. López y sus dispersos huyen a Corrientes. Echagüe va a Santa Fe desde Buenos Aires con tropas de Rosas. Es nombrado gobernador provisorio por Oribe. Empiezan a pasar tropas de Oribe a la provincia de Entre Ríos. JUNIO. Garibaldi sale de Montevideo y logra pasar por Martín García remontando con una escuadrilla oriental el Paraná. AGOSTO. Brown derrota a Garibaldi en la Costa Brava. Los ministros de Francia e Inglaterra se dirigen a Rosas proponiendo una

mediación amistosa con el gobierno oriental. Hacen presente que Rivera quiere la paz y que la pretensión de restaurar a Oribe como presidente del Uruguay es inadmisibile. SETIEMBRE 22. La Legislatura de Santa Fe nombra gobernador a Pascual Echagüe. OCTUBRE. Rosas contesta a los ministros extranjeros (francés e inglés) que el titulado presidente del Uruguay, Rivera, perturba la paz de la República, que ha invadido y saqueado la provincia de Entre Ríos perteneciente a la Confederación Argentina y que el gobierno desea la restauración de la autoridad legal del Uruguay (Oribe), única que reconoce. NOVIEMBRE. La Legislatura de Buenos Aires aprueba la respuesta de Rosas a los ministros extranjeros. Éstos, ya en comunicación con Rivera y los unitarios de Montevideo, hacen saber a Rosas que para defender los intereses de sus connacionales deberán recurrir a otras medidas. Pasan caballadas de refresco desde la provincia de Buenos Aires para Oribe, en Entre Ríos, por el Tonelero. Rivera pasa con todas sus fuerzas a Entre Ríos y se le agregan los correntinos del ejército de Caaguazú. DICIEMBRE 6. Batalla de Arroyo Grande, en Entre Ríos, sobre el Río Uruguay. Desastre de Rivera y del ejército unitario.

1843

ENERO. Rivera llega a Montevideo en momentos en que el general Paz organiza la defensa de la plaza (después de la batalla de Arroyo Grande). FEBRERO 16. Oribe llega al Cerrito de la victoria, y establece el sitio de Montevideo (febrero 1843 - octubre 1851). MARZO. El gobierno de Rosas declara bloqueado el puerto de Montevideo y ordena a Brown que impida la entrada de armas y víveres a la plaza. Los hermanos Madariaga cruzan el río Uruguay desde el Brasil, para levantar la provincia de Corrientes contra Rosas (por el punto hoy llamado Paso de los Libres). Después del desastre de Arroyo Grande, Ferré huye al Brasil y fue elegido gobernador don Pedro Dionisio Cabral, adicto a Rosas. ABRIL. El comodoro Purvis, jefe de la escuadra inglesa en las costas de Sud América, comunica a Brown el desconocimiento del bloqueo. Bombardea la escuadra argentina en la bahía de Montevideo y la inmoviliza. Oribe comunica a los agentes extranjeros en Montevideo que domina la mayor parte del territorio y que habiendo extranjeros que combaten contra él, no respetará las personas ni bienes de dichos individuos. Rosas reclama ante el ministro Mandeville por la actitud de Purvis toda vez que la Confederación está en paz con Inglaterra. Se incorporan legiones extranjeras al ejército de la defensa de Montevideo. AGOSTO. Los hombres de la defensa de Montevideo deciden enviar una misión diplomática a Inglaterra y Francia para solicitar la intervención armada de estos países. Misión

de Florencio Varela. Se proyecta la segregación de Entre Ríos, Corrientes y Misiones para la formación de un estado independiente, unido a la Banda Oriental. Joaquín Madariaga derroca al gobernador de Corrientes, Cabral, y prepara una invasión a Entre Ríos, aprovechando la ausencia de Urquiza, que ha cruzado a la Banda Oriental. SETIEMBRE. El ejército de Urquiza adquiere serias ventajas en la Banda Oriental derrotando a Rivera en combates parciales. No habiendo sido aprobada la conducta de Purvis, en el Río de la Plata, Rosas restablece el bloqueo de Montevideo haciéndolo extensivo a Maldonado. Se niega a aceptarlo el jefe de la Estación Naval Brasileira, alegando que los buques de su nación introducen víveres a la plaza sitiada. Rosas da los pasaportes al ministro brasileño Pontes Riveiro. El gobierno del Brasil envía al conde de Abrantes en misión diplomática cerca de Francia e Inglaterra para cooperar a la intervención en el Plata. El cónsul francés en Montevideo desautoriza a sus connacionales para formar como «Legión Extranjera» en el ejército de la defensa.

1844

ENERO. Urquiza derrota a Rivera en la batalla del Sauce (Banda Oriental). ABRIL. Acción del Pantanoso ganada por las fuerzas sitiadoras frente a las líneas de defensa de Montevideo. Invasión de Madariaga a Entre Ríos. Es batido por el general Garzón en las Puntas del Palmar, cerca de Arroyo Grande. Asesinato del gobernador delegado de Entre Ríos don Cipriano Urquiza, en Nogoyá. JULIO. El general Paz, en desacuerdo con los jefes de la defensa de Montevideo abandona la plaza y por el Brasil (Río Grande) se dirige a Corrientes para organizar otro ejército contra Rosas, ayudado por los Madariaga. (Llevaba la representación del gobierno oriental ante el Paraguay). AGOSTO-DICIEMBRE. Graves disidencias entre el gobierno de Montevideo y los jefes de la defensa. «Sólo un milagro —dice el general Paz— y la intervención europea, han podido hacer que no caiga la plaza en poder de Oribe».

1845

ENERO. Los gobiernos de Francia e Inglaterra deciden el envío de la «mediación armada» al Río de la Plata, a cargo de los comisionados Ouseley y Deffaudis. La Legislatura de Corrientes nombra a Paz «general en jefe del Ejército Aliado Pacificador». FEBRERO. El general Paz fortifica la tranquera de Loreto, al

norte de la provincia, previendo la invasión de Urquiza a Corrientes. MARZO 27. Batalla de India Muerta en territorio oriental. Urquiza derrota a Rivera obligándolo a huir al Brasil. Llegada de los ministros Ouseley y Deffaudis al Río de la Plata. Primer Memorándum de Ouseley a Rosas. Mediación del Encargado de Negocios de Estados Unidos, rechazada por los comisionados. Exigen retiro de las fuerzas de Oribe y levantamiento del bloqueo. MAYO. Oribe, dueño de la campaña de la Banda Oriental con el triunfo de India Muerta, convoca una Asamblea Legislativa para elegir Presidente de la República. Los almirantes Lainé e Inglefield, jefes de las escuadras francesa e inglesa, declaran que no permitirán ninguna hostilidad contra Montevideo. JUNIO. Juan Pablo López, dirigido por el general Paz desde Corrientes, emprende un ataque a Santa Fe por el Chaco. JULIO. Rosas exige como contestación a las imposiciones de los agentes extranjeros, que se reconozcan sus derechos de beligerante en la guerra contra Montevideo y se respete el bloqueo de la plaza. Los ministros Ouseley y Deffaudis piden sus pasaportes. Juan Pablo López se apodera de Santa Fe. Huida de Echagüe (el gobernador) a Buenos Aires. AGOSTO. Echagüe vence a Juan Pablo López y retoma Santa Fe. López se retira hacia el norte y sufre una completa derrota en Malabrigo el 12. Los almirantes Lainé e Inglefield, por orden de los comisionados diplomáticos, bombardean la escuadra argentina y se apoderan de sus buques en el Río de la Plata. Declaran bloqueados los puertos argentinos ocupados por Rosas. La escuadra anglofrancesa se apodera de la Colonia. SETIEMBRE. Toma de Martín García. Asalto y saqueo de Gualeguaychú por Garibaldi (29). Rechazo de la escuadrilla extranjera en Paysandú por el general Garzón. OCTUBRE. Toma del Salto Oriental por Garibaldi. NOVIEMBRE. Las escuadras inglesa y francesa remontan el Paraná. 18. Batalla de Obligado. Las escuadras logran pasar no obstante la fuerte resistencia de las baterías argentinas al mando del general Lucio Mansilla. Tratado de alianza contra Rosas entre los gobiernos de Corrientes y Paraguay. (El gobierno de Paraguay contribuía con 4 400 hombres y Corrientes cedía parte de su territorio).

1846

ENERO 16. Mansilla cañonea los buques ingleses que convoyan 52 barcos mercantes Paraná arriba, causándoles pérdidas. El general Urquiza desde Entre Ríos abre la campaña contra el general Paz en Corrientes. En Pago Largo, Paz se retira ante el avance de Urquiza. FEBRERO 2. Tropas inglesas que desembarcan en Obligado son derrotadas por el coronel Thorne. 4. Batalla de Laguna Limpia en Corrientes: Urquiza derrota la vanguardia de Paz y toma prisionero al general Juan Madariaga. Joaquín Madariaga, hermano del prisionero, acepta luego

proposiciones de paz y alianza por parte de Urquiza. 10. Buques de guerra ingleses bombardean el paso del Tonelero. 14. En Montevideo se crea una Asamblea de Notables en sustitución de las cámaras existentes hasta entonces. Predominio del partido antirriverista. Disidencias políticas en la plaza sitiada. Combate de San Antonio en la costa oriental del Uruguay: Garibaldi rechaza las fuerzas oribistas y es ascendido a general uruguayo en Montevideo. MARZO. Rivera, nombrado ministro uruguayo en el Paraguay, con objeto de alejarlo de Montevideo, vuelve a esta última ciudad desde Río de Janeiro. El presidente Suárez deja sin efecto la misión de Rivera y lo destierra. Lord Palmerston interpela y critica fuertemente al gobierno inglés por los asuntos del Plata en el parlamento. Peel, primer ministro, promete la paz. ABRIL 1. Revolución riverista en Montevideo. Triunfa la revolución y Rivera es nombrado por Suárez general en jefe del ejército en campaña. Se une a Garibaldi. El gobernador delegado de Corrientes, Acosta, destituye al general Paz del cargo de Director de la guerra y general en jefe. 21. Ataque e incendio de buques argentinos en la Ensenada (río de la Plata) por los anglofranceses. Paz se retira de Corrientes al Paraguay y luego al Brasil hasta 1852. JUNIO 4. Combate del Quebracho cerca de San Lorenzo. Las baterías costeras al mando de Mansilla bombardean un convoy compuesto de 12 buques de guerra y 95 mercantes que bajaba el Paraná, causándoles pérdidas considerables. Este hecho determina serios quebrantos en la economía de la plaza sitiada (Montevideo). JULIO. Como consecuencia de la nueva política conciliatoria de Inglaterra y Francia, llega como nuevo comisionado anglofrancés a Buenos Aires, Mr. Tomas Samuel Hood, enviado por aquellas potencias para tentar un arreglo pacífico. Aceptadas sus proposiciones por Rosas, debía entrevistarse con Oribe y los jefes de la plaza de Montevideo. AGOSTO. Conferencias de Hood con Oribe y con los hombres de Montevideo. Estos rechazan las proposiciones acompañados en su actitud por los comisionados Ouseley y Deffaudis quienes dan impulso a la guerra proporcionando refuerzos a los sitiados y negándose a levantar el bloqueo. Tratado de Alcaraz entre Urquiza y Madariaga, gobernadores de Entre Ríos y Corrientes. DICIEMBRE 7. Palmerston declara confidencialmente a Guizot «que el bloqueo francés y británico del Plata ha sido ilegal desde el primer momento». Toma de Paysandú por Rivera. El comisionado Hood se embarca para su país después de interrumpidas sus relaciones con los comisionados Ouseley y Deffaudis.

1847

ENERO. Las fuerzas de Oribe recobran posiciones perdidas. 8. Servando Gómez retoma el Salto. 28. Paysandú. 24. Rivera es derrotado en la sierra de las

Animas y perseguido hasta Maldonado. FEBRERO 3. Lucas Moreno retoma el Carmelo. Los riveristas quedan con Colonia. Montevideo y Maldonado, sitiados. MAYO. Desembarcan en Buenos Aires los comisionados de Inglaterra y Francia, Lord Howden y el conde de Walewski. MAYO y JUNIO. Conferencias Howden, Walewski, Rosas y Arana. Howden, según instrucciones de Palmerston, muéstrase inclinado a la paz, no así Walewski, Urquiza denuncia el tratado de Alcaraz, que habla sido desconocido por Rosas quien a su vez presentó otro proyecto, no aceptado por Madariaga. Estado de guerra entre Corrientes y Entre Ríos. JULIO 7. Los comisionados extranjeros (Howden-Walewski) proponen un armisticio a Oribe y éste lo acepta. Se niega el gobierno de Montevideo «porque dice el levantamiento del bloqueo reduciría a nada nuestras rentas haciendo pasar el comercio al Buceo, y creando a Oribe nuevos recursos, etcétera». 15. Howden ordena al almirante Herbert que levante el bloqueo declarando que los jefes de la plaza «no son agentes libres sino dominados por una guarnición extranjera». SETIEMBRE. Rivera inicia negociaciones con Oribe y da cuenta al presidente Suárez, de Montevideo. OCTUBRE. El gobierno de Montevideo destituye y destierra a Rivera. NOVIEMBRE 27. Batalla de Vences en Corrientes. Urquiza derrota completamente a los Madariaga y afianza en la provincia una situación adicta con los hermanos Virasoro que le secundarán en el levantamiento contra Rosas. Reclamo de Rosas al gobierno de Chile por la ocupación del estrecho de Magallanes.

1848

ENERO. Con el levantamiento del bloqueo por parte de Inglaterra (julio, 1847), y la victoria de Vences (noviembre, 1847). Rosas consolida su poder, muchos emigrados vuelven a Buenos Aires y logran la restitución de sus bienes confiscados. En este años se produce en Francia la revolución que echa abajo la monarquía de Luis Felipe de Orleans y se establece la segunda república. Este hecho tiene repercusión en los asuntos del Plata. FEBRERO. Revolución republicana en Francia. Caída de Luis Felipe. MARZO. Llegan a Montevideo los comisionados de Inglaterra y Francia, Gore y Gros. El gobierno de Montevideo se dirige al cuerpo diplomático y consular extranjero solicitando un préstamo de \$ 50.000 para subsistir. 20. Asesinato de Florencio Varela en Montevideo. 22. Gore y Gros solicitan de Oribe una declaración de amnistía para el caso de entrar en Montevideo y como base para una negociación. (Oribe acepta en principio y los comisionados se dirigen al gobierno de Montevideo previniendo que en caso de rechazo levantarán el bloqueo terminando la mediación). Oribe consulta a Rosas que se muestra disconforme por no haberse tenido en cuenta los agravios a la

Confederación Argentina. Oribe declara después que su causa está ligada a la Argentina y los hombres de Montevideo celebran la actitud de Rosas que significa la salvación de la plaza. JUNIO. Francia se obliga por un convenio a subvenir a los gastos del gobierno de Montevideo, hipotecándosele las entradas de aduana. JULIO. El almirante Le Predour, jefe de la escuadra francesa, comunica al gobierno de Buenos Aires que ha recibido órdenes de levantar el bloqueo de las costas de la Confederación y limitarlo al bloqueo de los puertos orientales ocupados por Oribe. Fracasa en Montevideo una revolución para reconocer a Oribe bajo condición de amplia amnistía. AGOSTO. El gobierno de Buenos Aires declara que no se recibirá en el puerto buques que hagan escala en Montevideo. Lucas Moreno, oficial de Oribe, toma la Colonia. 18. Fusilamiento de Camila O’Gorman y el cura Gutiérrez en Buenos Aires, que provoca indignación entre los mismos partidarios políticos del dictador. NOVIEMBRE. El gobierno de Entre Ríos protesta ante el de Buenos Aires por la prohibición de extraer oro y pólvora para las provincias. (Debían aceptar el papel moneda de la provincia de Buenos Aires). DICIEMBRE. Llega a Buenos Aires el nuevo ministro inglés Mr. Henry Southern, para tratar con Rosas. (En 1849 se firma el tratado definitivo con Inglaterra).

1849

ENERO. El contralmirante Le Predour presenta una nota al gobierno de Buenos Aires «para operar una reconciliación entre ambos gobiernos». Arana presenta un proyecto de Convención fundada en las bases Hood que se remite al gobierno francés. Rosas somete a estudio de Vélez Sársfield la Memoria presentada por De Angelis sobre el conflicto con Chile. ABRIL. El parlamento inglés considera las bases de paz presentadas por el gobierno de Rosas y las acepta sin modificaciones. MAYO. Suspensión de armas entre las fuerzas sitiadas y sitiadoras de Montevideo por intervención de Le Predour. NOVIEMBRE 24. Convención Arana-Southern. Desalojo de Martín García, devolución de buques, reconocimiento de la navegación interior del Paraná, saludo de veintiún cañonazos al pabellón argentino, etcétera. DICIEMBRE. El barón de Jacuhy invade con fuerzas brasileras el territorio oriental lo que provoca luego el rompimiento de relaciones de Rosas con Brasil. (La invasión se hacía de acuerdo con los hombres de la defensa de Montevideo).

1850

ENERO. Tropas oribistas al mando del coronel Lamas derrotan a las del barón Jacuhy en Tacumbú, cerca del Cuareim. FEBRERO. El gobierno de Rosas protesta ante el gobierno del Brasil por las invasiones del barón de Jacuhy al territorio oriental. JUNIO. El ministro argentino, general Tomás Guido, presenta un Memorial al gobierno del Brasil por su conducta en los asuntos de Uruguay y Paraguay. AGOSTO. Muerte del general San Martín. Lega su espada a Rosas. Convención Arana-Le Predour. SETIEMBRE. Contrato de subsidios a Montevideo, firmado en Río de Janeiro por Andrés Lamas, Pacheco y Obes y Evangelisto de Souza. (Desde julio de ese año Francia había reducido el subsidio y la situación de la plaza se hacía insostenible). DICIEMBRE. Por orden de Rosas el ministro argentino general Guido se retira de Río de Janeiro y quedan rotas las relaciones con el imperio del Brasil.

1851

ABRIL 5. Circular de Urquiza a los gobiernos de las provincias incitándoles a levantarse contra Rosas: «Las provincias deben sostener sus pactos federales no tolerando el criminal abuso que el gobierno de Buenos Aires ha hecho», etcétera. Se formaliza la alianza con Corrientes. Urquiza comisiona a Cuyás y Sampere para celebrar un tratado con el Brasil y el gobierno de Montevideo (exceptuando Corrientes, las provincias no responden al llamado de Urquiza). MAYO 1. Pronunciamiento público de Urquiza contra Rosas en Concepción del Uruguay. Decreto de Urquiza aceptando la renuncia de Rosas y declarando que el pueblo entrerriano reasume la soberanía delegada en la persona del gobernador de Buenos Aires, para el cultivo de las relaciones exteriores de acuerdo al pacto de 1831. Se sustituye el lema «Mueren los salvajes unitarios», por el de «Mueran los enemigos de la organización nacional». MAYO 25. Proclama de Urquiza a los pueblos de la República. 29. Tratado entre Manuel Herrera y Obes por el gobierno de Montevideo, Cuyás y Sampere por Entre Ríos y Silva Pontes por el Brasil (en Montevideo). JUNIO. La Legislatura de Córdoba declara «infame traición» la actitud de Urquiza «que se había prostituido a servir de avanzada al gobierno brasilero» (en idéntico sentido se pronuncian las legislaturas de otras provincias y envían delegaciones al gobierno de Buenos Aires). Urquiza, Herrera y Obes y Garzón conferencian en Concepción del Uruguay. JULIO. Urquiza y Garzón pasan

con sus tropas a la Banda Oriental. Cunde la desmoralización en el ejército de Oribe. Se pasa a Urquiza el general Servando Gómez con toda la vanguardia de Oribe. Este adopta una actitud pasiva y se inclina a capitular con Urquiza. Grandes manifestaciones de adhesión a Rosas en Buenos Aires. AGOSTO 3. El gobierno de Montevideo comunica al almirante Le Predour que ha resuelto romper el armisticio que celebró con Oribe en mayo de 1849. 18. Rosas declara la guerra al Brasil. SETIEMBRE. Mensaje de Rosas a las provincias calificando duramente la actitud de Urquiza y expresando que las circunstancias le obligan a continuar en el mando para defender la independencia del país. OCTUBRE. Grandes homenajes a Rosas en Buenos Aires. 8. Capitulación de Oribe con Urquiza frente a Montevideo, muy honrosa para Oribe. Urquiza declara que «no hay vencedores ni vencidos» y gran parte de las tropas de Oribe se incorporan a su ejército. 12. Andrés Lamas como ministro del Uruguay firma en Río de Janeiro un tratado por el que el gobierno de Montevideo cede al Imperio del Brasil una gran extensión del territorio oriental. Nuevo tratado de Entre Ríos, Montevideo y el Imperio (celebrado en Montevideo), para hacer la guerra a Rosas (el primero sólo se refería al Uruguay). El emperador pone armas y soldados y 400.000 patacones. Urquiza hipoteca al Brasil las rentas y tierras públicas de las provincias de Entre Ríos y Corrientes. NOVIEMBRE. Urquiza vuelve con su ejército a Entre Ríos y acampa en Gualaguaychú. La escuadra brasileña en el Río de la Plata. DICIEMBRE. El coronel Lagos (rosista) toma posiciones sobre el río Arrecifes. Pacheco, jefe de las fuerzas del sur de Buenos Aires, se muestra vacilante en sus planes y operaciones. 17. Combate entre los buques brasileños que remontan el Paraná y las baterías a cargo de Mansilla en las «Barrancas de Acevedo». Juan Pablo López prepara en Santa Fe la revolución contra Echagüe. 23. El ejército de Urquiza inicia el pasaje del río Paraná frente a Diamante (25.000 hombres, 50.000 caballos, 43 cañones).

1852

FEBRERO 3. Batalla de Caseros.



JOSÉ LUIS BUSANICHE (Santa Fe, 1892 - Buenos Aires, 1959). Abogado e historiador argentino.

Entre sus obras se destacan «San Martín visto por sus contemporáneos», «Rosas visto por sus contemporáneos» y «Lecturas de Historia Argentina. Relatos de Contemporáneos, 1527-1870» reeditado en 1959 bajo el título de Estampas del Pasado.

Busaniche es uno de los exponentes más destacados de la corriente denominada Revisionismo histórico en Argentina.

## Notas al Prólogo

<sup>[1]</sup> Discurso de José Manuel Estrada en el Frontón Buenos Aires, el 13 de abril de 1890. <<

## Notas al Capítulo 1

<sup>[1]</sup> Gregorio Aráoz de Lamadrid, *Memorias*, t. I. <<

<sup>[2]</sup> Lucio V. Mansilla. *Entre nos. Causeries de los jueves*, Buenos Aires, 1889, pág. 252. Los títulos de estos relatos en su mayoría han sido puestos por el colector y extraídos casi siempre del mismo texto de la narración (Nota del compilador). <<

## Notas al Capítulo 2

[1] Véanse los documentos publicados por Luis Alberto de Herrera en *La Misión Ponsonby*, t. II, Montevideo, 1930. <<

[2] La palabra *esquina* está empleada en el sentido de *pulpería* (Nota del compilador). <<

[3] Lamadrid, ob. cit., t. I. <<

[4] Enrique M. Barba, *Cómo llega Juan Manuel de Rosas al poder*, Buenos Aires, 1951. <<

[5] Tomás de Iriarte, *Memorias. Rosas y la desorganización nacional*. Juicio crítico del coronel Benjamín Rattenbach. *Vida y obras del general Tomás de Iriarte*, por Enrique Udaondo. Estudio preliminar de Enrique de Gandía. Buenos Aires, Ediciones Argentinas S. I. A., 1946, pág. 187. <<

[6] *Revista del Río de la Plata*, t, V, pág. 596. Citado por Ricardo Rojas en *La Literatura Argentina*, t III, Buenos Aires, 1920. <<

[7] Iriarte, ob. cit., pág. 188. <<

[8] *Memorias del Brigadier General Pedro Ferré*, Buenos Aires, 1921, págs. 48-53. <<

[9] Iriarte, ob. cit., págs. 224-226. <<

[10] Iriarte, ob. cit., pág. 246. <<

[11] Arcaísmo por *consecución* (Nota del compilador). <<

[12] José Luis Busaniche, *El bloqueo francés de 1838 y la misión Cullen*, Federalismo y Rosismo, Ed. Huarpes, Buenos Aires. <<

[13] Me veo obligado a significar en los términos más expresivos mi agradecimiento al gobierno de Buenos Aires por la generosa amabilidad con que se me facilitaron pasaportes para todas las partes del país como naturalista del *Beagle* (*nota de Darwin*). <<

<sup>[14]</sup> Esta profecía ha resultado una completa y lastimosa equivocación: 1845 (*nota de Darwin*). Esta nota fue escrita por Darwin cuando su país entró en guerra con la Confederación Argentina (Nota del compilador). <<

<sup>[15]</sup> Carlos Darwin, *Diario de viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Edición Calpe, Madrid, 1921, t. I, págs. 102-106. Traducción de Juan Mateos. <<

### Notas al Capítulo 3

[<sup>1</sup>] Dorrego fue fusilado en Navarro el 13 de diciembre de 1828. <<

[<sup>2</sup>] Volatín: volatinero, el que hacía ejercicios acrobáticos (Nota del compilador). <<

[<sup>3</sup>] *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, t. LXI - Carta de Gutiérrez del 25 de abril de 1835. <<

[<sup>4</sup>] La iglesia de San Ignacio, Alsina y Bolívar (nota del compilador). <<

[<sup>5</sup>] Lamadrid, *Memorias*, t. II. <<

[<sup>6</sup>] Muchas mercedes (Notas del compilador). <<

[<sup>7</sup>] Gregorio F. Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, t. II, Buenos Aires, 1921, pág. 458. <<

[<sup>8</sup>] José M. Paz, *Memorias*, t. II, cap. XXIII. <<

[<sup>9</sup>] Pedro Ferré, *Memorias*, pág. 519. <<

[<sup>10</sup>] John F. Cady, *La intervención extranjera en el Río de la Plata, 1838-1850*. Traducción de Juan M. Uteda. Introducción de Luis A. Podestá Costa. Buenos Aires, 1943. <<

[<sup>11</sup>] Adolfo Saldías, *Papeles de Rosas*, La Plata, 1904-1907, 2 tomos. <<

## Notas al Capítulo 4

<sup>[1]</sup> Cady, ob. cit. <<

<sup>[2]</sup> Más adelante, capítulo VI, se hablará de las consecuencias de este combate en la política interna. <<

<sup>[3]</sup> José Luis Bustamante. *Los cinco errores capitales de la intervención anglofrancesa en el Plata*, Montevideo. 1849. Hay reedición de la Editorial Solar. Buenos Aires, 1942. <<

<sup>[4]</sup> Cady. ob. cit., pág. 229. <<

<sup>[5]</sup> Fragmentos de correspondencia diplomática copiados en el *Foreign Office* y facilitados al autor por el señor Carlos Jewell desde Londres. Referencias a una de estas cartas, la que dice: «... no hay país en el mundo donde la diplomacia inglesa se encuentre más desamparada», se hallan en el libro de John F. Cady, *Foreign Intervention in the Río de la Plata*. <<

<sup>[6]</sup> *Un fils de Napoléon 1er. dans le pays de la Plata sous la dictature de Juan Manuel de Rosas*. La mission du comte Colonna Walewski en Argentine et en Uruguay (1847) d'après de nombreux documents argentins, uruguayens, français et anglais, par Jacques Duprey, Montevideo, 1937. Textos traducidos por José Luis Busaniche. <<

<sup>[7]</sup> Esto fue escrito por Mac Cann en 1852, después de Caseros. <<

<sup>[8]</sup> William Mac Cann, *Viaje a caballo por las Provincias Argentinas*. Traducción de José Luis Busaniche, Buenos Aires, 1939, capítulo IX. <<

<sup>[9]</sup> Manuel Bilbao, *Tradiciones y Recuerdos de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1934, pág. 180. El señor Bilbao había publicado en 1902 otro libro titulado *Buenos Aires desde su fundación*, con prólogo de don Vicente Fidel López. En su segundo libro, formado al parecer con materiales reunidos desde mucho tiempo antes, se declara: «Más de treinta años hemos empleado en esto»... es decir en reunir tradiciones relativas a Buenos Aires. Por esta circunstancia, y por la verosimilitud del relato de N. N, nos inclinamos a tenerlo por auténtico. <<

## Notas al Capítulo 5

<sup>[1]</sup> John F. Cady, ob. cit., pág. 176. <<

<sup>[2]</sup> José Luis Bustamante. *Los cinco errores capitales de la intervención anglofrancesa en el Plata*. <<

<sup>[3]</sup> Copia (en inglés) de su original existente en el *Foreign Office* y cedida al autor por el señor Carlos Jewell, residente en Londres. <<

<sup>[4]</sup> Los antecedentes inmediatos de esta batalla se hallarán en el capítulo siguiente. <<

<sup>[5]</sup> Saldías, ob. cit., t. V. <<

<sup>[6]</sup> Saldías, ob. cit. <<

<sup>[7]</sup> Memoria póstuma. Manuscrito que perteneció al doctor Saldías y transcrito fragmentariamente por él. <<

<sup>[8]</sup> Samuel Green Arnold, *Viaje por América del Sur, 1847-1848*, traducción de Clara de la Rosa, prólogo de José Luis Busaniche. Emecé Editores, Buenos Aires, 1951. <<

<sup>[9]</sup> Lucio V. Mansilla dice que se cortó el dedo con un lazo en el campo. V. *Entre-Nos*. Es más directa y verosímil la versión de Arnold (Nota del compilador). <<

<sup>[10]</sup> La arquitectura de la casa de Palermo es invención de Rosas. Edificios de habitación incómodos por falta de separación, con patio en torno y construcciones abiertas en las esquinas que imitan en mampostería el galpón de las estancias como las columnas dóricas recordaban en el arte griego los puntales de madera (horcones) que sostenían la techumbre de la choza en los pueblos primitivos (*Nota de Sarmiento*). <<

<sup>[11]</sup> *Obras completas de Sarmiento*. XXVII, Abraham Lincoln, Dalmacio Vélez Sársfield, Editorial Luz del Día, Buenos Aires, 1952, pág. 327. <<

<sup>[12]</sup> Xavier Marmier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850*. Traducción de José

Luis Busaniche. Buenos Aires, pág. 83. <<

<sup>[13]</sup> Manuel Bilbao, *Vindicación y Memorias de don Antonino Reyes*, t. I, pág. 220. Buenos Aires, 1883. <<

<sup>[14]</sup> Marmier, ob. cit., pág. 61. <<

## Notas al Capítulo 6

[<sup>1</sup>] Saldías, ob. cit. <<

[<sup>2</sup>] Samuel Green Arnold, ob. cit. <<

[<sup>3</sup>] El patacón era una moneda de plata de peso de una onza. Se le llamaba también *peso fuerte* y en España *peso duro*. <<

[<sup>4</sup>] *Colección de Tratados celebrados por la República Argentina con las naciones extranjeras*. Publicación Oficial, t. I, Buenos Aires, 1884. Declaro que este tratado lo he conocido después de escribir en otra ocasión —fiado en afirmaciones ajenas que Urquiza no había comprometido nunca la soberanía de su país. Hoy me inclino a creer lo contrario. «Nada envejece tanto como un libro de Historia...», dijo Menéndez y Pelayo. <<

[<sup>5</sup>] Benito Hortelano, *Memorias*, Madrid, 1936. <<

[<sup>6</sup>] Se han suprimido en el texto algunas digresiones sin alterar en nada su conjunto (Nota del compilador). <<

[<sup>7</sup>] Lucio V. Mansilla, *Entre-Nos. Causeries de los jueves*, Buenos Aires, 1889, t. I, págs. 120 a 149. <<

[<sup>8</sup>] Saldías, ob. cit. <<

[<sup>9</sup>] General César Díaz, *Memorias*, Ediciones Argentinas Solar, Buenos Aires, 1943, pág. 248. <<

[<sup>10</sup>] César Díaz, ob. cit., pág. 285. <<

[<sup>11</sup>] César Díaz, ob. cit., pág. 277. <<

## Notas al Capítulo 7

<sup>[1]</sup> Carta de Rosas, Dellepiane, *Rosas en el destierro*, Buenos Aires, 1950, pág. 131. <<

<sup>[2]</sup> Dellepiane, ob. cit. <<

<sup>[3]</sup> Lucio V. Mansilla, ob. cit., pág. 152. <<

<sup>[4]</sup> En lo sustancial, eso fue cuanto se discutió. <<

<sup>[5]</sup> Antonio Díaz, *Historia política y militar de las repúblicas del Plata*, Buenos Aires, 1878. José Luis Bustamante, *Bosquejo de Historia civil y política de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1856. <<

<sup>[6]</sup> Antonio Dellepiane, *Nuevos documentos de Rosas en el destierro*, en Boletín de la Academia Nacional de la Historia, t. XI, Buenos Aires, 1938, págs. 81-87. <<

<sup>[7]</sup> Yo la he tomado del conocido libro de Carlos Ibarguren, *Manuelita Rosas*. <<

<sup>[8]</sup> Actriz española (Nota del compilador). <<

<sup>[9]</sup> Hay ediciones chilenas y una de la Editorial Estrada, de Buenos Aires. <<

<sup>[10]</sup> Quien sienta curiosidad por conocer el texto de los tratados, puede ver la *Colección de Tratados celebrados por la República Argentina con las naciones extranjeras*. Publicación Oficial, t. I, Buenos Aires, 1884, y *Registro Oficial de la República Argentina*, que comprende los documentos expedidos desde 1810 hasta 1873, t. III y IV, Buenos Aires, 1882. <<

<sup>[11]</sup> Alberdi, *Escritos póstumos*, t. XVI. Ricardo Rojas, *La Literatura Argentina*, Buenos Aires, 1920, t. III, pág. 255. <<

<sup>[12]</sup> Esto difícilmente pudo decirlo Rosas... porque no gobernó treinta años. Gobernó tres con facultades extraordinarias, y dieciséis con la suma del poder público (Nota del compilador). A propósito de esta carta, escribió Rosas: «... Ese Sr. Cobo, mozo... amigo de figurar, pero sin la suficiente capacidad ni el bastante mundo, escribió esa carta en que todo cuanto no habla la verdad sería por rudeza,

con el objeto de complacer a sus amigos. Y ése su amigo Mackenna y los de Buenos Aires son los que habrán quitado y agregado cuando han querido... aun así como tanto le han quitado, dejándola tan trunca, tan sucia, tan ensangrentada, no me es desfavorable»... Dellepiane, *Rosas en el destierro*, pág. 102. <<

<sup>[13]</sup> Dellepiane, *Rosas en el destierro*, pág. 95. <<

## Notas al Capítulo 8

[<sup>1</sup>] Ibarguren, ob. cit., pág. 453. <<

[<sup>2</sup>] Ibarguren, ob. cit. <<

[<sup>3</sup>] Dellepiane, ob. cit., pág. 235. <<

[<sup>4</sup>] Durante la guerra del Paraguay (Nota del compilador). <<

[<sup>5</sup>] General Ignacio H. Fotheringham, *La Vida de un Soldado o Reminiscencias de las Fronteras*, Buenos Aires (¿1909?), t. I, págs. 53-56. <<

[<sup>6</sup>] Hacía seis años de la oferta. <<

[<sup>7</sup>] Ibarguren, *Manuelita Rosas*. <<

[<sup>8</sup>] *La Reforma Pacífica*, Montevideo, Segunda época, año VIII, N° 1858, lunes 12 y martes 13 de diciembre de 1864. <<

[<sup>9</sup>] Museo Mitre, *Sarmiento-Mitre*, Correspondencia, 1846-1868. Buenos Aires, 1911, pág. 179. <<

[<sup>10</sup>] Ibarguren, ob. cit. <<

[<sup>11</sup>] Se refiere a un intento absurdo del gobierno español en 1863 para reconquistar sus antiguas colonias de Sud América. Se manifestó en el Pacífico con el bombardeo de Valparaíso por una escuadra, derrotada más tarde en el Callao (Nota del compilador). <<

[<sup>12</sup>] Habrá dicho *send*, enviar. La frase no puede ser peor, pero el visitante que confunde *send* con *said*, no sabría mucho inglés, tampoco... (Nota del compilador). <<

## Notas al Capítulo 9

<sup>[1]</sup> Original en la *Biblioteca del Congreso*, de Washington. Copia fotográfica en poder del autor, facilitada por la misma Biblioteca. <<

<sup>[2]</sup> Dellepiane, ob. cit., pág. 227. <<

<sup>[3]</sup> *La época de Rosas*, Facultad de Filosofía y Letras. Con una introducción sobre la Evolución social argentina, por Ernesto Quesada. Un apéndice que contiene la bibliografía crítica y precedida de un ensayo sobre el concepto de la dictadura de Rosas por Narciso Binayán. Buenos Aires, 1923, pág. 229. <<

<sup>[4]</sup> Agustín Rivero Astengo, *Juárez Celman*, Buenos Aires, 1944, pág. 75. <<

<sup>[5]</sup> Joaquín V. González, *Jurisprudencia y Política*, Buenos Aires, 1914, pág. 134. <<

<sup>[6]</sup> Dellepiane, ob. cit., pág. 229. <<

<sup>[7]</sup> Rosas tenía ochenta y cuatro años. Había nacido en 1793 (Nota del compilador). <<